¡MÁS QUE SUS VIDAS!

La vocación picpuciana en tiempo de terror

Marcel Bocquet sscc

Congregación de los Sagrados Corazones

¡MÁS QUE SUS VIDAS!

La vocación Picpus en tiempos de terror

Marcel Bocquet sscc

Roma, 2020

Índice

Prólogo V

Prefacio IX

Postfacio XIX

Introducción XXIV

Capítulo I LA COMUNA DE PARÍS 1

Capítulo II LA DETENCIÓN 24

Capítulo III LOS HERMANOS 56

Capítulo IV EL PADRE LADISLAS RADIGUE 70

Capítulo V EL PADRE POLYCARPE TUFFIER 93

Capítulo VI EL PADRE MARCELLIN ROUCHOUZE 109

Capítulo VII EL PADRE FRÉZAL TARDIEU 129

Capítulo VIII LA CONCIERGERIE 148

Capítulo IX MAZAS 156

Capítulo X INCOMUNICADOS 164

Capítulo XI LA ROQUETTE 185

Capítulo XII LAS PRIMICIAS DE LA SANGRE 194

Capítulo XIII HACEN FALTA QUINCE 201

Capítulo XIV: LA SUBIDA AL CALVARIO 210

PRÓLOGO

«A vosotros se os ha concedido la gracia de que por Cristo no sólo creáis en él, sino también que padezcáis por él» (Flp 1, 29).

No se leen estas páginas impunemente. El fusilamiento de nuestros cuatros hermanos Ladislas Radigue, Polycarpe Tuffier, Marcellin Rouchouze y Frézal Tardieu, el 26 de mayo de 1871 en los días finales de la Commune de París, nos pone delante del riesgo que conlleva la fe en Jesús. Ninguno de ellos fue engañado al respecto. Lo sabían desde el inicio. No solo cuando fueron conducidos a la prisión, los primeros días de abril de 1871, junto con 84 religiosas y otros 11 hermanos de la congregación y también otros religiosos (san Vicente de Paúl, dominicos, jesuitas), sacerdotes diocesanos y laicos. Sino también, cuando decidieron seguir a Jesús, que revela la hondura del amor de Dios en un corazón vulnerable, indefenso, traspasado. Quienes habían consagrado sus vidas al amor reparador que se manifiesta en los corazones de Jesús y de María, ¿podrían no tomar parte en las brechas que se abrían en la sociedad y ocupar también el lugar de los perseguidos por causa de la justicia y por fidelidad a la infatigable misericordia de Dios?

En las cartas de la prisión, nos asomamos al camino interior que cada uno de estos hermanos hizo para responder a la incesante llamada de Jesús, incluso en la hora amarga: "Sígueme".

Jesús lo advierte a los que quieran seguirlo. Descubrirán una secreta alegría cuando los persigan, los maldigan, por causa de su nombre. Pero para descubrir esa bienaventuranza hay que atravesar el presente, con sus horas luminosas y también las horas de la sinrazón y de la violencia. Eso supone coraje e inteligencia para dejarse interrogar en lo más radical de la fe que está unida a la piel que se arriesga: la Iglesia y sus miembros están insertos en el cuerpo social. El malestar y las tensiones de la sociedad no solo repercuten

en la Iglesia. A veces la Iglesia los canaliza, los agudiza o incluso los provoca. En sus reflexiones de la prisión, los hermanos, con más o menos lucidez, perciben que se encuentran en la cárcel por ser sacerdotes, miembros de la Iglesia. Pero ese odio contra la religión, contra la Iglesia católica y sus miembros es también la expresión de un hondo malestar social de parte de los excluidos, de los que no cuentan, de los que sobran. Los perseguidos por causa de seguir a Jesús en la Iglesia, los de ayer y los de hoy, se preguntan: ¿Por qué ese odio se desencadena contra nosotros? ¿Cuál es nuestra responsabilidad en ello?

Sufrir la persecución por Jesús es un crisol purificador para interrogarse por el modo cómo el Evangelio de Jesús es anunciado en las tensiones y los límites de nuestras instituciones y de nuestra historia. Es también el momento para reconocer las propias heridas institucionales y personales de la Iglesia, las que padecemos y las que causamos a otros. Mirar esas heridas sociales, institucionales y personales, poder llamarlas por su nombre, sin embellecerlas es el primer paso para abrirnos a la fuerza reparadora del amor del corazón traspasado. Reconocerse vulnerable y hacerse vulnerable a las heridas de los otros, nos pone en la óptica del amor recio de Jesús, que opone a la violencia del otro, la otra mejilla o la pregunta a rostro desnudo: "¿Por qué me golpeas?".

Además, el reconocernos vulnerables y vulnerados nos une a tantos hombres y mujeres que están heridos, golpeados, botados en medio de nuestros caminos, esperando manos y generosidad samaritanas.

En el fondo, allí cuando la confesión de Jesús en un contexto social violento se vuelve cercanía y amor y herida, entonces nos acercamos más al corazón de Jesús y a sus sentimientos traducidos en actos, poniéndolo a Él en el centro y no a nosotros mismos.

El creer en Jesús, el padecer por Él, incluso hasta dar la vida por él, es una gracia, cierto, pero una gracia que no se improvisa. Es una

gracia que se pide al Señor y que se alimenta en el amor cotidiano a los hermanos y hermanas, en el atravesar juntos las pruebas de la fraternidad, en el saber asumir los fracasos, en el unirse cada día más a Jesús en su entrega celebrada cada día en la eucaristía y contemplada en la adoración. Es la gracia que Frézal Tardieu reconocía en su vida, seis años antes de que esa gracia se hiciera verdad última en su fusilamiento.

> "Postrado ante ti, oh mi Dios y cubierto con la sangre de tu hijo, te ofrezco y te consagro todo lo que tengo, todo lo que soy, mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, mis debilidades, mi enfermedad, mis bienes, mi fama, mi vida. Tú me has dado todo. Yo te lo devuelvo todo para tu gloria y para la salvación de mi prójimo".

La gracia de una vida entregada, incluso hasta la muerte, es la de la lucidez que mira valientemente a la cara los propios miedos y la violencia desencadenada, y decide unirse a la entrega de Jesús, por los hombres y mujeres que Él ama. Jesús, el sol que viene de lo alto no solo ilumina las tinieblas de nuestros miedos y las sombras de la violencia y de la muerte en nuestras sociedades, sino también brilla sobre buenos y malos. La vida en Cristo ya no nos pertenece, sino que es fecunda cuando es entregada como Él lo hizo.

El testamento espiritual de Christian de Chergé, escrito dos años antes de su asesinato, junto a otros siete monjes trapenses en Argelia el 21 de mayo de 1996, y recientemente beatificados en Argelia el 8 de diciembre del 2018, nos lo recuerda con una rigurosa coherencia evangélica. Su gratitud a Dios es por haber vivido hasta sus últimas consecuencias la gracia de una vida entregada. Esta gracia viene anticipadamente en el cariño recibido en la familia, en los amigos en sus hermanos de comunidad, en la gente del país de Argelia que aprendió a amar como a hijos del mismo y único Misericordioso

Dios… Gracia que viene misteriosamente incluso de la mano del que lo asesinaría:

> "Y a ti también, amigo del último instante, que no habrás sabido lo que hacías. Sí, para ti también quiero este GRACIAS, y este "A-DIÓS" en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea concedido reencontrarnos como ladrones felices en el paraíso, si así lo quiere Dios, Padre nuestro, tuyo y mío".

Al leer este libro, ¿cómo no pensar en las comunidades cristianas hoy perseguidas por causa de su fe y de su servicio al Dios de Jesús en el culto y en el amor al prójimo? ¿Cómo no pensar en los hombres y mujeres que viven su fe religiosa en un contexto que no admite en su seno ni la diversidad de posturas, ni el debate crítico? ¿Cómo no pensar a un hondo malestar social y de injusticia que atraviesa vastos sectores de nuestro mundo y que se viste de forma religiosa e invoca el nombre de "dios" para justificar la violencia y la destrucción?

Que la lectura de este libro nos ayude a vivir la consagración a los Sagrados Corazones como una respuesta cotidiana a una vida que no nos pertenece, sino que está llamada a entregarse día a día al servicio de nuestros hermanos, y si Dios lo quiere, abrazando la muerte como último testimonio de fe en su amor fiel y entregado hasta el extremo.

Alberto Toutin sscc
Superior General
Roma, 19 de marzo de 2020
Fiesta de San José

PREFACIO

Bienvenido a este ensayo sobre la persecución de la Iglesia en Francia en la época de la Comuna de París de 1871.[1] Al leer los signos de los tiempos, la llamada universal a la santidad es hoy una llamada al martirio porque la persecución de los cristianos es omnipresente y generalizada. Si alguien es perseguido, todos somos perseguidos por nuestra unidad en Cristo.

La persecución es un momento de redefinición para la comunidad cristiana, porque aunque la discriminación de las personas religiosas debe ser rechazada, la Iglesia se regocija siempre en aquellos que mueren por una persecución que proviene del odioso rechazo de los que creen en Jesucristo como Señor y Salvador. Así, la marca de la Iglesia como Iglesia una y ecuménica es evidente en estos tiempos de persecución. La cuestión es actual y dolorosamente evidente ya que la Iglesia Católica Romana se prepara para celebrar el aniversario de un período de persecución que, siendo histórico y humano, se interpreta de manera ambigua.

[1] Comuna de París. Sin duda las diez semanas más intensas de la historia de París cuando en marzo de 1871 un grupo de revolucionarios idealistas se apoderó de toda la ciudad. El 28 de mayo el movimiento fue sofocado por el ejército regular francés. Basada en los principios de la ciudadanía compartida, la inspiración fue enfrentar los derechos de la persona ordinaria contra el orden establecido por la Monarquía y la Iglesia, eco de la Revolución francesa. El momento elegido estuvo determinado por la cólera suscitada por la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana, que terminó con un humillante armisticio en enero de 1871. Si Francia se mantenía fiel a las condiciones del acuerdo, el tributo para el ciudadano común sería enorme y para el papel de Francia en el orden mundial a largo plazo. La defensa de los Estados Pontificios, por ejemplo, antiguo compromiso de Francia con el Papa, fue abandonada en el momento de la unificación de Italia con el resultado final de la creación del Vaticano en el Tratado de Letrán en 1929 con Benito Mussolini.

2020 nos ofrece una buena visión. Para la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María (SSCC) 2020 será una oportunidad para revisar nuestra historia y celebrar nuestra vocación al tiempo que nos preparamos para celebrar el 150 aniversario de la muerte de nuestros hermanos en la Comuna de París, de marzo a mayo de 1871, período de gran madurez para nosotros. Este libro podría contribuir a esta revisión. Es necesaria una nota para explicar el origen de esta obra y tal es la explicación de Marcel Bocquet, autor de este material. Se encuentra al final del primero de los cuatro artículos en *Annales Congregationis Sacrorum Cordium* (*ASSCC* 1962-64). El primero de estos artículos, aquí capítulo 4, se refiere al padre Ladislas Radigue, que murió en la Comuna de París (1871). Sus compañeros, Polycarpe Tuffier, Marcellin Rouchouze y Frézal Tardieu son los temas de los capítulos 5, 6 y 7 respectivamente. En total, el estudio de Bocquet se compone de catorce capítulos.

Él escribe: "*Estas páginas están tomadas de un estudio aun en manuscrito realizado sobre la 'Comuna de París y la Comunidad en Picpus'*.[2]

[2] Picpus. Palabra usada para designar a la Congregación de los Sagrados Corazones. La Congregación de hermanos y hermanas y una asociación laica nació en Poitiers, Francia, entre 1792 y 1800 y trasladó su sede al distrito sureste de París, conocido como Picpus, en 1805. El nombre de Picpus viene de los tiempos de una epidemia y de los cuidados prodigados a los enfermos limpiándoles el pus de sus heridas. Para la Congregación, sin embargo, la asociación con este distrito se debe al cuidado del cementerio donde fueron enterrados muchos guillotinados de la Revolución Francesa, forma de reparar las atrocidades de la época. La propiedad era bastante grande y comprendía un convento para las hermanas, propósito original, un monasterio para los hermanos, instalaciones educativas, una granja y el cementerio adyacente. Los bienes y edificios fueron requisados por el ejército francés durante la Guerra Franco-Prusiana y de nuevo por los comuneros que encarcelaron a más de cien miembros de la comunidad Picpus Sagrados Corazones. Hoy, el 35 calle de Picpus sigue siendo la dirección más conocida de la Congregación en París e igualmente vecina del nuevo campus de la Universidad de la Sorbona.

Deliberadamente dejan de lado el arresto, el encarcelamiento y la muerte. Simplemente dibujan la curva de la vida del P. Ladislas. Después de una infancia piadosa, sobrevivió a una crisis de adolescencia, marcada por la indolencia y la disipación. Se puede hablar de una verdadera conversión al modo de Filón cuando Ladislas encontró su verdadera vocación. A partir de entonces, lleva una vida intensa y oculta sin renunciar al desarrollo de ciertas habilidades. Maestro de novicios, rápidamente se convirtió en maestro de espiritualidad. Después de un largo período de tiempo en el noviciado, como dirigente fue lento para salir de una postura fija, pero bajo la presión de circunstancias excepcionales (muerte del superior general y de la cautividad) mostró ser un verdadero líder y tener una fuerte personalidad. Recordamos el juicio de un historiador de la Comuna, el padre Virieu. Hablando de las cartas de Ladislas, dice que le parecía estar leyendo una carta encontrada en los escritos de san Ignacio de Antioquía. Esta evaluación no tiene precio. La declaración se puede encontrar en la publicación "Los Mártires de Picpus" del P. Benoît Perdereau, superior del Seminario Mayor de Versailles (1871). Esta publicación ha sido la base de "Picpus durante la Comuna" del P. Prosper Malige, superior del Seminario Mayor de Rouen. Ambos conocían personalmente al P. Ladislas. La evaluación está igualmente basada en unas notas sin editar que he encontrado en un colegio de Flers durante una misión. Centrado en la prueba del martirio, este archivo humano esencial parece recopilado y utilizado de manera imperfecta. Si el martirio es una gracia y escapa a nuestro análisis, no es menos cierto que el valor del testimonio se ve reforzado por la calidad del testigo. Por lo tanto, el camino está abierto a más investigadores".

Esta nota no tiene precio porque discutiendo sobre una observación acerca de Ladislas Radigue, menciona las fuentes sobre las que Bocquet construyó su trabajo y dice mucho sobre el propio autor. Designa dos pilares, Perdereau y Malige, pero no se limita a ellos. Durante el mandato del superior general Henri Systermans (1958-1970), Marcel Bocquet, investigó mucho en los archivos de la Congregación. En este período, investiga también la vida del padre Mateo y publica sus hallazgos en *Le Père Mateo sscc, l'amour présent au monde*, traducido por Francis Larkin en *Jesús, Rey de Amor* (Milwaukee Bruce 1956). Marcel Bocquet (1903-1977) era hermano de la provincia

francesa SSCC, profesor de retórica y maestro de coro. A pesar de todas sus enfermedades, asma desde largo tiempo, era una figura viva, se dedicaba a la entronización del Sagrado Corazón en las familias, conocía la vida y la obra del padre Mateo, pero en el fondo era un maestro a quien le gustaba dejar a sus alumnos con ganas de más. Esta observación hecha en el obituario de Xavier Riou (*Horizons Blancs* N° 73, octubre de 1977, p. 95) también se aplica a estos bosquejos publicados aquí.

El citado estudio sobre el padre Ladislas Radigue, más uno sobre los otros siervos de Dios (Polycarpe Tuffier, Marcellin Rouchouze y Frézal Tardieu), son solo cuatro de los catorce ensayos de Bocquet recopilados aquí. Como él mencionó en su nota, tenía la intención de publicarlos todos, pero se han guardado en los Archivos Generales de la Congregación (Roma) a excepción de las cuatro notas biográficas publicadas en *ASSCC*. Cabe destacar los numerosos escritos de los servidores de la comisión teológica que los ha estudiado. Van desde cartas hasta notas de clases, de conferencias espirituales a informes sobre misiones y devociones populares actuales. Bocquet conoce estos escritos. Conoce también los muchos aspectos que deben compartirse para comprender la época en que estos hombres han vivido. Si deja a su lector con ganas de saber más, no oculta su propio punto de vista. Sobre las personas y los acontecimientos escribe de una manera humanista, sin la exageración típica de la santidad de sus sujetos. En lo que respecta a los comuneros, él ve las cosas desde un punto de vista crítico, pero en lo concerniente a la condena de la violencia contrarrevolucionaria, su enfoque puede ser inadecuado.

Marcel Bocquet, como miembro de la misma Congregación que aquellos de los que habla, es fiel a su tarea como historiador, pero también admirador de estos valientes hombres a quienes considera sin avergonzarse como santos y mártires. Refiriéndose a los que murieron como "mártires" durante la Comuna de París, fueron reconocidos como tales desde los primeros meses posteriores a su

muerte. Reemplazar la palabra popular por la palabra técnica utilizada en el documento de la Iglesia, implica la pérdida de una gran parte de la devoción de estos escritos (por ejemplo, Perdereau y Malige) y esto sería una distorsión porque los que escribieron alabaron a Dios por el don de abnegación hecho a la congregación en sus miembros. El discernimiento mayor que podría conducir a la atribución oficial del título de mártir (beatificación) es un proceso extremadamente rico de exploración de los caminos de la santidad de Dios en la profundidad de sus expectativas respecto de todo ser humano. El trabajo de Bocquet justifica la afirmación de que si se necesita una aldea para educar a un niño, se necesita una comunidad entera para forjar un santo.

La muerte de los siervos de Dios (padres Ladislas Radigue, Polycarpe Tuffier, Marcellin Rouchouze y Frézal Tardieu) se inscribe dentro del contexto de toda una Congregación traumatizada pero renacida en las persecuciones que no comenzaron con la Comuna y que no terminaron en ella. La Congregación ha vivido el traumatismo de la Iglesia Católica en Francia después de la Revolución Francesa y sus dirigentes fueron finalmente exiliados de Francia en 1905. La historia de los que murieron va más allá de la historia de la época en que vivieron. Esos tiempos fueron los días de transición entre el viejo orden y el nuevo orden en el que "Dios cumple de muchas maneras", citando a Tennyson. En este mismo poema, *Mort d'Arthur*, Arthur insta a Sir Bedivere a rezar: "Más cosas se hacen por la oración de lo que este mundo sueña". A través del don de aquellos que están llamados a morir por la fe, la Congregación ha redescubierto su vocación de orar, de pedir a Dios por una adoración perpetua, que repare la tierra. Participar en una comunidad de alabanza a Dios es, por lo tanto, el contexto condensado para escuchar lo que Bocquet tiene para compartir.

La reconstrucción de Marcel Bocquet de numerosas conversaciones, puede no ser plausible para todos los historiadores, pero el trabajo

creativo plantea una pregunta más profunda. En lugar de hacer la pregunta obvia sobre la precisión histórica de la historia que cuenta, podría ser preferible apreciar el sentimiento de solidaridad e indignación que se desprende del conjunto de los hechos y evaluaciones. Cuanto más se leen otros autores y en particular los informes oficiales de la Comuna, más sólido es el enfoque de Bocquet. Si por un lado es sensible a la suerte de las personas que condujeron la Comuna de muchas maneras y nunca es indiferente a los numerosos muertos, por otra parte difícilmente puede contener su indignación por los abusos flagrantes de la vida de las comunidades, de las víctimas de la Comuna.

El autor no es insensible al grito de los pobres que condujo a algunos a iniciar la Comuna de París. Debido a su simpatía, es aún más crítico con la inadecuación entre las reformas necesarias y la inexperiencia de quienes fueron los líderes de la Comuna. La firmeza de su crítica da una falsa impresión de intensa indignación porque una causa, cuya necesidad e inspiración era legítima, haya sido traicionada por la incompetencia y la precipitación. Objetivamente, no es difícil indignarse y angustiarse al ver a más de cien miembros de una comunidad religiosa, hermanos y hermanas, encarcelados y sus conventos saqueados del sótano al granero, más cuatro cadáveres para probar que no fue una pesadilla. Los hermanos de Picpus no son los únicos que murieron. También estaban Mons. Darboy y los sacerdotes de la archidiócesis, los jesuitas, dominicos, sulpicianos y el que recorría cada día el nuevo y viejo mundo en las calles de París, padre Henri Planchat.[3] Estos muertos deben también verse a la luz

[3] El arzobispo fue asesinado el 24 de mayo con cinco sacerdotes diocesanos. Los dominicos murieron el 25 de mayo. El padre Henri Planchat murió con los de los SSCC y los jesuitas, así como con treinta y seis gendarmes y cuatro supuestos espías el 26 de mayo. Arrestados después de su fuga el 27 de mayo, otros tres fueron asesinados. La causa de Henri Planchat, primer sacerdote religioso de los Religiosos de San Vicente de Paúl, fue presentada a la Santa Sede con los siervos de Dios de los SSCC: "Henri Planchat, Ladislas Radigue y sus compañeros".

del asombroso número de dieciséis mil personas asesinadas por el ejército francés que llega. Hay espacio para mucha indignación en ambos lados y, por lo tanto, para muchas reparaciones.

Este libro busca menos acumular información que contemplar lo que realmente estaba sucediendo. De hecho, este libro es una serie de ensayos en espiral elíptica, un intento de poder reconciliarse en paz con todo lo que ha sucedido en la Comuna.

Marcel Bocquet conoce la historia y los personajes involucrados tan bien que no siempre logra iniciar adecuadamente al neófito en la historia. Esta obra es, por lo tanto, una invitación al lector a interesarse y aprender más. Con la muerte de san Damián de Veuster, la muerte de los cuatro en la Comuna ha significado un momento de crecimiento y entusiasmo para la vocación de la Congregación bajo la dirección de Marcellin Bousquet, que fue elegido superior general en 1870. Él sirvió en tiempos no menos tumultuosos que los primeros cincuenta años de la historia de la Congregación. Su mandato duró hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial cuando murió en Bélgica, exiliado de Francia. Bousquet, que estaba tan dispuesto a morir como a servir, a menudo aludía al bendito estado de la Congregación y a su futuro lleno de promesas. Marcel Bocquet, por su parte, escribe cuando la Congregación alcanza su mayor número de miembros en la década de 1960 y vive su mayor impulso misionero. Estos tiempos florecientes dan forma a la evaluación del pasado de Bocquet. Sin embargo, su examen despectivo de los acontecimientos está lleno de esperanza y aprendizajes. Al poner estos ensayos a disposición de un público más amplio, la intención no es de ninguna manera anticipar el discernimiento de la comunidad católica cristiana sobre el estado oficial de mártires de los que han muerto, sino enriquecer el conocimiento que hermanos y hermanas, religiosos y laicos, tienen de su herencia espiritual.

Ha parecido oportuno agregar algunas piezas más a esta colección. Cuando Bocquet dijo que se necesitaría otro capítulo para hablar sobre la suerte de las Hermanas durante el período de la Comuna, una publicación anterior proporcionó el material y se incluye como anexo del capítulo 2, "El arresto". La exquisita carta de Marcellin Rouchouze a su hermana Anne en La Serena, Chile, al alba de su muerte, no podía dejarse de lado cuando se trataba de definir mejor al personaje del narrador en el pretendido taciturno y discreto secretario, Marcellin Rouchouze. La confesión de Ladislas Radigue ya forma parte del texto de Bocquet, al igual que la oración de Frézal Tardieu en la que pide la gracia del martirio mucho antes de los acontecimientos de su muerte. Combinar toda esta elocuencia con algo de Polycarpe Tuffier a primera vista parece un poco exagerado. La biografía de su prima, con una gran parte de sus cartas, cumple con esta expectativa. ¿Qué carta de Tuffier habría elegido Bocquet como típica? No hay una sola carta que sea suficiente porque Tuffier no era ensayista. Sin embargo, escribió extensamente por necesidad, y Bocquet revisa estas cartas de circunstancia en el capítulo sobre aislamiento en la celda de la cárcel que contextualizó las luchas de Tuffier.

El propósito de este trabajo es despertar un interés. Si hubiera estado debidamente provisto de las notas críticas, su extensión debería haberse duplicado pero algunas notas se consideraron esenciales para entender la historia. Hay una gran riqueza de trabajos sobre la Comuna, pero hay escasez en lo que respecta a la Congregación de los SSCC y la Comuna. La mejor fuente son los *Anales SSCC* que reeditaron el material en las fechas de aniversario y pusieron a disposición los documentos presentados a la Congregación para la Causa de los Santos. Un material de riqueza inestimable es el que se basa en los testimonios de aquellos que conocieron en persona a los siervos de Dios. Bocquet rara vez indica sus fuentes. Su trabajo estaba todavía en un primer esbozo. Esto nos obliga a compulsar los Archivos Generales en Roma. Esta investigación nos permitió verificar muchas referencias.

Por supuesto Bocquet ha hecho su investigación y sus páginas están bien documentadas conforme a los documentos disponibles en ese momento, aunque su texto provisional sea tímido en mostrarlo. Su valor añadido se debe también a las claves de interpretación, ciertamente propias, pero que permiten al lector contemporáneo no solo compartir su entusiasmo sino también su pertinencia.

El aniversario cronológico es importante, pero el tiempo particular (*kairos*), marcado en varios lugares del mundo hoy por la persecución contra los cristianos, subraya la relevancia de la obra. Muchos han escrito sobre el futuro del cristianismo como una red de pequeñas comunidades confesionales, de estructura sinodal, peregrina y mística. A estas características hay que agregar la persecución. El camino del Evangelio de Jesucristo parece cada vez más en contradicción con ciertos aspectos del desarrollo de la vida actual, especialmente la distancia cada vez mayor entre su intención de inclusión y el número de marginados que produce. Importan al cristianismo cuestiones como el comienzo de la vida, su fin y la vocación del conjunto de la Creación, que se encuentran seriamente amenazadas. Ciertamente, en un régimen cristiano, la vida humana no es un valor absoluto precisamente porque, como para Jesús, la vida solo tiene valor cuando se ofrece a otros. Esta tensión entre la gratitud por la vida recibida como un regalo y la capacidad de ofrecerla hasta el final, resplandece en el testimonio de los mártires de ayer, de hoy y de mañana; testimonio recogido en los escritos del evangelista Juan en Apocalipsis: "El amor a la vida no los disuadió de morir" (12, 11). De ahí el título de la obra *¡Más que sus vidas!* [4]

[4] Sor Blanche Lhopiteau sscc escribió a su capellán el reverendo J. Hermet (julio de 1871), hablando del padre Tuffier como de uno de los que habían muerto dos meses antes. El padre había sido capellán en su comunidad (Laval) en dos momentos diferentes, 1840-1847 y 1862). *Encontramos un poderoso consuelo en la certeza de que nuestros queridos ausentes ahora disfrutan de la plenitud de los bienes celestiales, de la vista de su Dios a quien amaron en exclusiva más que a su libertad, más*

Muchos me han ayudado en este trabajo. Se lo agradezco a todos y especialmente a: André Mark sscc (ex archivero general), Luana Tarsi (secretaria de archivos), María Centofanti (directora de publicación), Mary Leahy (asistente del editor), Columban Crotty sscc (consultor/ lector) y Alberto Toutin sscc, Superior general, por el prólogo. Agradecemos, por último, vivamente la traducción del original en francés de esta edición en español a Rosa Mª Ferreiro Cortines sscc.

David P. Reid sscc
Junio de 2020

que su vida y que los ha recompensado con este amor incluso en este mundo con el halo del martirio en adelante unido a su memoria. (Fuente: Reine Tuffier, *Nota biográfica sobre el reverendo padre Polycarpe Tuffier* (Archivos Generales SSCC de Roma, *Siervos de Dios* # 3 HI Libro 1 1 p. 78, subrayado agregado). *Padre Polycarpe Tuffier* (Roma Archivo General SSCC, *Siervos de Dios* #3 HI Cuaderno 1 p. 78, subrayado añadido).

POSTFACIO

Al terminar la lectura de estas páginas, cuyo final es cuando menos trágico, la Providencia me hizo escuchar en televisión al filósofo François Cheng quien, al ser interrogado sobre el sentido de la muerte, respondió: "La muerte es lo que hace de la vida un don".[5] Esta fórmula de sabiduría conviene maravillosamente y explicita la lógica profunda y unificada de estas páginas y estas vidas. El final es trágico por su violencia, que contrasta dolorosamente con la dulzura y la calidad de los servicios ofrecidos durante toda su vida por estos hermanos, sacerdotes, hermanas de Picpus: ingresados generalmente jóvenes en una congregación que los destinaba a las obras de educación y evangelización en el otro extremo del mundo, vivieron la ofrenda de sus vidas en el misterio de Cristo, meditado día y noche en la adoración eucarística. Se entregaron al Señor y a toda la humanidad y cuatro sacerdotes entre ellos -por qué ellos y no otros, podríamos preguntarnos- encontraron la muerte en una masacre "popular" en la colina de Belleville. Su muerte fue un don supremo que nos coloca en el corazón mismo de su vocación y de cualquier otra vocación que podamos agregar. El trabajo del padre Bocquet tiene el mérito de revelar la profunda unidad de su destino y de hacernos conocer su itinerario, desde su provincia natal hasta el convento de Picpus. El Señor trabaja los corazones y prepara a los hombres para vivir los sobresaltos de la historia en un lugar humilde, pero sin duda el más bello.

En consecuencia, mi segunda reacción es indicar o decir a nuestros hermanos de Picpus de hoy que la publicación de estas páginas es un deber que les incumbe; ¡incluso han esperado demasiado tiempo (parte del trabajo proviene de antiguos artículos ya publicados)! Un deber de memoria, según fórmula al uso, pero más aún un deber

[5] Programa *La grande librairie*, el 29 de enero de 2020, en *France 5* (disponible en el sitio web de dicho programa).

de edificación de todo el pueblo de Dios, más allá de los límites de la congregación. En el corazón de estas páginas tan sombrías de nuestra historia parisina y nacional, brota la luz de la caridad y la verdad. Por la notable claridad que aporta, este libro podría y debería incluso avanzar en la causa de la beatificación de nuestros cuatro sacerdotes, también en la de las otras víctimas de la Comuna. La historia de la causa de Mons. Georges Darboy es, como sabemos, emblemática de las vacilaciones y de la mala conciencia francesa ante este oscuro período. Los arzobispos de París han abierto y cerrado este archivo varias veces, hasta el nuevo intento del cardenal Jean-Marie Lustiger y la suspensión del cardenal André Vingt-Trois[6]. Sin embargo, el relato de las cuatro vidas de los padres Radigue, Tuffier, Tardieu y Rouchouze muestra claramente el clima de odio a la fe que prevalece en su ejecución, que se refleja en todos los rehenes y permite definir más rápidamente la noción de mártir cristiano. ¿Cómo no sentirse afectado por la figura del seminarista Seigneret, que ayuda al viejo misionero Tuffier a subir las calles de Belleville?

Los dos prefacios de la obra advierten que el tono del padre Marcel Bocquet sobre los comuneros puede ser reivindicativo. De hecho, es bastante comedido y refiere hechos y pocos juicios. ¡No hay forma de encubrir la violencia anticlerical de los "comuneros" y la de los "versalleses"! Por el contrario, es necesario cuestionar las raíces profundas de estas actitudes por parte de ambos campos. ¿Por qué Adolphe Thiers rechaza cualquier negociación para un intercambio entre Blanqui y los rehenes, cuando la semana sangrienta ya está planeada y su realización asegurada? ¿Por qué tanto odio por parte de

[6] Charles Chauvin, *Mons. Darboy, Arzobispo de París, rehén de la Comuna (1813-1871)*, París, DDB, 2011, p. 170-172. Jacques-Olivier Boudon, "Episcopado y santidad, las vicisitudes de la causa Darboy", en *La Sainteté*, actos de la séptima universidad de verano de historia religiosa reunidos por Gérard Cholvy, julio de 1998, p. 133-148. Jacques-Olivier Boudon, *Monseigneur Darboy (1813-1871) Archevêque de Paris entre Pie IX et Napoléon III*, Paris, Cerf, 2011

los parisinos al final del Segundo Imperio, que sin embargo parece un período espléndido de reconstrucción y misión para los católicos? Un período feliz en algunos aspectos, incluso sin preocupaciones, pero que termina en una guerra trágica que arrastraría a su paso a otros dos conflictos mundiales y a tantas víctimas. Como si los muertos de la Comuna, -guerra civil franco-francesa, con los prusianos en el horizonte-, fueran las primicias de tantas víctimas inocentes de todo un siglo: los muertos de los conflictos mundiales, pero también los de los totalitarismos derivados del comunismo entonces en gestación.

Cuando la Iglesia hace su examen de conciencia, debe interrogarse sobre su misión en una sociedad que veía crecer las desigualdades sociales y la explotación de unos por otros. Esta brecha preocupaba al joven Frédéric Ozanam desde 1836: la Iglesia, son también sus jóvenes de la Sociedad de San Vicente de Paúl que quisieron evitar esta guerra sangrienta en el futuro. Permitámonos esta larga cita:

> "[…] ¿cuánta caridad, devoción, paciencia sería necesaria ahora para curar los sufrimientos de estas pobres gentes, más indigentes que nunca, porque rechazaron la comida del alma al mismo tiempo que les faltaba el pan del cuerpo? La cuestión que divide a los hombres de nuestros días ya no es una cuestión de formas políticas, es una cuestión social, es saber si prevalecerá el Espíritu de Egoísmo o el Espíritu de Sacrificio; si la sociedad será solo una gran explotación en beneficio de los fuertes o una consagración de cada uno al bien de todos y especialmente a la protección de los débiles. Hay muchos hombres que tienen demasiado y que quieren tener más todavía; hay muchos más que no tienen suficiente, que no tienen nada y que quieren tomar si no se les da. Entre estas dos clases de hombres, se está gestando una lucha; y esta lucha amenaza con ser terrible; por un lado, el poder del oro, por el otro, el poder de la desesperación. Entre estos ejércitos enemigos, tendríamos que apresurarnos, si no a evitar, al menos a amortiguar el choque. Y nuestra edad de

> jóvenes, nuestra condición normal hace que este papel de mediador sea más fácil para nosotros que estamos obligados por nuestro título de cristianos"[7].

El autor de estas líneas tiene veintitrés años, es de la generación de nuestros mártires; la enfermedad hará que no conozca el final de la historia...

Esta cita revela que los actores cristianos involucrados en la misma no estaban ciegos ante el drama que se estaba desarrollando. Probablemente no planearon morir mártires en París más que sus predecesores de septiembre de 1792. Pero estaban trabajando en la verdad de la caridad al servicio de la sociedad tal como era. No es una gloria de la Comuna haber prendido fuego a la ciudad por venganza y haber asesinado a sacerdotes. (Señalemos en las circunstancias actuales, el hecho poco conocido de que la Comuna incendió la catedral de Notre-Dame, pero que los internos del Ayuntamiento se apresuraron a apagar el fuego de las sillas antes de que se propagara). No es una gloria de la naciente Tercera República haber causado tantas muertes. En este doble error y en muchos otros elementos de los que no estamos completamente curados, incluso si un secularismo positivo tiene muchas ventajas, iba a echar raíces una memoria esquizofrénica que conduciría a 1905.

Volviendo a Picpus, en el fondo del jardín donde rezaban los hermanos y hermanas, están las tumbas de las últimas víctimas del Terror, incluidas las bienaventuradas Carmelitas de Compiègne. Hicieron voto de dar la vida por el cese de las desgracias de Francia y la Convención de la Montaña terminó diez días después de su ejecución.

No sé exactamente si nuestros muertos de 1871 conocían este detalle de la historia espiritual de las carmelitas de la época. Tenemos

[7] Carta N° 137 a Louis Janmot, Lyon, 13 de noviembre de 1836. *Cartas de Frédéric Ozanam*, Tomo I, París, 1961, p. 242-245.

derecho a desear, soñar, rezar... para que la causa de las muertes del 24 y 26 de mayo de 1871 se haga realidad no por revancha, sino desde un recuerdo pacificado y reconciliador.

¡Que Nuestra Señora de la Paz vele por ello desde nuestra capilla de Picpus!

P. Gérard PELLETIER
Facultad de Nuestra Señora del Colegio de los Bernardinos
Casa San Agustín

INTRODUCCIÓN

El propósito del prefacio es contar cómo surgió este libro y ofrecer una visión desde el punto de vista del autor, sus fuentes y su método. Para una introducción al trabajo que indica el tema de discusión, sirven bien los tres primeros capítulos de Bocquet. Se centrará en la historia de los cuatro hermanos fallecidos, pero él quiere situarla en el contexto de la vida religiosa de ambos, hermanos y hermanas, durante la Comuna. El aspecto extraordinario de este período de la historia SSCC fue que, en un momento dado, más de cien SSCC fueron encarcelados: alrededor de ochenta y cuatro hermanas, doce sacerdotes y más de diez hermanos laicos.

Ladislas Radigue señaló que, si esto no hubiera sucedido, la Congregación podría preguntarse si formaba parte del mundo real al que pertenecía. El fundador, padre Coudrin, había dejado una pista a la comunidad para saber si los hermanos y hermanas estaban insertos en un momento histórico: "¿Son útiles a la Iglesia?". La presencia del cristiano católico ha sido contestada por todos los lados. La continuidad de la Iglesia puede parecer adquirida, pero la Iglesia no es más antigua que la celebración de la Eucaristía. Nace del Espíritu, de la acción única de Jesús, el Cristo moribundo y resucitado para la gloria del Padre y para el envío del Espíritu Santo. El recuerdo reverente de la muerte de Jesús se vive ahora en la muerte y resurrección del Cuerpo de Cristo cada día y en cada situación de la vida. Recordar a los muertos y resucitados en la comunidad es profundamente misionero. En 1870, tres cuartos de siglo después de la fundación, el ideal de la Congregación era vivir el misterio pascual lejos en los campos de misión y en el trabajo de reconstrucción del propio país que resultaba necesario, como en cualquier otro lugar. Un cisma interno que sacudió a la joven Congregación en los años inmediatamente anteriores a la Comuna, tiene su propio papel que

desempeñar en el condicionamiento de la Congregación para aceptar tales ofrendas audaces porque a menos que la semilla no muera...

Sobre el telón de fondo esbozado, Bocquet emprende los cuatro capítulos dedicados a los cuatro muertos. Su propósito es mostrar que estaban preparados, cada uno a su manera. Si bien parecen tener mucho en común, y tienen mucho en común, en realidad son caracteres humanos distintos. Su buena preparación para la vida religiosa les permitió resistir bien cuando se acercaba el momento de la tentación. El aislamiento en la celda al que fueron sometidos lo aprovecharon para verlo todo en su contexto. Bocquet dedica mucha energía a presentar a Polycarpe Tuffier, quizás el más convincente de los Siervos de Dios, porque a él le hizo falta todo este tiempo en prisión para aceptar su vocación a morir. Aunque la prisión era totalmente contraria a todo su ser, utilizó su tiempo de una manera verdaderamente transformadora. Siguió siendo el cuidador incondicional hasta el final, arrojando su cuerpo al morir sobre un hombre más joven para protegerlo. El P. Ladislas continuó siendo el superior atento, sondeando su propia conciencia para encontrar la mejor manera de inspirar y dirigir. Parecía ver la belleza eucarística en el don de sí mismo, ya sea que uno viva o muera. El sentido de drama que había conocido desde su juventud no lo dejó en sus últimos días porque quería estar vestido para la muerte como si fuera al altar. Polycarpe Tuffier, su fiel vicario, también se veía igualmente así; si no estaba revestido para la misa, al menos en contacto con las palabras del salmo 42: *"Iré al altar de Dios que da alegría a mi juventud"* palabras con las que el sacerdote comenzaba la misa en esos días.

Después de muchos años sirviendo a los pobres y a la Congregación en Bélgica, Frézal Tardieu había vuelto a la vida de académico, de director espiritual y de compañero pastoral de personas deseosas de crecer en santidad. Mostró una humildad impresionante, apreciando realmente los cuidados ofrecidos a sus hermanos por los antiguos guardas de la prisión que se distinguieron por su experiencia,

de los obstinados jóvenes comuneros que trataban de controlar la situación. El padre Frézal era un hombre valiente que hablaba con claridad y sin temor a represalias. Con toda su experiencia, fue bien elegido para formar parte del consejo general. Usó sus habilidades de director espiritual para mantenerse concentrado. Del mismo modo, Marcellin Rouchouze utilizó sus talentos de observador inteligente que, aunque oculto al servicio de su hermano el P. Euthyme que había sido Superior General, no carecía de numerosos detalles. El texto completo de su carta a su hermana en La Serena, Chile, escrita en marzo de 1871, se encuentra en el capítulo 6. No solo en lo que elige hablar, sino también en el detalle con el que discute la comunicación con aquellos que se encuentran fuera de un París asediado, Marcellin es como el sabio de la Biblia que alaba a Dios a través de sus capacidades.

Una vez presentados todos los habitantes de la Comuna y especialmente los cuatro que murieron, Marcel Bocquet se mueve rápidamente y con gran detalle a través de las escenas que van desde el arresto, pasando por los múltiples encarcelamientos (Conciergerie, Mazas, Roquette) hasta la última e ignominiosa calle Haxo. Estos capítulos, del ocho al catorce, son esquemas aunque logran presentar algunas de las características de los secuestradores.

Con motivo del cincuentenario (1921), se contó toda la historia en una obra de teatro escolar en Fauquemont, Holanda (*ASSCC*, julio-agosto de 1921, págs. 96-100) que se consideró un gran éxito. Uno podría pensar que el texto de Bocquet, aunque escrito mucho más tarde, habría servido para este propósito. Los capítulos son viñetas y como ya hemos mencionado, sirven para estimular la imaginación y la reflexión en Bocquet. Pero lo que pudiera parecer un escenario para una obra de teatro, se convierte en una representación de la pasión en la que Bocquet se mueve de escena en escena: las vistas, los lugares, los horarios, los tiempos, la respuesta de la multitud, le hablan de la pasión de Jesús. Hay incluso una atmósfera apocalíptica porque la música del ejército prusiano involucra a la multitud, pero también

recuerda que la masacre del 26 de mayo de 1871 tuvo lugar en la última parcela de tierra del París liberado por el ejército francés invasor. Bocquet ha debido reflexionar mucho sobre el abrupto final del Evangelio de Marcos, porque ese es su final.

El lector debe recoger los elementos mientras una banda se reunía para retirar los cuerpos de las víctimas, vaciándoles los bolsillos antes de arrojarlas a una fosa hasta la mañana siguiente cuando vinieran las familias, incluida la familia SSCC, para recuperar los restos, recoger los trozos... como siempre se hace.

Capítulo I

LA COMUNA DE PARÍS

Pocos acontecimientos históricos de tan corta duración y tan total fracaso han tenido tanta resonancia en Francia y en todo el mundo.

Mientras Karl Marx y Engels, los padres del marxismo, emitieron los juicios más duros sobre la Comuna y temieron que comprometiera la causa de la revolución universal durante mucho tiempo, ahora por un cambio total, sus discípulos la saludan hoy como un episodio memorable y glorioso en la lucha del proletariado por su emancipación. La Rusia soviética ha proclamado su aniversario como fiesta oficial y ha dado el nombre de "Comuna de París" a uno de sus cruceros. En nuestro país, los partidos de izquierda se reúnen cada año en el "Muro de los Federados", en el cementerio de Père Lachaise y saludan en su lucha y su sacrificio la promesa del mañana que cantan.

Con un espíritu completamente diferente, los católicos también hacen la peregrinación a la Capilla de los Rehenes, calle Haxo. Los consideran mártires y esperan con confianza el juicio de la Iglesia. Los veintitrés sacerdotes y ocho laicos ejecutados por la Comuna por odio a la fe y al sacerdocio, incluso les parece que constituyen uno de los episodios más llamativos de esta eterna persecución que de siglo en siglo siempre ha dado mártires a la Iglesia. Nunca tal vez hemos visto agrupados alrededor del obispo y formando corona, diversos representantes del clero secular, de las diferentes órdenes religiosas y de los laicos.

Así con Mons. George Darboy, arzobispo de París, Mons. Surat, vicario general; Deguerry, párroco de la Madeleine; Bécourt, párroco de Bonne-Nouvelle; Sabattier, segundo vicario de N. D. de Lorette;

Allard, director de obras; Seigneret, seminarista tonsurado. - Después los padres jesuitas Olivain, superior de la calle de Sèvres; Ducoudray, rector de Ste Geneviève; Clerc, Caubert, de Bengy; Planchat, de los hermanos de San Vicente de Paul, director de patronato; Houillon, de las misiones extranjeras de París, -10 años de Tíbet; - los padres de los Sagrados Corazones de Picpus, Radigue, Tuffier, Rouchouze, Tardieu, que son el tema de este libro; los padres Dominicos de la Tercera Orden enseñante: Captier, Bourard, Cotrault, Delhomme y el hermano diácono Chatagneret, del colegio de Arcueil. Finalmente los laicos al servicio de esta casa: Gauquelin, profesor; Voland, supervisor; Marcé, Gros, Dentroz, Cathala, empleados. Un resumen de la Iglesia...

Ante interpretaciones tan divergentes del mismo acontecimiento histórico, ¿dónde está la verdad?

¿Era la Comuna de París esa heroica epopeya de trabajadores que se sacrificaron para liberar a sus hermanos de la miseria? En este caso la presión antirreligiosa no habría sido más que un episodio despreciable, incluso deplorable, a figurar en el activo de una pequeña minoría de exaltados y de la escoria, como sucede en toda revolución.

La Comuna es un acontecimiento demasiado complejo para abarcarlo en un solo capítulo. Es necesario, sin embargo, para la inteligencia de este relato, después de un breve recordatorio de los acontecimientos y sus causas, abordar al menos estos dos puntos, demasiado a menudo descuidados: "¿Por qué y cómo nació el mito de la Comuna? ¿Cuál fue la política religiosa de la Comuna, tal como aparece en sus actos oficiales, en la opinión de sus propios periódicos y clubes, en la conducta de sus hombres cualificados?".

El surgimiento de la gran industria ha cambiado las condiciones del trabajo. Supo multiplicar la riqueza, pero no supo distribuirla. Organizó la producción, pero no se preocupó del bienestar del trabajador. Las excesivas horas de trabajo, la inseguridad del empleo

y los salarios de hambre crearon el proletariado. Por todas partes en la clase obrera hay una fermentación. Poco a poco va tomando conciencia de su fuerza; descubre que su única esperanza está en la revolución y en la toma del poder. Entonces explota y derriba gobiernos: Charles X en 1830, Louis Philippe en 1848.

En ninguna parte, como en París, se dan reunidas condiciones tan favorables para convertirlas en un caldo de cultivo de los más activos: acumulación excesiva de trabajadores que se ha visto reforzada por la reciente anexión de los suburbios cercanos; despliegue de lujo, de placeres, de especulación de una capital a la que afluyen un país y un continente en plena expansión, poderoso movimiento de ideas tanto entre los trabajadores como entre los intelectuales para construir un mundo más justo y fraterno. Y de repente, sobreviene el desastre del imperio y la crisis económica que precipitan los acontecimientos.

La derrota y la capitulación del ejército revelaron la mentira de esta brillante fachada del Imperio. Las miserias de un asedio de ciento treinta y seis días (septiembre-enero), la hambruna, el desempleo exasperan a la población. Medidas fiscales desacertadas (pago de los atrasos de alquiler, supresión del pago de la Guardia Nacional, para muchos los treinta centavos son su único recurso) empeoran su suerte y se consideran una vejación. La entrada de los prusianos como vencedores, indigna como una afrenta intolerable. La decisión de transferir el gobierno a Versalles hace gritar traición.

Se lanza una palabra mágica: "El ejército ha sido derrotado sin luchar pero París salvará Francia". París sueña con orgullo en su ejército, más urbano que nacional, que tiene un armamento formidable. Las amenazas ya señalan: "En caso de que la sede del gobierno sea trasladada a otro lugar, la ciudad de París debería constituirse en república independiente".

El país, sin embargo, no sigue a su capital. Está por la paz y la monarquía, mientras París sueña con la guerra y una república. El

partido republicano, consciente de ser minoritario, trata de retrasar las elecciones.[8] La derecha logró apresurarlas. Se eligen cuatrocientos monárquicos contra doscientos republicanos.

Comprendiendo el peligro que representa la guardia nacional, el gobierno ordena a las tropas regulares retirar los ciento setenta y un cañones dejados en Montmartre. La operación se lleva a cabo mal. Suena la alarma y la llamada a las armas. Las tropas fraternizan con los rebeldes. Los generales Thomas y Lecomte son fusilados. El gobierno, para reprimir mejor los disturbios, prefiere dejar que continúen y se retira a Versalles. Los federados ocupan el Ayuntamiento, la Prefectura de Policía, el Palacio de Justicia. El 18 de marzo marca el inicio de la Comuna, aunque no se proclamó hasta el 28, después de las elecciones que dieron la mayoría a los extremistas, gracias a las abstenciones.

La Comuna dura únicamente 70 días, del 18 marzo al 27 de mayo de 1871. En estas pocas semanas, París vive las horas más dramáticas de su turbulenta historia. En cuanto cesa el terrible asedio contra los alemanes, comienza un nuevo asedio, esta vez apoyado por las fuerzas revolucionarias contra el ejército regular: a la guerra extranjera sucede la guerra civil, que se combina con una guerra interna.

La Comuna es incapaz de darse instituciones válidas. Los 72 elegidos con el título de delegados han formado un comité central. Se dividen en 10 comisiones, que reemplazan a los ministerios (29 de marzo). Un mes después, se reorganizan. Los jacobinos[9] ya sólidamente establecidos, concentran el poder en sus manos (21 de abril). Votan la creación de un Comité de Salud Pública: es una verdadera dictadura (15

[8] La elección tuvo lugar el 26 de marzo de 1871.

[9] Jacobinos, representantes de la memoria terrorista de la Revolución Francesa (1793-1800) alimentaron una de las corrientes de la ideología de la Comuna a favor de la liberación de toda Francia. Estaban alineados con los Blanquistas. Jules Miot, que visitó al padre Tuffier, era un viejo jacobino de la Revolución de 1848. (Alistair Horne, *La caída de París*, capítulo 22, "El retorno de los jacobinos", págs. 327-343.

de mayo). Las rivalidades continúan y algunos comités, como el de la Guardia Nacional, nunca han podido ser eliminados.

Mientras se lucha por las fortificaciones, sobre la población pesa un régimen de terror: las cárceles se llenan de sospechosos, se designan rehenes; un decreto les permite fusilarlos en represalia. El 21 de mayo, las tropas entran en París por Auteuil sin disparar un solo tiro. El lento progreso da tiempo a los federales a recuperarse. Algunos venden caras sus vidas, otros solo piensan en la venganza. En varias ocasiones los rehenes son ejecutados. Al mismo tiempo, se prende fuego intencionadamente a palacios nacionales, edificios públicos, distritos elegantes.

El horror y también el miedo causado por estos ataques conducen a una represión despiadada: más de dieciséis mil federados perecieron en combates callejeros y casi tres mil quinientos fueron fusilados; siete mil fueron encarcelados o deportados, mientras que la mayoría de los líderes escaparon de la represión. Así diezmado y desacreditado, el partido revolucionario se encuentra durante mucho tiempo en la imposibilidad de actuar.

Por todo esto nadie juzgó a la Comuna más severamente que los fundadores del marxismo y el bolchevismo. Karl Marx y su amigo Engels habían seguido los acontecimientos con una esperanza indiscutible. Por primera vez sus seguidores estaban tomando medidas. Pronto se desencantaron.

"La Comuna de París ha demostrado que la clase trabajadora no ha podido controlar por completo la máquina del Estado y ponerla en marcha a su voluntad", admite Marx sin rodeos. Los jefes son quienes tienen la responsabilidad, declara a su vez Engels: "La Internacional no movió un dedo para hacer la Comuna". Sí, la empresa se llevó a cabo de una manera insensata, continúa Marx: "Con una pequeña dosis de sentido común, la Comuna podría haber

obtenido un compromiso útil para toda la masa del pueblo, lo único que era posible conquistar en ese momento".

Falta de madurez de los trabajadores, apatía e ineptitud de los jefes, desprecio por el progreso social real, tal es el balance de la Comuna, según los fundadores del marxismo. Trotsky se hace eco de este juicio: "Si el 18 de marzo el poder cae en manos del proletariado de París, no es porque este último haya tomado conscientemente este poder, sino porque sus adversarios habían abandonado París."

Benoît Mahon, miembro de la Comuna, había expresado su decepción: "Esta es la tercera derrota del proletariado francés". (La primera en 1850 solo había servido para hacer subir al trono a Louis-Philippe, el rey burgués. La segunda en 1848 había sido sofocada por el golpe de estado de Napoleón III. Y ahora llegaba la tercera derrota después de solo dos meses de combate). ¿Se habrían equivocado Marx y Engels en su análisis del mundo capitalista? Analizaron con lupa los acontecimientos, las instituciones y los hombres y a la luz de esta experiencia fallida, formularon en "La dictadura del proletariado" las leyes de la toma del poder por el pueblo. Sin embargo, reconocen a la Comuna de París "haber despertado interés por Francia entre la población trabajadora de todo el mundo". La legendaria historia de la Comuna ya se estaba formando.

La muerte, la deportación, el exilio habían reducido notablemente las filas de quienes formaban el ala mercantil de los trabajadores. Las organizaciones que ellos tenían se habían derrumbado. En este punto, quienes lideraron la represión tenían razón. Se les había escapado sin embargo, que la desgracia a menudo da una aureola y crea un espejismo. Los jefes que habían cruzado la frontera se reunieron en el extranjero. Con el paso del tiempo y el exilio, sus historias trasladaron a hombres y acontecimientos al plano del ideal, donde las faltas y los crímenes se desvanecen. A través de tácticas políticas, el partido republicano en el poder estaba preparando la amnistía de los

condenados. Así se llegó a revisar los juicios y a proporcionar a los hechos una explicación diferente. Para relanzar la lucha social, los nuevos líderes tenían todo el interés en velar la derrota, transformándola en una epopeya. Los extranjeros siguieron su ejemplo con facilidad porque tenían dificultad para comprender lo que había habido de específicamente francés y parisino en esta lucha. Así nació este *mito de la Comuna*, cuya palabra misma fue tomada de la leyenda revolucionaria.

Si la interpretación de un hecho tiene un lugar marcado en la historia de este hecho, sin embargo, no debería enmascarar la verdad. La Comuna de París quiso ser tanto un tribunal que juzgara al viejo mundo como una constituyente que preparara el mundo nuevo, una asamblea que discutiera los problemas y un gobierno que dominara las situaciones, una capital que quiso imponer por las armas su visión a todo el país y que se dejó desgarrar por las facciones. No supo ni fijarse una tarea acorde con sus fuerzas ni darse a sí misma las instituciones capaces de llevarla a cabo, ni especialmente elegir sus hombres y prepararlos para la acción.

Por la potencia de su acción y la amplitud de su destrucción, la Comuna se asemeja a los temblores sísmicos que revelan la fragilidad de la corteza terrestre, así como al poder de las fuerzas subterráneas que la socavan. Así desvela de golpe los puntos débiles de la Iglesia en Francia y el largo trabajo de zapa emprendido bajo el régimen que la favorecía oficialmente.

Junto a una verdadera expansión del catolicismo en Francia bajo el Segundo Imperio y a pesar de las numerosas pruebas de vitalidad que dio: abundante reclutamiento en seminarios y órdenes religiosas, florecimiento de obras piadosas y caritativas, parte preponderante que el país asumió en misiones lejanas, conquista y organización de la libertad de enseñanza..., se constata sin embargo que una fracción significativa de los intelectuales y del mundo obrero escapó a su influencia. Queda

por explicar cómo la guerra abierta contra la Iglesia y la persecución violenta han sido una de las características dominantes de la Comuna.

Aparte de una breve reconciliación en 1848 cuando se pensó que la Iglesia con el catolicismo social de Lamennais iba a apoyar el movimiento por la emancipación proletaria, el partido republicano siempre fue decididamente hostil a la Iglesia católica. Existía, declaró él, entre ambos una doble oposición. Una oposición histórica: la alianza secular entre el trono y el altar puso a la Iglesia del lado de los opresores y lógicamente condujo a su desaparición junto con la de los antiguos poderes. Además, había una oposición fundamental entre los dos: dos visiones del mundo opuestas. Una buscaba la glorificación de Dios y esperaba de él la revelación de verdades esenciales y la otra quería la glorificación del hombre y admitía solo las verdades descubiertas por la ciencia y la razón.

La Iglesia, por lo tanto, se convirtió en el enemigo número uno. Para destruirlo surgieron dos corrientes. La de la guerra fría, defendida por Quinet: no se puede contar con deshacerse del catolicismo por la fuerza, tan grande sigue siendo su imperio en la nación y viva en la gente la necesidad de religión. Primero hay que hacer que se la olvide. Será el papel de la escuela. De ahí la importancia del Ministerio de Educación. Este plan para la descristianización progresiva bajo capa de legalidad y moderación, unió a los intelectuales e inspiraría a toda la Tercera República.

Por el contrario, Blanqui predica la guerra abierta y despiadada contra la Iglesia, cuyo programa: Ni Dios ni Maestro no acepta la espera. Blanqui encarna las aspiraciones de la gente común, sus reivindicaciones, sus sueños. A tal punto es el alma de la Comuna que sus dirigentes, bajo la instigación de Rigault, proponen la liberación del obispo Darboy, del presidente Bonjean, de otros rehenes destacados a cambio de la liberación de Blanqui, que ha caído en manos de los de Versalles. Thiers, que conoce la importancia del

antiguo líder para los insurgentes, se niega: "Mejor envíenles un escuadrón", responde.

Lo siguen Rigault, prefecto de policía, luego delegado de seguridad general; Ferré, su alter ego y su sucesor; Protot, delegado de justicia y redactor de la ley sobre los rehenes; Da Costa, Levraud, Miot, Eudes, Gois... por mencionar solo a los que están íntimamente involucrados en la historia de los Mártires de Picpus. A ellos es a quienes la Comuna debe el hecho de haberse convertido en una réplica deliberada del terror revolucionario [de 1793].

Sin embargo, durante los seis primeros meses de la república, de septiembre a marzo, la Iglesia experimentó un cierto respiro. El gobierno se opuso enérgicamente a que no se respetaran los edificios de culto ni los sacerdotes. Sin embargo, dio algunas garantías a su ala mercantil: la expulsión de los Hermanos de la Enseñanza en el distrito XI y, sobre todo, permitió que los clubes y los periódicos se desencadenaran contra la Iglesia y conversaran cada día sobre la guerra civil y la incitación al asesinato.

Todo cambia con la proclamación de la Comuna. Desde el día siguiente, 29 de marzo, cuando se organiza de forma colegiada suprime la dirección de los cultos que adjudica, el hecho tiene su importancia, a la Seguridad General.

Solo tiene cinco días de existencia y el 2 de abril, aparece el decreto que establece la separación de la Iglesia y el Estado y la confiscación de los bienes del clero:

> *"Considerando que el primer principio de la República Francesa es la libertad; considerando que la libertad de conciencia es la primera de las libertades; considerando que el presupuesto para el culto es contrario a este principio, ya que se impone a los ciudadanos contra su propia fe; considerando de hecho que el clero ha sido cómplice de los crímenes de la monarquía contra la libertad, decreta:*

Art. 1º: La Iglesia está separada del Estado.

Art. 2: El presupuesto de cultos se elimina.

Art. 3: Los denominados bienes "manos muertas", pertenecientes a las congregaciones religiosas, muebles e inmuebles, se declaran propiedad nacional.

Art. 4: Se realizará una investigación inmediata sobre estos bienes para determinar su valor y ponerlos a disposición de la nación".

Los considerandos arrojan luz sobre los procesos e ideas de la Comuna. De un principio de derecho general, la libertad, saca una conclusión práctica, contraria tanto al derecho natural como al derecho internacional: en comparación de la confiscación por el Estado de los bienes del clero, ha sido instituido el presupuesto de los cultos conforme al concordato, tratado, firmado en debida forma con la Santa Sede. Aún más grave es la acusación contra la Iglesia de complicidad, de crimen contra la libertad. Es para desterrarla de la sociedad. Además, los artículos 5 y 4 legalizan los registros y las incautaciones. Así no se pierde tiempo en cuanto se trata de una guerra religiosa y se presta poca atención a la forma: la Comuna se convierte al mismo tiempo en asamblea legislativa y en tribunal.

La misma semana, el Diario Oficial publicaba el 5 de abril otro decreto, llamado de los rehenes. El día anterior Duval, delegado de la Comuna, había sido capturado en una desgraciada salida de los federados y fusilado inmediatamente, mientras que otro delegado, Flourens, había sido asesinado con una espada. Rigault aprovechó la emoción generada por esta ejecución para votar en sesión de noche, un decreto autorizando a elegir y fusilar rehenes en represalia. Protot, delegado de justicia, redactó el texto. En sí mismo era solo una medida general sin referencia a la Iglesia. De hecho, iba dirigido en su contra: desde la perspectiva de la Comuna que se proclamaba atea y combatía contra los campeones de la monarquía y el catolicismo de Versalles, los sacerdotes eran rehenes de elección, como pronto se vio. Rigault

no se escondía y el fallo de Protot se explica por su anticlericalismo. El decreto declaraba:

> *"Toda persona advertida de complicidad con el gobierno de Versalles será acusada y encarcelada de inmediato...*
>
> *Toda ejecución de un prisionero de guerra o de un partidario del gobierno regular de la Comuna de París será seguida inmediatamente de la ejecución de un número triple de rehenes... elegidos por sorteo".*

El decreto anterior del 2 de abril, acusándolo expresamente de complicidad, designaba automáticamente al elegido para servir de rehén. Además, los rehenes quedaban entregados a la arbitrariedad.

El 21 de abril los blanquistas aprovecharon la desorganización de las comisiones para colocar a sus hombres en puestos clave. Rigault dejaba la Prefectura a su amigo Cournet para convertirse en Procurador de la Comuna. Al día siguiente, el 22, Protot hace votar la creación de un tribunal revolucionario. El 28, se establece el Comité de Seguridad Pública, el 17 de mayo Rigault vuelve a la carga y solicita que "el decreto del 5 de abril se ponga en ejecución inmediatamente".

Los días de la Comuna están contados, pero en menos de siete semanas ha tomado toda una serie de medidas excepcionales contra la Iglesia. El instrumento está forjado. Solo le quedan 10 días para usarlo, 10 días de derrota y, por lo tanto, de resentimiento y venganza.

Algunas veces se ha tratado de minimizar la influencia de la prensa. Violencia verbal, se ha dicho. Eso es olvidar que toda la publicidad moderna se basa en la repetición de ciertos lemas que, a fuerza de promocionar un producto, lo imponen al público. Fue la prensa la que hizo las elecciones del 26 de marzo y dio la mayoría a los extremistas. Por debilidad, también por connivencia secreta, el gobierno había dejado que los periódicos se volvieran contra la Iglesia, mientras que el estado de sitio le daba los medios legales para

contenerla. En su política miope, esperaba desviar sobre ella los golpes de sus oponentes y fue la primera víctima de la tormenta que no se había atrevido a controlar.

La Patria en peligro, órgano de Blanqui, establece el tono el 13 de septiembre de 1870: "El papel del clero está completamente trazado, que todos se vayan, monjes y sacerdotes, especialmente los primeros que invaden la capital y se mueven con una arrogancia fuera de lugar, gruesos y desocupados, entre los ciudadanos armados. La Comuna de Lyon ya ha tomado medidas enérgicas contra la población de monjes y jesuitas que durante mucho tiempo invadían la ciudad. Han demostrado que la idea revolucionaria es una con la idea filosófica del ateísmo y la libertad del pensamiento*"*.

19 de septiembre: "Los ciudadanos no serán verdaderamente libres hasta el día en que envíen al último de los sacerdotes a reunirse con el último de los reyes en la tumba. El pueblo de Lyon no contemporiza, irá directamente a los aristócratas y a los sacerdotes".

2 de octubre: "Estamos entre los que han declarado la guerra a Dios y a los reyes, al déspota del cielo como a los de la tierra. Tres resoluciones han fallado sucesivamente en el intento de derribar al Ser Supremo y sus seguidores. Tomaremos medidas para garantizar que esto no suceda a la cuarta".

26 de octubre: El editor cambia, Lafayette sucede a Reynard, el tono sube, el estilo se vuelve apocalíptico: "Por un lado, las faunas y la flora de la luz y la brisa. Por otro lado, criptógamas venenosas y bestias monstruosas. Entre estos, el peor es el sacerdote. A su lado, la salamandra y el murciélago son atractivos. De todos los cultos, el mejor no vale un perro muerto. Pobre humanidad, ¿debes perecer en el sudario que ha tejido el Infame? Audacia y enojo. Enojo y audacia, o estás muerto. La liberación es a costa de un esfuerzo supremo y terrible. Terrible, ¿lo oyes bien? ¡Manos a la obra! Es decir al combate

a ultranza. Revolución, reacción: es preciso que uno de ellos permanezca en la arena. Sin piedad. ¿Qué haces con un montón de turba? Se le prende fuego. ¿Qué hay de la carroña? La tiramos por el camino".

Sobre este tema: llamada de atención a la Iglesia y al sacerdote, unanimidad en torno a la que se orquesta toda une campaña de prensa. Abundan los periódicos pequeños, hojas efímeras, a menudo con pocos ejemplares, porque la guerra entre clanes rivales es implacable y la Comuna es el menos liberal de los regímenes. Renacen inmediatamente bajo un nuevo nombre. Los más representativos son los de dos centavos: *Le Mot d'Ordre*, de Rochefort; *Le Vengeur,* de Pyat; *L'Ordre*, de Vermorel; *L'Ami du peuple,* del mismo. De un centavo: *Le Cri du Peuple*, de Jules Vallès; *La Sociale*, de Mme Andrée Léo; *Le Salut Public*, seguido de *La Montagne,* del periodista-poeta Marotteau.

La nota cómica no falta. Vial, un muchacho boticario de Asnières, informa con la mayor seriedad el 9 de abril que en el interior mismo de los proyectiles de Versalles había pequeñas medallas de plomo, dentadas en los bordes, con la efigie de santa Genoveva, patrona de París por un lado y, por el otro, la de Ntra. Sra. de la Liberación. Una lluvia de obuses puede suceder porque hay guerra ¡pero una lluvia de medallas es fanatismo! Este es el nivel: el anticlericalismo tiene la prensa que merece.

Pero también la nota trágica. Marotteau escribe en La Montagne el 22 de abril: "Tachemos a Dios. Los perros ya no se contentarán con mirar a los obispos; nuestras balas no se aplastarán sobre los escapularios; no se levantará ni una voz el día en que se fusile al arzobispo Darboy. Hemos tomado a Darboy como rehén y si no nos devuelven a Blanqui, morirá. La Comuna lo ha prometido y si dudara, el pueblo mantendría su juramento. Temo por Mons. Arzobispo de París". Un mes más tarde, al atardecer, una banda de blanquistas fusilaba al arzobispo en el camino de Ronde de la Roquette.

El Père Duchesne es el más feroz y el más leído (60.000 ejemplares). Fundado por Humbert, Vermersh y Vuillaume, lleva una viñeta, diseñada por Rigancy, de un revolucionario sentado sobre adoquines; a sus pies se encuentran coronas, mitras y báculos, con la divisa: la República o la muerte. Es fiel a ella. Hay que gritar: "¡Al sacerdote!, como se grita ¡al lobo! De una vez por todas, debemos poner fin". Su grosería hace imposible citarlo.

La historia de los mártires de Picpus ofrece un ejemplo de campaña de prensa bien orquestada. El 5 de mayo, *Le Mot d'Ordre*, de Rochefort, anuncia que se ha descubierto un crimen odioso en el convento de Picpus y que al día siguiente dará más información sobre estos horrores: infanticidios, secuestros, torturas. El 6 aparece un gran titular de 4 columnas: *Los Misterios del Convento de Picpus*, del que se hizo una edición separada. "Pregunten por los crímenes de las Congregaciones; pregunten por los misterios de Picpus", gritaban los vendedores por toda la capital. Ese mismo día, *Le Cri grito du Peuple*, *Le réveil du Peuple*, *La Comuna* siguen el ejemplo y de igual modo al día siguiente *L'Étoile, La Estafette.* El día 9, *Le Mot d'Ordre* vuelve a la carga y refuta los desmentidos que aportan los periódicos nacionalistas; el 14, llama al rescate a la prensa extranjera, como *Le Times*. La multitud se precipita hacia el convento de Picpus.

Sin embargo, hay que reconocer que antes de que los periódicos se desencadenaran, los desocupados ya habían acudido en masa a Picpus. Según el testimonio de la hermana ecónoma, el 29 de abril, más de 2.000 personas invadieron el convento. Al día siguiente había 5.000 y el 1º de mayo 12.000.

¿Cuál era esta fuerza aún más poderosa que la prensa? Fueron los clubes y los comités locales.

La Comuna quería hacer de Francia una federación de municipios. En virtud de este mismo principio, era fatal para ella fragmentarse a

su vez. Al comité central respondían los comités de distrito, los comités de barrios y muchos otros comités. Mientras los delegados trataban de hacer prevalecer sus puntos de vista e influencia en el comité central, trataron también de crear verdaderos feudos en su distrito donde hicieron la ley, como Ferré en el XVIII y Ramier en el XX. Sus matones a su vez crearon feudos más pequeños en todo el barrio, como Fenouillas y Philippe en Bercy y Clavier en Picpus. Este nuevo feudalismo tenía sus tropas: los batallones de la Guardia Nacional y sus asambleas locales, que eran los clubes. A estas bandas locales es a las que hay que atribuir el saqueo de las iglesias, su cierre a los fieles y la requisa con fines de defensa. Pero la presencia de los grandes jefes de la Comuna en los clubes y en los registros atestigua el hecho de que tenían el apoyo del poder central y recibían sus consignas de él.

El 30 de marzo, unos agitadores escalan la cúpula del Panteón que domina París; sierran la cruz y plantan la bandera roja. En aplicación del decreto del 2 de abril, nacionalizando la propiedad de la Iglesia, el capitán Journaux con una orden oficial, invade el 4 la archidiócesis y arresta a Mons. Darboy. Por iniciativa propia realizó un registro metódico los días siguientes, acompañado de robo de las puertas y los muebles. Finalmente puso la archidiócesis a disposición de los francmasones para la celebración de sus sesiones.

Los "Vengeurs de Flourens", una banda dirigida por Le Moussu, irrumpen en la iglesia de la Magdalena, por la única razón de que es la parroquia más "chic" de la capital y que su párroco ha sido tutor del príncipe imperial. Su avaricia les hizo descubrir un regalo aún mejor. El 17 de mayo, invaden el famoso santuario de Nuestra Señora de las Victorias y toman posesión de los vasos sagrados, las coronas de la Virgen, incluida una de 90.000 francos-oro.

En San Vicente de Paúl, brindan con los cálices. En St-Leu, se disfrazan con capas y casullas, parodian una procesión, cantan

obscenidades. En St-Laurent, se profanan las tumbas y se muestran los huesos de las jóvenes infelices que, después de haber servido para las orgías de los sacerdotes, fueron emparedadas vivas en los in-pace. "Es una verdadera saturnal de impiedad", dice Lecanuet.

Clavier y su banda asaltan el convento de Picpus, llaman en su ayuda a Protot, Rigault y su estado mayor y lo convierten en su cuartel general. Desalojados por una banda rival, después de un arbitraje dictado por un general, van a establecerse no lejos de San Eloi, cuyo clero encarcelan. Lo organizan como un fortín, con barriles de petróleo y pólvora.

El 19 de abril, *L'Univers* publica una lista de veintiséis iglesias cerradas al culto, diez de las cuales transformadas en clubes. Era la solución ideal para obtener sin desembolso, amplias salas amuebladas y de fácil acceso en las que el órgano, si se necesita, acompaña los cantos revolucionarios. En San Eustaquio, un delegado con un pañuelo rojo sube al púlpito y comienza su discurso con un texto en latín tomado de san Pablo: *"Ecce nunc dies salutis (este es el día de la salvación)"*. En San Sulpicio, los feligreses fuerzan las barricadas y se abren paso hacia el coro y mientras el orador perora en el púlpito, cantan el *Parce Domine*. Los federados cargan contra los fieles, en su mayoría *Hijas de María*, y tratan de dispersarlas. Ellas se reúnen de nuevo, más lejos y reanudan sus cantos de reparación. A su vez, los miembros del club, reducidos al silencio, gritan la Marsellesa. Hay que desalojar la iglesia.

A falta de archivos, los periódicos reproducen la atmósfera con bastante fidelidad. De ellos se sirven los líderes para enardecer a sus partidarios y los ambiciosos para probar su suerte. Los cafés dan juego. Hablar y cantar produce sed. En pequeños grupos se elaboran los planes, se planean los golpes. Hay muchas estrategas de cafetería que reforman la ciudad y construyen el mundo del mañana; se forman comandos de acción que deciden tantear expediciones, hacer cambios

a escala de barrio desde su pequeña experiencia y de sus propios resentimientos.

No menos que en sus actos oficiales, en los órganos de su opinión, en el comportamiento de las masas, la Comuna debe juzgarse por sus hombres más representativos. Aquí únicamente puede tratarse de esbozar el retrato de aquellos que jugaron un papel decisivo en esta historia.

En la cuestión de los Mártires de Picpus, por lo tanto, se mezclaron los principales hombres, como Rigault, Ferré, Protot, Ranvier, que tenían el rango y el cargo de ministros y deben ser considerados como los verdaderos líderes de la Comuna. No solo estos hombres, investidos de las más altas responsabilidades gubernamentales tomaron la iniciativa de que se votaran medidas de excepción contra la Iglesia, sino que también firmaron órdenes que designaban por su nombre a unos simples sacerdotes ancianos y desconocidos para su arresto y asesinato. Además, en varias ocasiones, ellos mismos registraron el convento de Picpus. Sobre este punto se dispone de testimonios plenamente formales.

Otros, como Garraud y François, directores de las prisiones de Mazas y La Roquette; Gois, coronel presidente del Tribunal Militar; Benoît, coronel adjunto del general Bergeret; Levraud, Da Costa, Genton, colaboradores de Rigault y Protot, formaron lo que puede llamarse el alto mando de la Comuna. Fueron elegidos, no por su competencia; la modestia de sus trabajos anteriores no los preparó en modo alguno para asumir responsabilidades similares de la noche a la mañana. Solo sus convicciones y su celo determinaron su elección.

Otros, en fin, como el delegado Fenouillas, el comisario Clavier, el secretario Girault, los capitanes Lenôtre, Dalivour, el jefe de brigada Ramain han buscado responsabilidades por sí mismos. Sorprende las iniciativas que estos funcionarios subalternos se permiten tomar, no menos que las aprobaciones que obtienen de la cúpula.

Estos diecisiete hombres, que fueron los principales actores del drama de Picpus, son por lo tanto eminentemente representativos de la Comuna. ¿Pero qué se hace cuando se quiere estudiar un producto científicamente? Se toman muestras en diversos puntos de la totalidad, que se analizan y se someten a pruebas adecuadas. Según los resultados obtenidos, se puede emitir un juicio justificado sobre el producto.

Raoul Rigault, nacido en París en 1846 en una familia burguesa, es el tipo de bohemio revolucionario. Inteligente, perezoso, necesitado, parásito, es el estudiante eterno que vive como puede, perora en los cafés, escribe en pequeñas hojas, conspira contra el Imperio. Encarcelado, consigue una aureola entre sus compañeros de prisión gritando: ¡viva la guillotina! La República lo saca de la prisión y lo nombra comisario de policía. Desde ahora practica arrestos arbitrarios. Incluso el 31 de octubre de 1870 intenta apoderarse del Ayuntamiento. El fracaso lo obliga a renunciar, pero rápidamente se ensilla de nuevo. Dos días después de los disturbios del 18 de marzo, consigue la mejor parte, la Prefectura de Policía. Debe cedérsela a su amigo Coumet el 24 de abril para convertirse en delegado de la seguridad. El 1º de mayo, cuando se crea el Comité de Salud Pública, toma el título de Procurador de la Comuna.

Bajo de estatura pero de constitución fuerte, con barba y reajustando cuidadosamente su monóculo, a los 25 años realiza el sueño de su vida: llegar a ser un nuevo Fouquier-Tinville. Profesa la mayor admiración por Hébert, miembro de la primera Comuna, y su periódico Le Père Duchesne, que se sabe de memoria. Su conocimiento de la bohemia y del inframundo lo convierte en el reclutador de los esbirros utilizados por la Comuna para su trabajo sucio. Tiene palabras mordaces. Preguntando a un padre jesuita: "¿Cuál es tu profesión?", "Siervo de Dios". (*Fríamente*) "¿Dónde vive tu jefe?", "En todas partes". "Escribano, apunta: Un tal que dice ser siervo de un cierto dios vagabundo".

Él da esta definición de revolución: "Su criterio es la muerte de los sacerdotes. Mientras haya hombres que pronuncien el nombre de Dios, habrá disparos". Al obispo Darboy, que le preguntó el motivo de su arresto: "Nos habéis controlado durante dieciocho siglos. Es hora de que esto termine". Le gusta practicar el humor negro. Al padre Crozes, que le pide visitar a un amigo en la cárcel, le firma una orden de encarcelamiento que lo hace encerrar.

Por orden suya fueron arrestados el Arzobispo, el presidente Bonjean y los jesuitas. Firma bastantes arrestos, como puede verse en los registros de las prisiones, entre otros los de los padres de Picpus. "¿Quieres confesar?" pregunta a su viejo amigo Chaudey. "Estás bromeando". "Es que vas a morir".

Él mismo ordena el fuego, espada en mano, siguiendo el rito. Capturado el 24 de mayo en la calle Gay-Lussac, le fusilaron en el acto, pocas horas antes de que muriera el obispo Darboy.

Théophile Ferré tenía 26 años. De estatura casi diminuta, con la cara desapareciendo bajo su barba y patillas, los ojos negros oscuros protegidos por gruesas gafas, Ferré, sin embargo, no se prestaba a sonreír. Imponía. La fría e impenetrable máscara denotaba una resolución feroz. Tenía una cuenta personal que saldar con el Creador que lo había hecho tan pequeño. Estaba dispuesto a destruir el mundo si no podía reconstruirlo a su manera: "1793, 1820, 1848 no han sido nada. Esta vez tendremos que caminar con sangre hasta los tobillos. Si nos quitan las armas, tendremos antorchas", decía con desenvoltura golpeando el tapete con su fusta. Ferré había conocido a Rigault en Ste Pélagie. Él también soñaba con un papel, pero por su tamaño le llevaría más tiempo conseguirlo. Sin embargo, a la cabeza del comité de vigilancia del distrito XVIII, parece haber tenido una parte decisiva en los disturbios del 18 de marzo. Como delegado de este distrito lo convierte en su fortaleza y se une a la comisión de seguridad como alter ego de Rigault.

El desastre le da un papel a la medida de su ambición. Sugiere cortar los puentes de la ciudad, trasladar a los rehenes allí y hacer de la isla la tumba de la Comuna. El 22 de mayo ordena a los directores de salud y de la Roquette "fusilar inmediatamente a los gendarmes, sacerdotes y otros". Los directores se oponen a ello. El 24 firma la orden de fusilar al Arzobispo, al Presidente del Tribunal de Casación y a cuatro rehenes de su elección y con su sable ordena el fuego. Él mismo firma el proceso verbal.

El 27 da la orden de sacar de la Roquette a los gendarmes y sargentos de la ciudad que estaban encarcelados allí. Pero estos, informados de la masacre de la víspera en la que 40 de los suyos han perecido, se niegan. Ferré libera entonces a 167 detenidos de derecho común y quiere lanzarlos contra ellos. Cambia de opinión y saca a 1333 soldados encarcelados en la Petite Roquette. En el camino, el ejército de Versalles los libera. Ferré busca huir disfrazado de mujer y con una peluca. Reconocido y arrestado, es llevado ante el tercer Consejo de Guerra y fusilado el 28 de noviembre de 1871 en Satory.

Un joven de 25 años, alto, delgado, huesudo, sin apariencia, sin barba salvo la sombra de un bigote incoloro, con un gorro de la Guardia Nacional decorado con tres galones porque estaba al mando del 217º batallón, que no quería dejar la chaqueta con la que había hecho la campaña como mariscal de campo, rodeado por media docena de individuos sucios y despeinados, con dudosas guerreras o blusones de uniforme, éste es Protot, el ministro de justicia de la Comuna.

Es el responsable de dos de las medidas más arbitrarias de la Comuna; propuso y redactó el decreto de Rehenes, propuso y e hizo votar la creación de un Tribunal Revolucionario. Aunque era la máxima expresión del poder judicial, él mismo realizó las búsquedas. Está claramente presente en Picpus, según Da Costa, sustituto de Rigault, el 12 de abril, día del arresto de los trece padres, y el 5 de mayo, esta vez con Rigault y Cournet, prefecto de la policía, en el arresto de los quince

hermanos que quedan y de las ochenta y cuatro religiosas. También está presente en San Lorenzo y en Ntra. Sra. de las Victorias. Según el testimonio de sus amigos y admiradores, su ciego anticlericalismo explica estos inusuales procedimientos.

Gabriel Ranvier tenía 43 años. Pintor sobre laca, fue un buen artesano al que un incidente de fabricación había arruinado. A partir de entonces entró en la política y se convirtió en un miembro influyente del comité central. Fue él quien el 28 de marzo pronuncia el discurso inaugural y proclama: "El Comité de la Guardia Nacional entrega sus poderes a la Comuna".

Es el alma de Belleville y en los últimos días, organiza la resistencia en la orilla izquierda. Como tal, firma el traslado de los rehenes de Mazas a La Roquette. Tiene el control de ellos, hace visitas frecuentes y se complace en pasar revista a los gendarmes y al personal de mantenimiento de la paz prisioneros. Fue él quien da la bienvenida al Ayuntamiento de Belleville a los 50 rehenes conducidos por Gois. "Hay que fusilarlos a todos, pero no quiero que se haga en el ayuntamiento". Firma la orden para llevarlos a la calle Haxo. Después se pone de acuerdo con Ferré para someter a los otros rehenes a la misma suerte. Logró, sin embargo, salir al extranjero y amnistiado regresó a Francia.

Hay un enigma en Gois. Solo se habla de él en el Consejo de Guerra en el último cuarto de hora e incidentalmente. Este Gois, joven comerciante de vinos, conocido como "Rejilla de alcantarilla" y ascendido a coronel de estado mayor, tiene las responsabilidades más pesadas. Él es quien toma la iniciativa de exigir los 50 rehenes y los lleva a la calle Haxo donde serán fusilados.

En cuanto al coronel Bénot, de oficio ayudante de carnicero, obtiene su perdón. Sin embargo, es él quien dio la orden en la calle Haxo por su propia voluntad y disparó contra el grupo. Encargado de quemar las Tullerías, no quiso dejar que nadie más prendiera el

fuego. Una vez cumplido su crimen, sube a la terraza del Louvre con su jefe el general Bergeret, para disfrutar del efecto producido.

Fenouillas, dicho Philippe, estaba a cargo de la venta de locales para hostelería. Delegado del distrito XII, propuso al clero de San Eloi alquilar la iglesia parroquial por 4.000 francos-oro la nave central y 2000 por las naves laterales. Da Costa le atribuye la iniciativa del registro de Picpus. Desplazado por una banda rival, fue a sembrar el terror en Bercy.

Clavier es solo un modesto comisario de policía que arresta a los padres de Picpus. Pero pronto su audacia no tiene límites: es uno de los que sacan al banquero Jecker de la cárcel para ejecutarlo. Ayuda a Gois a exigir que les sean entregados los 50 rehenes y los conduce a la muerte. Todo esto sin una orden judicial. Intenta incendiar San Eloi, que ha llenado de pólvora y petróleo. Refugiado en Londres, sigue enviando cartas amenazantes al clero y a los Padres.

Su secretario Girault, que le ayudó al principio, le sustituye gradualmente en Picpus y San Eloi. Secuestra al vicario Majewsky durante varios días en una estrecha bodega llena de botellas rotas. Absuelto será diputado de París, así como Da Costa será el autor de una gramática francesa que será ampliamente difundida.

Garraud, François, Romain, Lenôtre se describen en otra parte. En cuanto a las bandas que dirigen, uno se edifica al leer los informes del general Cheveret y Rossel, delegado de guerra: "Son vagabundos disfrazados de soldados que transforman en harapos irreconocibles los uniformes que se han puesto; no tienen disciplina, obedecen solo con dificultad a los oficiales que han elegido, deambulan por las calles y cafés, abandonados a la ociosidad". La embriaguez ha alcanzado tales proporciones que Cluseret crea consejos de guerra para reprimirla. Incluso se acusa a Versalles de rociar a las tropas con alcohol al mismo tiempo que con balas. Los testimonios del hermano despensero y del hermano cocinero confirman plenamente esta

sentencia. No faltan las excusas: dos asedios consecutivos, ociosidad, privaciones, desmoralización, pero los hechos están ahí.

De estos rápidos esbozos, cuya justificación se encuentra en las páginas siguientes, se puede sacar una conclusión: estos hombres, con algunas excepciones, eran extremadamente jóvenes. Nada en sus vidas anteriores los había preparado para ocupar los puestos que habían asumido como si estuvieran adjudicados por apropiación. Ninguno de ellos demostró tener dotes de estadista ni de jefe, es decir, saber cómo entender y dominar una situación y cómo encontrar soluciones nuevas y efectivas.

Al contrario, se dejan llevar por sus pasiones. Querían arreglar sus cuentas personales y mezquinas con la sociedad. Se embriagaron de poder y de palabras.

Su anticlericalismo era ciego y atrasado. Copiaron servilmente la política antirreligiosa de la Revolución Francesa en lo que tenía de menos confesable ya que terminó en un fracaso: la Iglesia no fue destruida pero el país quedó irremediablemente dividido.

No solo son plenamente responsables de la intimidación, las detenciones en masa, la masacre de 25 sacerdotes y 8 laicos, por no hablar de tantas otras víctimas, sino que estos crímenes ni siquiera se compensan con un lado positivo, como a veces sucede en la historia.

Capítulo II

LA DETENCIÓN

París se había vengado de la vergonzosa capitulación de Sedan derrocando el Imperio y proclamando la República (4 de septiembre de 1870). Sin embargo, la guerra no se detuvo ahí. Los prusianos marchaban hacia la capital, pero París estaba decidida a defenderse y preparada para soportar un asedio. El ejército en su mayor parte estaba prisionero, así que se convocó una movilización de masas y las nuevas tropas se llamaron "los guardias nacionales". Como los cuarteles no eran suficientes, se requisaron los conventos entre otras cosas.

La casa madre de los Padres de los SSCC tenía, hay que reconocerlo, aspectos para tentar a los militares: el tamaño de los edificios, de los patios, del jardín; su ubicación en la esquina de dos calles de mucho tráfico, calle de Picpus y calle Saint-Mandé y especialmente cercanía de las murallas. No obstante, los 800 hombres del batallón que había que alojar, sobrepasaba considerablemente sus posibilidades. Los dormitorios, las salas comunes, las habitaciones, todo se ocupó, todo quedó cubierto de paja. Los soldados eran improvisados. La disciplina era relajada. Los rigores de un largo asedio de 136 días incitaban al robo y a la lucha por la vida.

Fue un alivio para la Comunidad obtener con el armisticio el levantamiento de la confiscación y la salida de la tropa. Sin embargo, esta no era la opinión de todos los ocupantes. Mientras que la mayoría de los guardias nacionales solo aspiraba a volver a sus casas y reanudar su trabajo, algunos sujetos -precisamente los que se consideraban indeseables- eran reticentes, instalados a su gusto y, cuando se los ponía contra la pared, no hablaban más que de acabar con los curas.

Finalmente, les llegó la orden de vaciar el local definitivamente y sin demora. Ocurrieron algunas escenas extrañas, que luego dieron que pensar. El hermano Stanislas Beunard, encargado de las habitaciones, vigilaba el desalojo. Informó a los guardias que habían olvidado una caja de municiones y rifles en el saloncito del primer piso. No hicieron caso. Volvió a la carga. Igualmente hicieron oídos sordos. Solo cuando amenazó con referirlo a la autoridad, el sargento dio la orden de retirarlo, pero luego explotó: "Ah, quieres tu 93.[10] ¡Pues bien! Lo tendrás".

Si se puede achacar a negligencia el descuido de los uniformes militares, a menudo estropeados, no se puede decir lo mismo de este abandono voluntario de armas y municiones. Era como si estuvieran preparando pretextos para un registro.

El hermano Marin Fouquet, encargado de compras y uno de los más ingeniosos, había mejorado más de una vez las condiciones de unos u otros por medio de regalos o intercambios. Despidiéndose de él, el capitán Valette, relojero de Vincennes, quiso agradecerle dándole el regalo que consideró más útil en este caso: dos pistolas. Como el hermano se negaba, el capitán insistió: "Pronto las necesitarás". Lo que le valió esta respuesta: "Sus pistolas, por buenas que sean, no valen lo que las mías". Y cuando el piadoso hermano dijo esto, le mostró su rosario. Tal vez los superiores no le dieron la importancia que merecían a estos y otros hechos similares. Tal vez los buenos hermanos eran considerados demasiado sensibles o ignorantes de la política. Sin embargo, al mezclarse diariamente con los guardias nacionales que, tomándolos por sirvientes, les hablaban más libremente, los hermanos tenían una idea más precisa de la situación.

[10] Esta mención de 1793 era frecuente y demostraba que, en la mente de muchos, la Revolución y la Comuna estaban vinculadas. Aquí, la referencia a "¿Quieres tú 93?" sería al pensamiento contrarrevolucionario.

Con una desconcertante facilidad, la Comuna triunfaba el 18 de marzo. Menos de quince días después, los registros de lugares de culto y conventos estaban en pleno apogeo. El Viernes Santo, 7 de abril, todas las casas de religiosas del barrio recibían la visita de tres enviados de la Comuna, entre ellos el comisario de Picpus, Clavier: Hermanitas de los Pobres, doble comunidad de las Hermanas de San Vicente de Paúl, donde vivía todavía santa Catalina Labouré (a la que se le había aparecido la Virgen), Damas de Santa Clotilde, Hermanas de la Misericordia, Damas Blancas de la Adoración. Los Padres de los Sagrados Corazones eran los únicos religiosos del barrio: no fueron olvidados. ¿Clavier había elegido deliberadamente el Viernes Santo para mostrar su odio a la Iglesia y su celo por la Comuna? Las visitas, sin embargo, fueron breves y correctas. En las Hermanitas de los Pobres, Clavier no pudo contener su admiración y prometió su protección, como informó al día siguiente en *L'Univers*, el diario de Louis Veuillot. Los Padres eran asiduos lectores del periódico. Se alegraron de haber conocido a un comisario discreto y comprensivo. Sin duda, se habrían decepcionado si hubieran leído en *L'Affranchi* del 9 de abril que se les había incautado en su casa "un artefacto de artillería con bombas en preparación". Pero, ¿quién de ellos compraba estas nuevas hojas que habían estado pululando recientemente, con una circulación limitada por lo demás? ¿Podían haber sospechado que este tímido y sensible comisario resultaría ser uno de los más emprendedores y odiosos agentes de la persecución religiosa, que los arrojaría a todos a la cárcel en pocos días, y que tendría el honor de figurar entre los que los llevarían al piquete de ejecución?

Sabemos por una carta del padre Radigue, cómo juzgó la situación. Era él quien, como prior, gobernaba la Casa Madre, en ausencia del Superior general, que había ido a visitar las casas de las provincias. Al padre Radigue se le plantea un doloroso caso de conciencia. ¿Hasta qué punto es el responsable del encarcelamiento de sus hermanos? ¿Podría haberles ahorrado esta dura prueba? Su carta tiene la apariencia de un alegato; él mismo lo admite. En

realidad, tiene otro nombre: cuenta de conciencia. Como antiguo maestro de novicios, enseñó a sus jóvenes durante mucho tiempo este ejercicio fundamental de la vida interior. Lo practica por su cuenta, porque no se engaña a sí mismo con palabras. Busca ver claro dentro de sí mismo y, al mismo tiempo, clarificar a su superior.

Su carta está fechada en la prisión de Mazas: 1º de mayo de 1871. Primero explica las razones para no huir: "Admito que hoy después de los acontecimientos, actuaría de otro modo; me obligaría a irme; pero entonces la situación era muy diferente: yo no estaba al tanto del peligro que nos amenazaba y veía los inconvenientes de una huida general. Estaba convencido de que los padres mayores y los simples sacerdotes no tenían nada que temer; que las visitas se hacían únicamente para buscar armas, dinero y refractarios; existía peligro únicamente para los responsables de la administración y para los hermanos jóvenes. Estos tenían que tomar sus medidas. Yo me esperaba ser arrestado con el padre Tuffier (el ecónomo), pero estaba decidido a permanecer en mi puesto, porque era para mí un deber de conciencia. Lo que sucedió en otro lugar me mantenía en esta ilusión. Únicamente habían sido arrestadas personas importantes: Mons. de París (arzobispo), el Sr. Deguerry (párroco de la Madeleine), los superiores y ecónomos de los jesuitas; en ausencia del superior del seminario de Saint Sulpice se llevaron al Sr. Icard; varias comunidades de hombres habían recibido visitas sin arrestos. ¿Podíamos pensar que nosotros, los últimos, ignorados por todo el mundo, situados al final de París, donde todo estaba tranquilo, íbamos a correr peligro?

El Padre da, a continuación, las razones que tenía para quedarse: "Estas consideraciones no me dejaban sin miedo; pero si veía suficiente peligro para permitir la huida, no lo veía suficientemente inminente como para ordenarla, especialmente a los sacerdotes, la mayoría de los cuales estaban a cargo del ministerio en varias comunidades. En todas las iglesias de París se mantenía el culto: ¿era necesario dejar a las comunidades sin misas y sin confesiones? No

creí que pudiera hacerlo. Nuestros padres, que estaban todos libres, tampoco lo creían; cada uno permaneció en su puesto por abnegación. Se podrá decir que esta dedicación fue imprudente. Prefiero calificarlo así antes que constatar su ausencia; ¡mejor ser demasiado abnegado que cobarde! ¿Qué no hubieran tenido derecho a decir si todos hubiéramos huido? Solo habría habido un grito de indignación contra nuestra timidez".

En consecuencia, esta es la decisión que pensó debía tomar: "El viernes santo, por la tarde, reuní a los miembros del consejo presentes; éramos solamente cuatro. Expuse la situación... Se decidió por unanimidad que yo debía dar a todos los padres y hermanos la libertad de salir de París. Después de la cena, les informé de esta decisión y les dije que estábamos en una situación muy crítica, que podíamos estar expuestos a los mayores peligros, que todos eran libres de escapar de ella. Asigné los lugares donde deberían ir. Solo tres partieron el sábado por la mañana.

Así, de los 43 religiosos presentes en la casa madre, solo tres se beneficiaron del permiso: dos jóvenes, un estudiante y un converso, y el predicador del retiro, quien una vez que terminó su tarea, regresó a su residencia. Los hermanos conversos formaban dos tercios de la comunidad y le daban su propio sello. Casi sin salir, sin mucho contacto con el mundo exterior en su mayor parte, todos dedicados a la oración y al trabajo manual, llevaban una verdadera vida contemplativa en el corazón de París. Después de esta larga convivencia con la Guardia Nacional, todos comprendían la necesidad de un retiro para renovarse espiritualmente. Lo hicieron fervientemente. Sus almas estaban maduras para la prueba suprema.

El miércoles de pascua, 12 de abril, durante la cena, se oyó pasar a los federales al son de un viejo tambor. Los comensales prestaron oído por un momento. Luego, cuando el desfile se fue alejando, el padre que estaba leyendo ese día en el refectorio continuó la lectura.

La Comuna organizaba este despliegue de fuerzas para intimidar al vecindario, que estaba bastante tranquilo, antes de lanzar sus tropas contra los conventos, especialmente la doble casa de los Padres y Hermanas de los Sagrados Corazones.

Ciertamente no era la élite de sus soldados a la que la Comuna había encargado de esta baja operación policial, sino la escoria de la guardia nacional del distrito XI, como bien podía verse por los números dispares de sus gorros: 3, 32, 50, 204. Poco dispuestos a luchar en la línea del frente donde tendrían que haberse enfrentado a soldados de carrera, se reservaban tareas más lucrativas y menos peligrosas, como registros y arrestos. En cuanto a la ciencia militar, sabían sobre todo este principio de tácticas: que primero debes atacar al adversario más débil. A la 1:30 p.m., entraron por la fuerza en la casa madre de las religiosas de los Sagrados Corazones, sita en el 35, calle de Picpus. Este episodio juega un papel muy capital en esta historia, demasiado revelador de los procedimientos y objetivos de la Comuna, para no ser tratado en un capítulo especial.[11]

Un gran patio y un muro alto separan las dos casas de padres y hermanas. La portera, mujer avispada, logró sin embargo frustrar la vigilancia de los guardias. Advirtió al padre prior que los federados habían invadido la casa, entrado en la capilla, forzado el tabernáculo, robado los vasos sagrados y profanado las hostias. Pensando no sin razón que solo el saqueo atraía a los federados a la capilla, el Prior pidió al padre Tardieu que retirase el copón del sagrario, pero que dejara allí las hostias en un simple corporal, para que la adoración perpetua pudiera continuar.

El inquieto padre Tuffier controlaba su habitual nerviosismo con su costumbre de recorrer el jardín. Un federado, que se había subido al muro para inspeccionar el lugar, lo vio y gritó: "¡Mira, un sacerdote!".

[11] Ver el anexo de este capítulo.

Él ya estaba caminando sobre la pared inclinada y estaba a punto de saltar al jardín, cuando se vio interpelado por el padre Tuffier, quien le recordó que para entrar en las casas privadas había una puerta y un timbre. El federado se retiró molesto. Debió dar parte porque poco después, alrededor de las tres en punto, se colocó un centinela en la entrada del convento, frente a la garita del portero.

A las cinco en punto, mientras un destacamento rodeaba la casa, una tropa de 25 hombres irrumpió en la portería. Iban a las órdenes de Clavier, flanqueado por su secretario Girault y los capitanes Lenôtre y Henry. El delegado del XI, Fenouillas, lo apoyaba. Los informes también indican la presencia de Protot, delegado de justicia. Lo veremos más tarde en Picpus con Rigault, delegado de seguridad y Cournet, prefecto de policía para expulsar a los últimos hermanos y a las 84 hermanas del convento vecino. Hoy, no se concebiría a un funcionario de alto rango forzando una casa privada a la cabeza de una banda de partisanos. Era común entonces. Sin escapar al estímulo del poder, los señores de la Comuna se relacionaban con gusto con sus antiguos camaradas de acción clandestina y de la prisión que, por falta de suerte, de atrevimiento, de talento, vegetaban en los rangos inferiores. Con gusto les echaban una mano para las operaciones policiales. Si Protot apareció, fue sin duda más tarde, cuando se celebraba la victoria a expensas del convento. Después de la escasez del sitio y de la penuria de este medio asedio, no podía desdeñar estas pequeñas ventajas de su cargo. Sin duda esta es la razón por la que en sus declaraciones, ninguno de los padres ni hermanos habla de este personaje, ya que mientras estaban haciendo fiesta, los federados se habían encargado de encerrarlos.

El hermano Marin Fouquet, de 49 años, negociador SSCC durante 17 años y encargado de organizar en El Havre las salidas de los misioneros, era de hecho la mano derecha del padre procurador que tenía en él total confianza y le encargaba de buena gana las misiones delicadas. El hermano Marin dejó "Memorias", publicadas en parte,

que son una preciosa mina de información para la historia de la casa, especialmente en aquellos trágicos días. Tan pronto como se entera de la invasión de la casa madre por los federales, el padre Tuffier lo envió como refuerzo a la portería. Fue a él a quien Clavier se dirigió: "Llámame al Superior". "No está aquí. Está en una provincia". "¡Bueno pues entonces llama a su remplazante!".

El padre Radigue aparece pronto, acompañado por el padre Tuffier. Clavier les dice que tiene una orden de la Comuna para registrar la casa y le ordena que lo lleve a su habitación inmediatamente. Cada uno a su puerta y que nadie salga, dice el capitán Lenôtre a sus hombres, antes de seguir al comisario.

El padre Radigue vive en el primer piso encima del salón, al final de la escalera; y aunque es el segundo personaje de la Congregación, ocupa solo una habitación, sencillamente amueblada pero grande, donde recibe, trabaja y duerme. Clavier va directamente al escritorio y, de malos modos, abre los cajones, busca, los vacía, lee las cartas. "¿Qué está usted buscando?", pregunta el padre con calma. "No encontrará nada aquí. Nosotros no hacemos política". "No es su política lo que nos preocupa. No nos importa su política, pero usted dice misa, usa escapularios. Ya no queremos más esas supersticiones de esas".

La búsqueda continúa. Cómodas, armarios, estanterías, todo se revisa. El padre Radigue es un trabajador empedernido. Las páginas que ha emborronado con su pequeña y apretada letra forman impresionantes montones. Los grandes libros de texto en latín solo despiertan una sonrisa de incomprensión. Pero aquí hay algo de francés: *Grandeza y excelencia del adorador, la Adoración, Fiesta del Sagrado Corazón* (1866), *La dignidad del martirio* (Saint Servan 1849)... Y para terminar el golpe de gracia, *El Religioso de los Sagrados Corazones tendiendo a la perfección según su Regla y sus Constituciones*, un manuscrito de 864 páginas, recientemente terminado. Las hojas parecen quemarles los

dedos. Los abandonan rápidamente. ¿Van a volverse con las manos vacías?

"Pólvora, comisario, he encontrado pólvora", grita un oficial con voz triunfante. Y pone bajo la nariz del padre una caja que ha encontrado en el cajón de la mesilla de noche. "Es simplemente carbón de Belloc que tomo contra la acidez estomacal", dice el padre, que encuentra difícil mantener la cara seria. Vamos a comprobarlo. Vierte un poco en la palma de la mano. Lo huele. Así es. Entre estos aprendices de revolucionarios, la comedia a menudo va de la mano de la tragedia.

"Reúna a todos abajo", dice con voz enfadada para salvar las apariencias.

El padre Tuffier ordena al hermano Marín que advierta a cada uno de los padres y hermanos que tienen que reunirse lo antes posible en el recibidor. Pero esta no es la opinión del hermano Marín. Por el tiempo que ha estado ayudando al padre procurador, sabe que puede permitirse las iniciativas más expuestas, a riesgo de que se enoje si las cosas salen mal.[12] Mientras estaba alerta durante el registro, ideó un plan para que los hermanos jóvenes escaparan por una puerta trasera del jardín, cuya existencia los federales aún debían ignorar. Entonces se dispone lentamente a reunir a la comunidad. En el recibidor los delegados se impacientan. Temiendo lo peor, el padre Tuffier nuevamente instó al hermano Marin a activar sus búsquedas. Los guardias a su vez van a la huerta y traen de vuelta al hermano Didier, jardinero, que continúa regando las verduras imperturbablemente. Pero al menos cinco de los jóvenes, los hermanos Élie, Antonin, Paul, Benoit,

[12] Marcel Bocquet expresa su aprecio por las *Memorias y por la Biografía del Hno. Marin Fouquet*. Bureau des *Annales des Sacrés Cœurs*, Braine-le-Compte 1913 *https://ssccpicpus.com/en/martyrs-of-the-commune-paris*

Télesphore, pudieron escapar y, cree el hermano Marin, que no correrán el riesgo de ser enrolados por la fuerza en las tropas comunistas.

A medida que llegan al salón, los religiosos deben declarar sus nombres y apellidos y su empleo; luego, a una señal de los jefes, van a alinease contra la pared. Como los bancos que han ido a buscar son muy pocos, hacen gala de cederse el sitio y quedarse de pie, para asombro y fastidio de los federales.

"¿Están todos ahí?" pregunta Clavier. El hermano Marin se apresura a responder afirmativamente. Pero el padre Tuffier sigue preocupado. Se levanta, pasa revista a su gente. ¿No ha adivinado la maniobra del hermano Marin? Sí, pero piensa en el viejo hermano Antoine, que se quedó solo en la enfermería. Con todo, ¿no es mejor para él estar en la línea del piquete con sus colegas que exponerse solo al acoso de esos forajidos? Envía a buscarlo. El buen hermano ha querido ponerse su mejor atuendo. Fantasía de enfermo, puede pensarse. Pero el hermano tiene su idea. No, no estaba equivocado. Al ver a los guardias armados y a sus hermanos alineados contra la pared, cree que ha llegado el momento de confesar su fe y se ofrece valientemente al martirio: "No quiero la vida. ¡Que me corten el cuello, que me corten el cuello!, grita desde el umbral. En los momentos de extrema tensión, hace falta poco para que se desencadene una risa nerviosa. Todo el mundo conoce la gravedad de la hora, pero el contraste entre la debilidad del pobre enfermo y la fuerza de su declaración es tan sorprendente, su mímica es tan expresiva, ofreciendo el cuello a la espada, que estallan en una carcajada irresistible. Los propios guardas se dejan ganar pero el capitán Lenôtre regresa. Coloca ostensiblemente dos centinelas dentro del salón y dos fuera y recita las instrucciones para que nadie las ignore: "Al primero que se mueva, al primero que hable, métele la bayoneta en el vientre".

Desde la primera hora, asignaron al portero su garita con órdenes de no dejar entrar ni salir a nadie. Y si por casualidad se le ocurría

avisar al vecindario de lo que estaba sucediendo en la casa, sería fusilado en el acto. Por el momento, se le pidió que entregara todas las llaves del convento; y especialmente que no olvidara las llaves de las bodegas. El portero insistía en que él no tenía ninguna, que cada uno tenía las suya; que él se las arreglaba para no volverse loco. El portero no tuvo más remedio que entrar en el salón y pedirle a cada uno sus llaves. Clavier y Lenôtre vigilaban de cerca la operación. Cuando el refitolero entregó la llave de la bodega, su desconfianza se redobló: "¿Eres tú el bodeguero? ¿Es esta la única llave? De lo contrario, te fusilamos en cinco minutos". Los testigos notaron "la increíble brutalidad" de Clavier para con el hermano Michel Balmes, un anciano de 76 años. Al salir, el superintendente vio una llave que el joven hermano Liévin Jacob, un belga, portero adjunto, llevaba colgada de un cordón como una medalla y que, en su visible confusión, se había olvidado de entregar. Ordenó que lo cogieran, que lo registraran, y como le encontraron 100 francos, se los confiscó tratándole de ladrón. Le arrancaron sus medallas que rompieron y su escapulario que desgarraron; luego lo llevaron a la vieja casa aislada que había en el medio del jardín y lo arrojaron a un armario que había debajo de las escaleras, donde lo mantuvieron durante doce días.

Curiosa paradoja en verdad. Estos revolucionarios solo hablan de luchar contra los curas, en quienes ven al enemigo número uno de la emancipación proletaria y ellos tratan a los sacerdotes con obvio miramiento. Pregonan a los cuatro vientos que liberarán a los proletarios y que, finalmente, darán el estatuto de hombres libres a sus sirvientes, porque así es como juzgan a los hermanos que no usan sotana y tienen un trabajo manual, pero ellos los maltratan, y pronto los tratarán y explotarán como a siervos.

Ahora, pensaron ellos, la búsqueda iba a poder continuar sin restricciones y producir resultados sustanciales. De hecho, la casa fue recorrida y registrada desde el sótano hasta el ático. Ni siquiera se molestaron en buscar las llaves. Hacían saltar las cerraduras. La

bodega los retuvo especialmente durante mucho tiempo. La casa recibía directamente su vino de una propiedad ubicada en el Lot, que le había legado un antiguo superior general. Cataban el vino como conocedores; el de consumo diario, el de las celebraciones y el vino de misa. La bodega recibió ese día un duro golpe.

Desde allí pasaron a la cocina, donde el hermano Conrad, un alemán, estaba preparando la cena como de costumbre. Levantaron las tapaderas, y probaron. Y como la hora avanzaba, decidieron sentarse a la mesa en el refectorio y se hicieron servir la cena preparada para la Comunidad, cuidando de reforzarla sustancialmente con lo que habían descubierto en la bodega: todo ello regado abundantemente.

El pillaje había comenzado. Con el pretexto de iluminarse durante los registros, se apoderaron de los cirios de cera. Había varias cajas: desaparecieron. La procura contenía un almacenamiento completo de ropa destinada a misioneros y nativos de Oceanía, en particular cien pares de zapatos: todo desapareció. Y eso fue solo el comienzo. ¿Fue para engañarlos por lo que el capitán Henry les trajo un reloj estropeado, preguntando si el propietario quería reconocer su propiedad? ¡El inventario realizado después de su marcha permitió hacerse una idea más justa de su alta probidad!

De repente, la puerta del salón se abrió con un violento empujón. Se escucharon protestas enérgicas. ¿Era una pelea? Unos federados empujaban a un clérigo que se defendía y a cuatro civiles. Se trataba del padre Guéibels, vicario de la parroquia vecina de San Eloi. Había venido a visitar con sus dos hermanos a otro vicario, el Sr. de Saint Aromand, que vivía en la calle de Picpus frente a los padres. Un centinela lo vio cuando él cerraba la puerta. Pensó que era un padre de los Sagrados Corazones que huía y dio la alarma. Un destacamento forzó la casa y regresó triunfalmente con el padre Guéibels, sus dos hermanos, Saint Aromand en bata y zapatillas y el criado de este último. El cura protestaba que él era un ciudadano belga y tenía

derecho a la libre circulación por París. Clavier apareció. Se había instalado, hacía unos días, en la iglesia de San Eloi y ya había peleado con el vicario. Fingió no reconocerlo y lo mantuvo prisionero con uno de sus hermanos. Envió a casa a Saint Aromand, que tenía la muerte en la cara (fallecería poco después), y liberó al criado y al más joven de los Guéibels al mismo tiempo. Sin embargo, se oponía enérgicamente a utilizar el término "sirviente" usado por el Sr. de Saint Aromand y que consideraba un atentado a la dignidad humana.

A las 7 en punto se relevaron los centinelas. Los nuevos llegaron con las manos cargadas de comida. No se trataba de compartir, pero el vino favorecía las confidencias: "Todo eso ha sido culpa de los escapularios de Trochu", repetía uno de los guardias, sentenciosamente.

Hay que creer que ese era el lema del día, lo que había servido para estimular el celo de los reclutas antes del asalto al convento, porque esa tarde se oyó varias veces. Puesto que la Comuna continuaba la Revolución de 1789 y que ellos, los federados, eran los sucesores de los grandes antepasados, era necesario para continuar el paralelo encontrar el equivalente de los Chouans y sus escapularios del Sagrado Corazón. Se había intentado hablar de los zuavos pontificios que habrían invadido la capital pero demasiados parisinos admiraban su heroica resistencia en Loigny bajo el liderazgo de Charette y Sonis, como una de las hazañas de armas más bellas de la desafortunada guerra del 70. Así que idearon los escapularios de Trochu. Si París había sucumbido, era porque el general Trochu, a cargo de su defensa, había distribuido escapularios en lugar de armas a sus soldados.[13]

[13] Aunque fue una derrota importante para el ejército francés durante la Guerra Franco-Prusiana, la Batalla de Loigny (2 de diciembre de 1870) estuvo marcada por la valentía de los voluntarios de Occidente, los zuavos pontificios, bajo la dirección del coronel Athanase de Charette y el general Gaston de Sonis. Los zuavos recuerdan a los chouans que fueron combatientes antirrevolucionarios desde 1792 hasta 1800. El general Louis-Jules Trochu fue el jefe militar de París

La propaganda solo había llegado a la mente del hombre simple, no a su corazón. El federado aceptó que fueran a buscar bancos adicionales para que cada uno pudiera sentarse.

Mientras jefes y hombres festejaban alegremente en el refectorio, en el salón bajo el ojo soñoliento de sus guardianes tumbados en los sillones, los padres y los hermanos guardaban silencio religioso en sus bancos, menos por temor a represalias que por costumbre y necesidad. Recitando el breviario, desgranando el rosario o meditando en su corazón, sin considerar lo peor, cada uno se encomendaba a Dios y le pedía estar dispuesto para cualquier eventualidad. No puede ponerse en duda que los prisioneros debieron su serenidad y alegría a esas largas horas de meditación y oración, al día siguiente y los días sucesivos.

La espera estaba durando más de tres horas, cuando los líderes finalmente reaparecieron. Clavier tomó asiento ante una mesita y, rodeado de sus acólitos, comenzó el examen preliminar al interrogatorio.

"¿Quién de ustedes es el superior?". "Soy yo", respondió el padre Radigue, que no ignoraba el peligro que en semejantes circunstancias encerraba el honor.

---

algo ineficaz (a los ojos de algunos) durante el asedio, septiembre de 1870-enero de 1871.

Escapulario del Sagrado Corazón. Hay dos tipos de escapularios: un escapulario monástico que forma parte del hábito religioso de los monjes y monjas y un escapulario devocional. El escapulario devocional es una réplica en miniatura del escapulario monástico. Se considera un objeto sacramental o religioso y representa una devoción particular, como la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Una imagen del Corazón de Jesús se ha convertido en el emblema de las fuerzas contrarrevolucionarias en Francia. Esta imagen fue superpuesta en banderas y estandartes y usada por los soldados y aquellos que se oponían a la tendencia antirreligiosa de la revolución como brazalete. Ver: *http://1815-1918.blogspot.com/2010/12/battle-of-loigny-2nd-december-1870.html* (consultado en diciembre de 2018).

"Póngase de pie frente a mí y responda: apellido, nombre, edad, lugar de nacimiento y función". Y dado que estaba decidido, si por desgracia no estaba el jefe de la Congregación, ¿por qué no continuar el interrogatorio al menos con el segundo?

"¿Por qué los sacerdotes de Picpus tenían casas en las cinco partes del mundo? Sí, él los había visto en Argelia cuando fue deportado allí. (En Numea también, asintió otro). ¿Cuáles eran sus objetivos, sus actividades? ¿En qué empleaban a los jóvenes?".

Clavier, comisario improvisado, se veía que era todavía novato en su empleo. Sin duda lo percibía él mismo, ya que apenas osaba levantar la vista del registro donde consignaba las declaraciones. Rubio, barbudo, bajo la intensa luz de la lámpara, parecía tener apenas 25 años. Su secretario Girault, "ese bribón de 19 años" tenía incluso menos seguridad que su jefe, pero pronto lo superó. Henry, bajo, enjuto, enojado, parecía incapaz de decir una palabra sin rabiar. Lenôtre se daba importancia, trató de aparentar a pesar de su aire débil y enfermizo. Uno se habría reído de sus pretensiones de no ser por una cierta cicatriz, del tamaño de una moneda de dos francos que tenía en la mejilla y le daba un aire de ferocidad. Ambos pertenecían al batallón 204. Philippe, su verdadero nombre Fenouillas, delegado del distrito XII, esa noche no merecía en absoluto su reputación de "Hiena de Bercy". Perezosamente sentado en un sillón, liando cigarrillo tras cigarrillo, el ex convicto que había sido, saboreaba el placer, ciertamente inesperado para él, de presidir un tribunal de justicia en una sala de visita del convento. Pero lo que más sorprendía y entristecía a estos religiosos dedicados a la enseñanza, era la extrema juventud de sus carceleros: la mayoría solo tenía entre 15 y 20 años. Estos adolescentes imberbes jugaban a ser mayores y duros con toda la desmesura y la seriedad de su edad. Sin que ellos lo supieran, solo inspiraban lástima a sus víctimas, quienes pensaban que esas actitudes de rebeldía, esas palabras de odio, esa inclinación al saqueo y al vino

eran más atribuibles a su entorno y circunstancias que a ellos mismos y les marcarían para toda su vida.

Clavier continuó su interrogatorio, adornándolo a veces con comentarios críticos sobre la organización de la casa o la distribución de las personas. Le sorprendía, por ejemplo, que las religiosas de los Sagrados Corazones tuvieran dos capellanes, cuando solo uno hubiera sido suficiente. Al escuchar al padre Carchon declarar que él era el capellán de las Hermanitas de los Pobres, lo llevó violentamente aparte, acusándolo de ser el autor del artículo que apareció en l'Univers donde se le atribuía una gran influencia. No, él nunca tuvo esta actitud de admiración por las Hermanas. Protestaba abiertamente contra esta mentira.

Los 22 hermanos coadjutores no usaban sotana. Tomándolos por sirvientes o jornaleros, no se demoró con ellos. Cuando terminó el interrogatorio, volvió a leer sus notas cuidadosamente, se las pasó a Philippe, quien las aprobó y declaró con un tono en el que se percibía el malestar: "Todo el que lleve una sotana irá esta misma tarde al depósito. Es una medida de seguridad que se ha vuelto necesaria por las medidas tomadas por los de Versalles". "Pero eso es ilegal", protestó el padre Tuffier. Es realmente extraño que en un país libre, nos arranquen de nuestro domicilio y se apoderen de nuestra casa de la que somos legítimos propietarios".

"Y aquellos que fueron deportados en 1852", respondió Clavier secamente y con aire de suficiencia, "¿acaso no fueron arrancados de su hogar ellos también?, ¿no eran igualmente dueños de sus casas?". Entonces, quitándose la máscara y hablando claramente esta vez: "En cuanto a los ciudadanos, dijo dirigiéndose a los hermanos, son libres de regresar a sus trabajos pero absolutamente prohibido salir de la casa".

Eran las diez y media. Los prisioneros no habían comido nada desde el mediodía y estaban extenuados por estas cinco horas de

espera y emoción. Mientras que los hermanos salían en silencio, abrumados por el arresto de los padres, el hermano Marin, practico se arriesgó: "¿Va a dejarle partir así, sin coger nada?". "Te prohíbo que les traigas algo. No necesitan nada. Es tarde y los carruajes nos esperan desde hace bastante tiempo".

Así que todo se había decidido de antemano y combinado mientras estaban a la mesa con Protot, gracias a quien, sin duda, las cosas se habían podido llevar a cabo sin problemas y la simple orden de registro se había transformado en una orden de arresto.

Clavier reconsideró su decisión y permitió que dieran pan y agua a los que se llevaban. De su mano mayor, el hermano Marin agregó vino, carne y queso. Pero apenas tocaron la comida.

Como los guardias les negaron permiso para subir a sus habitaciones para coger los objetos más esenciales, los hermanos Marin y Stanislas prepararon apresuradamente ropa que entregaron a cada uno con una palabra de amistad. Los guardias los llamaron al orden: "¡Aquí hay dos tipos a los que hay que vigilar!". En cuanto al hermano Amator, enfermero, que había reclamado con demasiada insistencia a los federados, de nuevo sentados a la mesa, vino para los prisioneros, fue inmediatamente detenido y encerrado con el hermano Liévin. No todos los guardias tenían la misma saña. Uno de ellos permitió al padre Tuffier subir las escaleras y le susurró al oído estas palabras que dicen mucho acerca de la estima que tenía por sus líderes: "Coja todo lo que pueda. Sobre todo, no deje dinero, porque no lo volverá a ver".

Para estos 13 religiosos de los SSCC, había llegado la hora de la verdad en la que la fidelidad a su vocación y a su fe exige el sacrificio de su libertad y su vida. Un punto está fuera de toda duda: su doble consagración a Dios a través del sacerdocio y la vida religiosa es lo que les ha llevado a todos a la cárcel y a cuatro de ellos a la muerte.

Las declaraciones de Clavier y su banda son formales: "¡Decís misa! Lleváis escapulario... todos los que usáis la sotana".

Tampoco fue por casualidad que el honor de derramar su sangre estuviera reservado a los cuatro miembros del consejo general. No habían podido ocultar sus títulos y funciones en el interrogatorio. Por lo tanto, a la Comuna le pareció que la captura era buena. Puesto que el jefe de la Congregación estaba ausente, al menos se había podido atrapar a sus principales colaboradores. Sin duda se habían hecho alguna ilusión respecto de la importancia de la Congregación y del papel que desempeñaba en la Iglesia, y no dejaron de colocar a los cuatro consejeros en la parte superior de sus listas. Y cuando la acorralada Comuna quiso asestar un golpe mortal a la Iglesia, designó a estos cuatro padres, porque de este modo pensaba decapitar a esta Congregación dedicada a los Sagrados Corazones y a la Adoración perpetua, a la enseñanza de la juventud y a las misiones lejanas.

Pero, aunque nada en los otros nueve llamó la atención de la Comuna, aparte de su presencia en la casa madre el 12 de abril de 1871, sin embargo, eran muy representativos de la Congregación SSCC. El orden adoptado es el de los registros de detención, que también es conforme al de la Comunidad en la que uno se coloca según la antigüedad de su profesión religiosa.

1. El P. Ladislas Radigue, Prior.
2. El P. Polycarpe Tuffier, Ecónomo.
3. El P. Frézal Tardieu, Consejero.
4. El P. Marcellin Rouchouze, Consejero y Secretario General.
5. El P. Siméon Dumonteil, de 77 años había sido misionero en Oceanía Oriental, en las Islas Marquesas. Al regresar a Francia no había dejado de interesarse por las misiones lejanas. Había

comunicado su celo a la Srta. Zoé du Chesne, quien, con sus consejos y con su aprobación, fundó en 1868 la Obra Apostólica, cuyo propósito es proporcionar a las misiones lejanas objetos de culto y ornamentos. A través de las innumerables ayudas a las que ha dado lugar y a los trabajadores que ha animado, la Obra Apostólica no pudo contribuir a la evangelización. Desapareció en 1872.

6. El padre Louis Lafaye, de 64 años, había ejercido su ministerio durante mucho tiempo en la diócesis de Limoges, cuando ingresó en la Congregación. Fue superior durante varios años del seminario mayor de Versalles, dirigido por entonces por los padres de los SSCC. Al salir de prisión, fue nombrado maestro de novicios y luego consejero general. (+ 1887).

7. El padre Daniel Holtermann, de 56 años, de nacionalidad holandesa, había estado en América del Sur, como profesor en el colegio de Valparaíso en Chile, a donde debía regresar y morir. En París se ocupaba de los niños pobres del barrio y de los soldados.

8. El padre Philibert Tauvel, de 30 años, enseñaba dogma en Versalles. Luego tuvo que ejercer cargos importantes en la casa madre de París primero, y en Bélgica después de las expulsiones. Sobrevivió medio siglo a estos acontecimientos que lo marcaron profundamente. Es un testigo de calidad, que sin embargo pasa por alto los detalles y lo pintoresco, tal vez porque había perdido un ojo.

9. El hermano Laurent Besqueut era actualmente capellán de la casa madre de las religiosas de los SSCC, antes de convertirse también en consejero del superior general. De 63 años, hacía poco que pertenecía a la Congregación, a donde lo había llevado su estima por sus antiguos maestros de Versalles.

10. El padre Sosthène Duval, de 30 años, era entonces profesor de literatura en el pequeño noviciado de Picpus. Más tarde fue enviado a Tahití, en el Pacífico. Regresó a París para retirarse, pero como el padre Tauvel, vivió malos días allí. Expulsado de la congregación en Bélgica, murió allí en 1907.

11. El padre Séverin Kaiser, de 26 años, de Prusia Renana, solo estaba de paso en París. Fue retenido, después de la Comuna, en Versalles, donde encontró a su hermano Médard. Después de los tiempos de nacionalismo exacerbado que hemos conocido, tal vez no sea superfluo notar que tan pronto como terminó la guerra perdida de los 70, dos alemanes pudieran enseñar en un seminario mayor francés y obtener estima y audiencia. Hubo alguna sorpresa al principio. Un seminarista incluso se permitió bromear pesadamente acerca de su acento. Sin pestañear, el profesor tomó una copia de este alumno y, bajo capa de querer mejorar sus habilidades en francés, le preguntó la razón de algunas peculiaridades de la ortografía, propiedades de términos, expresiones que le habían parecido curiosas. Consiguió poner de su lado a los que se reían y su gran cultura, su valor moral y su tacto hicieron el resto.

12. El padre Stanislas Carchon también venía del clero diocesano (Verdun); había hecho sus votos solo seis meses antes. Atendía a las Hermanitas de los Pobres. Su primera obediencia lo llevó a la cárcel. No estaba mal estrenarse así en la vida religiosa.

13. El hermano Constantien Lemarchand, de 54 años, no era sacerdote, pero era uno de los hermanos de coro que, a diferencia de los hermanos conversos que se dedicaban principalmente al trabajo manual, debía ayudar a los sacerdotes en su ministerio. Cumplió las funciones de sacristán en Picpus. Dejó una relación de su cautiverio de gran interés. Único hermano que llevaba la sotana. Por esta razón fue arrestado. Los comuneros no se andaban con

sutilezas. Para ellos el uso de la sotana era signo de sacerdocio y automáticamente implicaba el encarcelamiento. Así, el arresto del hermano Lemarchand confirma que una de las características más destacadas de la Comuna es su odio al sacerdocio y a la religión.

14.	Hermano Michel Balme	(76)	refitolero, enfermo
15.	Hermano Alain Richard	(67)	portero, enfermo
16.	Hermano Palémon Miquel	(69)	sastre
17.	Hermano Aubin Reynouard	(71)	carpintero
18.	Hermano Mathieu Sirvain	(71)	lamparero
19.	Hermano Theodore Martin	(64)	enfermero
20.	Hermano Amator Dellac	(64)	refitolero
21.	Hermano Didier Panel	(63)	jardinero
22.	Hermano Agapit Policey,	(54)	maestro albañil
23.	Hermano Damien Beaudin	(71)	ayudante de cocina
24.	Hermano Joseph Hussenot	(64)	portero
25.	Hermano Yves Toutain	(48)	jardinero
26.	Hermano Marin Fouquet	(50)	recadista
27.	Hermano Maurice Virrieu	(55)	ayudante cocina
28.	Hermano Crepin Mauzaudier	(48)	guarda
29.	Hermano Conrad Bussmann	(47)	cocinero
30.	Hermano Stanislas Beunat	(40)	ayudante
31.	Hermano Boniface Roos	(44)	zapatero

32. Hermano Lambert Clashaus	(36)	sastre
33. Hermano Liévin Jacobs	(27)	portero
34. Hermano Etienne Bassard	(34)	jardinero

APÉNDICE

La Muy Reverenda Madre Benjamine Le Blais y sus ochenta y cuatro compañeras de Picpus

Un homenaje a las Hermanas durante la Comuna de París tomado del libro *Figures Picpuciennes* (París, Spes, 1941); pp. 29-48; capítulo II "¡In vinculis non dereliquit illam!" (Sb 10,14). ("Y no la abandonó en sus cadenas").

Esta contribución honra la observación hecha por Marcel Bocquet sobre la necesidad de escribir un capítulo presentando a las hermanas durante los acontecimientos de la Comuna de París. Esta contribución fue elegida por su animado relato, sabiendo que hay todavía mucho que aprender sobre la forma en que las hermanas vivieron también la Comuna de París. Aquí hay otras fuentes de referencia:

- Benoit Perdereau *Les Martyrs de Picpus* (Paris Adolphe Josse 1872, pp. 335-353);
- Prosper Malige, Picpus *Pendant La Commune* (París Evreux 1898), pp. 161-214);
- Marin Fouquet *Biographie et Mémoires* (Braine-le-Comte, Bureau des *Annales SSCC* 1913, pp. 135-137).

Capítulo II *"In vinculis non dereliquit illam!"*

Desde el 17 de marzo, la Comuna reinaba como dueña en París: confiscaciones, arrestos, masacres estaban a la orden del día. Las iglesias se cerraban después de haber cogido los ornamentos, los vasos sagrados; las sagradas especies eran profanadas; las cárceles se llenaban de sacerdotes y religiosos culpables de "adorar a un Dios que la Comuna no reconocía". Cuanto más bien se había hecho, más expuesto se estaba a las injurias, vejaciones y el maltrato. Reparadora, la Congregación de los Sagrados Corazones tenía que pertenecer al número de víctimas: en La Roquette, había once padres detenidos. En la calle Haxo, cuatro mártires -los RR. PP. Ladislas Radigue, Polycarpe Tuffier, Frézal Tardieu y Marcellin Rouchouze- derramaron su sangre por la causa de Dios. Las hermanas escaparon de la masacre, pero no del encarcelamiento.

Su superiora general era entonces la Rvdma. Madre Benjamine Le Blais, "la virtud personificada", como la llamaba amablemente la venerada Fundadora. La madre Benjamine había nacido en San Juan de Luz, donde su padre era comandante de armas del fuerte de Socoa. Ingresó en el noviciado de Picpus en 1822 e hizo sus votos allí el 9 de julio de 1823, en la fiesta de Ntra. Sra. de la Paz que ella veneraba con una filial devoción.

Una fe viva, un abandono confiado en la divina Providencia, una profunda humildad, una gran elevación de sentimientos, distinguían a la venerada madre. La delicadeza de su corazón, su indulgente bondad, su dulzura y la inagotable caridad con la que el cielo había enriquecido su alma, hizo que la Muy Reverenda Madre Henriette, la eligiera en 1828, como fundadora de la casa de Alençon (Orne). En 1837, la Muy Reverenda Madre Françoise de Viart le confió la de Chartres (Eure y Loir); luego, después de una estancia de nueve años en la casa madre, la madre Benjamine fue llamada a la dirección del establecimiento de Mortagne (Orne). Nombrada priora de Picpus en 1853, una gran mayoría finalmente la designó a la dirección general del Instituto en 1866.

El 12 de abril de 1871, los federados, en número de sesenta, invadieron la casa madre; la superiora fue quien los recibió. Al saludarlos con la distinción y gracia que la caracterizaban, les preguntó qué querían: "¡No

tenemos que darle cuentas a usted!", respondió Clavier, jefe de la siniestra pandilla. "¡Traiga todas las llaves y síganos!". Luego, dirigiéndose a uno de sus capitanes: "Ve", dijo, "coloca un centinela en todas las puertas, y si alguna de estas mujeres intenta salir, que le atraviesen el cuerpo con bayoneta". Luego comenzaron las odiosas búsquedas en la habitación de la madre Benjamine: sus papeles, las cartas más confidenciales y hasta su testamento, todo fue incautado y examinado: "Aquí no hay nada suyo, ciudadana Le Blais", le objetó el grosero Clavier cuando, ella tímidamente, arriesgó un comentario. "Si me entero por los periódicos que han dado a conocer lo que está sucediendo hoy en esta casa, llevaré a todas a Saint-Lazare".

Afortunadamente, en previsión de acontecimientos que se suponía que estaban cerca, la muy reverenda madre había enviado a la mayoría de las novicias que vivían en Picpus a las casas de las provincias; el internado estaba cerrado y solo quedaban dos alumnas que las circunstancias no habían permitido que regresaran a sus familias.

Al salir de la habitación de la madre Benjamine, los bandidos fueron a la capilla. Las adoratrices, vestidas con sus matos rojos, estaban en el reclinatorio: "Yo estaba en la adoración a la 1:30", escribió una de ellas, "cuando oí que empujaban ruidosamente la puerta. Los federales entran hablando en voz alta, haciendo un gran ruido con sus armas; invaden la capilla. Uno de ellos se dirige al sagrario y gritando, pide la llave. Como tarda en llegar, impaciente, fuerza la puerta con su bayoneta, agarra los vasos sagrados y echa las sagradas especies sobre el altar. La priora que había venido corriendo, le pide por favor que no profane más las santas hostias: "¡Salga de aquí o le atravieso el cuerpo con la bayoneta!", le grita este energúmeno. Y continúa su sacrilegio.

"...La estatua milagrosa de Ntra. Sra. de la Paz fue bajada de su lugar; les rogamos que nos la dejaran". Después de un momento de vacilación: "¡Es madera, dejémosela!", dijeron. Así se salvó la bendita Virgen de Picpus quien cuidadosamente escondida, salió de su retiro cuando las hermanas regresaron a casa.

Una vez concluido el registro, Clavier anunció que la mitad de sus hombres se alojaría y albergaría en el convento, a expensas de las Hermanas; después se retiró. La venerable madre Benjamine fue puesta bajo vigilancia día y noche. La enfermera, puesta al servicio de los federados, cumplió su misión con la amabilidad y la devoción que estos desgraciados se vieron obligados a reconocer; ¡y sin embargo cuáles no eran sus exigencias!

Para pasar el tiempo, estos hombres ociosos y rara vez con el estómago vacío, no encontraron nada mejor que hacer que descargar su rabia contra las hermanas. La muy Rvda. Madre estaba especialmente expuesta a sus brutales invectivas; culpable a sus ojos de las peores atrocidades, no merecía menos que ser fusilada. A ejemplo de Jesús, ella guardaba silencio y oraba por sus verdugos: "¡Padre, perdónalos!".

En medio de angustias cada día más intensas pasó abril. La adoración del Santísimo Sacramento, continuada día y noche, fue el gran consuelo de las pobres hermanas; pero el divino Prisionero tuvo que refugiarse sucesivamente en diversos lugares de la casa, antes de fijar su residencia en la enfermería del internado. "Hacia el final, como las cosas siempre iban mal, la superiora general, temiendo una nueva profanación, decidió que consumiéramos las Especies sagradas que habíamos reunido y guardado hasta entonces y en torno a las cuales, día y noche, habíamos continuado la adoración... Las hermanas, una tras otra, pero sin el ministerio de ningún sacerdote -todos estaban en prisión- se acercaron, no para recibir, sino para tomar la sagrada Comunión. Cuando todos hubieron comulgado, quedaban todavía unas pocas sagradas hostias que fueron consumidas por la designada por la superiora para este propósito; únicamente se guardó una partícula ante la que se continuó la adoración. Después de la sagrada Comunión, todas las hermanas bajaron a la capilla (la ceremonia tuvo lugar en la enfermería) para renovar sus votos antes de morir si, como todo lo presagiaba, era necesario ir a la muerte".

La hora de morir no había sonado para ellas, pero los acontecimientos iban a precipitarse:

29 de abril. *Dos mil personas invaden la casa madre, impulsadas por la curiosidad. Las calumnias más horribles habían sido difundidas por la prensa contra las hermanas y contra el clero.*

Una buena mujer se había encargado de traer una linterna y una caja de fósforos químicos para visitar todos los rincones. Al llegar a la escena, ella mira por todos lados... Luego, alejándose, exclama: "¡Vaya, no es más que esto! ¡Y yo que había traído mi linterna para ver mejor! Ahí tienes. Si lo hubiera sabido, no nos habríamos molestado tanto…".

2 de mayo. *"Diez mil personas entran en la comunidad, pasando por las ventanas del internado se extienden desde el ático hasta el sótano...".*

Encargado de poner orden en estas visitas domiciliarias, el capitán de los federados coloca en el portal la siguiente inscripción: "Suspendida la entrada al público hasta que la Justicia no se pronuncie".

5 de mayo. *La jornada transcurre entre la oración y la adoración: ¡Primer viernes del mes!*

A las siete de la tarde, dos grandes coches celulares cruzan el portal y entran al patio principal. "La ciudadana superiora" está invitada a comparecer ante el consejo reunido en la casa de los padres de la Congregación. Ella pide ser interrogada en su casa; pero ante el rechazo que se le hace, la madre Benjamine va con dos hermanas: la madre Telesphore, ecónoma y la hermana Athénodore, directora del internado. La superiora comparece la primera ante quince ciudadanos sentados alrededor de una mesa, iluminados por cirios de la capilla. Terminado su interrogatorio, la encierran en un rincón debajo de una escalera; permanecerá allí hasta las 9 de la noche, hora en la que la madre Telesphore se reunirá con ella mientras la directora del internado obtiene la autorización para irse con sus dos alumnas. Las hermanas, reunidas en la sala común, rezan por su venerada madre. A las 9 en punto, se les ordena que bajen al gran salón, donde tienen la alegría de encontrar de nuevo a la que temían no volver a ver. ¡Imposible decirle una sola palabra! Clavier tiene prisa por terminar y comienza a llamar empezando por las más antiguas. Dieciséis han respondido. "¡Sigan al ciudadano!", clama el comisionado, designando un guardia nacional que

las conduce al patio y, sin permitirles que se cambien de ropa, las hace subir sus vestidos blancos a los coches estacionados cerca de la puerta de la comunidad. Madre Benjamine hace una pregunta: "¡Esto no es asunto tuyo, Le Blais!", responde el feroz Clavier; "Ya no eres nadie aquí...". Son las once de la noche, Hora Santa en la Congregación...

La enfermera permanece en Picpus con algunas enfermas. La madre Benjamine le hace comprender que debe consumir la partícula de hostia que se encuentra en la enfermería: Jesús deja de residir corporalmente en medio de sus esposas y la adoración perpetua se interrumpe...

1 a.m. Otros seis coches llegan para "cargar" al resto de la comunidad. Cada una encuentra lugar en una celda. Unos pocos guardias nacionales burlándose rodean a una viejecita, aferrada a su bastón con ambas manos; no hay más que mirarla para comprender que les dirige una última súplica. ¿Qué desea? - Quedarse en la enfermería, porque no es joven ni muy ágil: "¡Si tiene ochenta años, ha vivido lo suficiente como para morir!"... Tal es la respuesta que le arrojan a la cara. Acercándose a su superiora, la querida sor Michel renueva discretamente sus votos y se deja subir con sus hermanas.

Ahora toda esta gente está colocada y las celdas al completo. Y madre Benjamine... - ¡Ah! para ella, el pasillo es todavía demasiado bueno; ¡que se quede allí de pie! ... Y la venerable madre obedece: ni una palabra, ni un susurro; reza, unida con su Maestro.

¿Dónde llevan a las prisioneras? No se sabe. Al salir del coche se darán cuenta de que están en Saint-Lazare, la prisión para mujeres perdidas por los vicios. Sin saberlo, los verdugos hicieron una feliz elección para unas "reparadoras".

3 a.m. El último coche cruza la verja; se reencuentran. Apiñadas en un pasillo en la planta baja, algunas sentadas en el suelo, otras de pie, apoyadas contra la pared, las ochenta y cuatro hermanas esperan que las conduzcan a sus respectivas celdas o calabozos; habrá cinco o seis por celda.

La muy reverenda madre Benjamine la mantienen incomunicada: "celda de reclusa, sin otro mobiliario que la modesta cama, poco atractiva desde el

punto de vista de la limpieza, el asiento de madera sin respaldo, el cuenco de barro y la jarra de agua". - ¡La venerada madre tiene 69 años y se está recuperando de una enfermedad! A la ecónoma y la maestra del pensionado se las aloja juntas.

***7 de mayo**. Domingo. Sin misa.*

***8 de mayo**. Suplicio del "cacheo". El director de la cárcel, Mouton, un ex zapatero y criminal convicto, asigna una supervisora de la operación. "Ella pone en ello todo el rigor que sus maestros tienen derecho a esperar: dinero, objetos de piedad e incluso los escapularios que son parte integrante del hábito de las hermanas...".*

Servir a ochenta y cuatro personas en celdas, ¡realmente complica demasiado la tarea! Las prisioneras son transferidas a una buhardilla situada en el quinto piso del edificio. En esta sala, "90 camas, tan cerca una de la otra que apenas dejan paso suficiente... Importa poco; la alegría de estar juntas y poder consolarse mutuamente compensa el resto. ¡Ah, si la buena madre Benjamine estuviera con ellas! ...

Poco a poco se organiza la vida comunitaria: a las 7 de la mañana, oración y meditación. ¡La adoración se hace regularmente, casi como en Picpus! Las hermanas miran en dirección a una iglesia y, con el mayor recogimiento, hacen su guardia de honor en espíritu al pie del sagrario.

Alrededor de las 9:30 am, encuentro en el refectorio que las reclusas acaban de dejar ¡en qué estado! "Comíamos en tazones y bebíamos en vasos doblemente repugnantes...". El menú es simple: sopa "que parecía agua de vajilla" y alrededor de una libra y media de pan negro, provisión del día.

Tiempo libre hasta el recreo; algunas leen, otras tejen -almas buenas han proporcionado libros y lana-, o cosen, etc. Una hora de paseo en el patio. Nuevamente, tiempo libre y rosario.

3:30, cena: "Guiso de alubias o patatas, ¡eso es todo! Domingo y jueves, cuatro veces en total, nos daban carne; y una vez, no tenía ni cuchillo, ni

tenedor, ni cuchara para comerla: imaginad la situación...” (Carta de la hermana Renée Clessin a su familia).

Madre Benjamine, ¿hace falta decirlo? está sujeta a la misma dieta: “El buen Dios da su bendición y yo lo encuentro bueno”, responde cuando se le pregunta cómo tolera esta tosca comida.

***12 de mayo**. La muy reverenda madre y sus dos compañeras están en la misma celda, pero separadas del resto de la comunidad. “Allí estábamos bastante bien”, escribe la hermana Telesphore. “Nos dejaban con la puerta abierta hasta el cierre de la noche, pero no debíamos ir más allá; por otra parte, estábamos vigiladas por guardias...”.*

***13 al 17 de mayo.** Era un espectáculo bastante curioso ochenta y cuatro monjas reunidas en esta prisión; en los salones de la Comuna, se reunían para ir a verlas. Los visitantes se veían obligados a admitir que el atuendo de las hermanas era perfecto. Todos admiraban su silencio, su piedad, su caridad; ¡pero quién habría podido entender lo que estaban sufriendo convertidas así “¡en espectáculo para Dios y para los hombres!”.*

El Sr. Mouton un día entra en “la buhardilla”; tiene buena cara: ¿qué pasará? ... Pronto, detrás de él, aparecen la madre Telesphore y sor Athenodore. Las rodeamos, nos abrazamos... “¿Por qué nuestra madre no está con ustedes? ... ¿Está enferma? ... ¿Todavía aislada?”. Y las preguntas continúan sin parar mientras las lágrimas comienzan a humedecer los ojos. Al presenciar estas emociones, el director se hace a un lado; él también está conmovido.

“Señoras, dice, yo no tengo la culpa de que ustedes no vean hoy a la madre superiora. La verán mañana, siempre y cuando me prometan ser más razonables... porque conozco a su madre; ella tiene un corazón muy bueno y si las ve llorar, ¡le dará pena!”.

Por la noche, al día siguiente, la madre Benjamine vino a abrazar a sus hijas, todas emocionadas por volver a verla por fin. A partir de ese día, las hermanas pudieron disfrutar de su presencia durante el recreo.

18 de mayo. *Los comuneros no se sienten seguros. Furiosos por tener que devolver el dinero incautado a diez hermanas liberadas tras una intervención del embajador de los Estados Unidos, se vengan poniendo nuevamente a la madre Benjamine en régimen de aislamiento.*

19 de mayo. *El ejército de Versalles entra en París, pero las prisioneras ignoran que se acerca la hora de la liberación.*

21 de mayo. *"Cañones, alarmas, gritos de prisioneras dentro, movimiento de empleados en los patios, ruido de armas en el exterior".*

22 de mayo. *"Las vigilantes hablan de la entrada del ejército de Versalles en París, pero cada una de ellas comenta, generalmente a favor de la Comuna".*

Bajan a las cautivas a un taller en la planta baja porque, dicen, hay peligro debido al cañón. Permanecerán allí durante tres días y tres noches en bancos, con los paquetes como almohadas para sus cabezas. "...Nunca podré describir el silbido de las bombas y obuses dirigidos a nuestra prisión; oíamos el derrumbe de las casas y barricadas por el cañón y la ametralladora; era aterrador…".

23 de mayo. *Noche de insomnio, porque cerca de la prisión hay un almacén en llamas; solo vemos remolinos de llamas y humo. Las bombas, los proyectiles silban, explotan, pasan y se entrecruzan... Es realmente espantoso.*

Imposible que la Rvdma. Madre Benjamine se una a sus hijas: hay demasiado peligro y, además, no tiene la autorización necesaria.

24 de mayo. *Balas y obuses llueven en el patio.*

4 horas. Visita del Sr. Mouton; no parece tranquilo: "¡Estoy perdido! dice a las hermanas; pero no he sido malo con ustedes, espero que ustedes me justifiquen. Estuve encargado de llevarlas a las barricadas donde habrían sido ametralladas, pero no lo hice". Las hermanas prometen salvarlo, si es posible.

5:30 horas. Nueva visita del pobre director. Él da, pero demasiado tarde, pleno permiso para ir a buscar a la madre Benjamine y finalmente, se refugia en medio de las hermanas. La madre llega. Inmediatamente se oye un gran ruido en el pasillo; son los soldados victoriosos; abren el taller y el general Clinchant se presenta: "¿Dónde está el director?". El desafortunado hombre avanza temblando. "¡Así es como te escondes, entre las mujeres! ¿Quiénes son ustedes, señoras? - Somos religiosas. - ¿Y son ustedes prisioneras de la casa o de la Comuna? - De la Comuna, general". - "¡Prisioneras de la Comuna!", grita tres veces el indignado general, y dando un taconazo: "¡Bien! señoras, son ustedes libres de hacer lo que quieran en la casa".

***25 de mayo**. Las hermanas son sacadas de su refugio temporal y alojadas en la parte de la cárcel anteriormente ocupada por las hermanas de la prisión. Gracias a su intercesión, el Sr. Mouton salva la vida.*

***27 de mayo.** ¡Una primera alegría! El padre Louis Lafaye, también prisionero de la Comuna, visita a las religiosas con su vestimenta de prisionero. No pueden evitar reírse cuando lo ven con ese atuendo, luego pasan a asuntos serios: es la víspera de Pentecostés, cada una confiesa para el día siguiente.*

***28 de mayo**. Gran alegría: hay misa en la prisión. Asisten los oficiales, los soldados, un gran número de personas. Es la aurora de la paz.*

***30 de mayo**. Coches, pero esta vez ya no son coches administrativos, vienen a buscar a nuestras queridas prisioneras. Atraviesan una multitud curiosa pero simpatizante y, al anochecer, la muy reverenda madre Benjamine y sus hijas entran en Picpus. Todo allí está bastante desorganizado, sucio, en desorden; no hay daño notable en la capilla. La misma tarde, las hermanas emprenden la restauración del santuario: ¿cómo podrían no desear celebrar la santa Misa sin demora para poder comenzar de nuevo la adoración? ...*

***31 de mayo**. El lúgubre drama había terminado. En el reclinatorio, las adoratrices daban gracias a Jesús por haberlas salvado y le pedían perdón por tantos crímenes cometidos. Habían encontrado con inexpresable felicidad*

la venerada estatua de Ntra. Sra. de la Paz. "Honrad bien esta sagrada imagen", había dicho la muy reverenda madre Henriette a sus hijas; "Un día le deberéis vuestra conservación". Estas palabras recibieron una brillante confirmación en la ayuda visible de María durante estos días críticos.

Rodeada por el afecto de sus hijas que intentaban hacerle olvidar las duras pruebas por las que acababa de pasar, la muy reverenda madre Benjamine continuó gobernando la congregación: el vigor de su alma y la lucidez de su espíritu eran sorprendentes.

El 22 de abril de 1879 salió para comprar una estatua de san José y en la calle sufrió un derrame cerebral; traída de vuelta a Picpus, expiró allí al día siguiente, con la suave serenidad del alma que ha combatido el buen combate y ve el Corazón de Jesús abierto para ella, su asilo y el lugar de su descanso para siempre.

Capítulo III

LOS HERMANOS

Los hermanos conversos no usaban sotana, sino solo un hábito negro que se ponían para los ejercicios religiosos y se quitaban durante las horas de trabajo. Realmente hacía falta estar ciego para no descubrir por su comportamiento y sus palabras que eran religiosos. Pero con el espíritu lleno de todas las tonterías escuchadas en las reuniones públicas o leídas en las hojas revolucionarias, los hombres de la Comuna simularon ver en ellos solo sirvientes y peor aún, sirvientes de sacerdotes. Se vengaron con ellos, a quienes juzgaban indefensos, por ciertas muestras de respeto que habían tenido que mostrar a los sacerdotes, más por temor a ser reemplazados que por cualquier otra razón. Su brutalidad no estuvo exenta de cálculos: querían aprovechar esta suerte inesperada para jugar a ser jefes una vez en sus vidas y ser servidos a su gusto, sin que pareciera que su conciencia republicana se preocupara de si su conducta estaba de acuerdo con sus principios de libertad e igualdad.

En cuanto a los hermanos, aturdidos por el encarcelamiento de los padres, repentinamente abandonados a sus propios recursos en una casa dedicada al saqueo y ocupada por una horda que no tenía de militar más que las armas, se mostraron tal como eran. La mayoría, simples y tímidos, no entendían lo que estaba sucediendo: solo sabían que no estaban luchando contra los elementos desencadenados, sino que lo importante era mantenerse firmes hasta el final de la tormenta. Algunos de ellos acostumbrados a tratar más con el exterior o más impulsivos no ocultaron su indignación y sin tragarse las palabras más de una vez echaron en cara a sus nuevos maestros lo que estaban haciendo.

Clavier no dio tiempo a los hermanos para recuperarse. Tan pronto como partieron los carros que transportaban a los trece prisioneros, él y su camarilla ya se habían sentado a la mesa en el refectorio. De manera visible puso delante de él, junto a su pistola, todas las llaves de la casa y pidió como en el café "un vino blanco caliente con limones". El hermano Marin prometió el vino, pero observó que no había limones en el convento: "¡Cómo! Se permitían discutir sus órdenes ahora, explotó". "Usted tiene las llaves", respondió el hermano con calma. "Además ha rebuscado por todas partes. ¿Cree que me dejaría atormentar por unos limones, si tuviera alguno?".

Era obvio: solo era para molestar. Para salvar su nueva autoridad, llamó al cocinero que él pensó sería probablemente más maleable. Le cayó bien. El hermano Conrad Bussman era un alemán fuerte. La costumbre de manejar todos los días ollas grandes y la responsabilidad de alimentar a una comunidad numerosa no había desarrollado precisamente en él pasividad y paciencia. Su habilidad, su coraje frente al trabajo por hacer, hacían que se le perdonasen fácilmente sus palabras francas. "Mañana prepararás siete pollos para nosotros". Somos siete, cada uno el suyo. "Ustedes no son los amos para dar órdenes aquí", respondió el hermano, visiblemente harto: era cerca de la medianoche y el cocinero había estado en la cocina desde las cuatro y media de la mañana.

Clavier ya estaba levantando el brazo para golpearlo. El hermano Marin se interpuso enérgicamente. "Entendido, comisario, recibirá los servicios que desee". Una vez a solas con el hermano Conrad, le hizo ver el peligro de una rebeldía inútil. Pero el cocinero insistía: "Desde las seis de la tarde les he servido más de 20 litros de vino blanco y la misma cantidad de café".

Para distraerlo, el Hno. Marin recordó a Clavier que uno de ellos, el Hno. Protais Duval, había muerto esa misma tarde, justo antes de

la invasión de la casa, y que era urgente cumplir con él los últimos deberes. "No te preocupes, no lo dejaremos pudrirse en su colchón. En cambio, date prisa y haznos siete camas y ponnos a todos juntos en la misma habitación". "Pero no tenemos habitaciones de siete camas. Solo hay dormitorios de alumnos". "Ponnos donde quieras". Pero sobre todo no en los colchones de los curas: apestan. Y dirigiéndose al capitán Lenôtre: "Este debe ser observado de cerca. Es el cabecilla. Los otros no son nada. Mañana le daremos su merecido".

Mientras Clavier criticaba la dureza de las camas (para cumplir con sus instrucciones, les habían dado colchones nuevos y ásperos, rellenos con paja nueva), el hermano Marin meditaba sobre la conducta a seguir. Sin querer abandonar su humilde rango de hermano converso, había estado estrechamente involucrado en todos los asuntos importantes de la Congregación, en la que había prestado los servicios más señalados. A la iniciativa y a la destreza, unía una piedad profunda y una sumisión total a la autoridad. Tenía un verdadero ascendiente sobre los otros hermanos, felices de ver a uno de los suyos asociado tan de cerca a la marcha del instituto. Su presencia durante estos días difíciles era para ellos un verdadero consuelo. Pero ahora que había sido localizado, ¿qué apoyo podría brindarles? ¿No era su deber huir? Escondido en el vecindario, velaría por ellos aún más seguramente. Fue una consternación cuando anunció a sus compañeros su intención de escaparse de los ocupantes. Sin embargo, se rindieron a sus razones y favorecieron su huida. En pleno mediodía salía de la cocina por la puerta de servicio, mientras los cocineros fregaban con gran ruido las ollas.

Al mismo tiempo, el hermano Lambert Clashaus, el sastre, desaparecía por el lado opuesto en la avenida St-Mandé. Rubio, de 36 años, en el mejor momento de su vida, con la estatura de un granadero, sintiéndose todavía el soldado que había sido, había llamado la atención del raquítico capitán Lenôtre a quien le gustaban los hombres guapos y quería a toda costa alistarlo en su tropa.

Fuera de sí por estas dos fugas operadas ante las barbas de sus hombres, Clavier decidió dar un golpe. Da órdenes de reunir a todos los hermanos en la sala capitular. Entró con la pistola en la mano, de un culatazo hizo añicos la pila de agua bendita, ocupó el sitial del superior general y con su voz entrecortada comenzó una arenga.

"Lo sé, no sois sirvientes, sois religiosos". Y poniéndose de pie, amenazó a los hermanos con su pistola. "O habláis u os levanto la tapa de los sesos. Todos no están aquí. ¿Dónde está el recadero y el rubio alto?". "No sabemos". "¡Ah! ¡No lo sabéis! Encontradlos de inmediato o tendré que fusilaros".

La noche estaba ya muy avanzada y no había obtenido nada de su silencio. Designó al azar a seis hermanos: Palémon, Amator, Yves, Etienne, Maurice y Boniface y los encerró en el cobertizo.

La audacia se pagaba cara bajo el régimen de la Comuna. Considerando el convento de Picpus como una conquista de guerra, ¿no acababa de ser ascendido a lugarteniente por esta hazaña de armas? Clavier se instaló en los apartamentos del superior general. En estos tiempos de escasez, no era una pequeña ventaja ser alojado, alimentado y dado de beber por nada y tener un personal numeroso y elegante a su servicio. Para que la Comuna consiguiera su propósito allí, se dio la misión de desintoxicar a estas pobres víctimas de la superstición y del fanatismo.

Especialmente se desquitó con el hermano Stanislas Beunat, a quien asignó a su servicio particular. La tarea era pesada: al comisario le gustaba la buena comida y mantenía la mesa abierta. De 40 años de edad, activo, entendido, conocedor de los recursos de la casa, el hermano Stanislas sirvió a Clavier con la misma conciencia, si no con el mismo corazón, que a su superior general. A cambio, solo fue el chivo expiatorio. No se le ahorró ni lecciones ni sarcasmo ni obscenidades. La amabilidad del hermano impresionó a sus carceleros más de una vez. Empezaron por la confesión.

"Caballeros, estas preguntas nos llevarían demasiado lejos. Además, ustedes no entenderían nada sobre las respuestas que yo podría darles". Querían tocar su voto de castidad. Con una palabra cortante, detuvo de cuajo la conversación y se habló de otra cosa.

"Y a la Santísima Virgen, ¿la adoras?". "No, no la adoro, pero la honro y la amo como la madre de Ntro. Sr. Jesucristo".

Al final de una comida en la que él los había servido, Clavier, un poco bebido, se volvió bruscamente hacia él y de repente puso la pistola en su pecho: "Jura que no hay Dios". "Juro que hay uno: lo amo y lo adoro".

"¿Deberíamos disparar?". Preguntó Clavier a sus compañeros. "Dispara, dispara", le gritaban desde todos los lados. "Dispare, si quiere", dijo el hermano con calma. "Jura". "No". "Jura". "No".

Ante la mirada firme del hermano Stanislas, Clavier dejó su arma con un aire que quería ser irónico y que únicamente era avergonzado: "Se dejaría matar antes de renunciar a sus supersticiones. Le gustaría hacerse pasar por un mártir". "No, pero sus amenazas no me harán renunciar a mi religión".

El hermano Stanislas quiso aprovechar el ascendiente que había adquirido poco a poco sobre ellos para entrar a la capilla donde las escenas que tenía ante sus ojos, las palabras que escuchaba, le hacían temer las peores profanaciones. Atraído a la Congregación por el culto que allí se rendía día y noche a la Eucaristía, se había estremecido más de una vez al escuchar sus blasfemias. "Ve a buscar a tu buen Dios, que le frían", dijo un comensal borracho.

Los hechos habían respondido a las palabras. No contentos con romper o tirar a la basura los crucifijos e imágenes piadosas que decoraban las habitaciones y los pasillos y haciendo diana en las estatuas de san Miguel y san Benito en los jardines, habían entrado en

la capilla desde el primer día. La estatua del Sagrado Corazón había volado en pedazos, san José estaba acribillado a balazos, san Pedro había sido equipado con un extintor, pero sobre todo el sagrario había sido forzado. Decepcionados y furiosos por encontrar solo un paño -un corporal- que contenía hostias en lugar de los preciosos vasos sagrados que esperaban, habían extendido las hostias consagradas por encima del altar y la alfombra. La capilla había sido formalmente prohibida a los hermanos y cerrada con llave. El hermano Estanislao se las arregló para entrar en el coro que se usaba para la adoración de noche. Lo que vio lo consternó. Se acercó a Girault que, en ausencia de Clavier, estaba a cargo de la casa: "¿Qué ha hecho usted?". "Ha tirado las hostias consagradas, debo ir a recogerlas". "Estáis locos con vuestras supersticiones".

Sin embargo, a fuerza de insistir, logró entrar en la capilla, en compañía de Girault y un federado armado. Mientras recogía las hostias dispersas, vio a Girault acercarse al altar y tratar de coger una hostia.

"Deténgase", le dijo con autoridad, "no lo toque, no tiene derecho a hacerlo". "Tanto como tú, puede ser".

A regañadientes, Girault lo dejó hacer. Sin duda las hostias habían sido laceradas. Más tarde se supo cómo se había cometido el sacrilegio. Unos días antes, un anciano ciego y con problemas de audición, ignorante de los acontecimientos ocurridos en Picpus, había venido de Pantin, donde vivía, conducido por un niño, para cumplir con Pascua, como cada año. Se dirigió al centinela a quien había tomado por el portero. Se les ocurrió la idea de hacer una buena farsa para este desafortunado, sin respeto por su cabello blanco. Los federales lo llevaron a la capilla y le gritaron que le iban a dar la comunión ellos mismos. El anciano se negó a prestarse a esta comedia indigna. Entonces lo agarraron y lo obligaron a tragarse dos

hostias: "Ahora debes estar contento", le dijo Girault: "Los curas te habrían dado solo una y nosotros te hemos dado dos".

Después de recoger piadosamente las hostias en un lienzo muy blanco, el Hno. Stanislas las llevó a su habitación, buscando el momento para entregárselas al párroco de San Eloi, por entonces escondido en la enfermería. El sacerdote las colocó en una mantequera que guardó en un secreter. Y la adoración, obra esencial de la casa, comenzó de nuevo. Los hermanos informados, trataron de ir a la enfermería y turnarse sin despertar la alerta. Entrada la noche mientras todo dormía en la casa, se reunieron para una vigilia de oración y reparación y para confesarse. El sacerdote les dirigió algunas palabras: "La historia nos enseña que, en la Iglesia primitiva, los cristianos perseguidos por los paganos se llevaban la Sagrada Eucaristía a casa con ellos para comulgar y recibir del cuerpo del Señor la fuerza que necesitaban. Puestos en los mismos peligros, necesitamos una gracia semejante. Tenemos además otro deber que cumplir. Estas hostias han sido profanadas. Nuestra comunión reparadora será aún más conmovedora que la de las catacumbas".

A primera hora de la mañana, doce de ellos se reunieron en la enfermería para comulgar. ¿Sus idas y venidas despertaron sospechas, así como su aire de felicidad? Poco después, los federales hicieron una redada en la enfermería. Y en el que hasta entonces habían tomado por un anciano hermano enfermo, reconocieron al abate Pierre-Auguste Denis, párroco de San Eloi, que había estado presente en el convento en el momento del arresto de los padres y que simplemente se había deslizado en una cama de enfermo. Furiosos por haber sido engañados de esta manera, resolvieron vengarse del clero de la parroquia, bajo el pretexto de ayudar a sus sacerdotes.

Comunicaron a cada uno de los vicarios que su párroco, escondido en Picpus, deseaba verlos. Tan pronto como llegó, el padre Guebels fue capturado y encerrado en un cuchitril. Su nacionalidad

belga, que lo había salvado la semana anterior, como hemos visto, no le sirvió de nada esta vez. Poco después, el padre Majewski a su vez, se metía en la boca del lobo. Por más que esgrimía su nacionalidad polaca, lo despojaron de su ropa y recibió una buena paliza. Amenazó con quejarse ante Dombrowski, un gentilhombre polaco al que la Comuna había hecho general. Esta palabra mágica tuvo su efecto: el vicario fue liberado de inmediato e incluso recibió un certificado de buena conducta.

Mientras que el padre Denis no fue encarcelado en Mazas hasta el 2 de mayo, el convento de Picpus se convirtió en una especie de prisión particular en manos de una banda autónoma. Venganza, esperanza de rescate o capricho de jefecillos que querían afirmar su autoridad. Las fiestas de Pascua siempre trajeron a Piccus, fieles especialmente extranjeros, seguros de encontrar confesores en sus idiomas. Ellos se dirigieron naturalmente a la portería. Los recibieron mal. Arrestados como sospechosos, hombres y mujeres fueron largamente interrogados, desagradablemente registrados e incluso desnudados y golpeados. Salieron espantados.

La captura del padre Denis, como puede comprenderse, no mejoró la suerte de los hermanos. Las búsquedas se reanudaron bajo la dirección de Girault. Varias noches seguidas irrumpió en las celdas y dormitorios, obligando a los durmientes a levantarse y buscar con ellos. Entonces hicieron un descubrimiento que puso a todos en apuros. Una llave llevaba esta etiqueta: la llave de la cripta.

¿Reminiscencias de novelas o melodramas que habían leído o visto? Los hombres de la Comuna tenían la obsesión de que los subterráneos ocultaban armas, tesoros y se comunicaban entre ellos. "Ahora ya no podéis negarlo. ¿Dónde está vuestro subterráneo?". Al no obtener respuesta, encerraron a los hermanos en el cobertizo, (era domingo del Buen Pastor, 23 de abril), con la amenaza: "Llevadnos

al subterráneo o seréis fusilados o colgados o enterrados hasta el cuello".

Habían encontrado la triple fórmula. La repetirían una y otra vez, sin otro efecto que dar a los hermanos un pequeño respiro. "Esta reclusión, informa el Hno. Agapit, nos dio una ventaja de la que habíamos estado privados desde el comienzo de la invasión: la de hacer nuestra oración vespertina y la de la mañana siguiente juntos, que ya estaba hecha, cuando un poco antes de las seis de la mañana vinieron a abrir la puerta de nuestra prisión".

La noche les había dado ideas y sin duda también las agujetas y ampollas obtenidas por empuñar el pico en busca del famoso subterráneo. ¿Por qué cavar cuando tienes mano de obra abundante, experta y gratuita? Como dijo uno de ellos, se les conmutaba la triple condena por la de trabajos forzados.

Cavaron en el jardín, debajo de la enfermería y en la cocina. Después decidieron hacerlo con método y cavar una larga zanja de 80 centímetros de profundidad. Llamaron al hermano Agapit que, como maestro albañil, había ayudado a construir la casa. Le obligaron a introducir la sonda en los lugares más inverosímiles: aquí porque la humedad había levantado ligeramente las baldosas, allí porque el suelo se había hundido ligeramente e incluso en el pozo negro. Por más que el hermano les explicaba que las construcciones de adobe, hechas no sobre cimientos sino sobre pilares, no podían esconder construcciones subterráneas, le obligaban a continuar su vana búsqueda.

Sin embargo, el saqueo continuaba sin parar: jardín, gallinero, almacén, depósito para misiones, sacristías, habitaciones, todo fue levantado. Los dos carruajes y el caballo del convento no fueron suficientes para su rapacidad, por lo que tomaron también el carruaje y el caballo de las hermanas. Coches y caballos salían todas las noches a destinos misteriosos. Una noche fue un barril y 100 pares de zapatos, otra noche un barril y dos sacos de harina. A veces eran

legumbres, a veces carbón, madera o muebles, tela. Requirieron a los hermanos para que pusieran un barril de 400 litros, para beber allí mismo. Mataron el cerdo y la biblioteca del P. Besqueut fue utilizada para asarlo. Fue una verdadera hoguera feliz con llamas que se elevaban hasta la altura del segundo piso. El carnicero requisado para hacerlo tenía tanto miedo que les preparó un paté incomible. Por el contario, con los treinta pollos asados por el hermano Conrad, se lamieron los dedos.

Se hacía fiesta, se invitaba a los amigos, raramente mujeres, más a menudo invitados de honor pertenecientes a uno de los muchos comités de la Comuna. Era la vida de castillo en el convento. Hubo celos, peleas... Que guardias nacionales del siglo XI establecieran así su feudo en el corazón del distrito XII era una verdadera injusticia. Se nombró un general, nada menos, para resolver el debate. Lo hizo a favor del XII. El 25 o 26 de abril el 74º reemplazó al 204º.

Los nuevos ocupantes se mostraron más disciplinados y menos codiciosos. Como se instalaron en la planta baja y el primer piso, los hermanos aprovecharon este respiro para poner un poco de orden y limpieza en la casa. Sobre todo, pensaron en sustraer los objetos de culto de la profanación y los guardaron en la habitación del hermano Stanislas. Esto fue suficiente para que un energúmeno le acusara de haber malversado los bienes de la Comuna y lo llevara ante el comité del XII.

"No queremos jesuitas y tú eres uno de ellos". Por más que el hermano negase pertenecer a la Compañía, no ser sacerdote, ni tampoco saber latín, fue condenado a unirse a los padres y, bajo una buena escolta, fue llevado a Mazas, en medio de los gritos e insultos de la multitud que no dejaba de acosar a quienes lo conducían. La orden de detención no se había emitido regularmente. El director de la prisión se negó a admitirlo. El hermano Stanislas tuvo que regresar a la municipalidad del XII. Lo interrogaron nuevamente, tratando de

cogerlo en falta. El alcalde Philippe quiso recordar las buenas comidas que el hermano le había servido y le entregó un certificado de buena ciudadanía. En su simplicidad regresó al convento, pero el doctor Renaud, doctor de la casa, le dijo al verlo: "Pero, infeliz, no vaya a meterse en la boca del lobo. ¿No cree que hay ya suficientes víctimas?".

Las cosas iban mal en Picpus. Parece que una nueva banda había impuesto allí su ley y no paró hasta haber vaciado el convento de curas. Y como en las bodegas no habían encontrado nada, fueron acusados de crímenes sádicos, asesinatos lujuriosos. "Lean los misterios de Picpus", gritaban los vendedores de periódicos.

De todas las comunidades de París, Picpus era sin duda la que tenía más reliquias. El Fundador las había traído de Roma: cráneos, huesos insignes, cuerpos enteros. Los dorados y las cristalerías podían quizás engañar, pero los relicarios no tenían ningún valor, ni en arte ni en los materiales. Pensando encontrar tesoros, los federados los habían roto. Su decepcionada avaricia los había arrojado al fuego o incluso a la letrina o los habían abandonado en algún rincón. La rabia verdaderamente satánica de un médico, expulsado del sacerdocio, como se rumoreaba públicamente, vio el partido que podía sacar de ello (sin duda se trata del Dr. Pillot, un delegado del primer distrito, antiguo sacerdote que se decía ateo y se había inscrito en la Internacional).

El padre Daniel Holtermann, encarcelado el 13, fue liberado poco después en calidad de holandés. Él merodeaba por Picpus desde entonces con la esperanza de poder entrar y brindar ayuda religiosa a los hermanos, en particular al hermano Alain Richard, ya administrado, quien pedía el viático. La cosa parecía mucho más fácil ya que los federales recibían mucho y que un oficial puesto al corriente había permitido cerrar los ojos. Tan pronto entró, los hermanos se reúnen en torno a él: se abrazan, cuentan historias conmovedoras, dicen sus miedos, sus esperanzas. Da la comunión al enfermo y comienza a escuchar las confesiones.

Repentinamente se oyen pasos apresurados y un tumulto de voces al pie de la escalera. Un grupo de unos quince notables de la Comuna, tres de los cuales llevan el pañuelo rojo (Protot, delegado de Justicia, Rigault, delegado de Seguridad, Cournet, prefecto de la policía, toda la crema de Comuna según Da Costa, quien en cuanto sustituto, formaba parte de la pandilla), invadió el pabellón donde se encuentra la enfermería. Mientras permanecen en la parte inferior para inspeccionar los lugares, el Hno. Crépin Mazaudier se las ingenia para llevar al padre al piso superior y subirlo al ático por una escalera escondida en un armario; después da la bienvenida a los inoportunos visitantes. Su furia se desata de inmediato contra las imágenes piadosas que adornan todavía las paredes de la enfermería. En la sala contigua, conocida como la del Fundador, descubren un relicario que aplastan. El doctor es el más encarnizado. Al verlos tan agitados, atestigua el Hno. Crépin, se diría que por instinto diabólico, sentían la presencia del sacerdote y del Santísimo Sacramento. Suben al piso superior, descubren la escalera e intentan levantar la trampa que da acceso al granero. El padre tuvo la idea de ponerse encima y hacer fuerza hacia abajo con su peso. Ellos hunden repetidamente una bayoneta en la madera alrededor de sus pies, pero no lo alcanzan.

"Busquemos mejor en las bodegas", dice el médico. "Cuántas abominaciones encontraremos en esta bodega si pudiéramos averiguarlo". Y toda la banda vuelve a bajar para inspeccionar las bodegas. Después de dos largas horas de angustia, el Hno. Crepin, creyendo que se había evitado todo peligro, hace bajar al padre. Nueva alerta. Suben dos jefes. El padre Daniel solo tiene tiempo para acurrucarse detrás de una cama. Pero lo que desean es solo la habitación del Fundador y el relicario. El hermano Crépin los ve coger un hueso y meterlo en el bolsillo.

Poco después, veían a la superiora general y a dos hermanas de los Sagrados Corazones pasar bajo sus ventanas para ser interrogadas y acusadas de crímenes abominables, presentando como prueba el hueso

humano que el presidente de este improvisado tribunal agita victorioso. De resultas de esto, se emitió una orden de arresto contra las dos comunidades de hermanas y hermanos.

Eran casi las nueve de la noche cuando los hermanos, reunidos con la excepción de los tres enfermos, fueron conducidos al gran salón de las hermanas, a través de la brecha que los hombres de la Comuna habían hecho en el muro que separaba a las dos comunidades para saquearlas más fácilmente y, ahora se daban cuenta, para justificar sus calumnias. Tomaron sus apellidos, nombres, lugar y fecha de nacimiento. A altas horas de la noche, oyeron el ruido de vehículos pesados sobre el pavimento. ¿Iban a reunirse con los padres? Porque nunca les decían nada. Los miraban como cantidades insignificantes y los encarcelaban.

Eran, en efecto, coches celulares, pero estaban reservados para las 84 hermanas que, con la superiora general a la cabeza, fueron encerradas en la cárcel de mujeres de San Lázaro, de siniestra memoria. En cuanto a ellos, colocados en dos filas, con bayonetas a ambos lados, fueron conducidos a Mazas donde los padres estaban desde el 17 de abril.

Era el 5 de mayo, primer viernes del mes, día dedicado a la reparación y particularmente solemne en Picpus por la exposición del Santísimo Sacramento, de acuerdo con el espíritu y fin de la Congregación de los Sagrados Corazones.

Eran once:

1. Hno. Palémon Miquel, sastre, 69 años;
2. Aubin Reynouard, carpintero, 71 años;
3. Mathieu Servais, lamparero, 71 años;
4. Amator Dellac, refitolero, 64 años;
5. Didier Panel, jardinero, 63 años;
6. Agapit Policey, maestro albañil, 54 años;

7. Joseph Huscenot, portero, 64 años;
8. Maurice Virrieu, ayudante de cocina, 55 años;
9. Boniface Roos, zapatero, 41 años;
10. Liévin Jacobs, segundo portero, 27 años;
11. Etienne Bassard, jardinero, 34 años.

Los dos cocineros parecen haberse reunido con ellos más tarde: Hermano Conrad Bussmann, 47 años; Damien Beaudin, 71 años. El hermano Yves Toutain salió simplemente por la puerta principal. Sin embargo, la casa no se vació por completo hasta el 17 de mayo cuando, después de haber llevado a los tres enfermos Antoine Tufal de 75 años, Michel Balmes de 76 y Alain Richard de 67, al hospicio de Enghien, los dos enfermeros fueron encarcelados en Mazas el 17 de mayo. Eran el Hno. Crépin Mazaudier de 48 años; Théodore Martin de 41 años.

12 sacerdotes, de los cuales 4 eran consejeros del superior general, 1 hermano de coro y 15 hermanos conversos; 84 religiosas, entre ellas la superiora general y dos madres del consejo: este fue el tributo que la Comuna impuso a la doble Congregación de los Sagrados Corazones. La vocación reparadora de una, el odio del otro, exigirían más.

Capítulo IV

EL PADRE LADISLAS RADIGUE

A primera vista, puede parecer extraño que se sepa tan poco sobre un hombre que ocupó los primeros cargos en la Congregación y que, durante veinte años, formó a todos los novicios. ¿Pero no es ese el destino del educador? Sus alumnos pueden guardarle un profundo agradecimiento, estimarlo, amarlo. Solo recuerdan de él una palabra familiar, un tic profesional. Más allá del maestro, apenas entrevén al hombre. Tal vez incluso el director de conciencia está expuesto más que nadie a ser desconocido. Al verlo inclinarse sobre sus dificultades con tal olvido de sí mismo y trazarle el camino hacia la perfección con mano segura, el discípulo apenas imagina que su padre espiritual ha conocido y experimenta todavía luchas, fracasos, incertidumbres.

Nadie, sin embargo, estaba menos preocupado por aparentar y menos reservado que el padre Ladislas Radigue. Era la alegría, la sencillez misma. Al principio incluso algunos se engañaban y solo más tarde descubrían su sólida cultura, su verdadero valor intelectual, su experiencia de la vida. Por otro lado, todos coinciden en proclamar su carácter alegre, su gran virtud y reconocen que su vida religiosa lo ha preparado durante mucho tiempo para el heroísmo de su martirio. Debemos, por tanto, resignarnos a conocer únicamente las grandes líneas de su vida sin las sabrosas anécdotas, los rasgos expresivos que ayudan a plasmar una fisonomía.

Era el segundo de los seis hijos de Thomas Radigue y Marie-Antoinette-Françoise Dolente. Se habían casado 4 años antes, el 19 de octubre de 1819: él tenía 23 años, ella 16 y medio. Eran campesinos acomodados de la aldea de Boisaumont perteneciente a la parroquia de Saint Patrice-du-Désert, en el Orne. Los profundos valles entre altas

colinas le han dado a esta región el nombre de Suiza normanda. El mayor, Ladislas-Justin había nacido el 8 de agosto de 1821. A Armand, que se convertiría en hermano Ladislas en el noviciado, le seguían Marie-Armande-Céline el 23 de junio de 1825, Gustave-Marcel-Victor el 15 de agosto de 1826, Charles-Octave el 13 de mayo de 1828 y Flavie-Valérie el 12 de diciembre de 1829.

Armand-Pierre nació el 8 de mayo de 1823 y, como era costumbre en esos tiempos de fe, fue bautizado el mismo día, fiesta de la Ascensión. Poco se sabe sobre la madre, excepto que era muy piadosa y con una salud frágil que seis maternidades terminaron arruinando. Murió el 15 de noviembre de 1830, a la edad de 27 años. Antes de morir, tenía un claro presentimiento de la vocación y el glorioso destino de su hijo: "Verás, le gustaba decir a los suyos: mi pequeño rubio, será sacerdote y morirá como un gran santo".

Armand había heredado de ella una complexión frágil, una salud precaria, pero también su profunda fe y su sonriente dulzura. El padre era sensible a este parecido físico y moral con su amada mujer que había perdido y le mostraba una marcada predilección. François Radigue era un hombre de deber a quien la prueba visitó pronto y lo entrenó. Sin quejarse, sin hablar, le hizo frente día tras día y a fuerza de medirse con ella, sin darse demasiada cuenta, escalaría poco a poco. Al atardecer de su vida, cuando se despide de su hijo y se entera de su martirio, instintivamente encuentra de inmediato las palabras simples y profundas ante la prueba final. Por el momento el deber urgente eran las seis caras de niños que lloraban a su madre. Armand tenía 7 años cuando perdió a su madre, Flavie la última, solo 11 meses.

Para sacar del apuro a su sobrino político, el tío de la desaparecida, el padre Duarré, párroco de Ruillé, se ofreció a llevarse con él a la rectoría al joven Armand. Lo preparó cuidadosamente para su primera comunión y, descubriendo en él signos evidentes de vocación, lo llevó en octubre de 1834 al seminario menor de Sées. Fundado un siglo

antes, el seminario había sido recuperado en 1820 por el canónigo Bazin, un auténtico santo (su beatificación está en proceso), que le había dado un impulso y espíritu nuevo. Sin tener todavía la fama que con tanto derecho conquistaría después, se hacían ya allí excelentes estudios y se recibía una sólida formación cristiana. Fue particularmente un centro de piedad mariana; su capilla sería el primer santuario dedicado a la Inmaculada Concepción y por esta razón recibiría el título de basílica. Proporcionará abundantes vocaciones al clero diocesano y a las congregaciones religiosas: entre las que se destacó la Congregación de los Sagrados Corazones.

Los alumnos que acudieron en gran número a la pequeña ciudad de Sées, asentada a los pies de su catedral, que emergió de ella como un precioso santuario, eran los únicos en poner algo de animación junto con los sacerdotes y religiosas. En 1841 había allí 263 alumnos y 340 unos años después. Las clases tenían y a veces superaban los 50 alumnos. Este fue el precio del éxito y también la repercusión de las Ordenanzas de 1828 que limitaron el número de colegios eclesiásticos.

Además de la casa paterna y de las dos cortas estancias en Ruillé y Vaugirard, toda la vida de Armand Radigue transcurrió en tres casas: Sées, Issy, Picpus. Entró en la Inmaculada Concepción a los 11 años y no salió de allí hasta los 20, habiendo hechos sus estudios desde octavo hasta la filosofía. Al parecer fue allí donde tuvo una dolorosa crisis y donde encontró su vocación. Fue por lo tanto para él una etapa decisiva. Para dárnosla a conocer solo tenemos algunos testimonios tardíos de sus compañeros y algunas líneas lacónicas de los archivos.

Los que fueron sus compañeros de estudios y sus amigos aún recuerdan la tierna piedad y el carácter amable, dulce y abierto que le valió la estima y la simpatía de todos. Pertenecía a una clase numerosa, en la que la amistad más cordial y cercana unía a todos los corazones.

"Lo que me atrajo hacia él", dijo el padre Tellier, de Tinchebray, "fue su aire inocente y sencillo. Más tarde, bajo capa de indiferencia, descubrí en él una sincera piedad. En la amistad, como en la religión, no era expresivo, pero en el fondo había en él una gran ternura de corazón que en ocasiones se revelaba". Habiendo tenido la desgracia de perder a su madre durante su primera infancia, estaba estrechamente unido a sus tres hermanos y a sus dos hermanas. Por afecto a su hermano mayor pidió llevar su nombre en la comunidad. Durante una grave enfermedad que sufrió su hermano pequeño en el seminario menor, ¡qué desolación y qué conmovedores cuidados! Si hubiera querido esforzarse un poco, podría haber tenido éxito en las composiciones: tenía mucho sentido común y una inteligencia natural.

Los archivos del colegio sólo han conservado sus lugares de excelencia al final del año y dos breves juicios sobre su conducta:

En 8° él es el 7° sobre 24 alumnos
En 7º el 7° sobre 49 "
En 6º el 13° sobre 38 "
En 5° el 11° sobre 52 "
En 4° el 19° sobre 53 "
En 3° el 19° sobre 44 "
En 2º el 19º sobre 44 "
En 1° el 14° sobre 34 "
En Filo el 5° sobre 38 ".

Se pueden distinguir claramente tres períodos. En pequeños, de 8º a 5º, es un buen alumno. Luego viene una crisis: pasa al puesto 19 y aunque el número de alumnos disminuye cada año, se mantiene en este puesto durante tres años seguidos. Finalmente, se organiza y termina en un lugar excelente, con la mención: muy buena conducta.

¿Cuál fue la naturaleza de esta crisis? Los archivos dicen lacónicamente al final de su segundo: "Expulsado por su disipación el 2 de abril de

1841". Otros dos estudiantes de su clase están sujetos a una sanción similar, mitigada en uno, Prévost del que se dice más abajo: "prometió renunciar a su disipación", y agravada en el caso del otro que ya no aparece en los archivos. ¿Armand fue enviado a casa algún tiempo por pereza e insubordinación? Parece claramente que así fue.

Interrogado sobre este tema treinta años después, un compañero afirmó que había salido del seminario con algún brillo, al mismo tiempo que sus dos hermanos que estaban en el séptimo grado, e incluso habría intentado ingresar en el colegio de Argentan. Otro mejor informado al parecer, niega el hecho y piensa que solo acompañó a su hermano, aquejado de fiebre tifoidea, a su hogar. Esto es confirmado por el testimonio de Flavie, que atestigua que no regresó hasta que su hermano hubo completado su convalecencia.

Ya sea que Armand aprovechó hábilmente la enfermedad del hermano pequeño para escapar o que la iniciativa fuera del superior, no se puede negar que por entonces tuvo una crisis. Confía demasiado en su habilidad para mantener un discreto promedio, mientras que sus dones le habrían permitido brillar en los primeros lugares. Poco aplicado al trabajo, se permite la disipación. "Muy alegre, ingenioso", señaló un compañero en ese momento. Más sensible a la amistad que a la emulación, no pierde la oportunidad de reírse. Tiene una alegría natural, un entusiasmo, que siempre le será difícil de reprimir. Escribirá 20 años más tarde: "Como no siempre puedo ser serio cuando escribo o hablo, a veces me han tomado por serio. Ya casi no me atrevo a hablar o escribir, excepto a los que me conocen desde hace mucho tiempo. Voy a adoptar un serio enfoque diplomático que tendrás que ver para hacerte una idea de ello" (Al P. Leriche, 27 de abril de 1864).

En el mismo año 1841, el supervisor general escribe al superior (el procedimiento ya es en sí raro) para quejarse de que las composiciones son cada año causa de disipación, debido a la falta de supervisión y

coordinación entre los maestros. ¿Algunos alumnos se aprovecharon de estas disputas entre sus profesores, fueron víctimas de ellas?

Para explicar esta ligereza y esta inestabilidad de Armand, ¿no deberíamos tener en cuenta también el nuevo matrimonio de su padre? La nueva madre quiere hacerlo bien, incluso muy bien: los cuatro hijos van al seminario, solo uno permanece allí. Se percibe en algunas cartas de Armand más tarde que él tiene estima y respeto por ella, pero dirá: la Sra. Radigue. Debe haber sufrido por el cambio y su compañero ha notado: una ternura secreta y reprimida.

Con la ayuda de la edad y de las dificultades, ha entendido mejor la seriedad de la vida y la llamada de la gracia. Su hermana y ahijada Flavie nota el cambio: "Era muy estudioso. Trabajaba incluso durante las vacaciones. Me daba buenos y piadosos consejos. A menudo me recomendaba que hiciera todo el bien que estuviera en mi poder". "Aunque lo hicieras día y noche, nunca harías lo suficiente". Este comentario ingenuo denota al neófito. Pero dos años después de la conversión del pequeño alborotador, está en 5º, obtiene un "muy bien" en conducta. Volvió al seminario con la voluntad de consagrarse a Dios y ser misionero en la Congregación de los Sagrados Corazones. Ni siquiera esperó hasta el final del año escolar para ir al noviciado, por entonces situado a las afueras de París, en Vaugirard.

"Apenas había entrado en la sala donde estaban reunidos los alumnos, contaba Flavie más tarde, cuando estos abandonandos sus asientos, se lanzaron hacia él, pasando por encima de los bancos y las mesas, disputándose el favor de ser los primeros en abrazarlo, porque todos lo querían y lo estimaban particularmente. Pensaban que venía a quedarse, pero cuando se dieron cuenta de que solo venía a decirles adiós, todos se conmovieron hasta las lágrimas". El padre Provost confirma: "Hubo un gran dolor entre nosotros, cuando una noche supimos que el lazo, tan estrechamente atado, iba a romperse antes de la hora ordinaria de las separaciones y que Armand Radigue y

Alphonse Duval iban a dejarnos para entrar en la Congregación de los Sagrados Corazones y de la Adoración perpetua. Admiramos su abnegación pero había lágrimas en todos los ojos y un dolor profundo en todos los corazones en el momento de la última despedida".

Veinticinco años más tarde, todavía creía un deber explicar: "Dejé la diócesis solo porque creía que Dios me quería en otro lugar pero con la bendición del Señor, sigo siempre amando mi tierra natal".

El fundador de Picpus, el padre Coudrin, había sido vicario general de Sées y sus hijos habían dirigido durante algún tiempo el seminario mayor. Por lo tanto, la Congregación de los SSCC era muy conocida allí, porque ademas en Sées y otras dos ciudades de la diócesis, Alençon y Mortagne, las religiosas de los SSCC dirigían internados. Los capellanes, padres de los SSCC, no estaban exentos de ejercer alguna influencia, porque precisamente en ese momento sus compañeros de Oceanía escribían en las Islas Gambier y Hawai, algunas de las páginas más bellas de la epopeya misionera del siglo XIX. Los *Anales de la Propagación de la Fe* publicaban sus relatos y a partir de estas lecturas fue como surgió en Armand el primer deseo de entrar en Picpus. Esta nota dejada en el momento de la marcha a sus compañeros de estudios: "El Corazón de María es el lugar de reunión de los amigos ausentes", revela lo que, sin que él lo supiera, lo atraía aún más que las misiones: la devoción a los Sagrados Corazones.

Tomó el hábito el 19 de julio de 1843 y, por el cariño que tenía a su herano mayor a quien quería mucho, pidió llevar el nombre de Ladislas. En el noviciado tuvo la suerte de tener como director a un hombre eminente, el P. Euthyme Rouchouze, de quien fue dos veces y durante 14 años, el colaborador. Era un jefe nato. Diez años más tarde se le confiará el destino de la Congregación, dividida y debilitada por un doloroso cisma, y sabrá apaciguar los espíritus y restaurar la disciplina. Era también un hombre de ciencia. Tenía un conocimiento profundo de la Biblia, manifestado en sus cursos y más aún tenía el

arte de usar los textos para sus explicaciones, en particular para asentar firmemente la devoción y la doctrina de los Sagrados Corazones, por entonces aún en la infancia. Sus circulares revelarán un precursor en la materia y un maestro.

Se conservan tres cuadernos del hermano Ladislas. El primero comenzado el 16 de octubre de 1843 y finalizado el 28 de diciembre, consta de 66 páginas escritas con letra menuda y está dedicado al estudio del salmo 118. Los cuadernos 2 y 3 contienen un comentario sobre la Epístola a los Hebreos, que abarca 117 páginas. Las notas están en francés, pero el texto que comenta está en latín así como las numerosas citas de los Padres de la Iglesia, de santo Tomás y de otros libros de la Biblia. No es tanto un estudio crítico como una sabrosa lectura de la Sagrada Escritura, destinada a nutrir el espíritu y el corazón de los novicios.

Esto arroja una luz completamente nueva sobre el nivel real de estudio en los seminarios, mayores y menores, bajo la Monarquía de julio.[14] A los principiantes se les exigía lo que nunca nos atreveríamos a pedirles hoy en día. ¿Habría muchos en la actualidad capaces de captar al vuelo conferencias llenas de citas en latín y así poseer a fondo libros enteros de la Escritura?

Estos cuadernos nos desvelan el progreso realizado por el joven Radigue. Ya no es el estudiante dispuesto que confía en su facilidad para salir adelante honorablemente, que se deja llevar por su fantasía en la elección de las materias a estudiar, que toca un poco todo sin buscar profundizar. Ahora ha entendido la llamada de Cristo y de las almas. Se

[14] "La Monarquía de julio fue una monarquía constitucional liberal en Francia bajo Louis Philippe I, comenzando con la Revolución de julio de 1830 y terminando con la Revolución de 1848. Marcó el final de la Restauración Borbónica (1814-1830). Todo comenzó con el derrocamiento del gobierno conservador de Charles X, el último rey de la Casa de Borbón".
Véase *https://en.wikipedia.org/wiki/July_Monarchy* (consultado el 24/12/18).

puede percibir en él un sentido del deber más delicado, una preocupación más exigente por el trabajo metódico, un gusto más pronunciado por las ciencias sagradas. De este modo, se prepara mediante un largo y oscuro trabajo, para convertirse en un maestro al que, sin embargo, caracterizarán la abundancia más que el rigor, la voluntad de dirigirse a todos más que de profundizar en las cuestiones.

Hizo sus votos perpetuos el 7 de marzo de 1845 en Picpus. Más tarde confesó a uno de sus novicios, el padre Tauvel, que durante el sermón de la profesión le asaltó una violenta tentación de abandonar la capilla. Logró dominarse recordando este principio de la vida espiritual: que uno nunca debe tomar una decisión en tiempos de turbación. Superando su repugnancia, hizo sus votos e instantáneamente recuperó la paz.

Estos 20 meses de noviciado fueron, al mismo tiempo que un aprendizaje en la vida religiosa, una iniciación ya avanzada en las ciencias eclesiásticas. También a finales de año recibió de manos de su superior general, Mons. Bonamie, la tonsura y las órdenes menores (20 de diciembre). Dos años más tarde fue subdiácono (25 de julio de 1847), y paso a paso diácono (18 de marzo) y sacerdote (2 de abril de 1848).

Una obediencia imprevista le esperaba. Se le pidió a este sacerdote de 24 años que acompañara un convoy de deportados a las Islas Marquesas en Oceanía. El 5 de marzo, se publicó un decreto que abolía la pena de muerte por delitos políticos y la reemplazaba por la deportación a las colonias. Después de los acontecimientos de junio de 1848, el gobierno había llevado a cabo arrestos y condenas masivas. Pensaron en las Islas Marquesas, recientemente anexionadas y pidieron la ayuda de los Padres de los SSCC que estaban a cargo de evangelizarlas. El tiempo apremiaba. Tenían al padre Ladislas a mano. Se apresuró a ir a despedirse de los suyos asustados de la empresa. Mientras tanto, el gobierno había pedido aplazar la marcha. El decreto se retrasó durante dos años en las oficinas y nunca se aplicó. Hasta 23

años después, el padre Radigue no se encontró cara a cara, si no con los mismos insurgentes, al menos con sus hijos, pero para caer bajo sus balas.

Mientras tanto, se le asignó como residencia temporal el noviciado que acababa de ser trasladado de Vaugirard a Issy. La residencia temporal debía durar 20 años. La propiedad fue una de esas "locuras" como tantas construidas en este barrio muy a la moda del siglo XVIII. Se había respetado el pabellón rococó y se hizo en él la capilla. Si los estanques habían desaparecido casi todos, quedaban hermosos paseos en terrazas plantadas de tejos, tan propicias para la meditación como para los animados paseos durante el recreo. Desde el famoso seminario, la vista se extendía a lo lejos sobre la capital, donde las cúpulas y campanarios aparecían detrás de las decoradas chimeneas.

Tercer director de un noviciado que apenas excedía la veintena de novicios, casi terminando los estudios que ellos mismos comenzaban, era más bien como su hermano mayor, encargado de iniciarlos en las observancias de la vida religiosa, de dirigir el rezo del breviario o de los trabajos manuales de limpieza, de animar recreos y paseos. Si fue fácil para él prestarse a ello a los 25 años, grande fue su mérito para perseverar allí durante 15 años y encontrarse a los 40 en el mismo puesto.

Violentas jaquecas lo asaltaban continuamente. Hubiera podido aprovecharse de la poca importancia de sus deberes para dispensarse de ellos. Se impuso no hacerlo jamás. Es más, escribía sus conferencias en su totalidad. Fueron verdaderos tratados los que compuso sobre la Liturgia, la Misa y la Cortesía, en los que el novicio aprendía que no debía echar mano de la petaca del superior sin ser invitado a hacerlo. Era "la regla viva de la comunidad, un modelo de regularidad", según el testimonio de sus antiguos novicios.

La Congregación de los SSCC atravesaba entonces una difícil crisis de crecimiento. Al fundador, el padre Coudrin, le había sucedido Mons. Bonamie, arzobispo de Esmirna. Queriendo completar la obra del

fundador, emprendió la reforma de la Regla. Pero más recto que acertado, no tardó en ganarse una fuerte oposición contra él, producida por el mismo hombre que había sido el brazo derecho del padre Coudrin. Apoyado primero por Roma, Mons. Bonamie no tardó en ser desautorizado. La Santa Sede nombró un visitante, Mons. Parisis, obispo de Langres.[15] Este prelado en muchos sentidos notable, se dejó envolver por la oposición. Se dice que perdió allí el capelo cardenalicio. Se dio cuenta demasiado tarde de que desautorizando al ex superior general, estaba minando toda autoridad y, en primer lugar, la suya misma. Sin embargo, la parte más sana de la Congregación se mantuvo fiel a Mons. Bonamie. Lo demostró claramente al elegir por gran mayoría, no al candidato de la oposición, que era también el de Mons. Parisis, sino al P. Euthyme Rouchouze. Los que se oponían, poco numerosos, intentaron formar un grupo disidente, que ya no era viable. Apenas salvada la Congregación, entonces floreciente, tuvo que replegarse sobre ella misma durante muchos años para rehacer sus fuerzas.

En estos tiempos de angustia, era más difícil saber cuál era el deber de uno que cumplirlo. Este fue el raro mérito del noviciado de Issy, dirigido por el P. Alexandre Sorieul, maestro de novicios y compañero del fundador, y animado por el P. Euthyme Rouchouze, futuro superior general, "que representaban el ayer y el mañana", para no flaquear bajo la tormenta y convertirse en "el centro donde, bajo la mirada de Dios, se debatían los intereses más queridos del Instituto". Es justo asociar a este trabajo de restauración el nombre del P. Radigue y el de los otros tres mártires. Tal vez, como dijo el P. Malige, este tiempo en Issy fue para el

[15] Para hacer frente a la crisis de la Regla en el origen del cisma, la Santa Sede, por decreto del 29 de marzo de 1852, nombró un visitador apostólico, en la persona de Mons. Pierre Louis Parisis, obispo de Arras. Por consiguiente, la Santa Sede destituyó a los dos superiores generales, el obispo Bonamie y la madre Constance Jobert. Esto llevó a la Congregación a elegir nuevos generales (1853): el P. Euthyme Rouchouze (muerto en 1869) y la madre Gabrielle Aymer de la Chevalerie, sobrina de la Buena Madre (muerta en 1866).

P. Radigue "una preparación para su papel definitivo, su martirio, como delegado de la Congregación en la sangrienta expiación de la Comuna".

En julio de 1863 moría el padre Alexandre Sorieul. Le veló y le cuidó como lo habría hecho un hijo con total abnegación, pero también con admiración y deferencia, lo que no dejaba de sorprender a los jóvenes novicios en quienes el respeto no es la virtud dominante. Desde hacía largos meses la responsabilidad de la casa pesaba sobre sus hombros. Sus atribuciones habían ido creciendo poco a poco. A las clases de Sagrada Escritura, se había añadido el economato; sus conocimientos de los asuntos del campo y sus buenas amistades en Normandía le permitieron sacar un mejor partido de la huerta, así como abastecerse de manera más económica. La mayoría de los novicios y hermanos conversos lo habían elegido como su director espiritual. La sustitución del maestro de novicios y los cuidados brindados al enfermo terminaron por arruinar su salud siempre delicada. Sus jaquecas comenzaron de nuevo con fuerza. Según el padre Tauvel, llegó a pasar en la cama una semana de cada dos. El nombramiento de maestro de novicios era entonces competencia del capítulo general, porque el titular formaba parte del consejo general por derecho y se convertía en la tercera autoridad de la Congregación. Previendo la elección de los capitulares que la voz popular anticipaba, pensó en pedir su cambio. En ello estaba cuando, asistiendo a los últimos momentos de un converso de una gran virtud, le pidió que intercediera por él ante Dios y le obtuviera un cambio de función o le diera suficiente salud. Su oración fue escuchada. Los dolores de cabeza desaparecieron e incluso aumentó su corpulencia. En septiembre el capítulo lo nombró maestro de novicios.

Por lo demás, había participado activamente en el capítulo de 1863. Encargado por oficio de la tarea de explicar la Regla, de aclarar los artículos demasiado concisos, de hacer resaltar el espíritu de la Regla, había sentido la necesidad de un comentario auténtico, que el recuerdo de la reciente crisis apoyaba. Por lo tanto, expresó el deseo de que se designara una comisión para este fin, pero como nadie

estaba más cualificado que él para llevar a cabo el trabajo, en lugar de una comisión, se lo encargaron a él.

Otro proyecto le interesaba no menos. La crisis espiritual por la que se acababa de pasar había disminuido en parte el reclutamiento. ¿No se podrían crear, pensaba él, pequeños noviciados? Acogerían los estudiantes en el umbral de sus estudios y al mismo tiempo que una sólida cultura humana y cristiana, recibirían una formación imbuida de la espiritualidad picpuciana. La idea ha echado raíces desde entonces. Todas las órdenes religiosas tienen sus "escuelas apostólicas", pero la institución era nueva entonces, y si el P. Radigue no puede ser considerado como el padre de la misma, poco le faltó. A partir del año siguiente, se adaptaron locales para este propósito en la casa de Picpus.

Su dirección espiritual se basa en un profundo conocimiento de los novicios. Se queja a los directores de los colegios de que ignoran casi por completo sus actos y gestos, sus talentos, sus caracteres, sus aptitudes "y les insiste en que le den todos los detalles que puedan sernos útiles para iluminarnos en el juicio que debemos hacer sobre ellos en el futuro" (Carta al P. Leriche, 22 de junio de 1863).

Si insiste en tener archivos documentados sobre ellos, no es porque se sienta aislado de sus novicios. Después de 15 años de estancia en Issy, y a pesar de su función, él sigue siendo el que ingresó por la puerta trasera, como suplente, y busca establecer contactos de amistad con ellos. Su nueva dignidad no afecta en modo alguno a su simplicidad natural. Algunos incluso se dejan engañar por las apariencias y creen que no tiene personalidad. Situado al mismo nivel de los novicios, provoca espontáneamente sus confidencias, sin nada sin embargo de ese arte de tirar de la lengua en el que a veces se destacan algunos prefectos de disciplina. Él solo obtiene esta total confianza porque comparte totalmente sus vidas, incluso sus recreos. Se ha hecho el firme propósito de no faltar nunca porque cree que en estos momentos de relajación es donde realmente son ellos mismos y se manifiestan tal

como son. Pero ya sea que camine con ellos por los paseos de Issy o por los bosques de Meudon hablándoles de los principales problemas del momento que los periódicos debaten, o que en invierno les enseñe los pequeños trucos del juego de damas o del trictrac, puede verse que solo tiene un objetivo: conocerlos mejor y formarlos mejor.

Él sabe mostrar firmeza. "Nos acordamos de un novicio, dice el P. Malige y habla de él, que no carecía de amor propio y prefería el trabajo intelectual al trabajo manual; el director lo había notado y reservaba para él los trabajos más humillantes. Si los otros cavaban, regaban, rastrillaban, él tenía el encargo de transportar el estiércol. Muy a menudo, cuando los demás estaban estudiando, ocupados leyendo, él estaba encargado de ir a trabajar en el jardín, trabajo suplementario que no le gustaba".

No olvida que se dirige a principiantes y no se desdeña de utilizar pequeños trucos que harían sonreír a los jóvenes de hoy pero que los de entonces aceptaban. Para formarlos en la devoción a los Sagrados Corazones, les propone consagrar un día o una semana a cumplir sucesivamente los oficios de promotor, reparador, adorador, amante, discípulo, víctima, sirviente, suplicante, celador. Les explica pacientemente en qué consisten estos oficios y para cada uno les ofrece meditaciones, oraciones, resoluciones de los santos patronos. "Puesto que devoción indica un estado permanente y no algo pasajero, es necesario practicar los actos que le son propios, repetirlos con bastante frecuencia y durante un tiempo suficiente para formar un hábito". Si juzgamos un método por sus frutos, los valiosos misioneros por él formados atestiguan la validez. Es suficiente citar al P. Damián De Veuster, el futuro apóstol de los leprosos de Molokai, cuya heroica muerte iba a dar tanta gloria a la Congregación. Porque, en ese momento, incluso los novicios belgas o alemanes formados en Lovaina, tenían que completar su formación en Issy y profesar en Picpus. Todo el futuro de la Congregación le fue, pues, confiado.

La formación que les da no se limita, como se piensa, a estas pequeñas prácticas de piedad. Su cultura, su asiduo trabajo, su experiencia de los estudiantes, su verdadera santidad, le permitieron penetrar más profundamente en los misterios divinos y extraer algunas líneas de fuerza, que le parecen las más adecuadas para construir una piedad sólida y dar todo su sentido a una vida. Para él, todo se reduce a la imitación de Jesucristo o para emplear los mismos términos de la Regla "reproducir las cuatro edades de la vida de Nuestro Señor". Se había hecho amigo de sus vecinos, los religiosos de St-Sulpice y en contacto con ellos pudo estudiar mejor esta escuela de espiritualidad francesa, que es el origen de la devoción al Sagrado Corazón y que la ha marcado tan notablemente.

En principio, postula que el padre Coudrin ha sido suscitado, como todos los fundadores, para remediar los males que sufría la Iglesia en ese momento y que eran el materialismo y el naturalismo: negación de lo sobrenatural y amor exagerado de la independencia y del cuerpo. Pero, así como toda revolución ha tenido su prototipo en la rebelión del Paraíso terrenal, de igual modo toda restauración tiene su modelo en la operada por Cristo, por tanto, para continuar su obra, debemos seguir a Cristo. Esta imitación de las cuatro edades es para nosotros el medio práctico de vivir nuestra consagración a los Sagrados Corazones, fundamento de nuestra espiritualidad. Tiene además la ventaja de hacer de los diferentes ministerios a los que nos entregamos, un todo homogéneo, una construcción armoniosa que sin este centro parecería disparatada. Si somos educadores, es para reproducir la vida de la infancia; adoradores, para reproducir la vida oculta; misioneros para reproducir la vida evangélica y si practicamos la mortificación externa y especialmente interna, es para reproducir la vida crucificada.

Estas ideas están desarrolladas en *"El religioso de los Sagrados Corazones que tiende a la perfección según la Regla y las Constituciones*", manuscrito de 864 páginas, dedicado al Rvdmo. P. Euthyme Rouchouze,

que le había encargado hacer este trabajo en su circular del 20 de octubre de 1863, de acuerdo con la decisión del capítulo general. Se había estipulado nombrar una comisión para revisar el trabajo y presentarlo al próximo capítulo. El manuscrito fue entregado a tiempo porque está fechado en la fiesta de san Benito, 21 de marzo de 1867. Pero las 864 páginas probablemente desalentaron de antemano para hacer cualquier intento de revisarlo o modificarlo. El precioso manuscrito fue depositado en los archivos donde aún duerme. Fue un error. Es muy cierto que el padre se ha dejado llevar de su bondad natural, su estilo carece de firmeza y concisión, rechaza resueltamente toda documentación y discusión, parece ignorar que hay preguntas difíciles, controvertidas, se ciñe demasiado a una exposición tranquila, y en la parte técnica solo roza la superficie. Por otro lado, ha sacado a la luz este punto fundamental de la espiritualidad picpuciana: la imitación de las cuatro edades. Para ilustrarlo, compuso o dibujó a pluma, las cuatro escenas del Evangelio poniéndolas alrededor de los Sagrados Corazones y del copón y él mismo aseguró la difusión.

Obviamente su trabajo completa la labor que el Rvdmo. P. Euthyme Rouchouze estaba realizando al mismo tiempo. Mientras el superior general explica de manera magistral cómo la consagración a los Sagrados Corazones es el fin y el alma de la Congregación, el P. Radigue muestra cómo vivir esta consagración en cada uno de los actos de la vida o en los diferentes trabajos. Son las dos caras de la misma medalla. Y aquellos que más tarde se han ocupado de estas cuestiones se habrían beneficiado de leerlo e inspirarse en él, encontrando ahí equilibrio y plenitud.

Prior de la Casa Madre

Fundándose en esta comunidad de puntos de vista con el Rvdmo. P. Rouchouze, de quien había sido novicio, después colaborador en Issy durante 10 años y desde hacía 5 años consejero escuchado, el

capítulo general, reunido en septiembre de 1868, lo nombró Prior de la Casa Madre. Unos días después escribió al obispo Jaussen, vicario apostólico de Tahití: "Sin duda se habrá enterado de lo que el último capítulo ha hecho con mi frágil persona. Le aseguro que estoy lejos de alegrarme. Estaba acostumbrado a la soledad del noviciado y estaba apegado al trabajo de toda una vida. Pero, en fin, el buen Dios lo ha querido. ¡Bendito sea su santo nombre!".

El cargo de prior requiere, entre otras cualidades, tacto y humildad pues dejando a su cargo la dirección habitual de la casa, es fatal que el Superior General intervenga en su gobierno, que a menudo se confunde con el del instituto. El prior también debe, en caso de ausencia prolongada o enfermedad de su superior, hacerse cargo de remplazarlo y despachar los asuntos cotidianos.

Aparte de su carácter abierto y conciliador y su gran espíritu de fe, el P. Radigue no tenía otro medio de poner aceite en los engranajes y de suavizar los inevitables roces que apelar a la deferente amistad que le unía a su superior, como él mismo reconoce: "Había dos hombres en la Congregación con los que he pasado casi toda mi vida religiosa, con los que he vivido en la intimidad y a los que quería como un niño ama a su padre, un amigo de verdaderos amigos". (Quería designar a los padres Alexandre Sorieul y Euthyme Rouchouze) y añadía: "¡Ah!, querido padre, qué desgarro de corazón se siente en tales circunstancias. Ambos me han dejado en la mayor dificultad. En fin, el buen Dios lo ha querido. ¡Lo que tenemos que hacer es inclinarnos y adorar!" (Al P. Leriche, 11 de enero de 1870).

En efecto, el Rvdmo. P. Rouchouze, en pleno vigor y en plena actividad, fue repentinamente atacado por el tifus y falleció unos días más tarde, sin haber podido poner en orden sus asuntos y cuentas. Era el 2 de diciembre de 1869. Había gobernado el instituto durante 16 años. No había designado un vicario, probablemente a propósito para no interferir en las futuras elecciones. Por lo tanto, le correspondía al P. Radigue hacerse cargo de la suplencia. En la circular que envió a

todas las casas para notificarles la desaparición de su superior y su toma del poder, para hacer el elogio del difunto solo tuvo que dejar hablar a su corazón.

> *"Una gran desgracia acaba de golpear a la Congregación. Perdemos a un Padre digno de nuestros lamentos y que por muchos motivos merece nuestro agradecimiento. En medio de las muchas pruebas por las que pasó nuestra Congregación, Dios suscitó un hombre según su corazón, un hombre de fe que ha esperado contra toda esperanza.*
>
> *Él ha sido ese hombre sabio del que habla el evangelio, que construyó su casa sobre piedra; cayó la lluvia, los ríos se desbordaron, soplaron los vientos; todo estuvo en contra de esta casa; pero no se ha caído porque estaba construida sobre piedra.*
>
> *A través de su actividad, su energía y su amor a los Sagrados Corazones, él ha salvado nuestra querida Congregación de una ruina cercana. Por ello todos debemos estar profundamente imbuidos de un vivo sentimiento de gratitud hacia él.*
>
> *Convencido de que una sociedad religiosa solo puede vivir y prosperar más que si vive y está animada por el espíritu de su Fundador, el Rvdmo. P. Euthyme no ha escatimado esfuerzos para mantener el espíritu del Buen Padre en la Congregación. Le gustaba estudiar la vida de nuestro piadoso maestro, recordar sus palabras, sus ejemplos. Él ha querido que todos los lugares santificados por la presencia de este venerado padre fueran queridos por todos sus hijos.*
>
> *Verdadero hijo del Buen Padre, tenía el más profundo respeto por su memoria y por así decirlo, una especie de devoción, deseando observar al pie de la letra esta recomendación del apóstol: 'Recuerda a tus primeros superiores y teniendo en cuenta cómo ha sido su vida, imita su fe'".*

Vicario General

Prior y vicario general, le corresponde preparar y convocar el capítulo de elección. No puede olvidar que las últimas elecciones, 16

años antes [1853], terminaron en un cisma. Los ánimos se habían apaciguado ¿pero no es de temer una reacción contra la mano de hierro del reformador que fue el P. Euthyme? ¿No es su deber prever cualquier agitación creando un ambiente favorable para las elecciones y el cambio de autoridad? Duda, consulta, especialmente al padre Tuffier, y finalmente decide intervenir. Tomando las ideas que había desarrollado en su comentario sobre la Regla, traza con mano firme los deberes de los electores, los del superior general y los de cada uno de sus hijos. Uno siente al leer estas líneas, llenas de sabiduría sobrenatural, cuánto le han hecho madurar y crecer estos dos años de prior.

"Nuestras santas reglas declaran formalmente que el trabajo del capítulo de elección es uno de los asuntos más importantes de la Congregación. Este asunto tan serio solo se puede cumplir en el recogimiento, en los encuentros con Dios mediante una oración ferviente; solo será perfecta en la medida en que los afectos terrenales y los intereses humanos sean desterrados de los corazones, purificados por los santos ejercicios de recogimiento espiritual, elevados a Dios por la oración.

Después de la Misa del Espíritu Santo, cada uno de los electores arrodillado ante el altar presta juramento: es la única vez que se le exige. Jura no escuchar más que su conciencia, es decir, otorgar su voto solo a quien crea más apto para cumplir dignamente el cargo de superior general, jura despojarse de cualquier sentimiento de interés o inclinación, se compromete a no tener en vista más que la gloria de Dios y el mayor bien de la Congregación, de modo que esté dispuesto a darse como superior incluso a aquel por quien pudiera sentir alguna antipatía natural, o de quien creería haber recibido algún motivo de descontento, si todo ello examinado ante Dios, considera que efectivamente es el más capaz de gobernar bien para la gloria de Dios y para el bien del instituto.

Puesto al frente del gobierno de la Congregación, el superior general es como la cabeza del instituto; es él quien debe extender su influencia, iluminar nuestra marcha y dirigir nuestros pasos. De él debemos esperar impulso para actuar; es él quien debe imprimir movimiento a todo el cuerpo; de sus luces,

de su iniciativa, de la sabiduría de su liderazgo, de su celo ilustrado dependerá la prosperidad de nuestras obras".

Agrego que nuestra felicidad depende en gran medida del superior general; porque si él es nuestro jefe, también es nuestro padre y como tal tiene una gran influencia en las alegrías que se pueden disfrutar en la familia.

No olvidemos, sin embargo, que la prosperidad de la Congregación no depende únicamente del superior general. Es el jefe, sin duda, pero no actuará sobre los miembros paralizados, es decir, poco dóciles para seguir el impulso dado.

Con espíritu de fe, llevaremos a cabo fácilmente nuestros deberes hacia el superior general. Lo respetaremos tanto en su ausencia como en su presencia. Nuestra obediencia será pronta, exacta, perseverante. Ignoramos entre nosotros las quejas, las oposiciones, las murmuraciones que hacen sufrir a los superiores; los juicios y críticas que destruyen la autoridad. Nuestro amor agradecido hacia el que vigila incesantemente nuestras almas para protegerlas del mal y que dará cuenta de ello al tribunal de Dios se muestra, no con palabras, sino con actos".

Es la sorpresa que revela este hombre. Hasta entonces, ha vivido a la sombra del noviciado, principalmente como subordinado; de repente se revela como un verdadero jefe. Su acción directa tiene la misma claridad que su idioma oficial. Simplemente le da más forma, más amistad. Escribe al padre Postel: "En la elección de nuestro difunto padre, solo hubo un simulacro de retiro, pero no creo que estemos obligados a seguir lo que era costumbre en esa triste época. En lo que de mí dependa, seguiremos los ejercicios de un retiro serio. Para lograr este resultado, me parece que sería muy efectiva la reunión de todos los miembros del consejo dando ejemplo de regularidad. En fin, aquí estamos llegados al final de estos cuatro meses. Pensé que nunca terminarían" (28 de marzo de 1870).

La autoridad suprema abruma a este hombre bueno. Ciertamente le ha comunicado una unción que tal vez faltaba al difunto, pero no

ha dejado que se degradara entre sus manos. Incluso tenía algo de audacia en querer trazar sus deberes rigurosamente a cada uno. Lo que no dice, y explica sus temores, es que tuvo que enviar esta circular y dirigir el instituto desde la cama.

El verano anterior ya lo había probado mucho, más de lo que sus bromas permiten adivinar: "He sufrido en los hombros, la espalda y el pecho. Esta mañana todavía me molestaba toda la parte superior. Con suerte, después de pasear por mi carcasa, mi reuma terminará por irse a un país extranjero. Le deseo un buen viaje y sin retorno" (13 de septiembre de 1863). Todavía no se había recuperado de esta grave alerta cuando la muerte del padre Euthyme vino a ponerlo en la primera fila. "Es demasiado", se quejaba, "tener el gobierno general y tener los detalles de la casa en París" (Al P. Postel, 14 de febrero de 1870). Sus fuerzas traicionaron su valor. Tuvo que guardar cama. Le confesó a medias palabras a su sobrina Nelly, cuya educación dirigió en cartas tan alegres como firmes: "Es cierto que he estado gravemente enfermo con una pleuresía. Pero nunca he estado grave. Hoy me estoy recuperando y me cuido, tienes que verlo" (Carta, 14 de marzo de 1870).

Obediencia a ser mártir

Se cuida presidiendo el capítulo de elección. Y cuando el 5 de abril de 1870 entrega, con qué alivio, la autoridad al Rvdmo. P. Marcellin Bousquet, uno de los primeros novicios que conoció en Issy en 1849, no pone en duda que pronto tendrá que retomarlo. El capítulo general y el nuevo superior, reconociendo la sabiduría de su gestión, lo han reelegido prior. Están lejos de imaginar que al darle esta obediencia, lo designan para el martirio. Cabe señalar su último acto de jurisdicción: la compra de una concesión en el cementerio de Issy, que durante más de medio siglo albergará sus restos gloriosos. "En la Prefectura no se quiere aprobar una venta a favor de una empresa no reconocida. Como el alcalde quiere esta concesión tanto como nosotros, ha encontrado una manera de sortear la dificultad.

Como el cementerio de Issy es demasiado pequeño, el alcalde compraría un terreno aledaño a mi nombre. Lo donaré al municipio para el cementerio, siempre que los miembros de mi comunidad de París y de Issy sean enterrados a perpetuidad en una parte de la tierra (50 metros) que me reservaré" (Al padre Postel, 14 de febrero de 1870).

Una casa madre, especialmente en una Congregación poco numerosa, es como la casa familiar de cada uno, y es precisamente papel del prior crear esta atmósfera, más que del superior general, que a menudo está ausente y cuyas decisiones a veces requieren dolorosos sacrificios. En su declaración, el P. Bousquet ha destacado la calidez y la delicadeza de su acogida. "Esta bondad paternal que nos unió profundamente a él. Era la viva representación del espíritu de los hijos de SSCC".

Un último trazo completa el retrato. Nos lo aporta su hermana Flavie. "Estando enfermo su padre, obtuvo permiso para visitarlo. Apenas llegado comienza el asedio (de París). Inmediatamente decide regresar. Su padre insiste en retenerlo: el asedio ha comenzado: 'Estoy contrariado con lo que acabo de saber. Debo dejarte para ir a cumplir mi deber'. Vencido por su insistencia, el padre le permite irse: 'Ve a tu deber, hijo mío, cumple siempre tu deber'".

Regresa pues, a París para compartir con la comunidad las duras pruebas del famoso sitio del Año terrible. Pocos días después de la capitulación de París, el superior general, bastante deprimido por las privaciones y la convivencia con la guardia nacional creyendo además que con el armisticio las pruebas habían terminado, partió a visitar las casas de las provincias. Su prior, a quien nunca volvería a ver, no compartía su visión optimista. "Nuestro Padre, escribe al P. Postel, se ha ido el 8 del corriente (febrero)... Los días de luto no han terminado en París. ¿No estamos en vísperas de desastres más terribles que los que han desolado nuestra pobre capital? Haría falta muy poco para prender fuego a las cuatro esquinas de París. Hemos visto los bombardeos y la hambruna sin espanto. Nuestras preocupaciones por

el futuro se ven atenuadas por la confianza que tenemos en Dios" (26 de enero y 19 de febrero de 1871).

Hemos recuperado en sus notas uno de sus primeros sermones. Está fechado el 19 de mayo de 1849 y tiene como tema: "Dignidad del martirio". Comenta el texto de san Pablo: "Por Cristo nos ha sido dado no solo creer en él sino sufrir por él". Puede percibirse que el sermón ha sido amorosamente compuesto y cuidadosamente escrito en gran formato. Pero nunca fue pronunciado. No lo sería hasta 22 años después, en una hermosa tarde de mayo, esta vez no con la elocuencia de las palabras, sino con la de la sangre.

Capítulo V

EL PADRE POLYCARPE TUFFIER

Uno de los rasgos de carácter más indefinibles es ciertamente la popularidad. A veces se debe a muy poco: al entusiasmo de los que le rodean, a la originalidad del hombre, a menudo también a su calidez humana, a su fuerte personalidad, a su "prestancia" como se dice en el teatro. Si no siempre es posible justificarlo a distancia por los documentos que se poseen, es necesario sin embargo tenerlo en cuenta para hacer un juicio equitativo sobre alguien.

Muy pronto la figura del P. Tuffier ha estado rodeada de popularidad. En comunidad nos gustaba oponer su entusiasmo a la serenidad del padre Tardieu, otro lozeriano, miembro del consejo como él y con él mártir de la Comuna. En todos los testigos: colegas, parientes, amigos, superiores, biógrafos, se percibe claramente una secreta preferencia por él. Han sentido el encanto de su naturaleza comunicativa. Lo han visto por dos veces restaurar hábilmente una situación financiera comprometida. Han sonreído con su vivacidad, su sinceridad, sus distracciones. Han sido edificados por su piedad y su simplicidad. "La prodigiosa vivacidad de su naturaleza meridional" escribe el P. Perdereau como explicación final. Y si la investigación revela en el camino del suplicio y en la última hora un impulso generoso, un hermoso gesto imprevisto de uno u otro de los mártires, instintivamente se lo atribuyen a él, coincidiendo en la imagen que de él tenían. Lo rodea una leyenda que a veces es difícil de encajar con la realidad. Sin embargo, ¿cómo negar que este juicio espontáneo y general tenga peso?

Raíces cristianas de la familia

Jules-Toussaint Tuffier (en religión el hermano Polycarpe) nació en Malzieu en Lozere, el 16 de marzo de 1807 y fue bautizado al día

siguiente. Situada a una altitud de 863 metros en un valle abrigado excavado por la Truyère en las altas mesetas de la Margeride, en el camino que lleva de la Auvernia al sur, con sus murallas y su guarnición, su tribunal de justicia y sus oficiales reales, su colegiata con 14 canónigos y su convento de ursulinas, sus ricos campos de trigo y sus rebaños de ovejas, sus tejedores que producen la sarga y el cadi, sus tiendas y mercados, la pequeña ciudad destacaba sobre el alto Gévaudan y en su escudo de armas tenía escrito el orgulloso lema: *Vireti Gemma*, la perla del valle. La Revolución había puesto fin a su influencia: ya no era más que una simple cabeza de cantón y, para empeorar las cosas, había establecido dos ayuntamientos rivales uno al lado del otro, uno para la ciudad y otro para el campo. Sus murallas se estaban desmoronando, solo un sacerdote atendía su iglesia que se hundía, ya no había escuela.

Jules-Toussaint era el hijo póstumo de Jean-Paul Tuffier, que murió cinco meses antes el 23 de octubre de 1806 a la edad de 33 años. De los cinco hijos que lo precedieron, solo dos sobrevivieron. Charles-Antoine nacido el 25 de marzo de 1802 y Dominique el 19 de septiembre de 1803.

Su madre, Suzanne Martin, también era de Malzieu, donde se casó el 31 de enero de 1797. Viuda a los 31 años, tuvo que usar todo su valor y su raro espíritu de fe para llevar adelante su pesada tarea. Ambos pertenecían a familias de comerciantes en los que el sentido de los negocios y el deseo de ascensión social se combinaban naturalmente con un cristianismo exigente y de fuertes convicciones. En los registros parroquiales, los Tuffiers y los comerciantes Martin se alternan con notarios, abogados, médicos, canónigos, priores. A diferencia de su hijo, que iba a sobresalir en ello, Suzanne Martin no tenía el sentido de los negocios. Si un cliente venía a pedirle cambio, "véalo usted mismo en el cajón", decía sin controlar. Durante sus largas estancias en la iglesia, donde daba rienda suelta a su dolor por tantos lutos en su casa, confiaba las llaves a la sirvienta, sin verificar

nunca las ventas a su regreso. A quien le reprochaba que tuviera demasiada confianza, ella respondía: "Es usted quien mete en la cabeza la idea de robar con su desconfianza". Hizo falta un inventario para desengañarla: la tienda por bien provista que estuviera, dejaba un enorme déficit.

Los dones de Suzanne Martin eran muy diferentes. Su ternura inquieta temía perder a su último hijo, como había perdido a su esposo y a sus otros hijos. Jules, con un temperamento fuerte, nunca se libró completamente de este miedo a enfermarse. Su bromista prima Reine no se hacía problema de llamarlo flojo. "Es retrasado", repetía como un eco el hermano de Reine.

Esta mujer tan ingenua en los negocios, demostró ser una excelente educadora. Por lo demás, podía apoyarse en la familia del hermano de su marido. Las dos cuñadas se llevaban perfectamente bien: la misma piedad, la misma generosidad, la misma ambición de dar a sus hijos una buena instrucción (a pesar de la ausencia de escuela) combinada con una sólida formación cristiana, igualmente exitosa. Entre los hijos de Antoine Tuffier, Reine llegaría a ser superiora general de la Unión; Guillaume arcipreste de la catedral; otro preceptor y poeta romántico. En cuanto a los hijos de Jean-Paul, Dominique entraría como tutor en una familia que estaría tan contenta con sus servicios que lo ayudaría a comprar una pensión en París. Así empujado, se abriría paso en la capital: su hijo se convertiría en un cirujano de renombre, su hija se casaría con el teniente coronel de Labretoigne. En París, Dominique se alejó del camino de la Iglesia. En una enfermedad grave de su hijo, la madre vendrá a vivir con él. Cada mañana hará a pie la peregrinación a Ntra. Sra. de las Victorias, a más de una hora de distancia de su hogar y obtendrá la salvación de su hijo a través de sus oraciones y sacrificios.

Charles-Antoine continuará los negocios del padre. Con su piadosa y distinguida esposa formará la pareja más unida y radiante. En Pascua, se acerca a un primo y le dice a bocajarro: "¿Vienes a cumplir

tu deber a la Iglesia?". "Hoy no tengo tiempo, estoy esperando una cuba". "¿Quieres venir, descuidado, cuando llegue la muerte? Entonces te verás obligado a dejarlo todo". El primo sube a cambiarse, se confiesa y muere en la semana.

La madre ya adivinaba que Jules, más despierto y más abierto, sería su consuelo, su apoyo y su orgullo. Además, una completa coincidencia de temperamento y de aspiración le daba fácil acceso al corazón de su hijo. En el apogeo de la Revolución, incluso cuando la religión y los sacerdotes eran perseguidos, en estas montañas de Lozere quedaban cristiandades fervientes. Pasada la tormenta y restablecido el culto por el Concordato, volvieron a ser el semillero de vocaciones que siempre habían sido. Los Padres de los Sagrados Corazones, recientemente fundados, tenían su segunda casa en Mende y ya estaban llegando vocaciones.

Viéndolo imitar en sus juegos al celebrante en el altar o al predicador en el púlpito, la madre imaginaba a su hijo como sacerdote y a ella misma terminando sus días con él en una rectoría cercana. Ella misma le había hecho los ornamentos y encargó a un vecino hacerle un cáliz, patena y copón. Cada mañana asistía a la primera misa, comulgaba todos los domingos y días de fiesta, volvía durante el día a la iglesia, de la que estaba a pocos pasos. No sería ella quien iba a negar su hijo al Señor, ni a dudar ante los sacrificios de su corazón y su dinero.

Joven novicio

Jules tenía apenas siete años cuando lo confió al padre Régis Rouchouze, cuya fama de santidad ya comenzaba a extenderse más allá de Mende. Sin duda estuvo acompañado por Dominique. El padre Régis admitió al niño, a pesar de su corta edad, y trabajó para

formarlo y abrirle horizontes más amplios que los que hubiera podido descubrir en el Monte Mimat.[16]

Le gustaba contar que un día, el 2 de febrero de 1819, aún no tenía doce años, durante un recreo, oyó que le llamaba el padre Régis: "Sr. Jules, vaya al noviciado. Fue para mí, contaba más tarde, como la voz de Dios, tanta confianza me inspiraba el P. Régis". Los novicios, sorprendidos de verlo entre ellos, querían que se fuera. "Dejad que venga este niño", les dijo. A imitación del patriarca san Benito, a quien le encantaba cultivar vocaciones desde la primera infancia, testigos de ello san Basilio y san Mauro, la naciente congregación buscaba preparar un reclutamiento de elección. Unas semanas más tarde, partía a París y comenzaba efectivamente su noviciado en Picpus, París, el 3 de mayo de 1820, con el nombre de hermano Polycarpe, discípulo del apóstol san Juan.

Tuvo que prolongar su tiempo de probación más allá del tiempo habitual, ya que hizo sus votos perpetuos 3 años después, el 14 de mayo de 1823, a los 16 años, edad canónica requerida para la validez de los votos. El padre Malige, apoyándose en la prima Reine, trató de retrasar la salida de Mende 5 años. Pero el Libro de Profesos elaborado por el P. Marcellin Rouchouze en el momento en que el P. Tuffier residía en Picpus, es formal en este punto. El Rvdmo. P. Bousquet, que era su confidente y su amigo, da la edad de 14 años para su entrada al noviciado y asegura que al P. Coudrin le gustó tanto su simplicidad que lo hizo predicar el día de los Santos Inocentes. Otro día lo encontró llorando y le preguntó la causa de su tristeza: "Buen Padre, es que no me han dejado oírle predicar". El fundador lo hizo subir de inmediato en el coche que iba a llevarlo y así secó sus lágrimas.

Su corta edad no perjudicó en nada sus estudios. Según el padre Hilarión Lucas, que era el superior, el seminario mayor de Picpus era

[16] Las complicaciones de la universidad que obligan a los estudiantes mayores a asistir a la escuela secundaria sin duda no son ajenas a esta prisa.

entonces el más importante de la capital, porque además de los estudiantes de la Congregación, albergaba a los irlandeses a quienes las leyes inglesas de proscripción no permitían continuar sus estudios en su país. El número de estudiantes era de 80 y ascendió hasta 100. Había algunos profesores valiosos: el P. Hilarión había enseñado en la Sorbona y había ostentado el cargo de teólogo de la Embajada de Francia en Roma. También el padre Maigret. Considerando que eran tiempos de reorganización de la Iglesia en Francia, los estudios allí eran buenos. "El padre Tuffier, dice el Rvdmo. P. Bousquet, tenía una sólida instrucción, una ciencia teológica segura y extensa". Por otra parte, demasiado joven para ser ordenado sacerdote, tuvo que repetir sus estudios literarios y eclesiásticos.

Al comienzo del año escolar de 1826, fue destinado al colegio de Picpus, donde los alumnos eran bastante numerosos. Hubo incluso que construir otro edificio al año siguiente para recibirlos. En 1828 las ordenanzas prohibieron a las congregaciones la enseñanza. El colegio tuvo que cerrar sus puertas. El hermano Tuffier reanudó sus estudios teológicos porque solo tenía 21 años. ¿Siguió los cursos en París o en el seminario mayor de Rouen que acababa de ser confiado a los Padres de los SSCC? El hecho es que recibió el subdiaconado en la catedral de Rouen de manos del cardenal Príncipe de Croÿ el 20 de diciembre de 1828 y el diaconado el 19 de diciembre de 1829.

Un relato de su prima lo pinta al vivo. Obtuvo permiso de sus superiores para ir a volver a su pueblo y ver de nuevo a los suyos. Tiene 20 años. Al acercarse al hogar materno, su naturaleza ardiente contiene mal su impaciencia. Pero de repente cambia. Su generosidad le ha sugerido un sacrificio: lo primero de todo, saludará al párroco de Malzieu. "Ya ve, le dice al encontrarlo, que no escucho la voz de la carne y la sangre, puesto que mi primera visita es para usted".

El ingenuo religioso ha hablado. Más de una vez volverá a mostrar su ingenuidad. Todavía no ha vivido nunca fuera de su

convento. Se asusta fácilmente. Ante una broma ligera que le hacen: "Me voy. No me gustan estas cosas". Para retenerlo, el bromista promete no volver a hacerlo.

Sin embargo, está lejos de tener mal humor. Ama la alegría y sabe difundirla a su alrededor. Dividido entre su exuberancia natural y su deseo de dar testimonio, a veces se abandona a su risa comunicativa que provoca hilaridad entre quienes lo rodean y otras veces siente escrúpulo y pregunta a su tía: "¿No he ido demasiado lejos, no he escandalizado a nadie?". "Soy brusco", decía de nuevo. "No pienso antes de hablar. Me gustaría retirar una palabra que se me ha escapado, pero es demasiado tarde. Por más que hago resoluciones, apenas las cumplo". A su alrededor no se le juzgaba tan severamente, ni mucho menos. Era precisamente esta naturaleza espontánea, estas salidas ingenuas lo que le hacía ganarse todos los corazones. Era admirable su frescura de alma, su candor: "Sigue siendo como eres, mi Jules", le decía su tía. "Sé siempre alegre en el Señor". "Eso es, tía, eso es todo (solía repetir las mismas palabras dos veces), hay que llevar el yugo del Señor con alegría". Y se reía de buena gana.

Dos años después del cierre del colegio de Picpus, la Revolución de 1830 obligó a los irlandeses a regresar a su país y a dispersar a los hermanos estudiantes por las casas de la provincia. Parece que el hermano Polycarpe fue uno de los pocos que se quedó para cuidar la casa. Fue testigo del saqueo de Picpus por parte de los alborotadores el 16 de febrero de 1831. Padres y hermanos fueron maltratados, golpeados con violencia, encarcelados, mientras destrozaban puertas, ventanas y muebles. Fue una ruina para la Congregación durante muchos años y para el Hno. Tuffier un anticipo y un ensayo general de la Comuna.

Los años de aprendizaje

Se refugió en Normandía y unas semanas más tarde, el 2 de abril de 1831, recibió el sacerdocio en Sées: tenía exactamente 24 años, la edad canónica. Con los colegios cerrados, las casas de las provincias abarrotadas por los fugitivos venidos de París, el fundador por una vez, se sentía agobiado por la abundancia de súbditos. Vicario general de Rouen, pensó llevar cerca de él al nuevo sacerdote y le confió la parroquia de Martainville sur Ry, cerca de Darnétal, dedicada a Ntra. Sra. de la Paz. Le decía: "La Madre de Dios te llama allí. Da a conocer a su divino Hijo allí y gana almas para Él".

El joven párroco no tenía experiencia ninguna del ministerio. Hasta ahora siempre había vivido como en un invernadero. Con su ingenua simplicidad, estaba expuesto a dar más de un paso en falso. Su piedad y su fidelidad a la Regla lo convirtieron en un excelente párroco. Libre por primera vez para emplear su tiempo y su persona, no olvida que es religioso y mantiene las observancias religiosas tanto como le permite su nueva vida. Un rasgo lo revela. El fundador vino a verlo un día de improviso. Mientras visitaba la rectoría se acercó a la cama y fingió probarla para ver si era muy mullida: "La regla, la regla", -exclama el padre Tuffier con su estilo escueto-. Un jergón, no un colchón, como en París".

Lleno de celo por la casa de Dios, siempre se le veía con un trapo en la mano, cuidando de la limpieza de su iglesia. Restauró los tres altares, decoró el santuario, erigió un nuevo 'via crucis'. Pero debió lo mejor de su influencia a la visita asidua de sus feligreses. Este ministerio lo marcó a su vez. Sacó de él la utilidad y la necesidad de tener un contacto frecuente con la gente; y el comercio diario con estos campesinos normandos le hizo perder su ingenuidad, al menos en los negocios. Se había llevado con él a su madre que cuidaba de la rectoría y le ayudaba a enseñar el catecismo. Ella realizaba así el sueño de su vida y su memoria permanece venerada en Martainville-sur-Ry.

Según testimonio de su sucesor, el P. Tuffier era considerado como un santo. Pasó haciendo el bien, es la opinión de todos los que lo conocieron. Nada brillante o extraordinario sucedió durante su estancia: sus virtudes eran aquellas que crecen en la sombra sin que el mundo parezca prestarles atención y todos creen que lo han dicho todo cuando exclaman: ¡Ah! ¡Ese era un santo sacerdote!

Llevaba 9 años de párroco en Martainville, cuando en septiembre de 1840 le llamaron otra vez a París. Poco después, lo enviaron de nuevo a Normandía pero esta vez a Yvetot como capellán de las religiosas de los SSCC y del importante internado que dirigían allí. Dos años más tarde lo envían a realizar las mismas funciones en Laval. Estuvo allí cinco años. La superiora señala su celo, su piedad, su dedicación ejemplar, las amistades que supo hacer con el clero local a través de su amabilidad para prestar servicio.

Superior emprendedor

En las vacaciones de 1847 fue nombrado superior de Cahors. En un lugar llamado los Petits Carmes, los Padres de los Sagrados Corazones habían abierto un colegio que había educado a una parte importante de la juventud de la ciudad desde principios de siglo hasta las nefastas ordenanzas de 1828. Suprimida la libertad, el colegio tuvo que transformarse en simple escuela primaria.

Así por tercera vez, una obediencia venía a dar una nueva dirección a su vida y a cambiarle por completo su entorno y ocupaciones. Después de 17 años de vida solitaria, fue devuelto a la comunidad para ser el animador. Desde la dirección espiritual de las religiosas y de las jóvenes, pasaba al gobierno de hombres y de jóvenes. ¿Cómo en 11 años de liderazgo el P. Tuffier logró hacer de esta modesta escuela un colegio en pleno ejercicio, disfrutando de la confianza de las familias? En 1850 se aprobó la ley de libertad de

educación. Inmediatamente decidió agregar a la escuela un breve curso de latín, griego y ciencias, de acuerdo con los programas oficiales. La prueba fue plenamente exitosa. Al abrir una nueva clase cada año, en 1856 pudo presentar con éxito a sus primeros estudiantes a los exámenes de bachillerato. Al mismo tiempo que acondicionaba y ampliaba las instalaciones, erigió una hermosa capilla: "Aquí estoy, siempre estoy en medio de complicaciones, más a menudo con espinas que con rosas, pero ¿qué quieres? Ejercitémonos constantemente en aceptar lo que la Providencia nos envía y sometámonos siempre a su adorable voluntad" (julio de 1856).

Los antiguos alumnos y los profesores son unánimes en atribuirle en gran parte la prosperidad del establecimiento. "Recuerdo la marcada satisfacción con la que esperábamos su visita al estudio. Cuando venía simplemente, familiarmente, para informarse sobre nuestra conducta, para darnos sus opiniones, o incluso para reprendernos. Nos sentíamos en familia. A veces nos reíamos de sus distracciones, sus animadas salidas a veces daban material para una diversión. La mejor prueba de la confianza que teníamos en él era que dirigía las conciencias de muchos de nosotros".

Él consideraba que una de las tareas esenciales del superior era la dirección espiritual de los alumnos. Si seguía sus estudios muy de cerca, si asistía a los exámenes con una asiduidad seguramente penosa para la vivacidad de su temperamento, sin embargo, su mayor empeño era formar cristianos convencidos más que bachilleres.

"Nos gustaban especialmente sus catequesis que sabía cómo hacer interesantes por las ideas de su mente y por la claridad con la que nos exponía los misterios de la religión". Otro agrega: "Tenía el don de la ubicuidad. No podías dar un paso sin encontrarte con él. Nadie se molestaba; vivir entre los niños para él era más una necesidad que un principio de la educación. El hermano portero solía decir a los visitantes que pedían ver al superior: Quédese aquí, no

tardará en pasar". "Dediquémonos al trabajo": esa era su palabra favorita, la máxima predilecta que tenía siempre en sus labios. Para un religioso, un sacerdote, un superior: "Darse, todo está ahí".

Capellán de religiosos

Continuando con su trabajo de restaurar la disciplina y volver a las tradiciones, el Rvdmo. P. Euthyme Rouchouze, al final del capítulo de 1858, hizo cambios notables entre los superiores. El padre Tuffier tuvo que dejar Cahors, abandonar el colegio que había resucitado, los estudiantes que amaba, las amistades que había hecho. No trató de ocultar su dolor. Las lágrimas fluyeron. El sacrificio fue grande, pero fue total.

Su envío a Mende, lejos de suavizarlo, lo aumentó. Una orden religiosa acababa de hacerse cargo de la dirección del colegio municipal. En una pequeña ciudad de 7.000 habitantes donde no podía haber lugar para dos colegios, era forzar a los Padres de los Sagrados Corazones a cerrar el suyo; suponía también disminuir parcialmente su reclutamiento. El cierre del colegio de su juventud y de su vocación, no podía dejar indiferente al hombre que había levantado el colegio de Cahors. Pero, aunque podría costarle, su naturaleza fogosa y sensible supo abstenerse de cualquier crítica fácil y consagrarse a su tarea, bastante pesada: además de la numerosa comunidad, los novicios y postulantes, la Adoración de Mende albergaba todavía un internado y una escuela. Predica con éxito varias veces en la catedral. Él sabe que en las ciudades pequeñas los oyentes son exigentes con los predicadores extraordinarios. Redacta sus sermones cuidadosamente: primero, un primer borrador con numerosas tachaduras, seguido de suplementos y correcciones y en el margen: "1ª edición, debe ser redactado de nuevo". Lo vuelve a copiar una vez, dos veces.

El obispo de Mende le confió la tarea de promover y organizar el trabajo de la Santa Infancia. Se dedicó a ello a fondo, comprometió parroquia y comunidades para organizar recaudaciones adicionales y loterías. Agotaba a las hermanas. Se lo dijeron, su prima la primera, (madre Reine, superiora de la Unión). Sufrió por ello, pero era el primero en reconocer que a veces se pasaba de la raya. El Consejo de la Obra en París elogia su celo y los resultados obtenidos.

Su prima traza este retrato de él: "No podía estar sentado mucho tiempo, tenía que levantarse, abrir la ventana, hacer ruido. El confesionario donde debía permanecer inmóvil y encerrado le costaba. También perdía la paciencia: He sido brusco esta mañana, pero también qué despacio van. Cuando hablo mal, lo arreglo de inmediato, pero ya está hecho. ¿Cuándo tendré virtud, paciencia? Desde que soy religioso, he progresado muy poco. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Tú sabes lo poco que valgo! Estoy confundido al dirigir almas tan santas. Cuán lejos estoy de asemejarme a los que sermoneo". Añadía: "Tu hermano no quiere pasear: insistiré al buen canónigo y él me convertirá".[17] El canónigo se contentaba con mostrarle los alrededores del Lot a la entrada de Mende: si se encuentra con una roca que no puede pasar, la rodea. Y concluía: moderación, paciencia.

Ecónomo general

De Mende regresó a Laval en 1862. Al año siguiente, el capítulo general lo llamaba al consejo del superior general con el cargo de ecónomo con residencia en París. Su prima lo juzga así: "No tenía, digamos, suficiente paciencia para confesar a las religiosas, pero en

[17] El canónigo Charles Guillaume Tuffier, pastor y arcipreste de la catedral de Mende, era hermano de la madre Reine, biógrafa del padre Tuffier, primo hermano del padre Polycarpe que era cuatro años menor que su padre (Charles-Antoine, nacido en 1802). El canónigo tuvo que retirarse anticipadamente debido a su pérdida de oído.

cuanto a cabeza, orden, bondad, limpieza, tenía las cualidades para cumplir su cargo. Aunque el buen primo supo sacar partido de las personas y las circunstancias y vio todo por el lado bueno, se hizo mucha violencia. Sus frecuentes cambios, las dificultades que superar no le dejaban insensible". Era de hecho su séptimo cambio.

La Congregación no estando reconocida por el Estado y como tal no siendo capaz de tener posesiones, había tenido que declarar sus casas bajo el nombre de sus religiosos. Sus bienes estaban a merced de herederos sin escrúpulos o de religiosos tentados de fundar alguna orden propia. Eso es lo que pasó. Se siguieron toda una serie de procesos ruidosos, llevados por los abogados más famosos de la época: Berryer y Olivier. La Congregación fue condenada a pagar enormes sumas equivalentes, para las Hermanas, a la cuarta parte de sus treinta casas y para los Padres a una tercera parte. Fue necesario comprar de nuevo los colegios de Poitiers y Cahors (este hasta 3 veces). Cuando el P. Tuffier asumió el cargo, todas las deudas se habían saldado, pero esto solo había sido posible gracias al sacrificio de todos. Se vivía en la más estricta pobreza. La casa madre de Picpus tenía pesadas cargas, entre ellas el noviciado y el seminario, y muy pocos recursos. La mayor parte provenía del trabajo de los hermanos y del ministerio de los padres en las comunidades vecinas.

En opinión de todos, su gestión fue de las más acertadas y cinco años más tarde, el capítulo general renovaba su mandato. "Impetuoso y activo, estaba dotado de un sentido común exquisito y de un juicio muy seguro", escribe sobre él el Rvdmo. P. Bousquet que añade: "Reunía en su naturaleza grandes y ricas cualidades. Bajo un exterior abierto y alegre, escondía una virtud celestial". Y el P. Perdereau: "la seguridad de su juicio práctico se ponía de manifiesto en las cuestiones administrativas. Realmente era un hombre de buen consejo. Su erudición teológica era mucho más extensa de lo que permitía suponer la vivacidad de su conversación algo inconexa. A menudo se podían ver brillar rayos de luz inesperados a través de sus ocurrencias".

En los consejos que en Mende daba su prima, ha definido acertadamente su forma de actuar: "Es indigno engañar a las superioras halagándolas. Sé lo que es decirles: está usted equivocada. Las superioras deben ser muy buenas: nunca lo son suficientemente. Las pobres hermanas no han nacido esclavas: lo son muy bien para Dios, pero hay que hacer el yugo lo más ligero posible. Para servir a Dios hay que tener el corazón contento, sentirse a sus anchas. Hacerlas felices es muy bueno para su salud".

Esa era su forma de tratar a los hermanos conversos, de los que era directamente responsable como ecónomo. "Tiene el corazón en la mano", se decía de él. Sabía confiar en ellos y darles responsabilidades. Pero no les ocultaba su forma de ver, incluso si tenía que arrepentirse de su vivacidad y repararla con buenas maneras. Les exigía mucho a veces, pero era más bien por necesidad de compartir la vida de los suyos que por controlar su trabajo. Amaba demasiado la vida y la alegría como para no vigilar atentamente la alimentación, cuya influencia en el buen ambiente de una comunidad conocía bien.

El peligro para un ecónomo es dejarse absorber por los cuidados materiales, más aún cuando a la carga de una casa grande, se añadía el de revisar la contabilidad de todas las casas y distribuir los recursos. Era también el procurador de las misiones. Le incumbían: salidas y viajes de los misioneros, ropa, equipamiento, distribución de las ayudas y donaciones.

A pesar de su apretada agenda, desde su llegada a París hasta su muerte, aceptó la función de capellán en el internado de La Madre de Dios, que tenía 80 alumnas. Las niñas disfrutaban mucho con sus catequesis y con las hermosas historias con las que él amenizaba sus lecciones. Estar con ellas le relajaba visiblemente y a veces demasiado a juicio de la maestra, que creía su deber restablecer el orden amenazado por el estallido de las risas. Entonces el Padre era el primero en acusarse a sí mismo, pedía perdón y continuaba tan contento. Habiendo

conservado su alma de niño, amaba a los niños y sabía cómo hablarles y encontrar el camino de su corazón. Ponía el mayor cuidado para prepararlas para la primera comunión y también para la vida.

Durante el asedio, las religiosas habían recogido enfermos. El P. Tuffier los visitaba todas las mañanas y se interesaba por ellos. Se ganó su confianza de tal modo que pudo reunirlos dos veces por semana para catequizarlos y prepararlos a recibir los sacramentos. Se apreciaba en él y no sin edificación, que tenía una paciencia inalterable con ellos.

La Pasión que predica el Viernes Santo causó una profunda impresión en todos sus oyentes. Mons. Darboy acababa de ser encarcelado. "Su cautiverio, exclamó, es mucho más glorioso para él que el capelo cardenalicio" y mostró en las persecuciones actuales de la Iglesia, la continuación y el complemento de la Pasión de Cristo. Un militar que él había convertido, asistía al sermón. Vino a darle las gracias efusivamente. "¿Qué quiere?", respondió el Padre. "El momento es favorable, la materia es abundante. Quién sabe lo que el Buen Dios nos reserva. No estamos al final de nuestras pruebas".

Predicaba siempre con fuego, no sin un toque de acento que hacía que su verbo fuera más sonoro. Unos días antes habíamos reparado en esta confesión que había dejado escapar en un sermón en Picpus, al comentar el texto del comienzo de la misa: "*Ad Deum qui laetificat juventutem meam*". Había exclamado: "El solo pensamiento de que pronto subiré al altar para ofrecer el divino sacrificio, tranquiliza mi alma y me hace recuperar el valor".

No hace teatro. Piensa en voz alta. Admite lo mismo sus debilidades que sus impulsos. "Oren por mí, estoy envejeciendo y no me voy volviendo bueno, sino al contrario. Voy declinando sin cesar pero no quiero morir todavía. Son los misterios del corazón humano. Tendremos el jubileo, la cuaresma e intentaremos un poco convertirnos"

(a la madre Reine, 18 de febrero de 1865). "Soy rojo: soy un escándalo de religioso". "Malzieu ya no existe para mí. Cuando te has entregado a Dios, no se necesita nada. Tu primo que no es desdichado en el servicio de Dios" (Al canónigo Tuffier, 19 de diciembre de 1865).

Capítulo VI

EL PADRE MARCELLIN ROUCHOUZE

Pertenecía a la patriarcal familia de los Rouchouze, que no se puede evocar sin hacer al mismo tiempo la historia de la Congregación de los Sagrados Corazones. Es a un Rouchouze, el P. Régis, a quien el P. Coudrin le confía su segunda fundación, la de Mende, que bajo la dirección del que la voz popular llamó *el santo de Mende*, pronto se convirtió en el vivero del naciente instituto. A otro Rouchouze, Mons. Etienne, es a quien la Santa Sede elige para ser el primer vicario apostólico de Oceanía, encargado de organizar la implantación del Evangelio en esta lejana parte del mundo y que perece en el mar con veinticuatro padres, hermanos, y hermanas misioneros. Sigue siendo un Rouchouze, el Rvdmo. P. Euthyme, a quien el capítulo general llamó para poner fin a un cisma doloroso que dividió la Congregación, de la cual puede considerarse como el restaurador y salvador. El número de los Rouchouze entrados al servicio de los Sagrados Corazones, padres, hermanos, hermanas, es de 45 según el P. Patern. Varios, incluidos los tres mencionados anteriormente, murieron en olor de santidad. Solo le faltaba a esta meritoria familia el honor de dar el testimonio supremo de su fe, el de la sangre: fue la parte del P. Marcellin.

Oriundo del áspero y abrupto macizo de Pilat en los confines del Loira y del Ardèche, un Rouchouze había llegado a establecerse en los contornos de los montes de Lyonnais, en las orillas más atractivas del Gier, donde se concentraba la industria de la cinta. Cintero hábil, de genio vivo pero bueno, Barthélemy Rouchouze se estableció primero en Saint-Julien de Jarez y después en Saint-Chamond. Se había casado con Suzanne Clot, una mujer alta y bella, que supo mantener las tradiciones cristianas en sus sucesivas migraciones. Se levantaban todos los días a las 5 a. m. y a las 5 h. y media iban a misa. En la oración de la tarde, hecha en común, se leía la vida de los santos y era necesario

estar muy atento, porque al día siguiente el padre pedía cuentas de la lectura de la víspera. A menudo se añadía el rosario. En resumen, Barthélemy era el digno hermano del P. Régis. Habiendo enviudado, después de haber entregado todos sus hijos a Dios y a la Congregación de los SSCC, él mismo pidió terminar sus días en ella como hermano donado.

Tres hijos vinieron a alegrar el hogar: Jean-Marie nacido el 14 de diciembre de 1810 en Saint-Julien; François nacido el 15 de enero de 1813 y Anne nacida en Saint Chamond el 27 de mayo de 1816.

A pesar de esta disciplina enérgica, que deja siempre en ellos cierta tensión, los Rouchouze se querían mucho. Ciertamente su mutuo afecto no fue ajeno a su decisión de abrazar los tres la vida religiosa en la misma Congregación, donde se convirtieron en los padres Marcellin y Euthyime y la madre Anna-Regis. Pero uno sospecha que no fue tanto el ambiente familiar lo que venían buscando, a pesar de tantos de ellos con los que se podían encontrar allí, como el alto ideal de vida conocido y gustado desde su más temprana edad.

Es poco probable, sin embargo, como afirma el primer biógrafo, que los dos hermanos hayan sido confiados en 1818 a su tío de Mende y lo hayan seguido al año siguiente a Cahors, de donde había sido nombrado superior. Jean-Marie tendría solo 8 años y François 6. Eran todavía los tiempos de las diligencias y el acceso a Mende y a Cahors no era fácil. Alrededor de 1823 estudian en Sarlat, antigua y pintoresca ciudad de Dordoña, de la que la Edad Media y el Renacimiento han hecho un centro universitario. Han sido llamados por uno de sus primos, el padre Deflacieux, profesor del colegio dirigido por los Padres de los Sagrados Corazones. "Pronto se convirtieron", dice el último, "en los primeros de la clase". Calma, gentileza, regularidad: eso es lo que se advertía en el primero y más todavía el silencio. Entendía las explicaciones de inmediato. Su memoria era excelente y la cultivaba con cuidado. Sus cuadernos como su persona estaban impecables y en un orden admirable".

Hay familias fuertemente unidas en las que el éxito de uno ayuda a la ascensión social de los otros. Entre los Rouchouze también se ayudaban de buena gana, pero en un nivel completamente diferente. Viendo las felices disposiciones de sus mentes y sus corazones, que permitían entrever que seguirían los pasos de sus mayores, juzgaron preferible confiarlos a la mano dura del P. Régis.

Así que dejaron Sarlat y al buen primo Deflacieux para ir a Mende... a donde el P. Régis había regresado en 1819. Los Padres de los SSCC habían empezado allí modestamente abriendo una escuela primaria y pronto añadieron una sección de latín. La Universidad se opuso firmemente a la transformación en un colegio, rival del liceo municipal, y obligó a los estudiantes de las clases superiores a seguir los cursos del liceo. Si la Congregación obtenía de allí abundantes vocaciones selectas, el seminario mayor también las reclutaba y las familias de la montaña confiaban de buena gana sus hijos a los Padres. Para salvar la situación, el obispado reconoció el colegio como seminario diocesano. Desde entonces todos los cursos se impartieron allí con pleno derecho, para gran beneficio de la disciplina y la piedad.

El ambiente allí era excelente según testimonio del P. Régis, que escribía en 1828: "Los estudiantes, todos internos, en número de cien aproximadamente, eran modelos de virtud; edificaban a los que eran testigos de su conducta. Todos o casi todos, fueron recibidos en la Congregación de la Santa Virgen. Se podría decir que estos chicos se querían como hermanos... Tendría usted que haber visto a un gran número de ellos con un libro en sus manos desde las 4 de la mañana e incluso antes, aunque el reglamento estableciera levantarse a las 5...".

El estilo es el del tiempo y las costumbres también. Estudiantes tan madrugadores y estudiosos solo podían hacer buenos estudios. Las materias eran menos numerosas que en nuestros días, pero conocían el latín y el griego a fondo. Fue la oportunidad de sus vidas...

La suerte de su vida fue estar en la escuela de un santo. Los rumores públicos le atribuían el don de leer en los corazones. Supo

discernir la vocación de sus sobrinos: "Jean-Marie llegará a ser un buen y santo religioso. François caminará rápidamente y se convertirá en algo en la Congregación. Son piadosos. Les gusta el trabajo y especialmente la Regla. Dios los bendecirá".

A diferencia de su hermano menor, que rápidamente encontró su camino, se decidió por la vida religiosa y el régimen de comunión frecuente, el mayor no veía aún claramente en su interior. Comulgaba con fervor, pero con menos frecuencia. Este rasgo de carácter se ponía ya de manifiesto: él, a quien sus camaradas veían con celo, intuición, decisión tanto en los juegos como en las composiciones y lo habían elegido para portavoz (jefe del campo en la jerga escolar del tiempo), no es más que timidez, discreción, espera ante las etapas principales de su vida: toma de hábito, profesión, sacerdocio, superiorato. No es voluntad débil que duda sobre qué partido tomar y repugnancia a comprometerse, sino más bien un vivo sentimiento de estar hecho para ocupar un segundo lugar y entregarse en silencio. Nada morboso en esto, sino una desconfianza exagerada en sí mismo, una humildad poco común.

Sin embargo, no iba a remolque de su hermano menor. Ocupaba su lugar de hermano mayor naturalmente, cuando se trataba de ofrecerse y de servir. Al tiempo que seguía las clases, daba algunas lecciones de latín y matemáticas, mientras que su hermano enseñaba caligrafía a los más pequeños. No buscaban jugar a los maestros, sino que continuaban mezclándose en los juegos de los alumnos. El P. Marius Ruard, pariente de los Rouchouze, ingresado también en la Congregación de los SSCC y que era un sabio especialista en algas marinas, cita este rasgo que quizás explica el complejo de inferioridad que el P. Marcellin sufrió durante mucho tiempo. Al regreso de un paseo, dice, (ya tenía 22 años) informó a su padre, sin ser invitado a ello, sobre el lugar donde había ido, las personas con las que había hablado; luego terminó diciendo: "He encontrado a una pobre mujer, que me ha parecido necesitada, y le he dado diez céntimos". "Está bien", respondió su padre. Parece que hubiera en ello algo más que

una respetuosa deferencia. Inconscientemente, en su juventud se encontró con tres personalidades fuertes: su padre, su tío y su hermano.

Llegaron después las Ordenanzas de 1828 imponiendo el cierre de todos los establecimientos pertenecientes a las congregaciones no autorizadas. Este era el caso de la casa de Mende. No obstante, con el fuerte apoyo de las autoridades que habían prometido cerrar los ojos, el comienzo del año escolar de octubre se hizo como siempre pero en los últimos días del año llegó la orden de despedir a los alumnos. Sin que importara la imposibilidad para la mayoría de regresar a sus familias antes de la primavera, dado el estado de los caminos de montaña, el colegio se cerró definitivamente. Los Padres se vieron forzados a regresar a la escuela primaria que, en poco tiempo, contó con 120 alumnos y nuevamente se le añadió una sección de latín. Gracias a esta fórmula, los dos hermanos, después de una estancia en su familia, volvieron a echar una mano a su tío, mientras continuaban sus estudios.

Jean-Marie y François los estaban terminando cuando la Revolución de 1830 que, como hemos visto anteriormente, había saqueado la casa madre en París, vino a imponer un largo retraso a su deseo de vida religiosa. El 25 de marzo de 1833 François pudo tomar el hábito en Mende, bajo el nombre del hermano Euthyme, mientras Jean-Marie pospuso su decisión para más tarde.

Poco después, una carta oficial de la Propaganda puso la casa de Mende en un estado de sobresalto. Su primo, Etienne Rouchouze, en religión padre Jérôme, era elevado a la dignidad episcopal. Simple maestro de escuela, humilde, tímido y joven, el P. Jérôme, (tenía solo treinta años) se veía encargado de la tarea de dirigir la evangelización de toda Oceanía Oriental, desde las islas Hawái hasta Tahití, desde las Marquesas hasta las Tuamotu y las Gambier, a donde acababan de llegar los primeros misioneros. La familia no había podido acompañar al recién elegido a Roma donde el Cardenal-Prefecto, para dar relieve

a la toma de Oceanía por el Catolicismo, había insistido en consagrarlo él mismo, pero poco después, el obispo Rouchouze vino a pasar un mes a Mende. Más ricos en vocaciones que en dinero, los Rouchouze, padres, hermanos y hermanas se ofrecieron a seguirlo a las islas lejanas. ¿Sería Jean-Marie, cuyo celo y devoción todo el mundo sabía apreciar y utilizar, el único en sustraerse a este impulso?

El padre Régis, que dirigía su alma desde los 9 años, su hermano novicio, el nuevo obispo un poco mayor que él y hasta los últimos meses su compañero en la escuela, todos lo instaban cariñosamente a abrazar la vida religiosa, de la cual solo los escrúpulos lo alejaban...

Y ahora caía el último obstáculo: su padre se había quedado viudo, su hermana menor, a quien creía que era su deber como mayor no dejarla sola, también pedían entrar en la Congregación de los Sagrados Corazones. Los tres juntos llamaban a la puerta de la casa de Mende que, bajo la única dirección del P. Régis, albergaba el doble noviciado de hermanos y hermanas. ¿Quién no le hubiera perdonado la demora en decidirse, a sus 24 años, después de semejante redada?

Tomó el hábito el 24 de agosto de 1834 y, como signo y promesa de un cambio de vida, cambió su nombre de Jean-Marie por Marcellin. Menos fácil fue cambiar su carácter. Antes de comprometerse definitivamente y tenderse bajo el paño mortuorio según el ritual de la profesión perpetua, pidió un nuevo plazo. Según la disciplina de la época, la duración del noviciado era de dieciocho meses con un margen, sin embargo, bastante amplio. El suyo fue de 30 meses. Pronunció sus votos en Picpus el 2 de febrero de 1837 entre las manos del Fundador, que moría unas semanas después y para quien este fue uno de los últimos actos oficiales.

Su seminario mayor normalmente terminaba 3 años después, pero al acercarse el sacerdocio sus escrúpulos se redoblaron. Se creía indigno de este honor y no se decidió a recibir las órdenes. No era falta de generosidad ni miedo a sus obligaciones, ya que no dudó en recibir el subdiaconado que impone todas las obligaciones del sacerdote:

castidad, breviario, sin sus consuelos. No recibiría el sacerdocio hasta diez años después, a la edad de 42 años.

Sus superiores no tuvieron en cuenta sus dudas y, tan pronto como terminó sus estudios en febrero de 1840, lo hicieron profesor del seminario mayor en Picpus, encargado de enseñar filosofía. Cuando la Congregación trató de extenderse en Bélgica, se pensó espontáneamente en el subdiácono siempre disponible, cuyos variados talentos y amabilidad incansable se adaptarían bien a los tanteos y experiencias que conlleva cualquier fundación en el extranjero. Al comienzo del año académico de 1842, fue enviado a Nivelles, en Brabante, a medio camino entre la frontera y la capital. Los Padres no habían podido obtener, como estaba previsto, el colegio principal. La pequeña ciudad ya tiene cuatro establecimientos. Consiguen 85 estudiantes, pero él escribe: "Estamos obligados a vivir en medio de sufrimiento físico y moral". En 1844, fue transferido al colegio de Enghien, en Hainaut, cuyo rápido desarrollo poseía bases más sólidas. Permaneció allí durante 6 años hasta el cierre del colegio en 1850 debido a circunstancias de las que se hablara en la siguiente comunicación.

La ley sobre la libertad de enseñanza, como hemos visto a propósito del P. Tuffier, animó a los superiores a transformar el noviciado de Graves, en Aveyron, en una escuela secundaria. En una colina que domina Villefranche-de-Rouergue y desde donde la vista abarca inmensas extensiones, se alzaba la imponente mole del castillo de Graves, flanqueado en sus esquinas por robustas torres, el primero que el Renacimiento había construido en el país. A pesar de su claustro interior, coronado por una elegante logia italiana, apenas se prestaba bien a las necesidades de los jóvenes estudiantes, recién salidos de sus montañas. Se había amurallado bien la alta chimenea, delicadamente decorada, considerada tan llamativa como frágil. Con aún menos gusto, pero con una obvia preocupación por la economía, se había añadido a la fachada principal un ala de servicio completo, sin relación con las majestuosas columnas de mármol que la decoraban. Pero mientras se esperaba que el arquitecto Hno. Anastase, -otro Rouchouze-, levantara

las nuevas aulas y la amplia capilla, cuya nave está apoyada en dos colaterales coronadas por tribunas, había que contentarse con eso.

El nuevo colegio comenzó humildemente, como el nuevo profesor a quien se le confió el francés de primer y segundo año, con aritmética y caligrafía, lo que le dejó mucho tiempo para recorrer la región e interesarse por sus antigüedades. Al año siguiente tuvo el cuarto curso con solo dos estudiantes. El colegio no tenía todavía más que 48. A sus amigos de Bélgica les cuenta la pequeña guerra que el director y los profesores del pueblo declararon a los recién llegados. "Han recorrido todos los pueblos y aldeas de tres subprefecturas para conseguir alumnos y han logrado o más bien comprado varios con descuento, pero lo que es peor, estos caballeros retienen en la ciudad algunos de los previstos para nosotros. Incluso vinieron una vez para arrebatarnos dos al comienzo de la cuesta que conduce a nuestro castillo. Por lo tanto, no es sorprendente que con todas estas maniobras tengan 50 residentes, dos más que nosotros" (8 de noviembre de 1851).

Esta guerra larvada, esta clase de dos estudiantes, lejos de abatirlo, lo estimula. Las diversas experiencias que ha tanteado en París, Nivelles, Enghien le han dado la confianza en sí mismo que le faltaba. Los éxitos que logra, la influencia que ejerce tanto sobre los padres como sobre los hijos, le han reafirmado en sí mismo. Por el tono positivo de la carta, se nota que su moral está alta. Por fin ha aceptado dar el paso a las órdenes y quiere emplear este año escolar en prepararse dignamente. En Cahors, donde el P. Tuffier le da la bienvenida, recibe el diaconado el 20 de diciembre de 1851 y el sacerdocio el 5 de junio de 1852. En el próximo año escolar, es nombrado prefecto de estudios. El número de estudiantes aumenta sensiblemente ya que hay 102 internos y 20 alumnos de acuerdo con una carta del 15 de enero de 1854.

Era un profesor nato destacando en ponerse al alcance de los alumnos. Encontraba mil maneras para mantener la emulación. Lejos de descuidar a los menos dotados, los llevaba aparte y repetía para

ellos con benevolencia. Ejemplo viviente de regularidad, sabía cómo imponerla a los más recalcitrantes. "Es justo", decían de él los alumnos que también apreciaban su habilidad en los juegos. Franco y abierto con sus superiores, era el más alegre de sus compañeros y el alma de los recreos, prestándose a los deseos de cada uno, en movimiento o en descanso, bolos o pelota, damas o ajedrez: lo que está lejos de ser indiferente en una comunidad donde el recreo se ve como un ejercicio regular. Reemplazó a vigilantes o a profesores con agrado, ayudándoles a corregir las composiciones, quitando tiempo de su sueño, si llegaba el caso.

Su éxito fue tan completo que fue nombrado superior del colegio al comienzo del curso de 1856. Solo la obediencia lo determinó a aceptar el cargo. Pronto tendría que superar un obstáculo bastante difícil: el número de alumnos descendió considerablemente al comienzo del siguiente año escolar. Se lo explicaba así a sus primos: "Nuestros alumnos no son tan numerosos como el año pasado, porque me he mantenido en no bajar el precio de la pensión. Sin embargo, tenemos 73 internos y 10 externos, lo cual es un número razonable a mi parecer. Por lo demás, hay alumnos como clientes de una tienda: van y vienen, como se suele decir" (14 de enero de 1858).

El tono era el de un hombre que supera fácilmente el escollo. De hecho, este año 1858, que vio el cambio de muchos superiores como el padre Tuffier, el padre Tardieu, lo mantuvo en su puesto. Pero pronto su salud, sacudida por el trabajo, se resiente. El sentimiento de su insuficiencia vuelve a aparecer, su seguridad lo abandona. Acepta con alivio ser enviado a Poitiers en 1860 para ejercer las funciones más modestas de profesor-prior y prefecto de estudios. El colegio cuenta con 160 alumnos, de los cuales 90 son internos o medio-pensionistas y 40 en la escuela primaria. Pero las clases superiores asisten al liceo y los padres solo tienen del octavo curso al cuarto. Exento de responsabilidades reales, puede consagrarse por completo a la enseñanza. Encuentra a los alumnos más indolentes que los del Aveyron, pero pronto su prevención cambiará y tendrá una idea más

justa de su ardor, al ver a varios estudiantes de la Grand'Maison comprometerse a la salida de sus clases en los zuavos pontificios de Roma.

Más todavía que en Mende, e incluso más que en Picpus, encontraba en Poitiers el recuerdo vivo del Fundador que, bajo el terror revolucionario, había sido el alma de la resistencia católica en la ciudad. Aquí el padre Coudrin había encontrado refugio y bajo los más variados disfraces había ejercido su heroico ministerio. Aquí había animado la Asociación del Sagrado Corazón, cuyas tres ramas de sacerdotes, hermanas y fieles se habían convertido poco a poco en las tres ramas de la Congregación de los Sagrados Corazones. No era indiferente que el padre Rouchouze tuviera este conocimiento directo de nuestros orígenes por el cargo al que lo llamaba la obediencia.

Para poner fin a las divisiones que desolaban a la Congregación en ese momento, la Santa Sede solo vio una solución: pedir la dimisión del superior general y proceder a nuevas elecciones. El capítulo general de 1853 designó al P. Euthyme Rouchouze por una fuerte mayoría de 20 votos sobre 24. El nuevo superior no defraudó las esperanzas depositadas en él y supo pacificar las mentes y los corazones y restaurar la disciplina. Sus circulares expusieron con una notable altura de visión, el verdadero espíritu del religioso de los Sagrados Corazones. Al mismo tiempo, demostró ser un administrador hábil, salvando esta vez a su Instituto de la crisis financiera que los clamorosos pleitos amenazaban con privarlo de sus casas.

El P. Euthyme pensó en asociar más estrechamente a su hermano mayor a su trabajo de pacificación y renovación y en 1865 le nombró secretario general. Sabía que nadie se molestaría por esta colaboración. El P. Marcellin gozaba de la confianza general, como lo demuestra la elección que hicieron de él sus hermanos para representarlos en los capítulos de 1853, 1858 y 1863. (Regresando del capítulo de 1853) en una bajada cubierta de hielo a una legua de Cahors, la diligencia había derrapado y ya estaba cayendo en el

profundo barranco de 50 metros cuando un pequeño muro la detuvo muy oportunamente en su caída. Aquí aparece en vivo su método: Pocas reflexiones sobre su persona, excepto algunos juicios rápidos sobre los acontecimientos y los hombres. Prefiere describir los hechos detallada y abundantemente. Perfecto analista, su capacidad de trabajo, su feliz memoria, su inagotable amabilidad y, sobre todo, su deseo de entregarse como subordinado, lo convierten en el secretario soñado, a quien la enseñanza de la caligrafía le ha dado esta escritura regular y fina, de trazos elegantes.

Ciertamente la situación era delicada. El P. Marcellin tuvo el tacto y el mérito de saber prestar los servicios más señalados sin protagonismo ni sobrepasar sus funciones. Por lo demás, a pesar del afecto, la confianza, la estima que mostraba a su hermano mayor, el superior general sabía mantener las distancias, demasiado a veces, como se vio a su muerte. Había intentado que le acompañara habitualmente su secretario. Incluso lo había llevado a Roma en 1867. Pero el padre Marcellin "cogió allí un principio de cólera que le hizo pasarlo bastante mal", de tal manera que dice: "me quedo en París visto que me pongo enfermo cada vez que le acompaño en sus largos viajes" (20 de noviembre de 1869).

He aquí el juicio que da sobre él uno de sus sucesores: A pesar de las investigaciones más difíciles, ha compuesto únicamente y gracias a un trabajo inaudito, el "Libro de los empleos ejercidos por cada uno de los miembros de la Congregación desde su salida del noviciado". Emprendió esta tarea, sobre todo, por espíritu de obediencia, para ajustarse a las prescripciones de la Regla. Por lo demás este sumario, como el de sus tres compañeros mártires, debe mucho a esta mina de informaciones acumuladas en tan poco tiempo.

La repentina muerte de su hermano en diciembre de 1869 permitió ver la calidad de los sentimientos que lo unían a él. Las distancias que inevitablemente terminan por establecerse entre el jefe a quien todos rodean de respeto y el subordinado a quien muchos

usan para contribuir a ello, los inevitables roces que resultan de un plan que se ha madurado en secreto y que a veces solo se descubre a un tercero, nada ha podido alterar el profundo afecto del mayor hacia el menor. Escribe en enero de 1870: "Estoy todavía bajo una impresión de tristeza y desgana que me asaltan a diario en medio de mis muchas ocupaciones y me parece que nada en el mundo podrá en adelante llenar el inmenso vacío que se ha producido en mí el 2 de diciembre. No obstante, beso humildemente la mano siempre adorable del que me ha golpeado en mis más profundos afectos" (19 de enero de 1870).

Poco antes escribía: "Nada nuevo, excepto la complicación en que nos encontramos. El Rvdmo. Padre no ha hecho testamento alguno y ha dejado poco orden en sus asuntos". No es despecho por haberle mantenido apartado, sino una explicación considerada indispensable para aclarar la situación. El nuevo superior general supo reconocer sus servicios y desde el día siguiente a su elección, le rogó que fuera a la vez su secretario privado y el secretario general "añadiendo que esperaba que no rechazara esta señal de dedicación personal. ¿Podría yo negarle mi colaboración tras una propuesta tan amable? Así que tendré que estar, especialmente sobrecargado durante algunos meses. Me propongo pedirle la ayuda que mi pobre hermano me prometía ilusoriamente desde hacía dos años. Siento que mi cabeza se cansa enormemente al permanecer inclinada sobre mi escritura".

He aquí el juicio que hace sobre él el Rvmo. P. Bousquet: "En todo se distinguía por su calma, su dulzura, una gran regularidad de vida y una disposición a complacer a sus hermanos, tomando siempre para sí lo que era más penoso (*Summarium*, p. 22). Poco después lo hacía entrar en el consejo general. Fue para el P. Marcellin Rouchouze un poco más de honor, pero sobre todo un aumento de trabajo.

Uno de sus sucesores decía de él: "A pesar de muchas investigaciones, solo compuso un libro, el Libro de los Empleos, que son los puestos que ha ocupado cada miembro de la Congregación desde su salida del

noviciado. Se ha comprometido a hacerlo en espíritu de obediencia para ajustarse a las prescripciones de la Regla". La colección de testimonios dados en tan poco tiempo sobre él y sus tres compañeros mártires debe mucho al Libro de los Empleos.

En el *Libro de los Empleos* añadió en la página que le estaba dedicada (vol. 1, p. 148, Nº 256): "Mantenido en su empleo por el Rvdmo. P. Bousquet; nombrado por él miembro del consejo de la casa principal el 22 de agosto de 1870".

Ninguno de los dos podía prever que esta nueva señal de confianza le costaría, nueve meses más tarde, derramar su sangre por Dios y por la Iglesia.

La carta del P. Marcellin Rouchouze (París, 14 de marzo de 1871) a su hermana Anne Régis Rouchouze, que vivía en La Serena, Chile, es un buen ejemplo de la calidad literaria de sus escritos, de su compromiso con el mundo que le rodea y con su familia. Esta carta es también una ventana sobre la situación de París durante y después del asedio. De hecho, esta carta, escrita un mes antes del encarcelamiento del P. Rouchouze, fue un gran consuelo para él, en medio de un tiempo de prueba.

"Mi muy querida y bien amada hermana:

Tu tan cordial misiva fechada el 3 de noviembre de 1870, no ha llegado a su destino hasta el 3 de marzo de 1871. ¡Ay! Todos los deseos expresados en esta carta tan impacientemente esperada han caído forzosamente al agua, como resultado del triple cerco de hierro y bronce con el que se ha rodeado a nuestra triste y miserable capital durante cuatro largos meses y medio. Gracias a los globos enviados con frecuencia por intrépidos aeronautas, los habitantes de París han podido dar sus noticias a familiares y amigos de nuestras distintas provincias; pero ninguno de estos globos ha regresado a París. Algunos han ido a caer en regiones más o menos vecinas de Francia o en manos de los prusianos; en este último caso, los aeronautas fueron fusilados sin piedad por nuestros bárbaros enemigos, confiscados los despachos del Gobierno, abiertas

las cartas y guardadas o enviadas a su destino, según el capricho de nuestros invasores. Por nuestra cuenta, he arriesgado siete u ocho cartas por esta vía de globos, a saber, tres para Jean-Louis, nuestro primo hermano (Mende) que ha recibido solo las dos últimas; dos a nuestros padres de Cahors, la última de las cuales llegó bien; dos a St-Servan que llegaron exactamente; una al padre Léonce, cuya suerte ignoro; finalmente otra para el padre capellán de Sarlat que la ha recibido. Los departamentos solo podían corresponder con la capital por medio de palomas mensajeras transportadas por cada globo; estos interesantes carteros solo podrían traer despachos encriptados en caracteres microscópicos; cada palabra del despacho se pagaba a 50 céntimos; pero varios de estos viajeros aéreos han muerto de frío o se han convertido en pasto de los halcones que los prusianos habían entrenado para perseguirlos. Nuestro Rvdmo. Padre no recibió más que dos despachos durante el asedio, uno de Rouen y el otro de Poitiers; cada uno permaneció en camino durante un mes. Puedes comprender, mi querida hermana, que la ausencia de noticias no ha sido la menor de nuestras penas morales durante este lapso de tiempo. Te equivocaste al no seguir la inspiración que habías tenido de escribir a nuestra casa en Mende y al dejar que te frenara la ignorancia de un apellido así que, en adelante, sé más avispada en parecidas circunstancias. Nuestro intento en Lima fue igualmente inútil ya que las cuatro hermanas habían salido de Francia antes del asedio de París. De todos modos, solo puedo apreciar tus esfuerzos por informarte sobre mi situación y la de las dos casas principales de nuestra querida Congregación.

Nuestros temores han comenzado el 4 de septiembre, día en que se proclamaba la República en París tras la derrota de nuestro ejército en Sedan y el encarcelamiento de Napoleón III en una ciudad de Alemania. Sin embargo, no hemos tenido miedo, ya que este cambio político ha tenido lugar sin derramamiento de sangre. En los días siguientes, nuestro Rvdmo. Padre ha dado carta blanca a los padres y hermanos jóvenes que querían retirarse temporalmente a sus familias o a alguna casa de provincia. Comenzamos enviando a Lovaina a todos los hermanos jóvenes estudiantes y a un cierto número de hermanos conversos de origen alemán o prusiano, por haberlo exigido así la policía debido a las circunstancias; tres hermanos conversos

alemanes han podido quedarse con un permiso especial que nuestro Rvdmo. Padre había obtenido del gobernador de París, general Trochu. Cuatro o cinco padres y diez estudiantes franceses se han retirado sucesivamente a sus hogares o a algunas de nuestras casas de provincias. Solo uno, cuyo padre estaba empleado como portero en una casa del noviciado de Issy, alquilado a unos extranjeros, permaneció en Picpus.

El 14 de septiembre, el gobierno tuvo la precaución de evacuar todos los pueblos vecinos de París, traer una enorme cantidad de alimentos y arrasar todas las casas demasiado cercanas del recinto fortificado. 180 guardias nacionales de los suburbios irrumpieron de repente en nuestra casa madre y se establecieron aquí y allá hasta nuevo aviso; a partir de ese momento, no hubo más sala de comunidad, ni comedores, etc. para nosotros. Al día siguiente, para nuestra consternación, llegaron otros 720 guardias nacionales con sus fusiles. Por fuerza nuestro Rvdmo. Padre tuvo que cederles toda la casa del pequeño noviciado, varios dormitorios, algunos salones del primer piso y varias habitaciones disponibles en el segundo, así como dos largos pasillos de la casa grande. No obstante, gracias a la honestidad de los principales jefes, respetan las habitaciones habitadas y la casa transversal donde se encuentran la cocina y los talleres. Se esparce una gran cantidad de paja por todos los lugares invadidos, incluso por encima de la capilla, para que estos nuevos huéspedes puedan descansar allí. A partir de este momento, no más oficios cantados, no más campanas ni ejercicios comunes, salvo en la capilla para las oraciones de la mañana y de la tarde. Para los hermanos conversos el rosario y la lectura tienen lugar en una pequeña sala del segundo piso en la casa transversal; unos comen en la cocina, otros en el office; en cuanto a los padres se ven obligados a comer en dos grupos en dos habitaciones de la enfermería. Las cuatro compañías de guardias nacionales comen por turnos en el patio lo que les preparan sus cocineros respectivos.

Muy a menudo, después de la comida donde no han escatimado el vino y el aguardiente, cantan la Marsellesa a pleno pulmón, circulan con la pipa en la boca, por el patio y en la casa, fumando al lado o encima de la paja que les sirve de cama. ¡Cuántas veces, entonces, he pensado en nuestro pobre padre y en nuestro santo tío que tanto miedo tenían al fuego! Juzga si nos era posible

dormir tranquilamente en medio de estas aprehensiones diarias, del estruendo que hacían todas esas gentes por los diversos rincones de la casa, las idas y venidas nocturnas de quienes preparaban el sitio para hacer guardia. Este estado de cosas duró unos dos meses; luego, la mitad de los 900 guardias nacionales fueron movilizados y enviados a los fuertes o cuarteles de París y nuestros pasillos fueron evacuados para gran satisfacción de aquellos de nuestros padres cuyas habitaciones se encontraban allí. No hablo del ruido del tambor y de las cornetas ni de la llamada a los ejercicios diarios; fácilmente puedes hacerte una idea de todo este trajín.

Gracias a Dios no hemos tenido fuego, pero hemos respirado humo de tabaco hasta hartarnos día y la noche. Ayer, por fin, ha comenzado el traslado de estos molestos huéspedes. Ya era hora: Yo no daría ni un cigarrillo por todos estos guardias nacionales parisinos, ¡tan poco valen! No obstante, solo ha habido un sargento mayor que se haya atrevido a insultar a nuestro Rvdmo. Padre y amenazarle con tomar su habitación. Los jefes lo han desaprobado en el momento del toque y los guardias nacionales lo han degradado en el centro del patio y posteriormente expulsado ignominiosamente de la casa. Pero ya es suficiente sobre este tema.

El 18 de septiembre, los prusianos invadieron París por completo, pero como todavía no tenían sus grandes cañones para comenzar el bombardeo, tuvieron que trabajar en reductos, barricadas, etc., para garantizarse a sí mismos balas de cañón enviadas por nuestros fuertes. Hacía falta tomar dos o tres de estos fuertes para poder efectuar un bombardeo en regla contra la capital. Pero nuestros marinos encargados del servicio de los cañones apuntaron tan precisamente a las piezas enemigas que casi hasta finales de diciembre han logrado destruir las obras de los prusianos y, a menudo, desmantelar sus piezas. Por lo demás, nuestros enemigos contaban más con el hambre que con la efectividad de sus piezas de campaña para la rendición de París. Gracias a la cantidad de provisiones y al racionamiento bien organizado, los alimentos indispensables han durado un mes más de lo que previamente se esperaba. El bombardeo de los tres fuertes del este ha comenzado el 28 de diciembre, ha sido más intenso el primer día del año y ha durado hasta el 4 de enero inclusive, sin causar daños graves a pesar del peso de los proyectiles. El 5 de enero, los

prusianos han tronado contra los tres fuertes del oeste y, al mismo tiempo, desde las alturas de Châtillon, sus más fuertes piezas lanzaban proyectiles sobre las casas que se encuentran delante de la orilla izquierda del Sena, lo que se ha prolongado hasta el 25 de enero. La escasez de pan y de carne de caballo han determinado al gobierno de defensa nacional a solicitar un armisticio que se ha firmado el 28 de enero y durante el cual París ha podido comenzar a reabastecerse por medio de sus ferrocarriles menos dañados por el enemigo que otros medios. Las cartas han podido circular pasando por Versalles sin ser franqueadas. Finalmente, se ha firmado la paz en Versalles el 26 de febrero; esta paz nos cuesta la pérdida de Alsacia y de parte de Lorena, así como cinco millones de indemnizaciones pagaderas hasta febrero de 1874, es decir, en tres años; y durante este tiempo, 50.000 prusianos ocuparán Champagne y serán alimentados allí a expensas de los habitantes. Mientras la capital estaba asediada, los prusianos han ocupado sucesivamente 32 departamentos de nuestra bella Francia y han realizado más o menos estragos en ella.

Pero, me dirás, háblanos ahora un poco de tus privaciones y tus sufrimientos. Han sido menores de lo que generalmente se ha creído en nuestras casas de las provincias. Desde el 28 de septiembre, hemos comenzado a comer solo un plato de carne a mediodía; desde el 28 de octubre no hemos tenido cena. Hacia mediados de noviembre, hemos tenido que comer caballo y en pequeñas cantidades. Dos grandes, sacrificados con un mes de intervalo, nos han sido de gran ayuda, al igual que las verduras de nuestra huerta que nunca nos han faltado. El pan de centeno ha hecho su aparición a fines de noviembre; pero a fines de diciembre hemos tenido que resignarnos a comer pan negro, grueso y pesado. El análisis que se le ha realizado ha dado la siguiente composición: 1/8 de harina de trigo muy común, 4/8 de una mezcla de harina de arroz, frijoles, cebada, guisante, etc., 2/8 de agua y 1/8 de paja o cáscaras de avena. Te puedo asegurar que, durante el mes de enero, aunque cada uno tenía una ración 300 gramos, estaba satisfecho con la rebanada muy delgada de este pan malo que crujía bajo los dientes como arena y se desmigaba en la sopa. Durante el mismo mes de enero, el carnicero nos traía cada dos días 6 libras de carne de caballo para 45 personas, y además añadía una buena libra de hueso. No podemos decir que hayamos sufrido de hambre, gracias a Dios; pero este pan

malo ha estropeado nuestros estómagos. Nuestro Rvdmo. Padre ha recibido algunos cuidados especiales de la Rvdma. Madre Benjamine durante la última quincena. Desde el 9 de febrero, partía para la provincia y está allí todavía, a tal punto nuestros guardias nacionales le han molestado. Es probable que aguarde la noticia oficial de su evacuación para venir a unirse con nosotros, siempre y cuando los revolucionarios de París no continúen con su actitud amenazante. Como durante el asedio han fracasado dos veces en su intento de Comuna y son minoría, es de suponer que su República Roja será un fiasco. En cuanto a mí personalmente, nunca he estado enfermo durante el asedio; por el contrario, para sacudirme todas las ideas de miedo o desánimo, he trabajado más duro que nunca durante estos cinco meses, aunque los disparos de cañón a veces hiciesen vibrar los cristales de mi ventana; después de todo, no me he sentido más desgraciado ni menos tranquilo. Por lo demás, gracias a Dios, estoy bien, sigo cantando como si tuviera 25 o 30 años. No tengo enfermedades físicas, todavía tengo mano firme, buena vista y pies ligeros, aunque el cuerpo haya engordado notablemente.

Antes de pasar a las noticias sobre la familia, me permito aprovechar esta carta para poner en conocimiento del P. Paul y en el tuyo que desde noviembre pasado, hemos perdido en Picpus tres hermanos conversos, a saber, el Hno. Grégoire Forget, nacido en St Cyr, cerca de Annonay (Ardèche) el 1 de marzo de 1804 y fallecido de viruela el 7 de noviembre de 1870; el Hno. Pascal Duhuy, nacido en Athis-Mons (Sena y Oise) el 26 de mayo de 1793, y fallecido paralítico el 27 de enero del año en curso; el Hno. Moïse Gouzaringues, pintor nacido en Moularès (Tarn) el 23 de octubre de 1806 y fallecido de asma e hidropesía el 11 de marzo. Además, el Hno. Casimir Peurd, nacido en Mont-St Jean (Sarthe) el 14 de marzo de 1796, fallecido en Le Mans el 18 de enero de este año. Finalmente, el Rvdo. P. Ernest Haake, nacido en Mulheim, diócesis de Colonia (Prusia renana) el 25 de abril de 1830, fallecido en Le Havre, el pasado febrero, contagiado de viruela por los enfermos que él atendió en un hospital del Havre. Inútil reclamar para todos estos difuntos las oraciones prescritas por nuestras Reglas. La Serena es la primera de nuestras casas de ultramar en recibir la notificación de estas

muertes. Probablemente no podré notificarlas a las otras casas hasta finales de este mes.

Nuestro primo Anastase que, a fines de julio de 1870, había ido a las montañas del Loira a recuperarse del cansancio de su larga estancia en Roma durante el Concilio, se ha visto obligado por las circunstancias de la guerra a quedarse allí 7 meses y medio. Me decía en una de sus últimas cartas que tiene no menos de dieciséis sobrinos bajo las banderas; cuatro están prisioneros en Prusia; los demás están en perfecto estado de salud. Tiene muchas ganas de regresar al seno de la familia de los Sagrados Corazones, lo que sucederá el primer día que los ferrocarriles reanuden su normal funcionamiento. La familia Théolier se fue de vacaciones en agosto; los tres muchachos han regresado a Cahors después del comienzo de las clases. El mayor Henri, escupe sangre desde hace un mes. En cuanto a Marie, se ha quedado en el pueblo, cobra los alquileres de su casa y lleva el importe al banquero. A principios de septiembre, me había escrito que, según el consejo de su confesor, estaba llamada a la vida religiosa y me pedía ayuda para entrar en el noviciado con nuestras hermanas en París. Le he respondido que por el momento es imposible debido a la guerra y le indiqué que fuera a la casa de Mende. Desde entonces, ella no me ha dado señales de vida. Creo que Anastasie la verá antes de dejar el pueblo. No estoy seguro de si he tenido cuidado de decirte que su hermano mayor Jean-Marie, su tutor, ha muerto de tuberculosis a mediados del año pasado. El P. Marien está mudo conmigo desde hace diez meses a pesar de que le he escrito dos cartas a Sarzeau antes del asedio París. Jean-Louis me ha escrito a principios de este mes que el invierno ha sido muy duro en Mende, el termómetro ha marcado 18º en los valles y 23º en las alturas: todo se ha helado en las bodegas. Estaba a punto de partir hacia St-Etienne con su sobrina Marie Besset, que iba a reunirse con su hermana Anna, institutriz en la comuna de La Rivière, capital del valle del Loira. Recientemente había recibido noticias del pequeño Souhaye; su hermana Claudine se había roto un brazo por dos sitios, pero ya está casi curada. Los dos Bessets más jóvenes están en el ejército; no han participado en ninguna batalla. Los demás familiares gozan de buena salud. Me ha encargado que te diga mil cosas afectuosas.

Sor Florentia Girodet, maestra en Châtellerault, me ha hecho un encargo semejante al enviarme una estampa que te haré llegar en la primera oportunidad. El Sr. Deflacieux, sor Marie-Thérèse Plasson, sor Stéphanie, maestra en St-Servan, también me encargan que te dé sus recuerdos. No tengo noticias del joven Etienne Dumas, de St. Chamond, anteriormente aspirante en Picpus. Lamento mucho que sus padres no hayan podido decidirse a enviarlo a nuestro colegio de Graves; habría brillado en cuarto curso. He escrito a su padre hace casi quince días, pero todavía estoy esperando una respuesta. Es probable que tengas que pasar este año de calendario, sin ninguna gana de trabajar para el Rey de Prusia. Estoy esperando que los prusianos desaparezcan para hacer las biografías e imprimirlas. He escrito tres copias con tinta ordinaria, una para la Rvdma. Madre Benjamine, otra para nuestro cocinero y la tercera para el cocinero del noviciado de Issy. Este último, después de la guerra, tiene solo dos padres y cuatro hermanos conversos, ya que todos los novicios se han ido a principios de septiembre. La capilla recibió el impacto de dos proyectiles que causaron poco daño; en el jardín cayeron alrededor de veinte, pero nadie resultó herido, gracias a Dios.

Finalmente, termino mi largo relato, mis respetos al P. Paul, mil cosas cariñosas a sor Ramberte y a todas las sobrinas. Me encomiendo a las oraciones de la comunidad. Adiós.

Tu muy querido hermano, f. Marcellin Rouchouze, Secret".

Capítulo VII

EL PADRE FRÉZAL TARDIEU

Al norte del Monte Lozère, se extienden altas planicies que se han podido llamar el depósito de agua de Francia, ya que allí nacen juntos el Allier, principal afluente del Loire, el Lot que alimenta el Garona y el Chasserac, que es solo un torrente, pero cuyas terribles crecidas llegan hasta el Ródano. Situado a 1170 metros sobre el nivel del mar, el pueblo de Chasseradès ocupa aproximadamente el centro. Agrupa modestamente sus casas alrededor de su antigua iglesia románica, al borde de una antigua calzada romana; y aunque se puede decir con verdad que cuando allí llueve Francia se riega, no se cree por ello el centro de atención del país.

El P. Tardieu era un verdadero hijo de Chasseradès, tallado en la misma roca. Hay hombres modestos a los que les gusta rodearse de silencio pero, al menos, sus obras hablan por ellos. Él, tan modesto como activo, ha tenido el don de que el olvido cayera sobre él y sobre las obras que había fundado o animado, mientras todavía vivían de su impulso. Fue necesario darnos cuenta de que no se sabía nada sobre su familia, sobre su juventud y sobre largos períodos de su vida. Todavía se esperaba la apertura de su proceso de beatificación, 25 años más tarde, para hacer algunas investigaciones. Como muchos testigos habían desaparecido, la investigación se llevó a cabo sin fuerza. Afortunadamente, los archivos tienen una memoria más fiel.

Su familia era muy respetada y conocida. El Sr. Tardieu era el notario del lugar y al final del Imperio fue elegido alcalde. Cuatro de sus hijos abrazaron la profesión docente y con la excepción de una hija religiosa, ejercieron en el mismo Chasseradès. Uno de los hijos fue alcalde, a su vez, y otro teniente alcalde. Su madre Françoise-Michel era de una piedad notable. A pesar de la carga de cinco hijos,

encontraba tiempo para asistir a misa todos los días e incluso a menudo a las dos misas que se decían en la iglesia parroquial, distante a unos pocos pasos de su propia casa, y de hacer además en el día una larga visita al Santísimo Sacramento. Sin duda, este ejemplo materno no fue ajeno a la orientación de su hijo hacia un instituto dedicado a la adoración perpetua.

Debió hacer sus estudios secundarios, sin que se pueda asegurar, en el colegio de Langogne. Ingresa después en el seminario mayor de Mende, donde pasó tres años. Se puede conjeturar que fue allí donde conoció más íntimamente la Congregación de los SSCC y al P. Régis, ya dado a conocer en páginas anteriores.

¿Encuentra algún obstáculo o prefiere madurar su decisión con más tiempo? En agosto de 1836 moría su madre. Antes del final del año escolar, tomó el hábito el 2 de junio de 1837. Al mes siguiente moría su padre. Recibidas las órdenes menores, debía haber terminado sus estudios teológicos porque, curiosamente, durante su noviciado el 21 de diciembre de 1838, había recibido el subdiaconado en Saint Sulpice de manos de Mons. Blanquart de Bailleul, obispo de Versalles. Hizo la profesión perpetua en Picpus el 24 de abril de 1839. Había tomado el nombre de Frézal, santificado por un obispo de Mende, cuyo culto continuaba en una abadía cerca de Chasseradès. No se sabe cuándo recibió el sacerdocio, probablemente poco después del diaconado que le confirió su propio superior general, Mons. Bonamie, el 4 de abril de 1840 en la capilla de Picpus.

Al comienzo del año escolar de 1840, fue nombrado director espiritual del noviciado de Vaugirard. El puesto de director probablemente requiere flexibilidad. Sus atribuciones no están claramente definidas y dependen sobre todo de la amplitud y la confianza que le da el maestro de los novicios, de quien es el adjunto. Por el tipo de vida y dependencia, es una especie de segundo noviciado. Hay que aficionarse a los estudios y completar los conocimientos adquiridos apresuradamente en el

seminario. El P. Tardieu debía ocupar este modesto puesto tres veces y durante siete años: primero en Vaugirard, después en Lovaina y más tarde en Issy. En estos reiterados deseos de sus superiores, él ve clara la voluntad de Dios. Dotado de una fuerte voluntad, se adaptó tan bien a este tipo de vida que no se puede adivinar en qué medida este amor a la oscuridad y al estudio que lo caracteriza, es inclinación natural o virtud adquirida, dado que vendrán periodos de actividad desbordante en los que dará la impresión de estar ahí también en su elemento.

Del novicio había conservado a sus 37 años el fervor y la frescura de alma, como lo demuestra esta carta a su hermana mayor (2 de febrero de 1841). Marie Tardieu acababa de ser nombrada para un puesto cerca de Chasseradès, lo que la acercaba a su familia. Ella insistía a su hermano que viniera a pasar unos meses con los suyos. Todos celebraban tenerlo con ellos. Bajo la forma algo ingenua que delata al profesor y al neófito, la respuesta es reveladora de su carácter. Se lee la firmeza: no le gusta hacer las cosas a medias; se acaba de entregar por completo a Dios por la profesión y el sacerdocio, a nada teme tanto como a volverse atrás. Este silencioso no es un impulsivo, solo se decide después de una madura deliberación en la que pesa los pros y los contras. Su sensibilidad es profunda: si la esconde, es para mejor dominarla y porque quizás conocía su punto débil.

> *"Razones serias, circunstancias diversas me impiden ceder a tus deseos y a los movimientos de mi corazón. 1º) Sabes que soy hijo de obediencia, no soy dueño de mí mismo, tengo superiores y solo puedo hacer lo que ellos quieren que haga. Así que hoy estoy en Vaugirard; mañana pueden juzgar conveniente enviarme a Pekín, pasado mañana a los confines de la tierra. En todo estaré obligado a cumplir su voluntad, que será siempre la regla de la mía, convencido de que, al hacer la voluntad de mis superiores, haré la voluntad del mismo Dios. 2º) Podría, es cierto, pedir permiso para veros. Quizá estarían de acuerdo, pero te confieso que no tengo el valor de hacer esta petición. El paso es resbaladizo; tengo miedo de recuperar algo de mi voluntad, que he consagrado por completo a Dios. No quisiera asumir la responsabilidad de*

un acto que pueda tener las mayores consecuencias. Sabes que las relaciones con los padres casi siempre están dirigidas por un afecto natural, por completo carnal, más que por el espíritu de Dios. También sabes cuánto las temían los santos. Además, serían dos o tres meses perdidos para mí. Por lo tanto, a menos que haya una necesidad real y poderosa, nunca me atrevería a asumir la responsabilidad de hacer tal petición. 3º) En el establecimiento donde estoy, no se dan vacaciones. Finalmente, 4º) no teniendo un céntimo a mi disposición, apenas ganando para cubrir los gastos de mi alimentación y mantenimiento, soy demasiado pobre para emprender un viaje tan largo y costoso.

No he prometido, agrega, porque no está en mi poder prometer. Lo deseo sin duda con más ganas que tú posiblemente; pero este deseo solo no puede conducirme allí. Después de todo, dondequiera que estemos, ¿no estamos en las manos de Dios? Nos ha separado para su mayor gloria y sabrá reunirnos cuando él lo quiera. Aprendamos a sufrir algo por él, haciendo el sacrificio de nuestros más legítimos afectos.

Hablas de mí, no vale la pena. Todo lo que puedo decirte es que, con ocupaciones muy penosas, creo que soy el más feliz de los hombres: no tengo nada, no poseo nada, y estoy contento, más contento que si tuviera una gran fortuna. El que vive contento con poco posee todas las cosas. Mi salud, aunque bastante débil, se mantiene. Por lo demás, que se haga la voluntad de Dios. El mal que me aflige me hace sufrir, pero no mata. La paciencia es su mejor remedio".

En 24 años solo pasó una corta temporada en su pueblo. "He oído decir a mi madre, su cuñada, escribe un sobrino, que durante su estancia edificaba a todo el mundo con sus amables palabras, su piedad, su modesto aire tranquilo y feliz. Se oponía a los cuidados que se le daban, se acostaba sobre la tabla y para ello deshacía la cama, que encontraba demasiado bien hecha. Los que lo han visto en ese tiempo solo hablan de él con veneración".

Estuvo solo tres años en el noviciado de Vaugirard. El 3 de noviembre de 1843 fue enviado a Lovaina, donde se acababa de abrir un segundo noviciado. La Congregación SSCC estaba entonces en plena expansión. Al fundador le había sucedido Mons. Bonamie,[18] arzobispo de Calcedonia que, como misionero, tenía la intención de dar un fuerte impulso a las misiones en Oceanía, de las que era responsable. El reclutamiento, aunque abundante, seguía siendo insuficiente especialmente porque América del Sur, a su vez reclamaba personal. Se pensó en llamar a esta tierra de cristiandad que era Bélgica y en la que comenzaba a despuntar el espíritu misionero. Dieciocho meses después de su llegada a Lovaina, el 6 de mayo de 1845, al P. Tardieu se le confió el cargo de superior. Todas las esperanzas puestas en la nueva fundación descansaban pues, sobre un hombre de 30 años, sacerdote solo desde hacía tres años. Este hombre silencioso y humilde iba a manifestarse activo y audaz.

Toda la importancia de Lovaina provenía de su célebre universidad, que la convertía en la capital intelectual y religiosa de Bélgica. Allí se formaban los que mañana serían los dirigentes del país. Quien era responsable de establecer y aclimatar una congregación nacida en el extranjero y de tipo por entonces nuevo, era natural que buscara apoyo en el mundo académico, si no colaboradores. Para ejercer alguna influencia en este medio de profesores y estudiantes celosos de su independencia, no era suficiente quererlo. Había que crear la ocasión, tener una personalidad atractiva y aún más tener ese imponderable que se llama la popularidad. ¿Cómo este joven extranjero sin experiencia,

[18] En su ensayo sobre el cisma, Antonius Hulselmans ofrece una breve crítica. *"La Congregación habiendo elegido a Mons. Bonamie, arzobispo de Esmirna, necesitaba el consentimiento del Papa y también el del Obispo... Entonces enviaron a Roma a los padres Sorieul (Alexandre) y Vieillescases (François de Sales)... el Santo Padre... no tuvo dificultad en concederles su solicitud... El P. Sorieul fue a Esmirna para tratar de convencer a su Excelencia Raphaël Bonamie de que aceptara... Él envió su renuncia a la Sede de Esmirna. El Papa aceptó... le confirió el título de Arzobispo de Calcedonia in partibus".*
Cf. *https://www.ssccpicpus.com/en/schim* (consultado en diciembre de 2018).

bajado directamente de las montañas de Lozère, logró abrirse paso en poco tiempo y adquirir un real crédito?

A falta de detalles precisos, podemos fiarnos de los testimonios. Un eminente académico, el Sr. Van Emen escribe en una obra publicada 25 años después de la muerte del P. Tardieu, *Lovaina en el pasado y en el presente* (p. 505): "Hemos conocido a un sacerdote mientras ocupaba el cargo de superior. Era un hombre notable, tanto por las cualidades de su corazón como por las de su mente. Con un sentimiento de profunda veneración, recordamos el nombre de este santo y amable religioso que deja en Lovaina los ejemplos más edificantes de piedad, entrega y caridad".

El P. Wenceslas Vincke, que fue su sucesor y lo vio en el trabajo, dijo por su parte: "Aunque el P. Tardieu haya dejado Lovaina desde hace casi trece años, su memoria todavía está grabada en todos los corazones. Todos los que lo conocieron eran sus amigos. Estuvo en contacto con muchas personas, en particular con los profesores y los estudiantes de la Universidad. Un buen número de jóvenes venían a consultarlo, sea para la dirección de sus estudios o de sus vidas, y él les hacía el mayor bien por los sabios consejos que les daba. También estaba en estrecho contacto con varios miembros del clero secular que le conservan su más vivo agradecimiento".

"Estaba íntimamente unido al sabio y entusiasta profesor Moëller, a quien ayudó en la fundación de una sociedad de emulación en beneficio de los estudiantes universitarios. El proporcionó a esta sociedad naciente el primer lugar para sus reuniones. Esta sociedad está dando hoy los más felices frutos". Con motivo de las bodas de plata de la asociación en 1878, su presidente, el Sr. Léon de Monge, evoca con emoción su memoria: "¿Quién hubiera pensado que este buen padre Tardieu, a quien veíamos en todas nuestras reuniones, caería víctima de un horrible asesinato, no entre salvajes, entre

caníbales, no en el centro de África, sino en el mismo corazón de Francia, en París?".

Todos ellos espontáneamente le han dado su confianza y amistad, no tanto por haberlo visto durante algún tiempo en los bancos de la Universidad, cuanto por haberlo visto trabajando entre los niños de la ciudad. En el mismo momento en que salía de París, Mons. de Forbin-Janson, obispo dimisionario de Nancy, fundaba la obra de la Santa Infancia, en honor y a imitación de la infancia de Nuestro Señor. Llamaba a los niños cristianos a trabajar por la salvación de los niños infieles a través de sus oraciones, sus sacrificios y sus limosnas. Fundada sobre una fortuna de 100.000 francos de renta (25 millones hoy en día), a la sombra de uno de los más grandes nombres de Francia, por un eminente señor obispo, no habría tenido suficientes relaciones ni con el Niño-Dios, ni con los niños cristianos, ni con los niños chinos, si la Providencia no lo hubiera querido. Dos años después de haberla fundado, Mons. de Forbin-Janson moría sin testamento. Lo que pudo haber sido un golpe mortal para la obra, la salvó. Su único recurso fue la caridad pública de los niños a los que se les pedía que dieran un céntimo al mes. Mons. de Forbin-Janson se había retirado a Picpus para estar junto a su amigo el P. Coudrin, cuyo funeral presidió y junto al cual pidió ser enterrado. Así fue como Mons. Bonamie recibió como una herencia de familia la Santa Infancia. Tranquilizó a los asociados, regularizó los pagos en diciembre y mayo, el principio y fin de las catequesis, emprendió la publicación de los Anales. Padres y Hermanas de la Congregación se convirtieron en los más ardientes promotores en Francia, Sudamérica y Bélgica.

Con un raro espíritu de fe y una clara visión de las cosas, el P. Tardieu comprendió que antes de reclutar misioneros era necesario desarrollar el espíritu misionero en los niños y que, incluso antes de trabajar para su congregación, debía ponerse al servicio de la Iglesia. Mons. de Forbin-Janson, a quien había conocido en Picpus, había

venido a lanzar él mismo la obra en Bélgica y había nombrado una tesorera, la Srta. Evain. El P. Tardieu llegó en el momento adecuado para levantar los ánimos abatidos por la muerte del prelado. Se puso en contacto con la celosa tesorera y con una joven madre de familia numerosa muy influyente, la Sra. Moretus de Bouchout. Juntos elaboran un plan de campaña. Lo consideran como el director eclesiástico a quien consultan, en quien se apoyan: "Los tres acordamos tomar varias medidas en interés de la obra", escribe a París la Srta. Evain (*Annales* 1847, p. 180) y la Sra. Moretus proponiendo la creación de otros dos centros, uno en Malinas para los flamencos y el otro en Lieja para los valones, pero con un solo director, agrega: "El P. Tardieu ve la misma necesidad que yo en la solicitud que le hago" (*Annales* 1848, p. 28). Por lo demás, la dirección de París reconoce la importancia de sus servicios y en su revista le da un lugar destacado: 7 páginas y media en octubre de 1846, 7 páginas en septiembre de 1847.

La nueva obra ha encontrado una fuerte oposición por parte de directores y entusiastas de la Propagación de la Fe que temían un rival. El P. Tardieu los visita o escribe para tranquilizarlos mostrándoles en la Santa Infancia un poderoso recurso que prepara futuros miembros para la Propagación de la Fe (carta del 24 de diciembre de 1846 a M. Olislayers, director de Tournay). Él, el primero edita estas imágenes en flamenco (*Annales* 1846, p. 190). Gracias a las amistades que ha hecho en la Universidad, logra que la Revista presente la obra: el artículo se imprime por separado y a expensas del comité de redacción se difunde un gran número de ejemplares (*Annales* 1849, p. 254).

Numerosos centros de Bélgica deben su existencia al P. Tardieu (*Annnales* 1852, p. 32) pero Lovaina sigue siendo su terreno favorito. Él mismo describe su método: "Desde el principio he tratado de propagar la obra entre personas que disfrutan de cierta holgura económica, pero sin éxito". Una señora piadosa le aconseja que se dirija a los pobres: "Es su obra, sus corazones se abren a compasión por miserias mayores que las que pesan sobre ellos". Su progreso ha

sido mayor y más rápido de lo que podría haber esperado. Los folletos que he distribuido profusamente han dado sus frutos. Ha habido desde los primeros días más de 400 asociados pobres que carecen de pan y que, sin embargo, regularmente dan su óbolo todos los domingos. Lo que acabo de decir prueba que los pobres entienden que es su obra, la única en la que ellos pueden participar (*Annnales* 1846, p. 190; 1847, p. 392).

"A pesar de los prejuicios que no se disiparon por completo, hemos podido reunir 116 series en el espacio de diez meses, o sea 1.392 asociados, y obtener una ganancia de 981,25 francos". De enero a mayo del año siguiente inscribe 300 nuevos. Tiene una gran reunión en la catedral de St-Pierre. No se recuerda haber visto nunca tantos niños. Temieron que la iglesia fuera demasiado pequeña porque muchas madres los acompañaban. Lovaina, que antes ni siquiera había sido nombrada, figura en el cuadro de honor de 1847 a la cabeza de las ciudades belgas y en los años siguientes, después de Amberes y Bruselas. Los ingresos aumentan regularmente: 2106, 2241, 2609, 2658, 2822. En 1850, Mons. Bonamie es depuesto de oficio de la Santa Infancia por Mons. Parisis, que lo reemplazó al mismo tiempo al frente de la Congregación. Lejos de minusvalorar la obra, el P. Tardieu se apega más a ella, como el padre Tuffier a Cahors y Mende. Incluso envía la enorme suma de 6.751 fr. para una obra cuyos ingresos alcanzan un máximo de 150.000 fr. El porcentaje es considerable. En abril de 1854 hay 2.658 asociados.

Así pues, en él no hay estrechez ni espíritu de capillismo. Si se entrega con tanto corazón a la Santa Infancia, no es porque vea en ella una obra nacida en Picpus, confiada a Picpus, sino un poderoso medio de despertar a los niños al apostolado misionero, al mismo tiempo que honrar la infancia de Nuestro Señor según lo prescribe la Regla. Este fuego lo sabe comunicar a sus discípulos. El P. Wenceslao hace un viaje a Mende. Cada etapa es una oportunidad para hacer contactos fructíferos: en Dijon, el superior de un colegio, en Lyon el

capellán de los soldados, en Langogne, en Mende, en todas partes sacerdotes, religiosas, viajeros de toda condición son captados, iluminados, conquistados para la Santa Infancia. Tal discípulo, tal maestro.

Es ley del apóstol que su acción esté coronada por la prueba. A medida que se desarrolla la obra, los esfuerzos pasados se desvanecen en la distancia, los esfuerzos presentes se pierden en la masa. Se ponen de manifiesto diferentes visiones y también un cierto cansancio. En Lovaina misma se nombra otro director. El P. Tardieu no deja de colaborar por esto. En 1856, el padre se queja de que sus cartas quedan sin respuesta. La respuesta del canónigo secretario general de la obra no oculta su molestia, pero contiene al mismo tiempo el más hermoso elogio: "No nos acuse de negligencia o indiferencia hacia nuestro fundador o al menos nuestro abnegado promotor de Bélgica. Tal acusación sería infundada. Su carta tan interesante está reservada para los *Anales*, se lo merece en todos los aspectos. Firmada por nosotros y relatando hechos tan preciosos, tendrá su turno. Desde que Vd. estableció la obra en Lovaina, ha caminado con pasos de gigante" (20 de octubre de 1856). Este testimonio oficial confirma el del P. Wenceslas Vincke: "Podemos decir que él es el fundador en Bélgica. Al principio se encontró con una oposición bastante fuerte, pero no era hombre que se dejara vencer por las dificultades. Cuando emprendía algo, se entregaba por completo y nada podía detenerlo: así pues, vio sus esfuerzos coronados con pleno éxito en esta empresa, que era su obra predilecta" (*Summarium,* pág. 59).

Los niños han hablado del padre Tardieu a sus padres, quienes a su vez acuden a él o desean su visita. "Tenía un corazón muy sensible y compasivo", dice siempre Wenceslas. En Lovaina era el consolador de los afligidos, sobre todo de aquellos que lamentaban la pérdida de un padre, una madre, un esposo, un hijo. Se tomó como una misión llevar los consuelos de la fe a estas afligidas familias, incluso a las que no le conocían.

En estas visitas ha podido medir la miseria de esta población obrera, duramente afectada por la crisis económica que en ese tiempo atraviesa Bélgica. Estos niños mal nutridos, poco vestidos, tan pobres que a veces no pueden pagar el céntimo mensual de su contribución y lo piden prestado, no van a la escuela ni a la iglesia. Su corazón se preocupa por esta angustia material y espiritual. Es entonces cuando funda para acogerlos y ayudarlos*, La Asociación de la Sagrada Familia*, que presenta así al cardenal Sterchx, arzobispo de Malinas: "A petición de varias personas caritativas, hemos inaugurado el 13 de abril de 1856 una reunión de niños pobres en un local destinado a este fin. Esto se ha llevado a cabo con el consejo y consentimiento del Sr. Deán y del Sr. Cura de la parroquia, que han querido honrar esta primera reunión con su presencia. El éxito ha superado todas las expectativas. Al cabo de un año el espacio asignado para estas reuniones se había vuelto insuficiente. Solo podíamos recibir 80 o 90 como máximo".

Les abre la capilla de la comunidad, que acababa de ampliar añadiendo a la nave (el actual refectorio) las capillas de la Stma. Virgen y de San José. Se lo explica al Cardenal: "Nos hemos decidido a preparar nuestra capilla para recibirlos. Para ello, teníamos que tener una entrada desde la calle para no introducir a estos pobres en nuestra casa (pertenecen a la clase más pobre y miserable de la población). Vienen de todas las parroquias de la ciudad. ¿Podríamos terminar los ejercicios de la reunión con la bendición del Santísimo Sacramento? Sería un gran bien para estos pobres niños que nunca vienen".

Para este fin, ha formado un comité de señoras generosas. Vemos por los archivos que distribuye panes, zapatos, zuecos, pañuelos, rosarios, medallas. También les enseña el catecismo, les hace recitar sus oraciones y cantar cantos. Se había esforzado por aprender flamenco: "Aunque apenas conocía su idioma, sabía cómo hablarles al corazón y lo entendían".

Esta fundación no se debe simplemente a los impulsos de un corazón sensible a la miseria; tiene su fuente en la espiritualidad de la Congregación y en el pensamiento del Fundador. Más tarde vuelve sobre esta experiencia y el 31 de mayo de 1867 dirige al superior general: "Algunas reflexiones sobre los hermanos de coro". Como se trataba de una obra de reparación y de regeneración religiosa y social, el P. Coudrin quería que en su sociedad hubiera una clase aparte, dedicada a la vida contemplativa y a la enseñanza gratuita de los niños pobres: los hermanos de coro tienen su lugar marcado en la obra de los Fundadores y este lugar solo puede ser ocupado por ellos. Así, conecta con el P. Radigue en el nivel de la espiritualidad.

Esta sintonía es aún más sensible en los esfuerzos que hace para establecer la Asociación Exterior de los Sagrados Corazones. No olvida que su misión principal es establecer sólidamente la Congregación en Bélgica y para ello difundir su espíritu al mismo tiempo que sus obras. La Regla invita a todos los superiores a tener junto a sus comunidades un grupo de fieles impregnados de la devoción a los Sagrados Corazones y haciendo con ellos la adoración del Santísimo Sacramento. Para ello, el capítulo general de 1843 había tratado de adaptar la espiritualidad picpuciana, originalmente pensada para los religiosos, a la vida de los fieles ocupados en obligaciones completamente diferentes. Este ensayo no había tenido continuidad. El P. Tardieu vuelve a intentarlo. Y dado que para él el culto de los Sagrados Corazones se identifica con la imitación de las cuatro edades de la vida de Nuestro Señor, impone al asociado el deber de esforzarse, por la santidad de su vida, en reproducir las cuatro edades de nuestro Divino Salvador: su *infancia*, velando porque los niños sean educados en la religión católica y romana y educados en el temor de Dios; su *vida oculta*, huyendo de los peligros del mundo y rindiendo frecuentemente homenajes de adoración a Jesucristo en el Santísimo Sacramento; su *vida pública*, rezando por la conversión de los pecadores y la propagación de la fe, pero sobre todo haciendo descender las bendiciones del cielo sobre las misiones encomendadas a la Congregación; *su vida sufriente*, soportando pacientemente todas las cruces

y adversidades que provienen de la mano de Dios, así como por la mortificación de los sentidos. Este folleto publicado en francés y en flamenco lleva el *imprimatur* de Malinas, con fecha del 18 de noviembre de 1855 y parece haber tenido, al menos, dos ediciones.

Estas diversas iniciativas no agotaron la actividad del padre Tardieu. Ha entendido la importancia del apostolado a través de la prensa y el libro. En 1856, la *Revista Católica de la Universidad de Lovaina* publica dos artículos suyos sobre las Misiones de las Islas Sandwich o Hawái (p. 281-291, 350-364), con esta nota preliminar: "Los documentos en los que nos hemos apoyado para este trabajo, están tomados en parte de una obra en alemán sobre las misiones de Oceanía del finado Sr. Michelis, en parte de cartas particulares recibidas de estos países y finalmente de los Anales de la Propagación de la Fe". Una nota final da estos detalles sobre su apostolado misionero: "Sobre más de 60 miembros que el noviciado de Lovaina ha recibido durante aproximadamente diez años de existencia, al menos doce trabajan por la obra de Dios en estos países, otros irán más tarde a compartir el trabajo de sus hermanos".

Más tarde, diez años después de haber dejado Bélgica, sus fieles amigos de la Universidad insertaron un breve artículo suyo, continuación del precedente sobre los *Misioneros belgas en Oceanía Oriental* (1868, p. 115, 117). Al año siguiente recibieron tres artículos de él (p. 553, 607, 672): *Reseña sobre la vida y obras del R. P. Caret* (Gambier), publicados en una separata de 56 páginas. Estos artículos no están firmados.

El padre Tardieu no estaba realizando sus primeros intentos. En 1853 había aparecido sin nombre de autor, en 2 volúmenes de 307 y 355 páginas, con 3 láminas, en Fonteyn en Lovaina: *Historia de Ntra. Sra. de la Salette según los documentos auténticos publicados hasta nuestros días, seguidos de una novena y varias oraciones a la Santísima Virgen.*

En el prefacio explica por qué ha emprendido este trabajo: "El acontecimiento de la Salette es de suma importancia y merece la atención de todo espíritu serio". La augusta Madre de Dios se aparece a dos pobres pastores en una montaña de los Alpes para anunciar a su pueblo los castigos que le amenazan, si no vuelve a su Dios, si no hace penitencia, si no retorna a la práctica de los deberes que ha abandonado. Como mensajera de paz, ella viene a cumplir una misión de misericordia y perdón. "Publicar las misericordias de Dios, dice nuevamente, trabajar para extender el culto a María, contribuir en la medida de nuestras fuerzas a que vuelvan al camino de la verdad y la virtud aquellos que se han apartado de él mostrándoles que el camino del perdón está abierto para ellos, ofrecer a las almas afligidas una fuente de gracias y consuelos, tal es el fin que nos hemos propuesto". Confesaba con toda modestia: "Es simplemente un compendio". La *Revista Católica de la Universidad* lo elogiaba, lamentando únicamente que el autor no hubiera indicado las fuentes ni prestado mayor atención a las objeciones hechas en contra de la verdad de la aparición (Tomo X, p. 248). La crítica dio resultado… y la segunda edición (la primera desapareció en menos de un año) contenía adiciones importantes (355 y 402). Ese mismo año aparecía una traducción flamenca.

Tanto o más que la actividad, la prueba es la que fundamenta las obras de Dios y templa las almas de los santos. Le vino del lado que menos esperaba. Uno de sus colaboradores se quejaba ante el superior general de que los diversos ministerios a los que se dedicaba el P. Tardieu lo obligaban a salir con demasiada frecuencia y apenas le permitían vivir con los novicios. Estos reproches inmerecidos molestan vivamente al joven superior (tiene entonces 33 años). "Me gustaría citen alguno que esté más que yo con los novicios. En otros aspectos, mi conducta daría más motivos de queja. Pero no se piensa en ello". Después de la respuesta en la que se puede percibir toda la vivacidad meridional, la doble prueba. Comparte toda la vida de los novicios: "He faltado tres veces a la oración de la mañana para ir a decir misa a las cinco y dos veces por indisposición. He faltado a la lectura espiritual

diez veces. Casi nunca he faltado a un recreo". Además, puede justificar estas salidas: "Si hay que decir alguna misa incómoda, la tomo yo. Para las compras, salgo yo porque las hago más baratas". Como cifras de apoyo, muestra que antes de él para 9 personas se gastaban 8.347,36 fr. (2,50 fr. por día/persona), ahora para 17 personas solo gastamos 9.507,16 fr. (1,56 fr. día/persona) (Carta del 7 de octubre de 1848).

Una prueba más cruel le espera. No es tanto referente a su persona cuanto al noviciado en Lovaina, al que algunos critican por proporcionar pocos novicios y costar mucho dinero. En su descarga, debe recordarse que la Revolución de 1848 ha saqueado Picpus por segunda vez. El consejo agotado, ha cerrado el noviciado de Graves, en Aveyron, y está pensando en cerrar también el de Lovaina. La respuesta del P. Tardieu no es menos viva: "No debemos cerrar Lovaina. La carta que acabo de recibir es como si me cayera un rayo" (12 de diciembre de 1848). Y unos días después: "El año que acaba de terminar ha sido un año desventurado para muchos, para nosotros en particular ha sido muy triste. Pido a Dios, sobre todo, que se digne mantener esta casa en Lovaina, si esa es su voluntad" (31 de diciembre de 1848).

Consigue sacar adelante su causa, pero solo de momento. Durante dos años la amenaza de cierre se cierne sobre la casa. Lo defiende con tanto ardor y habilidad que termina por conseguir la decisión: "Teniendo todo en cuenta, escribe el 4 de mayo de 1850, me parece que la casa de Lovaina puede prosperar y estoy convencido de que prosperará con algunos sacrificios y un poco de paciencia. Por lo tanto, creo que es ventajoso para la Congregación quedarse en Lovaina. Si esta casa fuera una fuente de gastos, sin ninguna ventaja para la Congregación, la cuestión sería diferente; pero desde 1846 esta casa ha recibido 33 novicios: de ellos 17 ya han hecho profesión y 7 siguen siendo novicios. Pagan sus gastos. Nunca los hemos tenido mejores en ningún aspecto que podamos considerar. Este resultado me parece bastante satisfactorio para empezar. Además, durante más

de dos años la casa ha sido autosuficiente: ha sido necesario hacer algunos sacrificios, obligarse a no tener más que lo necesario, pero no se hace uno religioso para tener todo lo que desea. Ahora bien, cuando después de haber realizado gastos considerables para fundar una casa, o para mantenerla después de haberla fundado, se ha llegado al resultado de proporcionar sujetos, cubrir sus gastos y dar esperanza para el futuro, me parece que no se puede cerrar una tal casa sin inconveniente". Mons. Bonamie ha abusado a veces de la elocuencia de las cifras y ese ha sido su error. No es fácil coger al P. Tardieu desprevenido. Ante un superior que habla de negocios, aparece el hijo del notario. Le habla el mismo idioma. ¿La placidez de P. Tardieu no será pues, un perfecto autocontrol?

No se queda uno de superior 13 años en la misma casa, especialmente en el extranjero, sin usar un poco su crédito. "He oído que ya no está usted tan bien visto en el extranjero: ¿Es eso cierto?", le pregunta el P. Sorieul, miembro del consejo, en enero de 1855. Delegado al capítulo general de 1858, excusa su asistencia porque asuntos graves lo retienen en Lovaina. En los últimos días de septiembre era llamado a París y nombrado director adjunto del P. Radigue en Issy.

¿Cuántos de los 52 novicios que acompañó a la profesión, como Mons. Kœckmann, misionero en Honolulu, el P. Gaspar Zumbohm en la Isla de Pascua, el P. Germain Fierens en las Islas Tuamotu, el P. Eleuthère Sneppé en las Marquesas, el P. Pamphile De Veuster en Molokaï, el P. Lambert Rethmann en Le Havre… cuántos podrían haber dicho como el P. Wenceslas Vincke: "Siempre he estado orgulloso y feliz de haberlo tenido por padre? Todos los que vinieron después a aumentar su familia han sido igualmente tratados como hijos queridos de su corazón".

Un noviciado misionero que él salva y deja en pleno rendimiento, la obra de la Santa Infancia, extendida por todo el país, una sociedad

de emulación para los estudiantes, otra sociedad para la protección de los niños pobres, una asociación para promover la devoción a los Sagrados Corazones, la dirección espiritual de muchas almas. Este resumen de su actividad en Lovaina justifica plenamente estas palabras de un sacerdote belga cuando se enteró de su martirio: "Me gustaría ser escuchado en todo París para contar todo el bien que el P. Tardieu ha hecho en Bélgica".

En Issy puede recuperar una salud que nunca había sido muy buena y que una excesiva actividad había perjudicado seriamente. Pero para este amigo de los libros y la meditación, el descanso es la posibilidad de reanudar sus queridos estudios, descuidados durante mucho tiempo y hacer por fin, un retiro serio y prolongado. Discretamente también continuó su dedicación a los novicios de Lovaina, que deben terminar su noviciado en Issy. Así, de junio a septiembre de 1860, puede preparar al hermano Damián De Veuster para su profesión perpetua que, según el testimonio del Apóstol de los enfermos de lepra, lo marcó tan profundamente.

En octubre de 1860, el superior general lo hace entrar en su consejo con residencia en Picpus. Al mismo tiempo, le ordenaba enseñar dogma a los jóvenes profesos que se preparaban para el sacerdocio. A falta de una carrera consagrada a la enseñanza, el nuevo profesor aportaba, además de estos dos años de preparación, una sólida cultura, sus contactos con la Universidad de Lovaina, su experiencia de confesionario y de la gestión. Sus alumnos supieron apreciar sus clases: "Dotado de una precisión y claridad admirables, de un juicio exquisito, tenía a su servicio una memoria excelente". Supo cómo hacerse querer por los jóvenes a quienes entendía y ayudaba. Su temprana madurez, su prolongado superiorato, no habían avejentado en modo alguno sus 46 años. Se había mantenido sencillo y joven de carácter, gustándole compartir sus recreaciones y sus paseos.

Pronto no conoció más salidas que las apostólicas, en busca de una aflicción que consolar, un servicio que prestar, un bien que hacer. Como en Lovaina, se creará una clientela fiel de pobres, enfermos y pecadores. Todos los días reservaba una parte de su tiempo para el confesionario, donde los penitentes apenas le dejaban libre. A veces, tan pronto como llegaba a su habitación y se sentaba en su escritorio, el portero le llamaba de nuevo: "Ya voy", repetía invariablemente, a pesar de su asma, que le hacía tan penosas las incesantes subidas de las escaleras.

No dejaba el confesionario de Picpus más que para ir al de la comunidad vecina de la Madre de Dios, donde cada mañana decía la misa. "A pesar de su enfermedad, lo hemos visto persistir en querer confesar durante horas enteras, tosiendo tanto que apenas podía hablar, pero no consintiendo en detenerse. Si sucedía a veces que lo hacían esperar en la puerta, a pesar del frío y de sus enfermedades, no daba muestra alguna de impaciencia: su dulce sonrisa y la serenidad de su rostro mostraban que estaba hablando con Nuestro Señor. Tenía la costumbre de decir que era mejor hablar con Dios que hablar de Dios. Hablaba muy poco y al escucharlo se le hubiera creído incapaz de todo. Sin embargo, en el santo tribunal daba pruebas de una experiencia consumada. Sabía impulsar las almas hacia la perfección".

Nos gustaría saber más, conocer cuáles fueron sus luchas interiores, sus victorias, sus derrotas. Faltan testimonios, no por un excesivo sentimiento de veneración, sino porque su excepcional dominio de sí mismo y su discreción los han ocultado. La vida interior apenas aparece, excepto en esta carta a su sobrino seminarista, que nos da sus reacciones ante la enfermedad y las dificultades de la vida religiosa.

"Durante esta enfermedad he podido experimentar la verdad de lo que había enseñado tantas veces sobre los beneficios espirituales e incluso temporales del estado religioso. No, en las mejores condiciones que hubiera podido suponer, nunca hubiera disfrutado de las mismas

ventajas sin contar las oraciones que se hacían por mí todos los días en París y en otros lugares; podía recibir, al menos cada ocho días, la santa comunión que nuestro Rvdmo. Padre me traía a medianoche. En cuanto a las ventajas temporales, no hay un hombre, sea cual sea el puesto que tenga en el mundo, que pueda ser objeto de tanta atención, de tantos cuidados, visita del médico casi todos los días, nada se me ahorró para procurarme algo de alivio o satisfacción". Aludiendo a una de sus sobrinas que acababa de entrar al convento: "¡Oh! Cuánto deseo por su felicidad, que sea religiosa, pero la vocación viene del Buen Dios. Así que rezo y continuaré rezando para que Él le otorgue este favor. Adiós, trabaja seria y concienzudamente. Recogerás más tarde lo que hayas sembrado".

Al padre Tardieu se le pueden aplicar, como a sus tres compañeros, los padres Radigue, Tuffier y Rouchouze, las palabras pronunciadas por Mons. d'Hulst en el 25 aniversario de la masacre de la calle Haxo: "Hay dos tipos de mártires: para unos el glorioso final lo es todo, para otros su vida heroica pide un final heroico: ellos son de aquellos cuyas vidas de alguna manera han merecido el martirio".

Capítulo VIII

LA CONCIERGERIE

Un áspero vía crucis comenzaba para los trece prisioneros. Duraría seis largas semanas y terminaría, para cuatro de ellos, con el derramamiento de su sangre sobre las alturas de Belleville. En este miércoles 12 de abril, solo estaban en la primera estación.

Eran las once de la noche. Siete coches habían sido requisados y esperaban en la calle. Hicieron subir en ellos a los prisioneros de dos en dos. Los federales los enmarcaron con sus inseparables fusiles, con los que jugaban como niños. Con toda intención, habían reservado un coche descubierto para los superiores: los padres Radigue y Tuffier. Sin duda para que no se perdieran nada del desfile porque a pesar de la hora tardía, se esperaba que la captura no pasara desapercibida. Pero aparte del grupo poco numeroso, apostado en la entrada del convento y que gritaba "que los maten", los paseantes nocturnos eran escasos en esta estación. Sin embargo, cerca de la Bastilla, un carnicero gritó: "Matad a todos esos cerdos ahora que los tenéis". En el Puente Nuevo, cerca de la Plaza del Delfín, unos pocos transeúntes que regresaban de algún club gritaron: "¡Al agua, al agua! Quitadnos del medio a esta canalla de curas".

Los coches tenían orden de llevar a sus clientes al Depósito de la Prefectura. Pero la Comuna lo había abarrotado de sospechosos a tal punto, que era imposible meter a nadie más allí. El jefe de guardia se negó rotundamente a hacerse cargo de los recién llegados. "Pero tenemos la orden de reclusión firmada por el Prefecto de la Policía". "Entonces llevadlos al lado, a la Conciergerie".[19]

[19] Situado en la orilla oeste del Sena, el edificio secular que en otro tiempo albergó a los reyes de Francia, se ha convertido con el paso del tiempo en el

¿El desfile de la victoria iba a fracasar miserablemente en los muelles del Sena? En lugar de las calurosas felicitaciones que esperaban, les cerraban la puerta en sus narices y los enviaban de una prisión a otra. La perspectiva de pasar una noche a orillas del río en la húmeda frescura, guardando a estos curas, no les atraía en absoluto. Su natural, mal contenido hasta entonces, estalló. Más tarde, los padres debían reconocer que estaban disgustados por sus intenciones, en las que la ineptitud superaba aún a la grosería.

Situada a orillas del Sena, la Conciergerie con su alta torre rectangular coronada por una pasarela almenada y sus tres grandes torres redondas, terminadas en punta, constituye uno de los paisajes más característicos del viejo París. Es también uno de los lugares más cargados de historia. Al enterarse de que, durante una remodelación de los edificios, el umbral desgastado de la prisión juzgado carente de valor, había sido arrojado a los escombros, Victorien Sardou hacía esta melancólica reflexión: "¡Dios mío! Toda Francia ha cruzado este umbral para ir al patíbulo". La reina María Antonieta, la Sra. Élisabeth, hermana de Luis XVI fueron encarceladas allí, pero también los Girondinos, los Montañeses, Danton, Robespierre, Saint-Just, Marat, André Chénier. Los Padres de los Sagrados Corazones tuvieron el honor de estar conectados con la gran tradición revolucionaria.

Es un error escribir que Mons. Darboy había estado encarcelado en la Conciergerie. De hecho, había dos prisiones en el muelle del Reloj. A la derecha de las torres gemelas en dirección a la Torre de Bonbec estaba el Depósito, pequeña prisión de paso donde solo se permanecía durante el tiempo que se pasaba ante los tribunales. El arzobispo de París, los miembros de su clero, los padres jesuitas,

centro de la administración de justicia, después en la prisión más célebre durante la Revolución y finalmente, en lugar histórico. En su conjunto, el nombre evoca la asunción de responsabilidad. Cf. *http://cityguide.paris-is-beautiful.com/paris/monuments/la-conciergerie-lancienne-prison-du-palais-royal/3114* (consultado el 26/12/2018).

fueron encerrados en el Depósito. Al lado de esta prisión celular, detrás de la Torre de Cesar, se había acondicionado lo que llamaban el "barrio de los cocheros", donde se enviaba a los cocheros mal encarados a reflexionar por un tiempo. Había algunas salas grandes. Un siglo antes, ponían allí a dormir en el suelo cubierto de paja, a las prisioneras demasiado pobres para ocupar las "celdas de pistola", situadas en el primer piso. A toda prisa fueron evacuadas las prostitutas allí encerradas esa noche para instalar a los Padres de los Sagrados Corazones.

En el pabellón del reloj sonaba la medianoche cuando finalmente se abrió el gran portón. A la humeante luz de las antorchas, cruzaron la sala de los guardias con bóvedas góticas sostenidas por sólidos pilares, luego la gran sala baja, esta maravilla del arte ojival con cuatro naves tan grandes como una iglesia. Por entonces, el majestuoso palacio de Felipe el Hermoso no era más que un dormitorio donde los federales y las cantineras yacían mezcladas. Con el corazón asqueado, a veces tenían que pasar por encima de los durmientes para no tropezarse con ellos y recibir una sarta de insultos. La "calle de París" desembocaba en un pequeño patio de forma irregular. Debajo de una galería con arcos había tres salas. Allí se arrojó a los detenidos dejando para más tarde los trámites.

Los prisioneros estaban agotados de cansancio, pero antes de acostarse en las camas hechas apresuradamente, el P. Radigue recitó la oración de la tarde en voz alta, como lo habría hecho unas horas antes en Picpus, si nada hubiera venido a interrumpir su vida conventual.

Acostumbrados a levantarse cada mañana a las cuatro y media, estaban despiertos desde hacía tiempo, cuando el guardián les abrió y les anunció que podían salir al patio y quedarse allí hasta las cinco y media de la tarde, hora en que él tendría que encerrarlos de nuevo. Era la hora. El P. Rouchouze había estado malo toda la noche, y los

padres mayores, el P. Dumonteil tenía 77 años, sufría por no poder satisfacer las necesidades más urgentes.

Pudieron examinar los locales a su aire. Las habitaciones eran oscuras, húmedas, impregnadas de salitre, el suelo desigual. El patio, de formas irregulares, estaba formado por viejos edificios diversos, levantados a lo largo de los siglos y en dos de sus lados bordeados por una galería porticada. A nivel del primero corría una cornisa erizada de pinchos de hierro para desalentar la escalada. Frente a las celdas, las mazmorras de María Antonieta y Robespierre cubrían la cabecera de la capilla. En un ángulo había una fuente con sus preciosas lápidas de piedra donde tantos aristócratas habían lavado su ropa ellos mismos.

El director de la prisión había sido destituido por la Comuna y reemplazado por un cierto Deville. Pero los antiguos guardias habían permanecido en sus puestos, con la misión secreta de defender el Palacio de Justicia contiguo. Deville no se dejó engañar por la situación, pero entendiendo que encontraría aún menos apoyo entre los federados, tuvo la sabiduría de adaptarse. Se mostró correcto, humano y de todas las prisiones de la Comuna, la Conciergerie fue la mejor conservada.

Deville mostró una perfecta corrección, cuando alrededor de las once le llevaron los detenidos para completar las formalidades de rigor. Tenía en la mano una lista que no era más que la orden de arresto elaborada el día anterior por el supuesto comisario Clavier. Sin embargo, uno de los guardias, les susurró al oído: "Tengan cuidado con sus declaraciones: hay federados con nosotros que no les desean ningún bien". Fueron inscritos de acuerdo con el orden en que se habían presentado en Picpus y que era el prescrito por la Regla para todos los desplazamientos en la comunidad: primero las autoridades: prior, ecónomo, consejeros, luego cada uno según la antigüedad de su profesión religiosa. Los registros llevan los números 459 para el P.

Radigue; 460 para el P. Tuffier; 461 para el P. Rouchouze; 462 para el P. Tardieu, etc. Delante de cada nombre la mención: sacerdote. La orden de detención estaba firmada por Raoul Rigault.

Clavier estaba demasiado orgulloso de su logro como para renunciar a lo que debía su ascenso. Apareció la misma tarde en la Conciergerie. Ahora vestía los galones de teniente, usaba un capote y llevaba un sable, mientras que hasta entonces solo había tenido derecho a una gorra y a una casaca sin escudo ni número. Sin duda esperaba ver a sus víctimas derrumbadas. No pudo sostener sus miradas en las que se leía, con pleno dominio de sí mismos, la ironía y la lástima. Fingió interesarse en los federales que jugaban a las cartas y desapareció discretamente. Encontramos aquí una de las características más destacadas de los jefes de la Comuna, debido al hecho de que nada los había preparado para el ejercicio del mando: una mezcla de brutalidad, fanfarronería y timidez.

Cosa extraña a primera vista, pero bastante natural en el fondo: tras las odiosas escenas de las que habían sido víctimas en Picpus, se produjo en los detenidos un alivio. "Nuestra alegría era tan grande que, en cualquier otra circunstancia, habría tenido escrúpulo en abandonarme a ella tan plenamente. Prolongábamos nuestro recreo hasta las nueve y diez de la noche. (En Picpus, el gran silencio era de rigor después de las ocho y media). Bromeábamos sobre el rancho de la Conciergerie, sobre los divertidos adornos que decoraban sus paredes. El P. Tuffier y el P. Tardieu destacaban en mantener esta inocente jovialidad. Todos pensábamos que no podía desagradar al que ha dicho: Dios ama los sacrificios alegres". El hermano Lemarchand, cuyo testimonio es tan valioso por su precisión, nos dice a su vez que incluso fue corregido por el P. Laurent debido a su excesiva alegría.

Solo hubo una nota inexacta. Uno de los mayores comentó que se habría podido evitar exponer a los jóvenes padres si se les hubiera obligado a abandonar París a tiempo. El P. Radigue, que en su calidad

de prior había asumido la responsabilidad de guardarlos, se sintió aludido. Le hubiera sido fácil disculparse. Cada uno de los padres que permaneció en Picpus tenía a su cargo una capellanía de religiosas. Su marcha habría sido severamente juzgada por los fieles y considerada como un abandono de su puesto. Los jóvenes padres, por lo tanto, quisieron expresar su orgullo de compartir la suerte de su prior. El autor del desafortunado comentario protestó a su vez que las palabras habían ido más allá de su pensamiento. El incidente fue rápidamente olvidado.

La gravedad de su situación no se les escapaba. Las amenazas de Clavier y su pandilla, los gritos del populacho, las intenciones de los federados habían dirigido lógicamente sus pensamientos hacia un desenlace violento. Las mazmorras de María Antonieta y Robespierre, ubicadas frente a las suyas, les recordaban que las revoluciones no son solo un pequeño juego de galones e intereses, sino que generalmente terminan en juegos sangrientos. ¿No había nacido su Congregación bajo el Terror y para remediar sus ruinas? La casa madre se había establecido en Picpus para velar los restos de las 1.305 víctimas de la guillotina que yacían en el pequeño cementerio sito al interior de su clausura.

Esperaban lo peor y se preparaban para la muerte. Uno se había confesado en el salón de visitas de Picpus; otro en el coche que lo llevaba a la prisión; estos en sus celdas de la Conciergerie o en el patio. Sobre todo, sufrían por no poder decir misa. El P. Radigue escribió al director pidiéndole que, al menos, uno de ellos pudiera celebrarla el domingo y que los otros asistieran. Deville lo llamó a su despacho. Se disculpó por no poder acceder a su solicitud. Personalmente le habría gustado satisfacer sus deseos, pero se necesitaba un permiso especial de la Comuna. De hecho, Raoul Rigault había enviado un despacho el 25 de marzo a todos los directores de prisión: "Se prohíbe al director... dejar que se diga la misa mañana domingo". Y Deville sabía que Rigault no bromeaba sobre este tema. A falta del consuelo de la Santa Eucaristía, los prisioneros usaban su relativa

libertad para continuar en prisión su vida comunitaria y hacer juntos sus oraciones y sus lecturas de regla.

Al igual que en el vía crucis, donde la sexta estación nos hace meditar sobre el delicado gesto de la Verónica, abriéndose paso entre la multitud de soldados para limpiar el rostro de Jesús, una mujer piadosa no dudó en comprometer su situación e incluso su libertad para venir en ayuda de los prisioneros. "Al día siguiente de nuestro encarcelamiento, cuando estábamos todos juntos en el patio vimos, alrededor de las ocho de la mañana, a una señora respetable que se presentaba en una ventana con rejas que daba a nuestro patio y nos ofrecía su ayuda. Era la directora de la ropería. Aceptamos su ofrecimiento y no sin necesidad porque carecíamos de muchas cosas".

El P. Radigue nos detalla el menú: "Alrededor de las ocho y media, un cocinero acompañado por un guardia, entraba en el patio con un balde de caldo. Todos tuvimos que venir frente a la caseta de vigilancia, equipados con nuestro cuenco para recibir nuestra ración; nos fue servida profusamente. Habíamos recibido un pan para el día y pudimos echarlo en nuestro caldo. En un rincón había un grifo del que se podía coger agua a voluntad; fuimos allí para calmar nuestra sed y así terminó nuestro desayuno".

"A las tres en punto la misma ceremonia para ir a recibir en el tazón una porción de alubias, guisantes o arroz; porque eso era lo de costumbre, excepto los jueves y domingos, en los que nos servían un trozo de carne que ofrecía a los dientes una resistencia bastante considerable. Nuestro caldo, que generalmente era ligero, esos dos días era más sustancioso. No he encontrado nada que no fuera comestible; pero es cierto que aquellos que solo tienen esto de ordinario, deben sufrir si han vivido en la abundancia o si son de salud delicada. En cuanto a nosotros, mayores y enfermos, habríamos sufrido mucho si la buena Providencia no nos hubiera enviado un

alma santa, por medio de la cual hemos podido tener un suplemento para vivir y pasar los días de la Conciergerie sin sufrir demasiado".

El P. Tuffier no olvida que sigue siendo, incluso en prisión, el ecónomo de la comunidad. Él le hizo sus encargos sin pensar en preguntarle su nombre. "El aspecto venerable de esta persona y su afán religioso por socorrer a los prisioneros a quienes nunca había visto, nos hicieron llamarla el *Ángel de la prisión*. Cuando regresó a la hora del desayuno para traernos sus provisiones, el padre ecónomo le rogó que aceptara esta denominación. Ella lo hizo con mucha gracia, prometiendo cumplir la carga que le imponía este nombre. Su dedicación estuvo por encima de todo elogio. A través de ella pudimos obtener el alimento extra que la edad y la salud de varios de nosotros reclamaba. Nos trajo algunos periódicos. También se encargó de enviar nuestras cartas e ir a la calle de Picpus para averiguar qué estaba pasando".

Por una carta que recibió de ella, el P. Tuffier se enteró de que era hija, hermana, esposa y madre de oficiales y se llamaba Sra. de Aubignosc. Como recompensa por sus servicios, ella encomendaba a sus oraciones a su hijo Maurice, capitán de veinte años, en cama debido a una herida que había recibido en el episodio de Montretout. Tanto hizo que se volvió sospechosa para las gentes de la Comuna. Para escapar de la orden de arresto emitida contra ella, tuvo que abandonar París.

Pero la Comuna no había arrancado de su convento a estos trece portadores de sotana, para permitirles continuar su vida conventual, aunque fuera en la Conciergerie.

Capítulo IX

MAZAS

Menos de una semana después de su arresto, el lunes 19 de abril, alrededor de las tres y media de la tarde, vinieron a advertir a los que eran oficialmente llamados rehenes, que serían trasladados a otro lugar: "¿A dónde vamos?". "No podemos decíroslo".

No viendo coches esta vez, sino vehículos celulares, entendieron que su suerte ciertamente no mejoraría y que la Comuna tenía la intención de tratarlos no como rehenes respetados, sino como delincuentes comunes. Iban a ser sometidos durante un mes a una de las penas más severas que puedan existir: el aislamiento.

Cada vehículo celular tiene diez celdas estrechas, separadas por un pasillo donde están los guardias, y cuidadosamente cerradas. El aire no llega allí más que por una pequeña rejilla fijada al doble techo. Los vehículos subieron por los muelles de la orilla derecha. Media hora después, se detenían en la cárcel de Mazas.[20] Hoy destruida, la prisión de Mazas se encontraba cerca del puente de Austerlitz, frente a la estación de Lyon en el bulevar Mazas, hoy bulevar Diderot. Se había construido hacía unos 20 años y se decía que era el tipo de prisión modelo. Debía esta reputación, no a su apariencia, que era la fealdad y la tristeza mismas, sino a su disposición en la que todo estaba concertado para envolver al interno en el aislamiento más absoluto. Dado que, según se pensaba, la vida común de los prisioneros es una escuela de vicios donde los más experimentados enseñan el crimen a

[20] A pesar de los elogios por su concepto innovador para garantizar el aislamiento, la prisión de Mazas en París solo existió durante sesenta años, desde 1840 hasta 1900.

los más jóvenes, el aislamiento solo puede prevenir su contaminación y provocar su enmienda mediante la saludable reflexión.

Seis cuerpos de edificios partían de una rotonda central, como los radios parten del centro de una rueda. Cada uno formaba una división y comprendía, a ambos lados de una gran sala, tres pisos de celdas con sus galerías de circulación. La prisión estaba prevista para 1.200 detenidos. En el centro de la rotonda había una plataforma flanqueada por columnas, sobre la cual había un altar, que un sistema de ventanillas permitía ver desde cada celda, al tiempo que impedía la comunicación con sus vecinos. Pasando por la rotonda los rehenes debieron sentir encogerse sus corazones. Sabían que allí, como en otros lugares, la Comuna había suprimido el culto dominical. El capellán, un anciano, había escapado del arresto gracias a la dedicación de la esposa de un guarda. Sin embargo, habían dejado la inscripción en latín escrita alrededor de la rotonda: "Habrá más alegría en el cielo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia".

Un amplio patio cubierto se utilizaba para los paseos. Alrededor de una glorieta central había pequeños patios triangulares, aislados unos de otros, donde los detenidos podían tomar el aire y hacer ejercicio una hora cada día, pero sin poder comunicarse entre sí.

Las gentes de la Comuna, que en los diversos niveles habían tenido dificultad con las leyes, conocían Mazas de oídas o por experiencia. Sabían que el aislamiento, especialmente si se practica con cierto rigor, acaba con la resistencia del más fuerte. Así que fue Mazas el lugar elegido para encarcelar a quienes consideraban sus enemigos: soldados que se habían opuesto a sus empresas por la fuerza de las armas; policías que habían vigilado sus acciones y frustrado sus planes; sacerdotes, sobre todo, en quienes más o menos confusamente veían a sus únicos enemigos irreductibles, ya que oponían mística a mística, mística de caridad universal a mística de la justicia de clase. Aquellos que sin ir tan lejos, veían en ellos solo una

moneda de cambio en caso de fracaso, pensaban que una buena maceración en silencio solo podía hacer que los rehenes se volvieran más flexibles y dóciles. Amontonaron también en Mazas, con el arzobispo de París, a dos de sus íntimos colaboradores, un vicario general y su secretario privado, curas de parroquias burguesas y de parroquias obreras, vicarios, incluso seminaristas, así como religiosos de diversas órdenes: Jesuitas, Padres de los Sagrados Corazones, Hermanos de San Vicente de Paul, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Padres de Misiones Extranjeras: uno de ellos que se había ido a China con el deseo secreto de recibir el martirio allí, había regresado solo hacía unos días para ver su sueño hecho realidad... en París. A primera vista, todos estos rehenes parecían haber sido elegidos al azar, por casualidad. De hecho, este clero secular y regular, agrupado alrededor de su arzobispo, constituía una muestra representativa de la Iglesia en sus diversas actividades, significando los Padres de los Sagrados Corazones la vida contemplativa.

Los primeros historiadores han contado que antes de pasar al registro, los trece prisioneros se habían reunido unos momentos por última vez. Como en las leyendas de la vida de los mártires, el padre Radigue les habría exhortado a estar listos para el próximo combate, los habría bendecido y abrazado antes de separarse. La realidad fue muy diferente y no menos bella.

Los prisioneros solo dejaron sus vehículos celulares para ser encerrados en celdas de espera estrechas e incómodas como las primeras, pero dispuestas una al lado de la otra como cabinas de baño. Al P. Radigue le bastó una mirada para ver la ventaja que podía sacar de ello. Más que nunca se siente vinculado a aquellos que ahora son doblemente sus hermanos por los votos de religión y por el cautiverio. Por el silencio que sigue al golpear de las puertas y al chirrido de las cerraduras, comprende que todos están allí. Entonces, en voz alta e inteligible, renueva sus promesas clericales, adoptando la fórmula que, al pie del Obispo y unido al Pontífice, pronunciaba al comprometerse

en el servicio sacerdotal, el día que recibía la tonsura: "*Dominus pars hereditatis meae et calicis mei: tu es qui restitues hereditatem mihi" ("Tú eres, Señor, la parte de mi herencia y mi cáliz. Eres Tú quien constituye toda mi herencia").* Pronunció también las palabras de Jesús en el jardín de la agonía, en el umbral de la Pasión: *"Non mea voluntas, sed tua fiat" ("No se haga mi voluntad, sino la tuya").* Y añadió: *"Mis queridos padres, les pido que reciten los unos por los otros, cada día, las letanías de los santos".*

Después de una larga espera, fueron llevados al registro de uno en uno y a la sala de despojo, sin poder comunicarse entre sí. Nuevamente fueron inscritos siguiendo el mismo orden de precedencia: prior, ecónomo, consejeros... con los números 823, 824, 825, 826, etc., esta vez con la mención: sacerdote católico. La orden de detención estaba firmada por Edmond Levraud.

Compareciendo el primero, el P. Radigue pregunta al secretario los motivos de su arresto. "Usas la sotana, eres un sacerdote y un religioso, ¿qué más hace falta?". Y para que nadie lo ignorara, escribió al margen: sacerdote católico, mención que repitió delante de los trece nuevos nombres. Con los demás, los trámites no se prolongaron. Sin embargo, el caso del hermano Lemarchand intrigó a los guardias. Había sido arrestado en una casa de sacerdotes, llevaba una sotana, había declarado ser un hermano religioso de Picpus: ¿Por qué se empeñaba en negar que era un sacerdote? Lo llaman nuevamente al registro. Le hicieron repetir sus apellidos y cualidades.

"¿Eres sacerdote?". "No, no soy sacerdote". "¿Pero por qué estás usando la sotana?". "Porque soy sacristán de la capilla, ¿puede dejarme ir entonces?". "¿Qué quieres? Nosotros no podemos hacer nada". "En el fondo, añade el hermano, fueron amables conmigo". Para sacar esa conclusión, se necesitaba todo el candor del buen hermano para creerlo. La Comuna desbordada, había tenido que dejar en Mazas, como en la mayoría de las cárceles, a los antiguos mandos y se contentaba con poner a los suyos en puestos clave. Los antiguos guardias sabían distinguir entre los recién llegados y los clientes

habituales de Mazas, los condenados de derecho común. Durante ocho días, uno de ellos vino todos los días para llevar el breviario del P. Tauvel al P. Tardieu, a quien no se le permitió tomar el suyo; venía fielmente a buscarlo unas horas más tarde y se lo devolvía a su dueño. Otro pasaba por las galerías gritando: "¿Pan, pan?". A una señal de dentro, abría la ventanilla y daba a voluntad.

El director instalado por la Comuna en Mazas era un tal Mouton. ¡Misterio los nombramientos de este gobierno improvisado! Nada predisponía a este hombrecillo de cráneo puntiagudo, zapatero de oficio, a ejercer este importante mando. Su aspecto no tenía nada de cortante y su celo era poco más que epistolar. Si no dudaba en culpar a su colega de la Prefectura, el demasiado famoso Garreau, por su gran indulgencia con los rehenes, él mismo se mostraba blando respecto de ellos. Tenía debilidad por el vino y el vino lo volvía indulgente, así que permitió la correspondencia de los rehenes con el exterior. Autoriza también el traslado de cinco Padres de los Sagrados Corazones a la enfermería debido a su edad.

Poca cosa en verdad: lecho de madera en medio de la hamaca que hay que plegar cada mañana, silla no fijada a la pared, visita del médico. No era cuestión de descuidar nada durante el aislamiento de los detenidos. Sin embargo, fue suficiente para acusarlo de debilidad y trasladarlo a Saint Lazare, la prisión de mujeres. Esto sucedía ocho días después de la llegada de nuestros cautivos a Mazas.

Fue reemplazado por un "tipo duro", el cerrajero Garreau. Era un joven no mayor de 24 años; pero la condena de 4 años que había cumplido en prisión le había dado, si no la autoridad, al menos la experiencia necesaria para su nuevo trabajo. Siempre borracho, estaba avinagrado. Solo caminaba con la pistola en el cinturón y el fusil en bandolera. Comenzó poniendo a los guardias en su sitio; ellos se la guardaron. Podemos juzgar el odio que en menos de un mes había acumulado contra él porque el primer gesto de los guardias, después de la liberación, fue fusilarle, como se destruye un animal dañino.

Además, la grosería de sus expresiones: "lo que tienen que hacer es reventar, será un buen alivio". "Si no están contentos, les romperemos la g...". No obstante, no se le pueden reprochar verdaderas torturas. Se contentó con hacer observar estrictamente el reglamento y gracias al terror que ejercía sobre los guardias, la orden de aislamiento se aplicó con todo su rigor. Más de un superviviente ha confesado, y no de los menos templados: "Había motivos para volverse loco".

Arrogante ante sus subordinados, Garreau se mostraba cuidadoso ante sus superiores más o menos jerárquicos, picados por la necesidad de ejercer su nuevo poder, aunque solo fuera para otorgar una medida de clemencia. Uno de los trece detenidos, el P. Louis Lafaye, tenía un sobrino estudiante de medicina, que estaba muy relacionado con este otro estudiante aficionado, Raoul Rigault, el todopoderoso maestro de la Comuna, cuya ira anticlerical había lanzado la famosa consigna: "Muerte al *buendiosismo* y a la reacción".[21] Por una vez tolerante, Rigault permite que su compañero traslade a su tío mayor y enfermo al Hospital de la Piedad. Pero tales fueron las llamadas al odio de los periódicos revolucionarios que el hospital no resultó ser menos peligroso que la prisión. El P. Lafaye se vio sometido a todo tipo de insultos y vejaciones, y llegaron incluso a disparar dos balas en la habitación donde él se encontraba.

El cuerpo diplomático, por su parte, supo ser firme y valiente. El P. Daniel Holtermann era de nacionalidad holandesa. El Sr. Von Zuilen, embajador de los Países Bajos, exigió su puesta en libertad y envió a su encargado de asuntos, el Sr. Vertemberg, a preguntar en el ayuntamiento el motivo de su internamiento. Buscaron en los registros y al no encontrar nada, se vieron obligados a declarar: "Arrestado por causas desconocidas". Era confesar que ni la política

[21] "El buen Dios. Cómo es Dios de bueno" era una expresión de fe muy utilizada en el siglo XIX entre los cristianos católicos, por ejemplo, en la vida y los escritos de santa Julie Billiart (1751-1816). Los comuneros siguen viendo en esta frase un tema reaccionario y antirevolucionario.

ni el orden público tenían nada que ver con el caso y que la única razón de su arresto había sido su carácter sacerdotal.

El P. Séverin Kaiser era originario de Prusia Renana. No había entonces el antagonismo entre los dos países que hemos conocido. El padre, tanto antes como después de la guerra de 1870 enseñó, al igual que sus dos hermanos, en casas francesas. La embajada de los Estados Unidos[22] había tomado a los ciudadanos alemanes bajo su protección. El secretario, Sr. Schmitt, fue personalmente a Mazas a preguntar por su protegido y, conociendo los peligros que corría, lo llevó a una familia belga, los Nycten, para esconderlo allí. Pero esa misma tarde, el joven sacerdote ofrecía su ministerio en el Hospicio de Enghien, cuyo capellán, uno de sus hermanos, estaba en prisión. Un soldado francés se estaba muriendo: le dio los sacramentos y celebró misa para darle la comunión, así como a sus compañeros y a las religiosas. Apenas había terminado cuando apareció un delegado de la Comuna. El padre solo tuvo tiempo de huir. Regresó en busca de asilo a la familia belga. Se erigió un pequeño aparador para el Santísimo Sacramento y la familia comenzó la adoración. Cuando unos días después, el P. Kaiser salió de la hospitalaria casa, se derramaron lágrimas viendo desaparecer con él la presencia real de Cristo.

Otros intentos de rescatar a los rehenes fracasaron al no conocer el entorno de los federados. La superiora de la Madre de Dios encargó a una de sus religiosas visitar a los prisioneros y para permitirle llegar

[22] Apenas llegado a París para presentar sus cartas credenciales, Elihu Washburne, ministro americano en París, se comprometió a intentar un acuerdo en el tema de los rehenes, a petición del nuncio apostólico, Mons. Flavio Chigi. Visitó a Mons. Darboy en prisión y describió bien su estado de debilidad (Alistair Horne, *La caída de París, El asedio y la comuna 1870-71*. Penguin Books 2007) p. 355. Los parisinos apreciaron mucho la presencia de Washburne porque no abandonó la ciudad durante toda la crisis cuando el cuerpo diplomático e incluso el gobierno escaparon a Tours y Burdeos. Véase también Christopher Gerard Kinsella, *La mission diplomatique du Nonce apostolique du Mgr Chigi à Paris 1870-71* (1974). Cf. *https://ecommons.luc.edu/luc_diss/1378/* (consultado el 13/07/2018).

a ellos más fácilmente, "la disfrazó de señora de mundo". Incluso si no se notaba demasiado que era religiosa, este disfraz estaba mal escogido, debido al odio de los comuneros hacia "los de la clase alta". No pudo entrar a verlos.

La elección de la Sra. Petit, carnicera de la comunidad, fue más afortunada. Asegurar el comercio después de un largo asedio y en medio de una guerra civil no estaba exento de dificultades, agravadas además por la repentina muerte de su esposo en esos mismos días. Sin embargo, no contenta con llevar sus doce cestas de provisiones tres veces por semana, no dudó en ir a Versalles para dar algunas noticias al superior general y traer algo de ropa. Se defendió tan bien que se convirtió en sospechosa para los comuneros. Incluso fue arrestada pero la intervención de un cliente la salvó.

Así, sin salir de este relato y sin recurrir a fuentes ajenas, podemos captar de primera mano la atmósfera de odio y de desprecio de la libertad que envolvía París en la primavera de 1871, pero también las reacciones de generosidad y de heroísmo que provocó en todas partes.

Capítulo X

INCOMUNICADOS

Si la ley de la incomunicación era la misma para todos los rehenes, no pesaba igual sobre todos. Una personalidad conocida de todo París, como un párroco de una parroquia grande o un director de un colegio, tenía facilidades para tejer redes de comunicación con el mundo exterior que un provincial recién aterrizado en la capital no conocía. Para llamar a la puerta adecuada y colarse por rendijas, hay que tener no pocas habilidades sociales y un serio conocimiento del mundillo parisino. Podía también contar más fácilmente con la complicidad del personal, que sabía que estaría agradecido por los servicios prestados una vez que volvieran los buenos tiempos y que, en el peor de los casos, tendrían el brazo lo suficientemente largo como para sacarlos de un apuro. Algunos rehenes incluso lograron obtener la Santa Eucaristía.

Tal no era el caso de los Padres de los SSCC Picpus. Era la casa madre de una congregación extendida por Francia, Bélgica, América y Oceanía. Centro de administración y de formación clerical, su influencia se sentía mucho más lejos que en París mismo. La capilla apenas era frecuentada más que por personas del barrio, por entonces escasamente poblado y mal conectado con el centro. El ministerio, aunque intenso, se ejercía en el entorno cerrado de las comunidades religiosas.

Los padres eran todos originarios de provincias y llevaban en París poco tiempo. En Cahors, Poitiers y Lovaina, donde se había llevado a cabo su actividad, su detención habría causado sensación. Habrían visto organizar espontáneamente una red de ayuda en su favor. En París, ciertamente, el saqueo de su casa y su encarcelamiento no pasaron desapercibidos, pero ninguno de ellos era conocido personalmente. Sus

hermanos que habían permanecido en el convento estuvieron rigurosamente secuestrados allí, y luego encarcelados a su vez. Las hermanas de Picpus sufrieron la misma suerte. Esto explica por qué el aislamiento fue más estricto para ellos que para los otros rehenes.

Dejando deliberadamente a un lado a los nueve prisioneros que escaparon de la masacre, solo conservaremos la correspondencia de los cuatro que derramaron su sangre por la fe. Las cartas estaban sujetas a censura. Cualquier expresión demasiado apoyada de sus sentimientos cristianos habría sido vista como una provocación y arrojada sin piedad a la papelera. Los detenidos lo experimentaron a su costa. Para tener alguna posibilidad de llegar a sus corresponsales, tenían que pasar de puntillas sobre sus sentimientos íntimos. Su profunda vida espiritual apenas aparece. Hay que leer entre líneas. También en esto fueron fieles a su vocación picpuciana.

Un sacerdote, un religioso que está acostumbrado a la meditación solitaria en su celda, con gusto toma la pluma para ordenar sus pensamientos o ayudarse a hacer un balance. Para aquellos que están obligados por regla a pasar tres horas al día en la capilla con sus hermanos, esto está fuera de discusión. Por lo demás, la formación picpuciana concede mucho valor a la simplicidad como para complacerse en un análisis que está demasiado centrado en sus disposiciones personales. Su objetivo ante todo es dirigir la mirada a los Corazones de Jesús y de María para rendir homenaje a su amor y desagraviarlos por las injurias y el olvido de los hombres. Aunque eran experimentados directores de almas, apenas practicaban un poco en Picpus la dirección oral y muy poco la epistolar. Por todas estas razones, su correspondencia no tendrá esos hermosos vuelos que constituyen el atractivo de las cartas dejadas por algunos de sus compañeros de cautividad. Sin embargo, no estará desprovista de interés una carta del P. Radigue que merecerá este juicio autorizado de un historiador de la Comuna, el P. Virrieux: "Se creería estar leyendo una epístola encontrada en los escritos de san Ignacio de Antioquía".

Padre Marcellin Rouchouze

¡Durante los seis años que el P. Marcellin Rouchouze fue secretario general, la de papel que pudo emborronar! Escribir no le costaba, pero no le disgustaba tener algún respiro, vacaciones, en fin. Por lo demás, ¿a quién escribir? Su hermana estaba hacía mucho tiempo en Sudamérica, donde era superiora de las religiosas de los SSCC en La Serena (Chile). Se alegraba de haberle escrito justo la víspera de su arresto: "Así ella estará libre de preocupación por mí". Su hermano menor, que había llegado a ser su superior general, había muerto el año anterior. Llamado a colaborar estrechamente con él, había escapado de esta delicada situación confinándose en su despacho de archivero, que no dejaba más que para ejercer un fructífero ministerio, pero sin brillo en la casa de retiro llamada "Prince Eugène".

Rompe su silencio solo una vez para tranquilizar a un empleado de la librería religiosa Magnin, una relación comercial, cuyo conocimiento y dedicación supo apreciar. Acostumbrado a redactar las actas de los consejos a los que su función le obligaba a asistir, describe su celda con detalle, no sin un toque de humor:

> *"Cárcel de Mazas, 8 de mayo de 1871... El 17 de abril, a las 3:30 de la tarde, fuimos trasladados en un vehículo celular a la prisión preventiva de Mazas y confinados cada uno en una celda de unos 32 pies cuadrados, donde hemos encontrado por todo equipamiento: 1º) una hamaca para extender cada noche; 2º) un colchón de lana y crin; 3º) un par de sábanas de lienzo de una tira; 4º) dos mantas de lana beis; 5º) una mesa con cajón fijada a la pared; 6º) una silla de paja sujeta a la mesa por una cadena de hierro; 7º) una lata de hierro batido estañado; 8º) una taza idem. 9º) una cuchara de madera; 10º) una escupidera; 11º) un cubo para el aseo; 12º) una escoba de abedul sin mango; 13º) una escoba de paja.*
>
> *"Después de haber pasado una semana allí y haber hecho nuestras tareas domésticas lo menos mal posible, cinco de nosotros han tenido a sus sesenta años pasados, el privilegio de ser transferidos a una celda de inválido en la*

división llamada de enfermería, donde cada prisionero tiene una cama de madera compuesta por un jergón, un colchón, dos sábanas de tela y dos mantas. La mesa y la silla no están condenadas; cada noche cuando nos hacen encender la boquilla de gas, abrimos la puerta y la dejamos abierta toda la noche, lo que no sucede en otras divisiones. Cada celda tiene su propio pozo negro con una pila de cerámica.

"A las 8 de la mañana, se sirve a todos los prisioneros un caldo magro en un cuenco de hierro forjado estañado: este caldo es sustancioso dos veces por semana, domingo y jueves; por la tarde a las tres, sirven una porción magra, como alubias, patatas en puré, lentejas, arroz (tenemos un pedazo de carne fría los domingos y jueves). Cada mañana, se coloca en una tabla que hay bajo la ventanilla, una barra de pan de ración. Este rancho sería muy escaso si cada persona no tuviera la posibilidad de recibir algunas provisiones ya sea de la cantina o del exterior. El carnicero de nuestra casa nos trae algo de comida cada dos días.

"Todos los días hay una hora de paseo solitario en un pequeño patio triangular.

"Con este sistema, Mazas es para mí una verdadera escuela de silencio, donde perfeccionaré mi gusto por la filosofía. Por lo demás, sería una equivocación quejarnos de empleados, sean superiores o subordinados; unos y otros están llenos de corrección hacia nosotros: no hay la más mínima palabra inapropiada...

"Mientras espero, llevo aquí prisionero veintiséis días. La santa y adorable voluntad de Dios se haga en todo y en todas partes".

Padre Rouchouze, de Picpus, 6 división, Nº60.

Destacan las dos últimas frases cuyas palabras veladas ocultan mal el heroísmo. Profesor en Picpus, Enghien, Nivelles, Graves, luego superior, profesor de nuevo en Poitiers, secretario, prisionero: tantos cambios de escenario realizados en un tiempo récord. Ninguno de ellos le cogió desprevenido. Los ha acogido todos con el mismo ánimo, porque cada vez ha visto la clara manifestación de la voluntad amorosa

de Aquel a quien se ha unido en amor recíproco por obediencia. Esto es lo que ha dado unidad y densidad a su vida.

Podemos entender esta otra reflexión del historiador Virrieu: "Para que los rehenes hayan estado contentos en Mazas, hacía falta que fueran de la raza de los mártires". El P. Rouchouze era, como hemos visto, de una familia de santos. Nobleza obliga.

Padre Frézal Tardieu

El P. Frézal Tardieu durante largo tiempo había simultaneado su acción directa con el fructífero apostolado de la pluma, pero él se había envuelto en silencio. Su modestia le impedía hablar de sí mismo. Su natural pudor se había reforzado aún más durante su larga estancia en el país flamenco, donde a la gente no le gusta mostrar sus sentimientos. En Mazas había otra razón para la reserva. Había escrito, desde el comienzo de su internamiento, a uno de sus dirigidos que no se le había ocurrido nada mejor que publicarlo en L'Univers. La carta voluntariamente moderada tenía visos de protesta, debido a su inserción en el periódico de Louis Veuillot que libraba una dura batalla con las ideas y los hombres de la Comuna.

"Los 13 Padres de Picpus detenidos el 8 de abril (sic) están en Mazas desde el 17". Uno de ellos escribe a un conocido una carta muy simple y tranquila, que no denuncia precisamente a un conspirador:

> *"Le escribo desde Mazas. Estoy encerrado aquí desde el lunes por la noche con doce de mis hermanos. Mi celda no es tan grande como puede suponer; pero me sería suficiente si estuviera libre. Nunca he tenido tanta gente a mi servicio como desde que estoy aquí. Pasaría mi tiempo en ella sin aburrirme si tuviera algunos libros. Debo decir que nos han ofrecido libros del establecimiento, pero cuando no tienes los que son objeto de los estudios ordinarios, te sientes aislado. Estoy tranquilo y duermo bien, porque mi*

conciencia no me reprocha nada. Nunca me he ocupado más que de mis estudios y mi clase".

F. Tardieu, sacerdote, 3ª división, 39".

"¡¡¡Viva el Sagrado Corazón de Jesús!!!" había escrito al principio de su primera nota, con tres signos de exclamación como profesión de fe. En adelante se muestra más discreto. En estas breves notas, en ausencia del confesor de la fe, se descubre al hombre: su amor al trabajo y al estudio, sus gustos sencillos, su frugalidad, su delicadeza de corazón.

"Siempre me decía que necesitaba descansar, pero cuando ves el trabajo que hay que hacer, no es fácil decidirse a ello. Ahora me veo forzado a hacerlo y como no me preocupo demasiado, creo que me hará bien" (13 de mayo).

"Creo que, si pudiera tener la facultad de dedicarme a mis estudios ordinarios, terminaría soportando pacientemente el encierro en mi celda" (15 de mayo).

Se nota que escribe estas líneas después de un mes de cautiverio. Si de algo se queja, es de la excesiva generosidad de sus benefactores: "Casi estaría tentado de hacerle un pequeño reproche. Quiere tratar demasiado bien al prisionero. Sabe bien que me gusta que se haga un poco mi voluntad así que esto es lo que deseo. Cuando me envíe un poco de sopa, una pequeña ración es más que suficiente para mí; añada siempre un poco de queso pero que la porción sea pequeña, repito, porque ordinariamente como poco. El vino envíemelo solo cuando se lo pida. Tenga la seguridad de que con usted no seré tímido. También tengo tabaco para mucho tiempo. En cuanto al dinero no lo necesito. No gasto nada" (15 de mayo).

A menudo, nada es más difícil de conocer que uno de Lozère. No es que disimule, es que es hermético. El hombre es imagen de la naturaleza que lo rodea, forjado con el rigor de la altura y con el calor

del sur. En el P. Tardieu, este raro dominio de sí fue también, y, sobre todo, obra de la gracia divina. Bajo su aparente placidez se escondía un alma de fuego.

Después de su muerte se han encontrado, entre sus papeles, tres oraciones compuestas y escritas a mano por él. No hay indicación de fecha. Por el papel, la letra, ciertas alusiones, se remontan a seis o siete años antes. En una de ellas, pide, (¿es un presentimiento?) la gracia del martirio.

> *"Aquí estoy, oh Dios mío, para hacer tu voluntad; graba tu santa ley en el centro de mi corazón y dame la gracia de hacer siempre lo que te agrada. Oh Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, mi Dios y mi Todo, te adoro y te doy gracias por los beneficios de mi creación, de mi vocación a la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María ...*
>
> *Postrado ante Ti, Dios mío, y cubierto con la sangre de tu Hijo, te ofrezco y consagro todo lo que tengo, todo lo que soy, mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, mis enfermedades, mis debilidades, mis bienes, mi reputación, mi vida. Tú me lo has dado todo, yo te lo devuelvo todo para que sea empleado para tu gloria y la salvación de mi prójimo.*
>
> *Concédeme por intercesión de la B. V. María, la gracia... de hacer siempre tu santa voluntad. Haz que llegue a alcanzar la perfección de mi vocación según el espíritu de los Sagrados Corazones de Jesús y María, para que mi alegría sea perfecta. Dame una buena voluntad, firme y perseverante y una paz profunda. Haz, que caminando siempre en tu presencia, te encuentre en todas las cosas y concédeme tender constantemente hacia ti por amor y agradecimiento y llegar a ti por la palma del martirio a fin de que pueda alabarte, bendecirte y cantar eternamente tus misericordias. Amén".*

Dios, que ha salvado al mundo mediante la muerte de su Hijo y que siempre busca víctimas dispuestas a continuar su obra de salvación, iba a tomarle la palabra y concederle, con la palma del martirio, la paz deseada y la perfecta alegría.

Padre Polycarpe Tuffier

Completamente diferente aparece el P. Polycarpe Tuffier. En la misma medida en que su compatriota se muestra reservado, silencioso y dueño de sí mismo, él se manifiesta transparente, comunicativo e impaciente. El texto original de sus cartas se ha perdido. Solo quedan dos copias bastante divergentes: una es de su santa prima, la madre Reine, quien las copió a mano del original para consuelo y edificación de su familia. La otra, parcial, se debe a un hermano con vistas a una posible publicación. Es de sospechar que haya añadido reflexiones piadosas de su cosecha para hacerla más edificante. No nos escandalicemos. Es la concepción de la historia que se tenía. Los antiguos buscaban más la verdad profunda que el documento auténtico. Con buena fe, el hermano debía pensar: "¿Qué habría escrito el P. Tuffier si hubiera tenido total libertad de expresión?".

El error de sus historiadores proviene menos de esta distorsión de la verdad que de la concepción demasiado estrecha que tenían de la santidad y el martirio. Cada cual va a Dios y a la muerte con su propio temperamento y con las luces que recibe. Dotado de una real inteligencia profunda y de un agudo sentido comercial, el P. Tuffier ha conservado un alma de niño. Para ser él mismo, necesita hablar, caminar, expresarse. El silencio, el aislamiento, la inmovilidad a la que fue condenado le quitan sus medios y le privan de esa claridad sin la cual su alma recta no puede decidirse. ¿Por qué ha sido arrestado: es a título político o religioso? Esta pregunta le tortura. Se puede ver ahí la prueba suprema permitida por Dios para consumar el don total y sin arrepentimiento que él le había hecho al comienzo de sus 12 años.

El único corresponsal que tiene es un joven matrimonio de primos lejanos. Su dedicación es a toda prueba, pero no puede esperar de ellos la luz que está buscando. Una frase de él es reveladora. "Las cartas en verdad se leen en el registro, pero no importan cuando tratan de asuntos personales" (5 de mayo). Se nos advierte: es el

hombre de negocios, el ecónomo general quien escribe, no el sacerdote, el religioso. Se sabe por la madre Reine que, desde su matrimonio y su llegada a París, el primo Charles se ha alejado de toda práctica religiosa y que el P. Tuffier busca llevar de nuevo a Dios a la joven pareja. Él cree que la mejor manera de hacer esto es ganar su confianza y hacer que realicen actos de caridad cristiana, ya que las exhortaciones directas podrían ser perjudiciales. Una reflexión surgida espontáneamente encontrará con seguridad el camino de su corazón. El futuro le dio la razón y los dos volvieron sincera y definitivamente al Dios por el que su primo iba a morir.

De ahí la parte importante que desempeñan las cuestiones de alimentación en esta correspondencia. Es un tema de descanso para la censura y él sabe cómo complacer a la buena ama de casa que es su prima. Aunque quisquilloso, es extremadamente frugal, pero no olvida que es el ecónomo y más que nunca se siente responsable del bienestar de sus hermanos. "He hecho todo lo posible para conseguir que nos trajeran algo de comida de la casa. Nada ha llegado todavía. Muchos de sus amigos son capaces de morir por ello" (22 de abril). Desde la prisión recupera el contacto con la carnicera Sra. Petit, que acaba de perder a su esposo y cuyo dolor la ha abatido temporalmente. Desde su celda, organiza el suministro, dando a uno una botella de vino, a otro chocolate o el dinero. Hasta el final, mantendrá su preocupación, sin olvidar a los pobres con quienes comparte voluntariamente su escasa porción.

Hay otra razón muy personal para escribir. Nunca fue capaz de defenderse de un temor algo excesivo por su salud, que por lo demás nunca le impidió entregarse sin medida. En Mazas, sus temores se reanudan, no sin razón esta vez: la congestión le acecha. "Temiendo que mi temperamento sanguíneo no pudiera soportar esta existencia, he escrito al prefecto. Yo como muy poco. Si comiera, tendría una congestión cerebral en mi celda" (22 de abril). "No he estado enfermo, pero sí muy cansado debido a la falta de aire y ejercicio que reclama imperiosamente mi temperamento sanguíneo" (7 de mayo). "Ayer no

estaba bien y sin la caminata hacia el gran paseo no sé lo que me habría sucedido" (9 de mayo). "No he tenido enfermedades graves. Pero esta situación equivale a una enfermedad larga y dolorosa" (12 de mayo). Escribir le parece un excelente ejercicio de higiene para restablecer el equilibrio físico y moral. "Le escribo para apaciguarme más que por cualquier otro motivo" (6 de mayo). Hay que juzgarlo bajo este doble aspecto de hombre de negocios y de paciente que lucha contra la congestión.

Insiste con mucha amabilidad y afecto en recibir cartas. ¡Qué alegría para el prisionero si a la hora del correo oye abrir la ventanilla! ¡Qué desilusión si se ve privado de él! "Escríbeme todos los días hasta nuevo aviso. No he recibido ninguna señal de vida, excepto de ti" (20 de abril). "Estoy esperando una carta tuya. No frustres mi expectativa. Se me hace largo esperar tus noticias. Escríbeme a menudo; más tarde no será tan necesario, pero por el momento lo deseo y te lo pido" (26 de abril).

A veces teme haberse excedido y haber sido demasiado exigente. Pero tiene una forma tan delicada de agradecer... y reincidir que no se le tiene en cuenta. "Dime cómo estás, así como la prima que será más que prima en el futuro. Se comporta como una verdadera hermana (3 de mayo). "Realmente necesitaba la carta que me has escrito. Siento que la prima tenga que venir a Mazas todos los días. No hay que forzar. Tendrá que limitarse a venir cada dos días. Debe resultarle complicado variar un poco el menú. Ruego a Dios con todo mi corazón que te bendiga y te recompense por todo lo que haces por mí. Que Dios conserve tu salud para cuidar a aquellos que necesitan ayuda. Como dices, Charles, solo Dios puede sacarnos de esto" (12 de mayo). "Cuántos recados te pido. Pero como ahora espero que termine pronto, no voy a dejar que te vayas. Te necesito demasiado" (19 de mayo).

El P. Tuffier es demasiado primario como para no mostrarse en sus cartas como es, defectos y cualidades: pero aún más revelan la dolorosa crisis de conciencia por la que está pasando y que termina en la noche del alma el trabajo de perfección comenzado en la alegría del noviciado.

Una máxima que repite varias veces nos indica la línea de conducta que se ha trazado desde su ingreso en la prisión. "En este mundo debemos hacer por nosotros mismos aquello de lo que somos capaces y no dejar que todo lo haga la Providencia. Sin duda ha sido ella quien ha dicho: ayúdate a ti mismo y el cielo te ayudará" (13 de mayo). Esta es ciertamente la experiencia de un hombre que tiene grandes logros detrás de él. Pero aún no sabe que las leyes que gobiernan el mundo de la libertad ya no existen en este mundo controlador que en adelante será el suyo. Lo aprenderá a su propia costa.

Desde su llegada a Mazas, quiere aclarar su situación: ¿Por qué ha sido detenido?, ¿Cuándo van a llamarlo ante el juez de instrucción para averiguar de qué se le acusa? El día siguiente a su entrada, escribe al prefecto para pedirle explicaciones. Dos días después, ve aparecer en su celda un agradable anciano con barba blanca que, además de la insignia roja bordeada de oro prendida en su chaqueta, llevaba la banda roja con borlas doradas. Es Miot, un iluminado peligroso que adora pasear sus insignias de representante de la Comuna por los lugares en los que en otro tiempo circuló con más modesta apariencia (fue deportado después del golpe de estado en 1851). Con gusto ahora juega a los san bernardos. Rigault, cuyos excesos lo obligarán a renunciar en unos días, siente la necesidad de soltar lastre. Entonces dice a Miot que engañe al prisionero, a quien sin duda cree más poderoso de lo que es. Miot lo hace muy bien. El P. Tuffier escribe al día siguiente "tenemos que permanecer en prisión por Versalles. Nuestra presencia aquí evita, dice, mucho daño" (22 de abril).

El padre cayó en la trampa. Como la Comuna ha respondido tan rápidamente a su llamada y le ha enviado un alto personaje, ya que quiere hablar y darle explicaciones, no es la religión como tal la que persigue; no ha sido arrestado por un motivo religioso, de odio a la fe. Por lo tanto, es solo un prisionero político.

Prisionero político: la sentencia como un veneno, va a actuar sobre la moral del prisionero y socavarla lentamente. Escribe ocho días después: "No se desanime, camine cuando sea por la justicia, por el derecho. (No dice por Dios, por la religión). ¿Por qué todo esto? Seamos pacientes. Pronto tres semanas de aislamiento sin saber por qué motivo" (1º de mayo). "¿Hay siempre la misma severidad en nuestro distrito de Picpus? Sin embargo, no hay conspiradores allí. Este aislamiento no puede durar, porque no se basa en ningún motivo serio" (3 de mayo). "Nadie viene a interrogarnos. Nadie que nos diga por qué estamos aquí" (6 de mayo).

¿La secretaría ha comunicado esta carta a la dirección? La misma tarde, la puerta de su celda se abre y deja ver la figura deforme de Garreau que lleva, como siempre, un revólver en el cinturón y el fusil de bandolera. "He tenido la visita del director. Me ha dicho que no estábamos incomunicados, que podíamos leer los periódicos, que estábamos allí más bien a título de rehenes que de otra cosa, que si no podíamos recibir la visita de nuestros familiares y amigos, era porque la instrucción había comenzado. En definitiva, esta visita me ha hecho bien. Dios mío, Dios mío, dame paciencia, resignación" (7 de mayo).

Con la alegría de poder hablar, porque para él vivir es hablar, escribe a Miot y nuevamente recibe su visita. "El Sr. Miot me ha anunciado que nos estamos acercando al desenlace, que las cosas no podrían ir más allá; nosotros estábamos para detener la furia de Versalles. Estas son sus expresiones". Y añade ingenuamente: "Esta es la primera visita buena que recibo. Este hombre me ha parecido

sincero y esperaré que sus palabras se cumplan. ¡Oh! Qué duro es, especialmente cuando es por personas que nunca te lo agradecerán. ¡Versalles se burla de nosotros! ¿Qué somos para ellos?, te pregunto, querido primo" (13 de mayo). Continúa dos días después: "La visita del Sr. Miot ha contribuido no poco a animarme. Si todos fueran tan razonables, las cosas podrían ser de otro modo. Hoy le he escrito para darle las gracias" (15 de mayo).

No hay ninguna duda. El pobre padre ha caído en la trampa. ¿Cómo no ha visto la flagrante contradicción? No se puede ser al mismo tiempo rehén y preso preventivo, ser utilizado como moneda de cambio y estar en proceso de instrucción. Olvida la historia de la Iglesia. Los perseguidores siempre han acusado a los cristianos de ser agitadores políticos, empezando por Cristo en su Pasión.

Si hubiera escuchado a Miot, al final de una visita a los prisioneros políticos, declarar a la multitud: "El pueblo es paciente, se resigna a soportar el yugo y la humillación, pero su venganza es aún más terrible el día que estalla. ¡Ay de quien lo provoca y lo empuja al límite! Hasta ahora, nuestra cólera solo se ha ejercido sobre cosas materiales, pero se acerca el día en que llegará a la reacción que busca aplastarnos; y las represalias serán terribles", tal vez habría juzgado a Miot menos razonable y menos sincero y habría entendido que él mismo pesaba aún menos ante la Comuna que ante Versalles. Quizá habría escuchado con menos atención a Garreau alabando las facilidades que había concedido a los prisioneros, si hubiera podido adivinar que este mismo Garreau, colocándolo en la cabecera de la lista durante el traslado a la Roquette, sin duda porque lo consideraba el más destacado de los prisioneros, lo designaba por el hecho mismo a figurar en el primer lugar de la lista durante la apelación del 26 de mayo.

La última carta que tenemos de él termina con estas palabras: "¡Y decir que todo esto no termina! ¡Pronto hará seis semanas que estamos aquí sin que nos hayan dicho por qué!" (21 de mayo).

Así pues, hasta los últimos días de su encarcelamiento en Mazas, el padre Tuffier se coloca él mismo en la categoría de prisionero político. No es consciente, al menos plenamente, de haber sido arrestado por odio a la fe. Ni una sola vez señala su carácter de sacerdote y religioso para explicar su encarcelamiento. Su innata rectitud no le ha permitido detectar la mentira y el doble juego de la Comuna. Él no ha visto en sus sufrimientos más que una prueba permitida por Dios, pero no una prueba padecida por Dios. ¡No se puede ser más desafortunado! ¡Sufrir por Cristo y no saberlo! La certeza de sufrir persecución por su Nombre y su Persona lo habría alegrado. Su ignorancia lo abruma.

A partir de entonces, su detención parece una lenta agonía. "¡Qué difícil es, querido primo, qué difícil es! Pero ¿qué hacer? Más vale sufrir que ser culpable. Sufro mucho, pero Dios está ahí y me sostendrá (29 de abril). "Tú has sido sin duda llamado al servicio. Lo mío es estar siempre en el mismo lugar" (22 de abril). "Tenemos la esperanza de que este estado de cosas no dure mucho. Dios lo quiera. Gracias a ti, mis sufrimientos morales y físicos se habrán suavizado un poco (26 de abril). "Ningún cambio en nuestra situación" (27 de abril). "En fin, esta ocupación con tanta severidad no puede durar" (1º de mayo). "No tienen prisa de acabar con nosotros. El miércoles pasado hará tres semanas que estamos confinados y no hay indicios de que quieran interrogarnos. No hemos visto a nadie excepto a este miembro de la Comuna que no me ha hecho esperar una pronta libertad. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dame paciencia y resignación. Sin el pensamiento de Dios que nos sostiene, ¿qué sería de nosotros? Someterse es todo lo que se puede hacer y someterse de nuevo" (5 de mayo).

Parece que en otras cartas que puede enviar a ciertas comunidades religiosas o a penitentes haya expresado sus sentimientos religiosos con mayor libertad. El original se ha perdido. Solo conservamos copias dudosas. Decía a la Sra. Langlois: "Oremos los unos por los otros. Aceptemos las cruces que Dios nos envía. Sin duda ha tenido usted en su vida días de gran tristeza. Los ha soportado cristianamente. Nosotros,

los ministros de un Dios crucificado, debemos participar en la cruz de nuestro Divino Maestro" (26 de abril).

"Ignoro lo que el buen Dios me prepara y cuál es su voluntad sobre mí. Pero si dentro de poco estuviera en libertad, iría a pedirte hospitalidad por unos días. ¿Que no me he dado cuenta de este plan inspirado en la confianza a la que me invitas? Pero, por un lado, no habría participado en la Pasión de Nuestro Divino Maestro y estoy feliz de haber bebido un poco del cáliz de sus dolores. No se puede ser ministro de Nuestro Señor si no se sube al Calvario con Él" (28 de abril). Una sola vez, esta "correspondencia de negocios" con el primo Charles se eleva de golpe. Aun así, este vuelo se sitúa entre el anuncio de un envío de dinero y de una botella de vino a un hermano.

Escribe el 18 de mayo: "Pongámonos en manos de Dios. Confiémonos a Él, después de haber hecho las gestiones recomendadas por la prudencia. Esta tarde fiesta de la Ascensión:

O quando lucescet tuus ¡Oh, cuándo brillará este día
Qui nescit occasum dies! que no conoce ocaso!
O quando sancta se dabit ¡Oh, cuándo nos será dada esta santa patria
Quae nescit hostem patria ! que no conoce enemigos!"

Ocho días después, amanecería el día de su martirio, lo que la Iglesia llama en la liturgia el día del nacimiento en el cielo. Estas notas de asuntos, escritas de cualquier manera para combatir la enfermedad, con ideas desordenadas, ciertamente no han sido compuestas para la posteridad ni para su edificación. ¡Pero tal vez esta alma que sufre, que gime, que lucha, que dolorosamente trata de entender hacia dónde la lleva Dios, no ofrece un espectáculo menos interesante para los pobres hombres y simples cristianos que somos nosotros! El hombre no siempre puede sobrevolar por las alturas. Basta que no se lo prohíban.

Dedicado por vocación a honrar y también a revivir el misterio de la agonía de Cristo en el Huerto de los Olivos, no está prohibido pensar que al atardecer de una larga vida de fidelidad a la gracia, el P. Tuffier haya sido llamado a revivir más de cerca este misterio y que a su manera haya dicho, como Cristo: "Que se aleje de mí este cáliz", para añadir, como Jesús: "Que se haga tu voluntad y no la mía".

Padre Ladislas Radigue

Por el contrario, el P. Ladislas Radigue se prepara para el sacrificio supremo con plena claridad. Tiene la ventaja inestimable sobre sus hermanos de poder comunicarse libremente, a través de una de sus hermanas que vive en París, con su superior general y con su propio padre que vive todavía. No ha dudado ni por un instante que solo su calidad de sacerdote y religioso haya sido la causa de su arresto. Siente un deber filial informarles a ambos y no ocultarles nada de sus sentimientos profundos.

El P. Radigue tenía un temperamento sensible y afectuoso. Pide a su hermana y a su hermano que comuniquen con cautela a su anciano padre su encarcelamiento. "Escribo a mi padre y a Octave. No sé qué decirles. Tengo el corazón destrozado pensando en el dolor de mi pobre padre. Es preciso levantar el corazón a Dios y aceptar el cáliz... No estoy en condiciones de escribir. Si me dejara llevar de mis impresiones, les haría demasiado daño".

El momento de depresión ha sido breve. Rápidamente se recupera y continua en un tono alegre: "Hoy es el aniversario de mi nacimiento y mi bautismo. Nanon Bobet, que me llevó a la iglesia (era el día de la Ascensión), me dijo que llovía. Quizá por eso la lluvia me causa dolor de cabeza. Yo estaría muy impresionado. Hubo una gran fiesta y gran carillón aquel día en el pueblo. Hoy ya no hay más fiesta ni carillón. Ojalá no sea sin provecho".

Se dirige primero a su hermano. Toma un tono agradable: "Es cierto que he cambiado de domicilio, probablemente debido a la utilidad pública. No siento mucho que sea para mi utilidad privada. Estoy en la muy ilustre compañía del Arzobispo de París en el mismo edificio principal, pabellón privilegiado, gracias a mi salud delicada. Y lo que es bonito en este siglo de igualdad es que mi habitación es tan hermosa y tan ventajosamente amueblada como la de su Eminencia. Sin embargo, hay que decir que, si estoy en medio de ilustraciones, no disfruto mucho de su sociedad. Llevo una vida muy retirada. Salgo una hora al día, y doy un paseo solo... Una ventana da todo el aire y luz que se puede desear. Solo que es difícil mirar por la ventana, porque está por lo menos a dos metros veinticinco del suelo. Es un pequeño inconveniente en un momento en el que estaría muy contento viendo lo que está sucediendo fuera. No puedes tenerlo todo. Admito que me falta una cosa esencial, la libertad; pero en los tiempos que corren, hay más libertad aquí que en cualquier otro lugar en París".

Intenta adoptar el mismo tono de broma con su padre, pero lo deja inmediatamente para desahogar su corazón. En este tema no puede haber desviaciones. Además, el anciano estaba enterado de su arresto.

> "6 de mayo... Desafío a quienquiera a demostrar que me he involucrado en política. Amo a mi país. Deseo su felicidad. Sufro mucho viéndolo entregado a los horrores de la guerra civil, después de las desgracias de la guerra extranjera. Ruego incesantemente a Dios que lo libere de todos estos males, que le devuelva la paz y la prosperidad, que lo haga recuperar su rango al frente de las naciones; esa es toda mi política, no puede hacer sombra a nadie.
>
> Veo únicamente que mi condición de sacerdote y religioso podría exponerme a algún hostigamiento; incluso es, creo, la razón de mi arresto. Y verás que saldré de ésta sin un rasguño y

muy honrado de haber sufrido algo por Dios... Espero que él me tenga en cuenta estos días de cautiverio y que en el cielo yo los vea como los mejores días de mi vida".

Con su hermano es todavía más explícito:

"La política no tiene nada que ver con mi ocupación. Estoy arrestado por sacerdote y religioso, por lo tanto, sufro por el nombre de Dios y por la religión. Así que no soy desventurado... Estoy seguro de que me ves masacrado o fusilado. No tendré esa suerte. (Si me fuera dada), me liberaría de mi pobre cuerpo, que me ha hecho sufrir tanto y me iría al otro mundo (donde será necesario ir pronto) por la puerta más corta y más ventajosa. Habría que pasar un mal cuarto de hora, pero cuando hubiera pasado, ¡qué felicidad!".

En la prueba es donde se revela el verdadero jefe. Sin duda, el P. Radigue está en régimen de aislamiento y no puede comunicarse con sus hermanos. No por eso se cree descargado de su responsabilidad de prior. Más que nunca, se hace cargo espiritualmente de los nueve religiosos encarcelados en Mazas con él. Está seguro de hablar en su nombre al enviar a su superior general esta profesión de fe, que podríamos comparar con una epístola encontrada en los escritos de san Ignacio de Antioquía.

"Mazas, 3 de mayo de 1871

Mi muy Reverendo Padre:

En las páginas anteriores, le he hecho un análisis frío de lo que nos ha sucedido, sin contarle nada sobre nuestras impresiones, nuestros sufrimientos morales, las disposiciones de nuestros espíritus y los sentimientos de nuestros corazones. Mi querido Padre, hay cosas que todos deben sentir y que es imposible expresar. ¿Cómo contarle nuestras impresiones durante esas horas de ansiedad que pasamos en el salón de Picpus, el desgarro de nuestro corazón al salir de la casa madre y dejarla a merced de personas enemigas, sin saber lo que nuestros hermanos y nuestras hermanas tendrían que temer

de sus disposiciones hostiles? ¿Cómo podemos decirle nuestros sentimientos en las diversas circunstancias en las que nos hemos encontrado desde nuestro arresto? Yo no podría expresar lo que experimenté, pero lo que debo decir es que todos han sido dignos y verdaderos discípulos de Jesucristo. Todos han hecho su sacrificio a Dios con santa intrepidez; hubo un poco de Ibant gaudentes de los Hechos de los Apóstoles. Tengo la confianza, Padre, de que no se avergonzará de sus hijos; no han hecho ni harán nada indigno de usted ni de la sociedad de la que son miembros.

Me parece, Padre, que todo esto no es suficiente y que le gustaría saber algo más específico sobre las acciones y los gestos de su pobre prior y sobre su estado actual. Lo primero que le diré, mi amado Padre, es que he estado sometido a una prueba algo dura para mi debilidad; si gracias a Dios el coraje no ha faltado, las fuerza psíquicas y físicas algunas veces sí lo han hecho. Usted conoce mis enfermedades, el nerviosismo que experimento en todo el cuerpo y particularmente en el corazón, que me ocasiona impresiones dolorosas ante el menor contratiempo en circunstancias normales. Juzgue por ahí lo que he experimentado en medio de circunstancias tan dolorosas, incluso para los menos impresionables. Varias veces he creído que iba a desfallecer. Afortunadamente, el alma resistía todavía para sostener el cuerpo que sucumbía. Todo esto le dice que mi salud no es excelente y que estos días de cautiverio son dolorosos para la naturaleza, pero todavía sigo vivo y saldré adelante, espero, a menos que una bala venga a detenerme en el camino.

No vaya a pensar que soy desgraciado. Puedo decirle, mi querido Padre, que nunca en mi vida he sido tan feliz. He experimentado cuán bueno es el Señor y qué ayuda da a los que prueba para gloria de su nombre. Incluso he comprendido un poco después de haberlo probado, el superabundo gaudio in omni tribulatione de San Pablo. ¿No es verdad, Padre, que a los ojos de la fe no debemos ser compadecidos? En cuanto a mí me siento muy honrado de sufrir por la religión de Jesucristo. No me veo como un preso político en absoluto. No quiero tener otra política que la de mi Salvador Jesús. Así que ahora estoy orgulloso de seguir a tantos gloriosos confesores que han dado testimonio de Jesucristo. Pienso en el glorioso apóstol Pedro, en la cárcel Mamertina. Todos los días beso con amor un facsímil de sus cadenas, que

estoy feliz de poseer. Pienso en el gran san Pablo, leyendo sus sufrimientos en los Hechos y en sus Epístolas. Lo que yo sufro no es nada en comparación; es mucho para mí porque soy débil. Paso revista a tantos otros santos y santas que son elogiados por haber sufrido lo que yo sufro, y me pregunto por qué no estaría yo contento con lo que ha constituido la felicidad de los santos. Las celebraciones de cada día todavía me dan ánimos. ¿Cómo quejarse al leer el oficio de san Atanasio? Y hoy, ¿cómo no gloriarme de llevar un poco esta cruz, cuyo triunfo celebramos?

Pienso en la Congregación cuyos miembros rezan por nosotros. Pienso sobre todo en usted, querido Padre, que sufre tanto como nosotros por nuestro sufrimiento. Estoy muy feliz de ocupar su lugar aquí y saber que está a salvo. Puede consolar y dirigir a la familia.

Trato de unirme al Santo Sacrificio celebrado en nuestras capillas; a los adoradores y adoratrices que nos reemplazan al pie del santo Tabernáculo. Me he orientado y como Daniel hacia Jerusalén, me vuelvo hacia los santuarios de la casa madre, ¡y adoro con los miembros de la familia que están allí, por desgracia todavía prisioneros!

Perdone, Padre, toda esta palabrería; ¡Estoy tan feliz de hablar con usted! Una palabrita suya me haría muy feliz. Creo que es posible escribirme a través de mi hermana, que viene a verme dos veces por semana. Ella tiene un corresponsal en Saint Denis, para escribir en provincias.

Puede usted escribir a los otros padres por el mismo medio, pero estas cartas serían vistas por la administración, mientras que las mías me las puede traer mi hermana; sin embargo, no podré contarle a nadie su contenido. Me gustaría poder, Padre, darle noticias de todos los prisioneros de Mazas pero solo sé que existen.

Bendíganos a todos, querido Padre; por favor presente mis respetuosos saludos a los miembros de la familia que están con usted y acuérdese en el Santo Sacrificio de quien es, con profundo respeto y profundo afecto, su muy humilde en los Sagrados Corazones".

Misterio de las almas y las vocaciones. Según los testigos que los conocieron en cautividad, a los Padres de SSCC se les reconocía por un marcado aire de familia, que se explica en parte por la vida algo clausurada de la casa madre, pero más aún por la idéntica formación que habían recibido. En cambio en su forma de soportar las cuatro largas semanas de aislamiento: abandono en el P. Rouchouze, serenidad en el P. Tardieu, fiebre inquieta en el P. Tuffier, lucidez en el P. Radigue, se descubre en cada uno de ellos una manera absolutamente original y personal de concebir y vivir su vocación propia como hijos de los Sagrados Corazones que es, según la expresión del Fundador: "entrar en el dolor interior del Corazón de Jesús (para) reparar los ultrajes que recibe todos los días".

Capítulo XI

LA ROQUETTE

En una revuelta popular, las horas más críticas son siempre la primera y la última. Los nervios de la multitud, excitados por las llamadas a la rebelión o decepcionados en sus esperanzas, están a flor de piel. El poder pasa de mano en mano. Es la hora de la venganza. Es el pánico.

Bajo el golpe de la emoción provocada por su primera derrota, la Comuna, como hemos visto, había votado una ley de rehenes, ordenando "por cada ejecución de un partisano, la ejecución sobre la marcha de un número triple de rehenes". Sabemos también que desde la perspectiva de la Comuna, que se proclamaba atea y pretendía luchar contra los de Versalles, campeones del catolicismo, los sacerdotes constituían rehenes de élite.

Hasta entonces, las cabezas más sólidas de la Comuna habían sabido tener suficiente sentido político y humanidad para resistir las provocaciones diarias de clubes y periódicos. Pero forjar un instrumento de muerte supone correr el riesgo de que vaya a parar a manos de un loco.

En la tarde del domingo 21 de mayo, las tropas de Versalles comienzan a infiltrarse en París a través de las puertas de Point du jour, Auteuil y Sèvres. Dos columnas se lanzan, una en dirección a la Butte de Montmartre, la otra hacia la colina Sainte Geneviève du Panthéon, mientras que una tercera despeja las orillas del Sena. La Comuna ya no puede escapar de la enorme mandíbula que inexorablemente se cerrará sobre ella. Sus días, sus horas están contadas. Entonces, furiosa, aplicará el plan desesperado que ha votado el día anterior: quemar París, masacrar a los rehenes.

Para quemar los palacios nacionales, los edificios públicos, las tiendas, distritos enteros, destruir para siempre lo que ha constituido el adorno y la gloria de siglos, competir con el incendio de Roma por Nerón, es necesario establecer una organización poderosa. El transporte de enormes cantidades de petróleo, su sabia disposición requiere un cierto tiempo. Para matar a los sacerdotes tomados como rehenes, basta muy poco: una orden, unas pocas horas, algunos locos.

Es absolutamente seguro que el día 22 de mayo Ferré, delegado de seguridad general, dio la orden de fusilar a los rehenes encerrados en la Santé. ¿Llegó la misma orden a Mazas? Unos testigos lo afirman. Pero el director Garreau declaró que una ejecución en una cárcel preventiva era contraria a todos los precedentes. Su estancia en prisión le había dado, si no la ciencia jurídica necesaria para su cargo, al menos el conocimiento práctico de las reglas básicas del derecho de gentes. Sabía que se jugaba la cabeza y no podría invocar ninguna excusa. Además, había una prisión para los condenados a muerte: La Roquette.[23] Que llevaran los rehenes allí. Se cedió a sus declaraciones.

Alrededor de las tres, el fiscal de la Comuna, Raoul Rigault, según unos, su sustituto Da Costa según otros, llevaba la orden del Comité de Seguridad Pública, refrendada por Eudes, delegado. Decía en estos términos: "Transferir de inmediato a rehenes como el Arzobispo, los diversos sacerdotes, el senador Bonjean, los espías y sargentos de ciudad y todos aquellos que puedan tener alguna importancia, a la prisión de La Roquette". Garreau, plenamente feliz de descargar en

[23] Más precisamente, las cárceles de La Roquette, Grandes y Pequeñas, estas últimas para las mujeres y las primeras de las que las personas fueron exiliadas o asesinadas. En sus 48 años de existencia, de 1851 a 1899, sesenta y nueve fueron ejecutados allí en la calle delante de la prisión. La petición de la Comuna de que murieran cincuenta personas sería, sin embargo, difícil de llavar a cabo para la prisión y de ahí, la ignominiosa marcha a la calle Haxo para un linchamiento público. Cf *http://www.francegenweb.org/wiki/index.php? title=Prisons_de_la_Roquette*. (Consultado en diciembre de 2018).

un colega una tarea tan peligrosa, llevó a los dos altos personajes a la secretaria, donde juntos elaboraron la lista de traslado. Los tres cómplices discutieron largamente. Finalmente, solo tacharon tres nombres: el del padre Crozes, demasiado popular en el distrito de Roquette y los de dos sacerdotes polacos; y sin más modificaciones copiaron el libro de registro.

Un guarda subió de inmediato para advertir a los prisioneros que estuvieran listos para partir. "¿Dónde?", preguntaron. No dio respuesta. Hacia las seis fueron llevados por separado a la secretaria para levantar el encarcelamiento. El secretario llevó a cabo las formalidades legales: "¿Tienen algún reclamo que hacer?". Poco familiarizados con el reglamento de prisiones, los rehenes prestaron poca atención. Sin embargo, refrendaron su sentencia de muerte con su respuesta negativa debidamente registrada. De hecho, comentó uno de los supervivientes: "La prisión de Mazas es una prisión preventiva. Se sale de ella mediante una sentencia de puesta en libertad o de condena. En este último caso, la persona condenada puede apelar o firmar un recurso de indulto. Si no hace una reclamación, es porque acepta su juicio. Yo no sabía que se había dictado una sentencia de muerte contra mí". En cualquier caso, no había un tribunal de apelación y mucho menos de indulto de gracia. Los juicios de la Comuna eran definitivos. El empleado Cantrel escribió al lado de cada nombre: "Transferido a La Roquette por orden del Comité de Seguridad Pública".

Para precisar el traslado, se entregó a algunos rehenes unos trozos de cartón con esta simple palabra expresiva: "Condenado". Sin duda, sorprendidos por estas condenas masivas, la provisión de tarjetas se agotó rápidamente. Por otra parte, ¿qué más había necesidad de especificar? El propio nombre de La Roquette evocaba un final trágico: era la prisión de los condenados a muerte.

Los rehenes apenas tuvieron tiempo de manifestar su alegría de volver a verse después de cinco semanas de separación. Los carros de

carga que Da Costa había ido a requisar a la cercana estación de Lyon los estaban esperando. Solo había encontrado dos, del tipo llamado tapizados, recubiertos solo con una tela y abiertos en ambos extremos, de manera que se pudiera ver fácilmente a los que se transportaba. Ni siquiera se había molestado en proveerlos de bancos.

Mientras que Mons. Darboy subía el primero con ayuda de una silla, el P. Tuffier pudo acercarse a su secretario, el padre Petit: "¿Por qué nos trasladan a La Roquette?", le preguntó, buscando instintivamente razones para tener esperanza. "Para tenernos a mano y hacer con nosotros más fácilmente lo que sea cuando les plazca. "¡Ah!", respondió simplemente.

Y su naturaleza expansiva viendo al P. Tauvel, el más joven de los detenidos de Picpus, toma la iniciativa y lo abraza efusivamente. "Ahora que tengo el consuelo de verle con buena salud, moriré feliz".

Acabado el cargamento, hubo que esperar a que los guardias repusieran fuerzas en la cantina porque, aunque escoltados por unos cincuenta federales armados, los carros únicamente tenían que asegurar la llegada a salvo a su destino. Después del bulevar de Mazas, había que atravesar el Faubourg Saint Antoine, tradicionalmente el centro neurálgico de cualquier revolución. El carro del Arzobispo, rápidamente reconocido, fue intensamente abucheado: "¡Muerte a los meapilas! ¡Que los corten en trozos! ¡No hay necesidad de ir tan lejos! ¡Abajo! Que se ocupen de ellos de inmediato".

Para impedir que la multitud linchara a los prisioneros, la escolta tuvo que emplearse a fondo. Da Costa debió bajar de su asiento que ocupaba junto al cochero y tomar lo más sutilmente que pudo el caballo por la brida, para abrirse paso entre la multitud enloquecida. El segundo carro, en el que se encontraban los Padres de Picpus, que parecía contener solo caza menor, pasó desapercibido.

El cortejo evitó la Plaza Voltaire, considerada demasiado peligrosa y tomó arterias menos populosas, la calle de Charonne, la calle des Boulets. A un tercio de su curso, la calle de la Roquette se ensancha de repente para formar una plaza cuadrada donde estaban las famosas prisiones Pequeña y Grande Roquette.

Un primer patio daba acceso a una especie de vestíbulo donde estaba el registro, la sala de visitas y la caseta de vigilancia. Más allá, había un segundo patio más grande enmarcado al fondo por la capilla, al oeste y al este por dos edificios compuestos por una planta baja reservada para talleres y salas comunes y tres pisos de celdas. Cada piso formaba una sección independiente cerrada en cada extremo por una reja de hierro. A continuación, un tercer patio, al que daban la enfermería y las celdas de los prisioneros condenados a muerte. Un doble cinturón de muros, de 10 metros de altura, cerraba todo y delimitaba un doble camino de ronda.

Cuando finalmente se abrieron las puertas de la Grande Roquette, Da Costa y sus secuaces respiraron: su cargamento había llegado a buen puerto. Amontonaron a los rehenes en una sala de espera, los llamaron para ver si no faltaba nadie y fueron a comer al despacho del Director. Se quedaron allí mucho tiempo. Tenían un problema grave: "A esta hora tardía, ¿dónde acomodar a los recién llegados?". No había nada previsto para recibirlos. Encontraron una solución radical. Los presos comunes que aún estaban allí fueron evacuados de una sección para albergar en ella a los "curas". De este modo, la vigilancia sería más sencilla y también se facilitaría la ejecución de los proyectos de la Comuna. ¡Siempre la misma mezcla de premeditación e improvisación que caracteriza este régimen!

Sin embargo, François, el nuevo Director, ardía en deseos de ver de cerca a este alto clero, estas sotanas, estos jesuitas en particular, a quienes nunca había visto más que de lejos en su pequeña tienda de empaquetador. Porque ese era, parece, el más claro de sus títulos para

ocupar estas altas funciones: habiendo aprendido a construir cajas de madera blanca para embalar, (era empaquetador), ¿no debía ser experto igualmente en el arte de "encerrar" a los enemigos de la Comuna? Nada predisponía a este modesto artesano a ocupar este delicado puesto de director... Pequeño y flaco, ciertamente no tenía nada de provocador. Así que trató de remediar su poca prestancia natural con un atuendo llamativo que infaliblemente causaba una sonrisa: pantalones rojos, banda roja tan amplia que algunos detenidos han visto en ella un chaleco y otros una corbata roja, un gorro decorado con cuatro galones plateados, sable colgando, pistola. Naturalmente profesaba convicciones no menos rojas que sus fantasiosas vestimentas. Siempre borracho tenía la elocuencia del insulto: "Hace 1900 años que estos meapilas nos fastidian. Esto tiene que terminar. Ninguno de ellos saldrá vivo de aquí", dirá a un rehén laico, el Sr. Chevriau, administrador del liceo de Vanves. Sentenciado a cuatro meses de prisión en 1857 en una oscura reunión pública, había reincidido en 1870. Pero aún más que por sus convicciones revolucionarias, se sabía en los altos puestos que se podía contar con su obediencia ciega. Ranvier, una de las cabezas más sólidas de la Comuna, había calculado bien al nombrarlo.

Poco familiarizado con el reglamento de la casa, François inmediatamente se buscó un segundo en el que pudiera tener total confianza. Lo encontró en Ramain, quien de supervisor de tercera clase fue ascendido a brigadier-jefe. Este salto de cinco peldaños en la jerarquía encendió su celo. Siempre con calzado ligero, estaba presente en todas partes, tan huidizo y desapercibido como su jefe encumbrado y visible, supo a su manera poner un yugo de hierro sobre los demás guardias que permanecieron en sus puestos. Indudablemente, estos constituían la élite del cuerpo penitenciario y en esta ocasión demostraron que no confundían a los recién llegados con sus clientes habituales.

¿Es esto desprecio de las formas? ¿Es cálculo? Demasiado seguro del destino reservado a los rehenes que le confiaban, ¿prefería François que no dejaran el menor rastro posible de su paso? El hecho es que ninguno de los prisioneros pasó por el registro y que ninguna de las formalidades garantizadas por la ley se cumplió. Se contentó con leer, deformando los nombres, con una lentitud pretendidamente solemne, la lista que le tendían. No pudo resistir el placer que se había prometido a sí mismo de hacerles desfilar ante él; luego en tono suave, se disculpó por recibirlos tan mal. A petición de algunos de ellos de que les mostrara los lugares excusados, hizo traer un balde que colocó sin miramiento en el centro de la habitación: "eso es todo lo que podemos hacer por el momento". Incluso después, en la cuarta sección, los rehenes nunca obtuvieron nada mejor. Una vez más, encontramos esta estrecha vigilancia, que conduce a vejaciones odiosas, ¡acompañadas de excusas y desagradables razones!

La larga espera no terminó hasta las diez de la noche. Entonces los hicieron ponerse en fila uno detrás de otro. Un guardia con una antorcha humeante tomó la delantera, otro cerró la marcha y fueron en procesión hacia la cuarta sección, en el primer piso del edificio oeste. Las celdas estaban abiertas. A medida que se pasaba delante de una puerta, se empujaba allí al azar a un rehén, una vuelta de llave dejaba encerrado al desafortunado y se pasaba a la siguiente. No había luz. A tientas había que encontrar la cama, la manta a veces, pero no siempre la sábana.

Al amanecer, habían dado rápidamente la vuelta a su estrecha morada (2m.50x1m.50) y hecho el inventario de los muebles: una cama de hierro sin mesa ni silla ni el más mínimo utensilio, ni siquiera la tradicional jarra de agua. Por el contrario, pulgas y chinches en abundancia, así como múltiples pruebas de una ocupación reciente y una salida precipitada.

Si la limpieza era dudosa y daba la impresión de una casa mal cuidada, el aislamiento en cambio se suavizaba considerablemente. Cada ventana iluminaba dos celdas; una amplia abertura a lo largo de la pared hacía posible, si no ver al vecino, al menos hablarle e incluso deslizarle pequeños objetos. Mayor sorpresa fue que a las ocho, después del caldo muy claro servido en un cuenco desportillado acompañado de un muñón de cuchara, las puertas de las celdas se abrieran para una recreación común. Los detenidos no daban crédito a sus ojos.

Entonces vino la relajación, como se puede imaginar después de cinco semanas de encarcelamiento e incomunicación. Prelados, sacerdotes de parroquias "chic" y parroquias populares, vicarios, seminaristas, jesuitas, sacerdotes de misiones extranjeras, hermanos de san Vicente de Paúl,[24] padres de Picpus se fusionaron como si siempre hubieran vivido juntos. Los sacerdotes y religiosos a su vez fueron a saludar a su arzobispo y a escuchar sus noticias. Al P. Radigue, que le presentaba a su comunidad y le aseguraba lo honrada que se sentía de compartir sus pruebas: "Para mí, les respondió: No les digo que estoy feliz de verles en estos tristes lugares, pero me consuelan los sentimientos que me han expresado". El prelado, aunque sufriendo, no había perdido nada de su valor y su amenidad. Tenía una palabra amable para cada uno. Decía al P. Carchon, mostrándole su incipiente barba: "¿Qué quieres?, la Comuna no tiene suficiente confianza en mí para dejarme una navaja de afeitar y yo no tengo la suficiente en ella para confiarle mi cabeza". La alegría era expansiva, el tono tan alto que uno de los guardias vino a prevenirles en voz baja: "¡Tengan cuidado! Su actitud ha causado una mala impresión al jefe".

[24] P. Matthias Henri Planchat, rsvp (nacido en 1823), cuya causa ha sido presentada por primera vez (1897) como el servidor principal de Dios con los cuatro SSCC. Él fue el primer miembro del presbiterio de los Religiosos de San Vicente de Paúl.

Porque François, que de buena fuente los sabía destinados a una muerte inminente, no entendía nada de esta alegría. Sospechaba una oscura maquinación allí y se enfurecía por no poder oponer a ello más que reuniones improvisadas y desfiles.

Pero a menudo la conversación tomaba también un curso más serio. En un encuentro en el camino de ronda con el padre Guéibels, vicario de la parroquia de St-Eloi de la que el convento de Picpus formaba parte entonces, el P. Radigue le preguntó qué impresión había producido su arresto en el barrio. El párroco respondió sin ambages: "Todo el mundo ha pensado que la religión estaba identificada con la persona de aquellos que se habían consagrado a Dios". "Así es", dijo el padre. "Por mi parte, me habría sentido humillado si nuestra Congregación no hubiera tenido nada que sufrir en la crisis que estamos atravesando. Dejándonos de lado, los comuneros nos habrían hecho un insulto más sensible que todos los malos tratos con los que nos han abrumado".

Capítulo XII

LAS PRIMICIAS DE LA SANGRE

Los Padres de los Sagrados Corazones, en número de diez, formaban el grupo más numeroso y homogéneo. El padre Perny, un ex misionero de China, ha dejado este testimonio de ellos: "Desde el principio me parecieron muy resignados a la voluntad de Dios. Desde ese momento me formé el juicio de que la simplicidad y el candor de un cordero parecían ser la característica de estos... excelentes Padres de Picpus, que se hicieron admirar y querer por todos. Juntos hablábamos de las misiones de China y Oceanía".

Ávidos de noticias, provincianos un poco perdidos en medio de estos parisinos, interrogaban ansiosamente al presidente Bonjean, senador del Imperio, encarcelado con ellos. "La crisis que atravesamos", les respondió con gravedad el anciano, "me recuerda los peligros que he corrido en el mar. En medio de la tempestad, el timón se escapa de las manos del piloto. Nos perderíamos si la mano de Dios no sostuviera el barco sobre las aguas. Solo Él es actualmente nuestro recurso. Cuán bueno es abandonarse entre tus manos paternales".

No faltaba tiempo para orar, meditar y reflexionar sobre los acontecimientos. Las noches eran largas en La Roquette. La última o más bien la única comida se tomaba a las tres. Las provisiones, en particular el pan, eran escasas y la dirección conocía el proverbio: dormir alimenta. Finalmente, después de un breve descanso, se encerraba a los prisioneros hasta la mañana siguiente.

Al despedirse de sus hermanos, el P. Radigue les dice alegremente: "Admitan que hay que haber estado en Mazas para aprender a recitar estas palabras de la oración de la tarde: Ayuda a los pobres, a los prisioneros y a los agonizantes".

Y el padre Tuffier añade: "Si Dios nos libera, deberá haber entre nosotros, que hemos tenido la felicidad de sufrir juntos, un afecto muy especial". Acababa de recitar las primeras vísperas de Ntra. Sra. Auxiliadora donde se dice: *Ecce Maria spes nostra.* (*He aquí a María, nuestra esperanza*). Había un destello de esperanza en sus ojos.

Sin embargo, esta segunda noche del martes 23 al miércoles 24 de mayo fue agitada. El tiroteo se estaba acercando. El toque de alarma sonaba. El cielo adquiría un extraño tinte púrpura. La Comuna a la desesperada, había lanzado la insensata orden de incendiar la capital. Petroleros y petroleras se repartieron los monumentos y los barrios. La Legión de Honor, el Consejo de Estado, las Tullerías, la Biblioteca del Louvre, calles enteras ardían más y mejor. París no parecía en la noche más que un vasto incendio.

Con la primera luz del día, incluso antes de que la campana de las 6 sonara, los rehenes pudieron ver nubes de humo invadir el cielo, tan espesas que oscurecían el sol. Parecía un eclipse solar.

"Me he orientado", dice el P. Ducoudray al P. Tauvel. Son las Tullerías las que arden.

Y cuando este último le expresaba su esperanza de celebrar la misa el domingo siguiente, fiesta de Pentecostés ya que no había tenido el consuelo de hacerlo por la Ascensión: "Sí", respondió, en un tono grave, "en Pentecostés subiremos al altar, o estaremos en el cielo".

Predicción que debía realizarse de manera diferente para uno y para otro. Una vez más, cediendo al innato optimismo de su temperamento, el P. Tuffier dice a Darboy: "Un día más, Monseñor. Ahora ya no falta mucho". "No", respondió, "no será largo, sino bueno".

Mientras tanto, el ejército regular avanzaba a través de París. La Comuna se vio obligada a replegarse a los ayuntamientos de los distritos XI y XX. Algunos jefes pensaron que era hora de huir y poner sus preciosas personas en un lugar seguro. El pánico se apoderaba de las tropas de los federados. Hacía falta dar un gran golpe, capaz de distraer la atención de las masas y estimular los ánimos.

Por la mañana, una banda de exaltados había ejecutado a uno de los suyos, el capitán de Beaufort, acusado injustamente de traición. Se volvió amenazadora y exigió a Ferré y Delescluze que habían establecido sus oficinas en el ayuntamiento del distrito XI, Plaza Voltaire, la ejecución del Decreto de rehenes del 4 de abril. Genton, un tallador de madera lanzado a juez de instrucción, y Fortin, su secretario que iba a convertirse en su yerno, aprovecharon la oportunidad de ser protagonistas.

Genton insistió en asegurarse primero la ayuda de François en cuya casa almorzó y de Vérig, encargado de vigilar a los prisioneros. Dejando la mesa, François, espantado por la responsabilidad que sentía pesar sobre sus hombros, pero incapaz de huir de ella, fue al café buscando consuelo. Así es como el hermano sacristán Constantin Lemarchand se enteró poco después. No es raro que ciertos hermanos, debido a sus vidas más humildes, atraigan la atención de las personas y ganen su confianza más fácilmente que los padres. Su vecino de celda era un hombre llamado Greff, agente doble, amigo de François que intentaba salvarlo. Lo había llamado a su despacho.

Pero ante la oposición de ciertos comuneros que exigían su piel, tuvo que devolverlo a su celda muy a su pesar. En su derrumbamiento, Greff buscó el apoyo del hermano Lemarchand: "Todos estamos condenados a muerte, me ha dicho el Director", declaró fuera de sí, arrojándose sobre su cama. Nunca hubiera creído que estos canallas

llegaran tan lejos. François busca salvar al padre Deguerry y al Arzobispo. Si tiene éxito, le quedarán muy obligados".

Alrededor de las seis, Fortin se presentaba en la secretaría llevando una orden firmada: Ferré, escrito con lápiz azul. Especificaba: "Seis de los principales rehenes, especialmente el Arzobispo y el presidente Bonjean".[25] François hizo observar que él no podía llevar a cabo una orden en blanco. Fortin regresó al ayuntamiento para completarlo. Pero el terco enano Ferré mantuvo su contenido y exigió su ejecución inmediata.

Mientras tanto, Genton, asistido por Edmond Mégy, había reclutado al pelotón de ejecución, jóvenes exaltados y viejos divertidos. Solo hay unos quince, porque la cantinera Lachais del distrito 66, ha prohibido a sus hombres que se habían ofrecido como voluntarios, involucrarse en este asunto. Se necesitaban seis nombres. Como no había un libro de registro, sino una simple lista, Genton la toma, el obispo Darboy estaba el primero. Tomó los tres nombres siguientes: el presidente Bonjean, el padre Allard, ex misionero recientemente capellán, los padres jesuitas Ducoudray y Clerc, ambos profesores en la famosa escuela Ste-Geneviève. Se saltó algunos nombres y eligió el octavo, el padre Duguerry párroco de La Madeleine, muy conocido por su vinculación con el tribunal de las Tullerías.

Eran las siete y media de la tarde. De repente, una tropa irrumpió en la cuarta sección. Estaban allí François, Genton, Fortin, Mégy, Vérig, Ramain y unos veinte hombres, que hicieron sonar con ganas sus pasos y las culatas de sus fusiles. Unos atravesaron en tromba el pasillo y fueron a ocupar la segunda escalera; los otros se apostaron

[25] Louis Jean Bonjean, nacido pobre en 1804, llegó a ser presidente de la Corte de Apelación. Con el Arzobispo, habría sido muy apreciado como rehén si el intercambio de rehenes propuesto hubiera sido auténtico.
Cf. *https://it.wikipedia.org/wiki/Louis_Bernard_Bonjean* (Consultado el 26/12/18).

frente a las celdas, mirando burlonamente por la ventanilla, lanzando bromas inadecuadas.

Ramain blande la lista que le ha dado François. Abre una puerta: "¿Eres tú el ciudadano Darbois?". "No", respondió el hombre. Abre la puerta de al lado y repite la pregunta. "Presente", responde el Arzobispo sin levantar la voz.

Ramain le ordenó salir e ir a esperarle delante de la pequeña escalera. Después de varios intentos, para evitarse la molestia de buscar y ahorrar tiempo, lanza al aire: "Bonjean". Nadie responde "Bonjean", repite con impaciencia: "Espere un momento, que me visto". "Estás bien como estás. ¡Sal fuera!".

La llamada continúa: "Allard, Ducoudray, Clerc, Deguerry". Los seis están ahí. La tropa desaparece por las escaleras. Un silencio angustioso planea ahora en la cuarta sección. "El 93 comienza de nuevo", piensa más de un rehén. Cada uno reza en su pequeña celda, preparándose para la próxima llamada. De los Padres de Picpus, solo uno tiene vistas al camino de ronda. El P. Tardieu ocupa el N. 20, del mismo lado que Mons. Darboy, que pasó la primera noche en el N.1 y luego en el N. 23, de ahí sin duda el error. Los otros están en el patio interior: el P. Radigue en el N. 27; el P. Tuffier en el N. 29; el P. Rouchouze en el N. 35...

Pasa mucho tiempo. Alrededor de las ocho, una primera salva resuena sordamente, seguida de una segunda y algunos tiros aislados. Lejos de cualquier mirada indiscreta, en el segundo camino de ronda, en el ángulo de la calle de la Folie-Regnault y la calle de la Vaquerie, el crimen se ha consumado.

Juntos, oficiales y soldados, juez de instrucción y director de prisión, van a celebrar al café con una alegría forzada, su primera venganza mientras sus compañeros alaban sus proezas: "Se ha hecho justicia. Hemos ganado nuestros cincuenta francos. He sido yo el que

le ha dado el golpe de gracia. Este estaba blindado, no quería morir. Se levantó por tres veces y yo ya estaba empezando a tener miedo. Quería darme su bendición. Pero he sido yo quien le ha dado la bendición".

François su falsa compañía. Primero quiere librarse de responsabilidad. Escribe apresuradamente en los registros de entrada y salida los nombres de los rehenes y pone cínicamente al lado de los nombres de los seis ejecutados: "Salido para ser remitido al juez de instrucción".

Luego, acompañado de Ramain, su mano derecha, del temeroso Garraud, del contable de Rohé, del camarero tuerto y algunos otros, sube a hacer el inventario de las celdas. Son las once pasadas. François se equivoca de celda y entra en la 24. El prisionero, el padre Bécourt, párroco de Bonne-Nouvelle, escucha la reflexión de Ramain: "Irá en la próxima hornada".

Los rehenes creen que hay un nuevo lote de víctimas. Al acecho, escuchan a los cómplices hablar, discutir o mostrar su resentimiento. El botín les parece escaso. Hacen un paquete de ropa, de libros, de papeles: "Quemadme toda esa basura", ordena François.

Juntos vuelven al camino de ronda, dan la vuelta a los cuerpos aún calientes, pasan sus codiciosas manos por las heridas sangrantes, vacían los bolsillos. Para ir más rápido, arrancan los botones, desgarran la tela. Uno de ellos, al arrancar las hebillas de plata de los zapatos del Arzobispo se lastima un dedo. "El c...", grita, "incluso muerto, encuentra la manera de hacerme daño".

Mientras se desarrollaba esta horrible tragedia, ¿cuáles eran los sentimientos de sus compañeros de cautividad? El P. Tauvel nos ha dejado la conmovedora confidencia que le hizo el P. Radigue a la mañana siguiente: "Cuando he oído la llamada anoche, estaba en la ventana; me había quitado la sotana y quedado solo con la dulleta para respirar más fácilmente debido a mi enfermedad cardíaca. En el

momento me he vuelto a poner la sotana, queriendo ofrecer el sacrificio de mi vida con la ropa que llevo puesta en el altar".

Añadió: "Durante la noche he experimentado una terrible agonía". Por supuesto, no faltan las causas naturales que explican esta prueba moral. Pero, ¿no está permitido ver, además, esta purificación mística por la cual Cristo quería hacer participar más completamente a este hijo de los SSCC en su agonía de Getsemaní? De hecho, una de las características de la espiritualidad picpuciana es honrar el dolor interior del Corazón de Jesús en su Pasión por la adoración perpetua del Santo Sacramento, tanto de día como de noche. Lo que sabemos de la vida interior del P. Radigue y de su atracción por la adoración autoriza esta interpretación. Pero como el día mismo de su ejecución el padre tendría que recorrer una larga carrera a pie, por una delicadeza divina su agonía se adelantó una noche.

"Y ahora, concluye el P. Radigue, voy a despedirme. Lo que no ha tenido lugar ayer probablemente sucederá hoy". Solo se equivocó en un día.

Capítulo XIII

HACEN FALTA QUINCE

Esa noche había todavía 529 detenidos en La Roquette, de los cuales solo 167 habían sido encarcelados allí por crímenes y delitos de derecho común. Los otros 362 y en primer lugar los rehenes supervivientes (33 eclesiásticos y 22 laicos), sabían que su destino se resolvería en las próximas horas.

Al terminar el día habían visto arrancar brutalmente de sus celdas a seis de sus compañeros. Habían oído el fuego del pelotón disparado como en sordina en el camino de ronda. A través de sus paredes habían adivinado la búsqueda llevada a cabo en las celdas y las disputas resultantes de ello. Cuán lejos se estaba del glorioso martirio tal como lo cuentan las lecturas del Breviario o lo han popularizado las imágenes de vidrieras, de todo el despliegue del poder judicial: tribunal, interrogatorio, profesión de fe. Bajo la amenaza de las pistolas dirigidas no a las víctimas sino, y es el colmo, a los verdugos, serían abatidos a tiros en la oscuridad de la noche en un sórdido callejón sin salida, como a escondidas.

El joven seminarista Paul Seigneret, (no tenía 24 años), en su larga reclusión de Mazas se había preparado valientemente para el martirio que deseaba y consideraba como un insigne favor de Dios. Pero no ocultaba su horror a recibir un disparo en la nuca como una bestia dañina o incluso a ser linchado por una multitud ebria. De hecho, era de la misma raza que sus mayores y en él, como en el P. Radigue, el heroísmo iba de la mano de una temerosa sensibilidad.

En su lenguaje directo, el P. Planchat, precursor del apostolado popular, decía sin rodeos: "Somos positivamente rehenes, por lo tanto, buenos para que nos fusilen de un momento a otro".

De manera espontánea, los rehenes hicieron este jueves 25 de mayo un día de retiro y de preparación para la muerte. Se confesaron y se exhortaron mutuamente al sacrificio supremo. Se ha visto antes la confidencia del P. Radigue al P. Tauvel. El hermano Lemarchand nos cuenta que Paul Seigneret, al verlo desanimado, lo arrastró a su celda, donde juntos rezaron el rosario. Mientras él regresaba a su celda serenado, su joven compañero escribía con letra rápida en su cuaderno esta conmovedora carta a sus padres: "Os dejo por una vida mejor... Moriré repitiendo el *Te Deum*. Pronto estaremos juntos para amarnos por siempre".

El P. Planchat recorría solo el pasillo, esperando potenciales clientes. Tuvo el consuelo de traer de vuelta a Dios al agente secreto Largillère que, nuevo Buen Ladrón, iba a compartir su pasión al día siguiente.

Fue un día de descanso para los rehenes. Sin embargo, había empezado mal. A la hora de la sopa de la mañana, el cocinero tuerto apareció acompañado de Roché, el secretario de la prisión de enfrente de jóvenes reclusos, como él bastante borracho por las libaciones que habían seguido a la matanza. Mientras el cocinero lucía con ostentación el anillo pastoral de Mons. Darboy y llenaba los cuencos con gestos que él quería ampulosos, su acólito se pavoneaba con la cruz pastoral que había decorado con varias medallas.

No querríamos abrumar a los hombres de la Comuna. Por el contrario, nos gustaría encontrar en ellos adversarios de talla. Entre los actores de este drama, lo que más sorprende es la ausencia de cualidades humanas. De ahí, sin duda, su colapso rápido y total. De ahí también sus crímenes. Lejos de ser la expresión del sencillo pueblo parisino, artesano anónimo pero cualificado, ciudadano rebelde pero idealista, los jefes de la Comuna fueron con demasiada frecuencia fracasados, más inclinados a convertirse en pilares de los bares que constructores de un mundo nuevo, justo y fraterno. Incluso sería

tentador culpar a la mala calidad del vino: ya no era el estimulante del combatiente; se estaban hundiendo en la estupidez, como lo demuestra este incidente heroico-cómico.

El director François había guardado con mil precauciones en sus almacenes una caja de bombas Orsini, tan delicadas como peligrosas, que pretendía usar con prudencia y en el último extremo. El 206 batallón que custodiaba la Roquette era dirigido por el capitán Vérig. Era el clásico tipo descarriado que había tenido que romper con su familia manifiestamente católica para seguir a su amiga, una militante comunera. Pero en los círculos de la Comuna no tenía más autoridad que la de un perfecto borracho. Exigió que se abriera la caja ante él, distribuyó las bombas a sus hombres, se metió él mismo varias de ellas en los bolsillos de su guerrera y se dirigió tambaleándose hacia la cocina. Lo inevitable sucedió. Una bomba cayó, explotó, hiriendo en la pierna a un cocinero. François dio prueba, esta vez, de una justa firmeza. Encerró a Vérig en una celda donde el ejército regular debía fusilarle. Este episodio mostró con un día de anticipación, el ambiente y la atmósfera de la Roquette.

El viernes 26 se anunció mal, el tiempo estaba oscuro y lluvioso. Y como un pájaro de mal agüero, reapareció el comisionado Clavier de Bel-Air-Picpus. Todavía no eran las siete cuando se presentó en el registro. Esta vez vestía el uniforme de oficial federado con más seguridad que en la Conciergerie y manifiestamente había adquirido importancia. Iba acompañado de dos secretarias y de un conato de estado mayor, compuesto por un capitán y un teniente del 275 batallón.

Exigió a François, apuntándole con su pistola debajo de la nariz, que le entregara uno de los rehenes, el famoso banquero Jecker, que ocupaba el N. 29 de la cuarta sección. Era acusado de haber financiado la expedición de México, vendido cañones al enemigo, dilapidado los fondos públicos. Parece claro que las intenciones de la banda eran menos puras. Le presionaron con preguntas sobre el origen, la

cantidad de su fortuna, el lugar donde escondía sus ahorros. El banquero protestó: todo eso era una leyenda, él se había arruinado allí. Por despecho, le dispararon por la espalda en una calle desierta, la calle de China.

Varios otros detenidos, civiles o militares, fueron abatidos por bandas rivales. El P. Tauvel escuchó claramente una llamada: "¡Socorro, Socorro!" seguida de una detonación. Los ajustes de cuentas comenzaban. Los responsables estaban desbordados. Era el preludio del desenlace, el momento también en el que los personajes oscuros, ambiciosos o fuera de control, excitados sobremanera, intentaban jugar un papel de primer orden.

A veces se ha alegado una orden de Delecluze, miembro del distrito XI de la Comuna, delegado de la guerra, ordenando la matanza de los rehenes. Es un hecho bien conocido que la ejecución del famoso decreto de rehenes del 4 de abril había sido solicitada varias veces por extremistas y que el asesinato del arzobispo Darboy y sus compañeros sentaba un precedente en el que era fácil apoyarse.

Parece claro que haya sido la ejecución de Jecker por Clavier y su banda lo que haya precipitado los acontecimientos. El coronel de estado mayor Gois, conocido como reja de alcantarilla, había sido nombrado recientemente para presidir el Tribunal Militar. Su primera tarea fue reclutar un pelotón de ejecución. Sus hombres, tipos duros conocidos por su violencia, llevaban una banda roja en el gorro. Estaba ansioso por destacarse y utilizar su pelotón de asesinos. Para reforzar su escolta, considerada insuficiente, solicitó apresuradamente a algunos "Niños Perdidos" del general Eudes que se distinguían por su uniforme verde y su sombrero flexible, llamado garibaldino, y algunos otros exaltados.

Se juntó con Clavier y los dos se presentaron en La Roquette alrededor de las tres, seguidos de unos sesenta hombres.

"Cincuenta rehenes y de inmediato", dijo Clavier sin preámbulo. Al verlo reaparecer con unas pocas horas de diferencia con una escolta de locos, François podía esperar la petición. Pero ante la magnitud de la demanda se quedó aterrado: "¿Tiene órdenes?". "Las órdenes, están aquí", cortó Gois, sacando su pistola. "Necesitamos sacerdotes, gendarmes... y espías". "Sí", dijo, mirando fijamente al director, "hay aquí algunos pequeños caballeros en los que estoy particularmente interesado".

Ante estas palabras, François palideció. Se sintió atacado personalmente, porque entre estos "espías" estaba uno de sus amigos más queridos, Greff, a quien había intentado sin éxito evadir en los días anteriores. No lograba encontrar sus listas. Ciertamente su emoción no era fingida. Pero sin duda el cálculo no estaba ausente. Debía pensar que el nombre de su amigo, encerrado en la cuarta sección, aparecía después del de los "curas". Entonces presentó la lista de los gendarmes deliberadamente. "¿Cuántos?", preguntó Gois. "Treinta y seis", respondió François.

Gois tomó maquinalmente la lista. Su mente estaba en otra parte. Él pensaba que su tropa era muy débil. Consultó con la mirada a sus ayudantes: "Está bien", dijo, "veamos ahora la lista de curas".

Gois la recorrió despacio, calculando mentalmente: treinta y seis gendarmes, cuatro espías, con diez curas, con eso sale la cuenta. "Escribe", dice a uno de sus secretarios. Empezó por dictar manifiestamente los primeros de la lista; después eligió, parece, al azar.

¿Por qué sobre los 26 eclesiásticos detenidos en la 4ª sección, designó en primer lugar a los Padres de Picpus? Debido a su residencia en un barrio periférico, donde su discreto ministerio se practicaba casi solo en comunidades religiosas, ciertamente eran los rehenes menos conocidos y si la Comuna quería represalias, eran los menos representativos: sus nombres no habían franqueado las paredes de su

convento. ¿Por qué de los diez picpucienses encarcelados en La Roquette, eligió a los 4 consejeros del superior general? Su calidad no figuraba en los registros. Como Vuillaume, ¿hay que atribuir la designación de "los de Picpus" a Clavier, el comisario de Bel-Air-Picpus? Era él quien había registrado Picpus, realizado un interrogatorio corto y efectuado su arresto. Había venido, se recuerda, a burlarse de ellos en la Conciergerie y ahora tomaba la dirección de las operaciones. Gois, por otra parte, no sabía nada de los picpucianos. Todo sugiere que Clavier le haya soplado los cuatro nombres.

Las dos listas estaban hechas: François llamó a su hombre de confianza, el brigadier-jefe Ramain. "Manda a buscar a los gendarmes". Y entregándole la lista de sacerdotes y policías: "pero para esos, ve tú mismo". Ramain transmitió la orden relativa a los gendarmes al sub-brigadier Picon y rápidamente subió a la división. "Todos aquí, señores", llamó a voces.

Falta poco para las 4. La recreación se ha prolongado. Hay pequeños grupos en el pasillo, pero varios han ido a sus celdas. Regresan a la llamada. Ramain despliega su papel, permanece en suspenso. François le ha dado la lista de otra sección. Se encoge de hombros y baja. Vuelve poco después, se sitúa en el medio del pasillo, frente a la sala de baño, no podemos darle otro nombre, porque no había inodoros, en un reducto del tamaño de dos celdas que ilumina una ventana.

"Prestad atención. Contestad a la llamada de vuestros nombres. ¡Me hacen falta quince! Esta vez tiene una lista escrita con tinta roja. Nervioso, tira el cigarro que mastica y lanza el primer nombre. "Sr. Tuffier". El interpelado, que se encontraba al final del corredor acude: "¿Qué pasa? ¿Qué hay? según su costumbre de repetir siempre las palabras. "Ponte allí", dice Ramain, mostrándole la ventana. "Sr. Radigue". Rojo de emoción, el prior se alinea en silencio al lado de su

ecónomo. "Sr. Tardieu". "Sr. Rouchonze". "Rouchouze", responde el interpelado. "No estropee mi nombre".

Se comprende la emoción de los otros cinco padres de Picpus y del hermano de coro Constantien, escuchando nombrar a los cuatro dignatarios de la Congregación. El más joven, el P. Tauvel, nos ha dejado esta confidencia: "Yo los envidiaba por haber sido juzgados dignos de sufrir por Cristo y estuve tentado de gritar al P. Prior como el diácono san Lorenzo (al papa san Sixto cuando lo llevaban al suplicio): Padre, ¿a dónde vas sin tu hijo?".

Pero Ramain continuó el llamamiento, balbuceando y tropezando en los nombres: "Sres. Olivaint, Bengy, Caubert, Sabattier, Planchart, Seigneret". "Era como la proclamación de los elegidos", dijo un testigo, "tan felices y orgullosos estaban de escuchar pronunciar sus nombres". "Ni quejas ni reclamaciones", dice otro, "sin abrazos ni bendiciones, sino la simplicidad, la calma, el silencio imprimieron a esta escena el carácter más augusto y solemne".

Terminada la llamada con los tres de la policía secreta, Ramain los cuenta, los recuenta. Ha anunciado 15. Solo encuentra 13. Revisa su lista. Ha cometido un error. Contiene solo 14 nombres y uno de ellos, Greff, está ausente; él sabe por qué: el director busca salvarlo. Hace ponerse a los rehenes en dos filas.

"Ahora seguidme".

El P. Tuffier muestra sus zapatillas y pregunta si puede ir a ponerse los zapatos. El P. Radigue y otros querrían coger el sombrero. "¿Para qué?", Ramain replica: "No lo necesitan". Y falsamente amable: "No tengan miedo. Es para bajar al registro". "Pero sí, tenemos miedo", dice uno de los restantes, el párroco de Marsy. Nos pagan para eso. Otro agrega: "Si se baja a vuestro registro, no se vuelve a subir".

Manteniendo toda su presencia de espíritu, el P. Tuffier desliza su cartera, que contiene toda la fortuna de la comunidad, a uno de los hermanos que quedan.[26] Este último no tuvo nada más urgente que hacer que llevarlo al registro y exigir un recibo. Pequeño detalle tal vez ¿pero no denuncia una diferencia de clase? Uno teme con razón por su vida, el otro no duda en correr el riesgo de tratar de salvar, a través de tres prisiones, todos los activos de la comunidad. ¡Realmente el Señor ha elegido a los mejores! "Los seguimos con nuestros ojos, tanto como nos fue posible. Prestamos oído, creyendo a cada instante que íbamos a escuchar la fatal detonación".

En el patio ya se habían reunido alrededor de cien hombres. El subbrigadier Picon había entendido mal las órdenes de Ramain y con los 36 gendarmes, había hecho bajar 40 guardianes de la paz, 16 artilleros, todos los militares de la segunda sección. Incluso les había asegurado que iban a ponerlos en libertad. Habían bajado apresuradamente a excepción de unos pocos, entre ellos un gendarme que se olía una trampa. Gois se impacientaba con el retraso y se indignaba contra los guardias. Pero a la vista de la masa de hombres reunidos en el patio, tuvo miedo. Calculó que su escolta apenas alcanzaría a la mitad de los prisioneros y que los gendarmes y las fuerzas de paz eran una tropa de élite. Se encolerizó contra Ramain, quien se apresuró a hacer subir de nuevo a las fuerzas de paz y a los artilleros. Hizo pasar a los gendarmes al registro donde se unieron a los 10 sacerdotes y a los 4 agentes de la policía secreta. Solo había 35 gendarmes, pero tuvo cuidado de no decirlo. La cuenta estaba bien.

"¡Mis zapatos! ¡Mi sombrero!". Esas son las últimas palabras que se han conservado de ellos. Ciertamente, no es inconsciencia del destino que les está reservado, menos todavía una falsa esperanza de liberación, sino la preocupación de morir con dignidad, en atuendo clerical. No olvidemos que estamos al final del Imperio. Se requiere

[26] P. Laurent Besqueut sscc.

sombrero eclesiástico para cualquier salida y ceremonia. Y salen a una de las colinas que dominan París para celebrar su última misa, una misa sangrienta, en la que esta vez serán *offererens et oblatio*, sacerdote y víctima, a imagen de Cristo inmolado a las puertas de la ciudad sobre la montaña del Calvario. "¿Mis zapatos? ¿Mi sombrero?". Palabras simples, si las hay, pero que expresaban toda una vida de fidelidad que prepara para el sacrificio supremo.

Capítulo XIV

LA SUBIDA AL CALVARIO

Los rehenes salieron de La Roquette de dos en dos, primero los gendarmes, después los sacerdotes y los de la policía secreta los últimos. Los "Niños Perdidos"[27] y los federales, que estaban estacionados bajo los árboles de la calle, los encuadraron de inmediato. Tuvieron que hacer todo lo posible para protegerlos de la multitud que, amotinada a propósito y molesta por la larga espera, los saludó con una lluvia de insultos, los bombardeó con proyectiles variados y trató de romper las barreras.

Gois vigilaba la marcha, dificultada por la multitud. Al ver a un anciano sacerdote que arrastraba la pierna, le gritó dándole un empujón "pero avanza, miserable".

El padre Tuffier que estaba en zapatillas, apenas podía seguir el paso de los gendarmes. ¿Fue en ese momento cuando Paul Seigneret le dio el brazo? Este es el cuadro que han conservado los testigos, un venerable sacerdote sostenido por un joven clérigo caminando juntos a la muerte.

Mal que bien el cortejo arrancó y tomó la calle de la Roquette en dirección al cementerio de Père Lachaise. Luego girando a la izquierda, tomó el bulevar exterior de Ménilmontant.

[27] Los Niños Perdidos. Fenómeno de guerra a través de los siglos, los muffins han seguido el avance del ejército, siendo a la vez serviciales e interesados. En el momento de la Comuna, este tipo de ayuda fue utilizada principalmente por Émile François Eudes (1843-1888), primero involucrado intelectualmente en la revolución, después elegido miembro blanquista del Comité Central de la Comuna y finalmente convertido en militar, resultó jugar un papel feroz.

Un hombre a caballo lo precedía a unos cincuenta metros y agitaba al populacho. En el número 90, los trabajadores de la gran fábrica de agua de Seltzer, atraídos por los gritos, se habían asomado a las ventanas. El jinete los arengaba: "Estos son los prisioneros que tomamos esta mañana. La hora de la justicia ha sonado para ellos. Vamos a fusilarlos. La gente de Belleville y Ménilmontant ha merecido este premio por su dedicación a la causa de la Comuna".

Se formó una multitud. El jinete esperaba algo mejor. El bulevar le pareció demasiado vasto. Hizo que el cortejo se volviera hacia la calzada de Ménilmontant, más estrecha y populosa, en la que la manifestación, pensó, tomaría mayor amplitud.

Una barricada prohibía el acceso. Estaba custodiada por un batallón del 74º bajo las órdenes del capitán Dalivous. La gente permanecía en silencio. En medio de la multitud, los gendarmes, al paso y en hileras, daban una impresión de fuerza. ¿Gois tuvo miedo? Pide al comandante que le eche una mano. El capitán Dalivous trae su sección. Con sus hombres interrogando con insistencia a los gendarmes, Gois tuvo que intervenir e incluso golpeó a uno de ellos con su sable.

El jinete tenía razón. La multitud iba en aumento a medida que se avanzaba. Sin embargo, no insultaba. Los sacerdotes rezaban y alentaban a sus compañeros.

En el cruce de Puebla, más barricadas, nueva parada. Los federales llegaron corriendo. Habían sido desalojados de sus puestos esa misma mañana por el ejército regular. Respiraban venganza y hablaban de ejecutar sobre la marcha a los prisioneros. De todas partes se escuchaban gritos de "¡Abajo el solideo!" ¡Muerte a los curas! ¡Muerte a los soplones! ¡Muerte a los polis!".

Las mujeres eran las más animadas: "Si yo los tuviera, dijo una de estas furias, pasarían todos hasta el último". El jinete tuvo entonces que calmar a la multitud. Fue acosado. "Sin debilidad,

terminemos cuanto antes", le gritó alguien. Aunque ahora tiene 500 de refuerzo, la escolta corría el riesgo de verse desbordada. Así que se apresuraron a conducir el cortejo a la calle de Puebla y a la calle des Rigolles.

El ayuntamiento entonces estaba en el ángulo formado por la calle des Rigolles y la calle de París, frente a la iglesia de san Juan Bautista. Era el feudo de Ranvier que en ese momento se había convertido, si no en el jefe, al menos en el alma de la Comuna. Hacía poco que se había retirado allí con su estado mayor y un buen número de los incendiarios de las Tullerías y del Ayuntamiento. El cortejo penetró en el patio por una puerta de servicio. Alertado por las vociferaciones, apareció Ranvier. Tuvo una breve entrevista con Gois. Luego dijo: "Fusiladlos a todos, pero no quiero que sea en el ayuntamiento".

Se iba a privar a la multitud una vez más del espectáculo que se le había prometido y que habían merecido. Surgió un clamor de protestas. Escuchando la voz del pueblo, el Consejo anunció que iba a deliberar. Para calmar la efervescencia y ganar tiempo, se sirvieron bebidas generosamente sacándolas de una bodega cercana.

Después de un cuarto de hora, se dio a conocer el veredicto: "Los rehenes serían fusilados en las murallas". La orden estaba firmada por Ranvier. Se dejó a los condenados otro cuarto de hora para redactar sus testamentos.

Parece que esta cláusula fue solo una maniobra destinada a dar una apariencia de humanidad y legalidad a esta sentencia monstruosa e ilegal, porque no se encontraron rastros de estos testamentos.

El cortejo salió esta vez por la puerta principal frente a la iglesia. Fue hacia las 5. Por última vez, los rehenes pudieron saludar a su Maestro por quien iban a morir y del que en este momento revivían la subida al Calvario. Ya los habían paseado durante una hora bajo

los abucheos de la multitud. Nuevamente tuvieron que emprender el camino de la cruz.

El P. Radigue había comentado durante mucho tiempo a sus novicios y sus hermanos el artículo del capítulo preliminar de la Regla: "Todos los miembros de la Congregación deben reproducir, en lo posible, la vida crucificada de nuestro divino Salvador, practicando con celo y prudencia las obras de mortificación cristiana, especialmente reprimiendo los sentidos".

Para él y sus hermanos, estas palabras adquirían toda su plenitud: reproducir, es decir, seguir los pasos de Jesús.

El respiro dado a los rehenes en el ayuntamiento no fue una pérdida de tiempo para el misterioso empresario que supo improvisar esta siniestra y solemne puesta en escena. Puesto que la multitud exigía un espectáculo, lo tendría para su bien y para su mal.

El cortejo tomó la calle de París, hoy Belleville. Una cantinera a caballo abría la marcha. Era pequeña, regordeta, bastante fea. Llevaba un traje de marinero y un gorro frigio. Se ha querido negar el hecho y hablar de una novela (Vuillaume d´Hérisson) pero demasiados testigos la han visto. Iba acompañada de otros tres jinetes que llevaban banderas rojas y de vez en cuando gritaban: "¡Viva la Comuna!" "¡A muerte!". Detrás venían algunos cornetas tocando el estribillo popular: "¡Hay algo de beber allí arriba! ¡Hay algo de beber!".

¿Fue este borracho de Gois quien se lo había sugerido? Marchaba detrás de la banda con uniforme de coronel federado: sombrero con quíntuple galón plateado, botas barnizadas de jinete, cinturón rojo, sable a un lado, pistola.

Después iba Clavier con chaqueta y cinturón rojo. Venía a ver cómo sabían morir los Padres de los Sagrados Corazones a quienes él había arrestado. A su lado estaba una joven cantinera, un oficial garibaldino y otros varios.

Detrás de un piquete de federados de todas las tendencias (zuavos, marineros, artilleros, cazadores, Vengadores, Niños Perdidos...) avanzaban los prisioneros en el mismo orden que los anteriores: gendarmes, sacerdotes, los de la policía secreta, enmarcados por federados con bayoneta de cañón. El grueso de la escolta cerraba la marcha. Una multitud cada vez mayor seguía el cortejo o lo acompañaba en las aceras. A veces un exaltado lograba romper la valla, tomaba a parte a una u otra de las víctimas y lanzaba, mostrándole su arma: "Con esto te voy a matar enseguida".

Se formaban tropeles en las puertas en las que los oradores de club repetían las consignas del momento: "La justicia del pueblo se va a ejercer sobre los traidores". Algunas mujeres no pudieron evitar expresar su lástima: "¡Pobres gentes! Esto no va a traer buena suerte a Belleville".

"¿A dónde los conducen?" preguntaba una de ellas a la altura del 229. "Al cielo", respondió un oficial que inmediatamente se metió debajo de un porche, pidió que le prestaran ropa de civil y acompañó al cortejo. En la subida a Belleville, el P. Tuffier arrastraba de nuevo la pierna: "¡Hue! Cabeza blanca, ¿ya no puedes más?", le gritó un oficial y golpeándole con el sable en los riñones, le invitó a apresurar el paso. Le ofrecían un paseo con música: ¡lo menos que podía hacer era caminar con ritmo!

En el 253 fue otro anciano, el P. Rouchouze, el atacado. Un loco quería obligarlo a gritar: "¡Viva la Comuna!". "Me gustaría desquitarme con ese viejo", dijo un jovencito de 15 o 16 años, señalando a uno de los rehenes.

De nuevo los espíritus se calentaron. De las filas se dispararon dos tiros que no dieron a nadie. A la vista de la Puerta de Romainville, el cortejo torció a la derecha en la calle Haxo. No iban a las murallas como se había dicho. Frente a un terreno baldío, los jinetes detuvieron sus monturas. Gois les gritó: "Un poco más lejos. Al sector".

En el lenguaje de la Comuna, se daba el nombre de "Segundo Sector" a un conjunto de pequeños pabellones y jardines, que ciertamente no tenían nada de belicoso y revolucionario, sino que más bien parecían el símbolo del orden y de la paz. Con el ayuntamiento de Belleville era el último bastión de la insurrección. Parent había establecido allí su cuartel general el día anterior. Una verdadera manada de oficiales lo había seguido y se alojaba allí.

Parent acababa de ser nombrado, o más bien se había nombrado a sí mismo, ministro de guerra reemplazando a Delescluze, herido de muerte en una barricada. Tenía apenas treinta años. A falta de cualquier otra experiencia tenía media docena de condenas: "Era uno de esos seres que crecen en los desechos de una derrota", ha escrito de él Lissarragay.

Mostró aquí una deplorable debilidad. Volviéndose a los miembros del Comité Central que lo acompañaron: "Si tenéis alguna influencia, ahora es el momento de intervenir. Debemos evitar esta matanza". "Más bien te tocaría a ti hacerlo". Parent no insistió y se encerró en su casa.

El "general" Eudes ocupaba también un pabellón con vistas a la calle Haxo. Conociendo de buena fuente que la situación estaba perdida, pensaba en todo menos en mojarse. Sin embargo, arriesgó un ojo de la cara a la llegada del cortejo. El oficial que parecía ejercer el mando en el ayuntamiento de Belleville lo reconoció por su gorro. "Estos son los rehenes de la Roquette. ¿Dónde hay que llevarlos?". "Tú eres el que los ha traído", respondió secamente Eudes; "no tengo órdenes que darte". "Pero yo tengo las órdenes escritas de Ranvier".

"En este caso", concluye Eudes, dirígete al mando del sector". Y se escapó como acababa de hacer Parent, interpretando el uno y el otro, sin saberlo, pero en verdad, el papel de Pilato en esta nueva Pasión.

Indignado por tanto cálculo y cobardía, el oficial hizo callar a un gritón que encaramado en un carro y agitando una bandera roja, arengaba a la multitud. E incapaz de contener por más tiempo su indignación, increpó: "Pretendíamos encontrar aquí un tribunal militar. ¿Qué hacer?". "¡A muerte!, ¡A muerte!, Viva la Comuna!".

Esta fue toda la respuesta que obtuvo este simple que, sin duda, quería que se manifestara la justicia del pueblo, pero en el orden de la dignidad. Cuando se ha despertado imprudentemente la cólera de una multitud, hablar de disciplinarla es querer canalizar la tormenta.

Una verja impedía el acceso al segundo sector, frente a la calle des Tourelles. Un brigadier la abrió de un empujón. Dotado de una fuerza hercúlea, se colocó en medio de la entrada y a medida que los sacerdotes pasaban frente a él, les asestaba un formidable puñetazo. "Los he golpeado tan fuerte, se jactaba después, que tengo la pata morada".

Pero no tocó a los gendarmes, sin duda por estar menos seguro de su reacción. Después de esta parada, el P. Tuffier parecía haberse recuperado y caminaba con paso más decidido. Siempre distraído, tropezó en el umbral. El puñetazo del bruto le hizo rodar por el suelo, el rostro contra tierra. Un golpe de culata le obligó a levantarse. A su vez, su joven compañero el seminarista, fue arrojado al suelo. Como tardó en levantarse: "Espera un poco que me ocupe de ti", le soltó rudamente un niño de unos doce años. Pero no fue, como se ha dicho, arrastrado hasta el lugar del suplicio, a unos 150 metros de distancia.

Entraron al sector por una larga avenida de árboles, de unos 80 metros de larga, que terminaba a la izquierda en un patio más largo que ancho. Unos quince pabellones lo rodeaban. En el centro del patio estaba el pabellón del reloj, llamado así por la pequeña torre del reloj que lo dominaba. Un balcón de madera adornaba el único piso. La habían asignado al mando. Más allá, y separado de la avenida por un enrejado de madera, se extendía un parque abandonado con un estanque en el centro. Dos puertas hacían que se comunicara con la calle

Borrégo que corría a lo largo de él. Se había proyectado construir un salón de baile como prolongación del pabellón. Solo estaba terminado el pozo negro y la tierra que se había sacado formaba un pequeño montículo, unido a una pared de 4 metros de altura. Las paredes en construcción apenas levantaban más de cincuenta centímetros.

La cólera puede ser ciega. Hay que reconocer que este viernes por la tarde, 26 de mayo de 1871, habría sido difícil encontrar un escenario más adecuado para el drama que se desarrollaba: un patio en el que comparecían los rehenes, un balcón desde el que se proclama la sentencia, un terreno indefinido donde se colocan el pelotón de ejecución y los soldados de la escolta mientras que más allá del estanque se aglomera la multitud, un reducto cerrado, una especie de escena clausurada por altos muros en los que rebotan las balas. Ni siquiera falta este montículo de tierra que recuerda al Calvario. Agreguemos a esto el aire de abandono del parque que evoca más un crimen pasional que una ejecución judicial.

Según el relator al 6º consejo de guerra, parece que la actitud dulce y serena de los condenados, el aspecto conmovedor de sus miradas sin odio ni miedo, hayan hecho que los asesinos vacilaran por un momento, porque permanecieron varios minutos sin atreverse a tocarlos a pesar de las incitaciones y los gritos de muerte que partían de las filas más alejadas de la multitud. Finalmente, un oficial federado se subió sobre un coche e hizo un discurso, otro se subió al muro del terreno baldío contiguo al patio y leyó un papel. Entonces surgió un inmenso clamor, al mismo tiempo que una sacudida formidable agitaba la masa.

Muchos testimonios han venido después a completar y corregir el informe del relator. Una última vez se enfrentaron las dos tendencias de la Comuna. Los moderados dirían: "No debemos deshonrar nuestra causa. ¿No podemos mantenerlos prisioneros? Ya habían

perdido la partida, haciéndolos salir de la Roquette y exponiéndolos a los abucheos de la multitud. Los extremistas tomaron la decisión.

"No terminarán nunca, estos vagos", clamó una joven cantinera de 19 años, señalando el pabellón donde los funcionarios discutían. "Atajo de cobardes, ¿no vais a empezar?".

Finalmente, el teniente coronel Demurat, comandante del sector, apareció en el balcón. Leyó la sentencia de Ranvier, condenando a muerte a los cincuenta rehenes. Por lo tanto, no había habido consejo de guerra, puesto que refería pura y simplemente la decisión de Ranvier sin tener en cuenta el resto de la voluntad de Parent.

"¡A muerte! ¡A muerte!". De nuevo surgió este grito, pero esta vez ampliado porque mientras tanto, la multitud desbordando el patio, había invadido el parque, se había agarrado a las dos verjas de la calle de Borrégo o se había subido a los muros.

"¡A muerte! ¡A muerte!", repetían como un eco unos hombres subidos en los vehículos del depósito vecino de la Compañía General.

Los gendarmes, que hasta entonces habían conservado alguna esperanza, finalmente entendieron que todo estaba perdido. Sacaron de sus sacos su dinero, sus cartas, se deshicieron de sus alianzas y se lo entregaron a sus guardianes, rogándoles que se lo entregaran a sus familias. Este gesto tan natural solo despertó burlas en sus verdugos. Se rieron de su simplicidad y algunos llegaron hasta romper sus cartas de despedida y aplastar ante sus ojos cruces, medallas, recuerdos.

Este episodio es quizá, el que da todo su sentido al drama de la calle Haxo. Estamos lejos de la eterna pelea del individuo con el gendarme a quien quiere ver golpeado. Tampoco se puede hablar de una multitud perdida o manipulada que descarga su ira contra la policía. Sería demasiado poco decir que es contra el "orden establecido" más o menos basado en la justicia, que regaña a la multitud. Nos hallamos ante una revuelta declarada contra todo derecho humano y divino. Por

esta razón se asocia a los gendarmes con los sacerdotes y se les extermina con ellos. Ese día, la Comuna se quitó la máscara y mostró su verdadero rostro.

La escoria de la sociedad se toma su venganza: en este punto podemos aceptar el testimonio del capitán Dalivous: "La multitud que me ha arrebatado a los rehenes de mis manos, estaba compuesta de individuos burgueses, federados, mujeres vestidas de guardias nacionales, algunos niños de quince o dieciséis años y de una quincena de cazadores federados". Numerosos testigos lo confirman: "La multitud estaba compuesta por todo tipo de personas con caras criminales, armadas algunas con pistolas, otras con sables, escopetas de caza, fusiles, rifles en bandolera y palos" (Pyat).

¿Quién ha ordenado el fuego? Los primeros relatos denuncian "Una cantinera con una redecilla blanca". Ella habría aparecido la primera, gritando: "¡Sin piedad para los de Versalles! ¡Son asesinos! ¡Fuera meapilas!, ¡fuera gendarmes!".

¡Y a corta distancia habría descargado su pistola sobre un sacerdote!

El Consejo de Guerra ha frenado la intervención del "capitán" Dalivous, techador de oficio. De pie en la pequeña pared del salón de baile, sable desenvainado, interpela a la multitud: "Esperad, no disparéis todavía. Esperad mi orden". Otros dicen que el "coronel" Gois, un tratante en vinos, habría tomado a los rehenes de diez en diez. "Cara a la pared", habría dicho a los primeros, que eran unos gendarmes. "¡Nunca!" habría respondido el sargento mayor.

Sin negar la participación de Gois, de Dalivous y de la cantinera, parece claro que fue el "coronel" Bénot, carnicero, quien haya tomado la iniciativa en ese momento. Saliendo de un pabellón vecino, atraviesa la multitud, gritando "A muerte" y desencadena la matanza.

A 85 años de distancia, es difícil reconstruir la cronología exacta de estas horas de locura. Demasiados testigos tenían interés en mentir o guardar silencio. De todos los relatos surgen las mismas palabras, desorden, confusión, matanza, salvajismo. Al principio hubo algunos disparos de pelotones. Pero muy pronto todos se unen. El capitán Dalivous, desde su pequeño muro, dispara sin parar. Otros oficiales (¿Berot, Gois?) descargan sus pistolas, recargan, piden prestados los fusiles de los hombres. Hay momentos de respiro, el tiempo de que otra fila de rehenes llegue al reducto. Pero la borrachera de sangre impacienta a los verdugos. Antes incluso de que los rehenes se coloquen en fila, disparan sobre ellos como sobre conejos. Pronto disparan al montón. "Todo el mundo dispara, golpea, escena horrible y salvaje", declara el secretario del alguacil Pyat, miembro de la Comuna, y testigo presencial.

Para hacer el juego más difícil, ¡se les ocurre que los rehenes salten el pequeño muro de separación! Ahora se podría dispararles en vuelo como a pichones. Hay gendarmes alocados, que se prestan a la comedia. Los sacerdotes, quedan tres, rehúsan hacerlo enérgicamente. "Estoy dispuesto a morir por confesar mi fe, no a hacer cabriolas".

Quisiéramos conocer los últimos gestos, las últimas palabras de las víctimas. Muy pocos son los amigos que han podido o se han atrevido a mezclarse con la multitud y entrar en esta fortaleza de la Comuna. Al menos estamos seguros del siguiente episodio.

Mientras el sargento mayor Geantry (sin duda el mismo que había respondido: "nunca", a la orden de darle la espalda) presentaba valientemente su pecho a un marinero federado que con insultos en su boca le apuntaba, se veía a un sacerdote de cabello blanco y elevada estatura apresurarse e intentar protegerlo con su cuerpo.

"Tres tiros a ese", gritan las mujeres que se han colado a la primera fila entre los asesinos.

Alcanzado en plena frente, el padre cae y luego levanta los brazos como para continuar su gesto de protección.

"Mira al viejo pidiendo gracia ahora".

Nueva descarga de fusiles. El sacerdote se desploma rápidamente. En un movimiento convulsivo, se endereza y se arrastra hacia la pared como para buscar una salida. Un joven corre y dispara su arma a corta distancia.

"¿Has visto a este sinvergüenza que todavía corría a cuatro patas? Le he lavado la boca con mi fusil", dice a su compañero que para no quedarse atrás, voltea con el pie al viejo sacerdote y le da el tiro de gracia.

Una arpía se acerca e intenta arrancarle la lengua. "Para que no diga más tonterías. Pero no lo he logrado", añade con pesar. Entonces, despechada, orina sobre él.

En este viejo sacerdote con el que se encarniza la chusma, la tradición ha reconocido al P. Tuffier. Solo él reunía estos tres signos distintivos: llevar la sotana, una estura elevada y una edad avanzada.

Además, no era un buen caminante y ese día solo llevaba unas zapatillas viejas.

A menudo estaba distraído. No es de extrañar que se haya tropezado con el escalón de ingreso al sector. Y se sabe que la vivacidad era el rasgo más sobresaliente de su carácter.

En apoyo, el P. Sosthène Duval aporta el testimonio de uno de sus primos, el Sr. Vast. Este último había venido a la calle Haxo para reconocer a un pariente, a quien creía asesinado con sus compañeros. Hizo sacar los cadáveres de la fosa. Entre otros, le llamó la atención un sacerdote muy fuerte, con la cara maltrecha, sobre la que hubo que verter agua para eliminar los insectos. Le reconoció por el escapulario

de los Sagrados Corazones que llevaba. ¿Por qué había insectos solo en él, sino por la profanación de la que su cadáver fue objeto?

Solo el hermano Marin Fouquet ha expresado dudas. Había asistido al reconocimiento de los cuerpos y había notado que la cabeza del P. Tuffier había sido la más respetada y la del P. Rouchouze la más maltratada. En consecuencia, proponía atribuir al P. Rouchouze el bello impulso que lo había llevado a proteger al gendarme. Pero esta duda es muy tardía, casi cuarenta años después de los acontecimientos. Dado el estado de descomposición de los cuerpos y las circunstancias, no hubo para ellos autopsia ni examen médico. La matanza estaba durando unos veinte minutos, cuando cayeron los últimos rehenes. Entonces hubo una desbandada general. Como escribe el reportero del consejo de guerra: "Oficiales, soldados, mujeres, niños, marchaban pisoteando los cuerpos palpitantes, de los que todavía brotaba sangre... Querían ver si todos realmente habían exhalado el último aliento. Y cuando creían percibir un resto de aliento o una última convulsión, todavía golpeaban con la culata o el sable". Un cuerpo tenía marcas de 69 golpes, otro de 72…

"Era un verdadero revoltijo humano". Todo alrededor la tierra, empapada por la tormenta del día anterior, se había convertido por las pisadas en un barrizal y por la sangre en una cloaca. Sin embargo, se les vio inclinándose sobre los cadáveres y sin repugnancia registrarlos. Uno exhibía un reloj de un sacerdote. Una joven se pavoneaba con un rosario de marfil que se había puesto al cuello como un collar.

Anochecía. La lluvia amenazaba. El cielo adquiría, bajo los reflejos del fuego, un tono pálido y siniestro. Con los arbustos tronzados, las barreras derribadas, el parque parecía haber sido devastado por un huracán. Un marinero clavando su bayoneta en el sombrero de un sacerdote, dio la señal de partir proponiendo a su banda ir a beber. El recinto se vació rápidamente, mientras los

cabarets se llenaban. "A la orgía de sangre iba a seguir la orgía de la embriaguez. Matar daba sed". En los discursos en los que la basura se mezcla con el cinismo, hay mucha fanfarronería: al menos se crea un clima de odio.

"Estos curas son duros de pelar, qué trabajo rematarlos. Habría que matarlos a todos, hasta el último. ¡Bien hecho, muchachos! ¡Buen día para la Comuna!".

"Todo esto no es nada todavía", concluía un funcionario de estado mayor; "pero mañana, cuando haya miles, será otra cosa". Algunos, y no los menos, no ocultaban su disgusto. Se vio al comandante del sector 11º, al teniente coronel Demurat, entrar en un café y se hizo servir un buen trago. "¡Entiendo que se luche en la calle, pero no que se asesine! He hecho todo lo posible para evitar esta matanza. Desgraciadamente, mis esfuerzos han sido inútiles".

Se cita además a un tabernero que se niega a servir a un famoso asesino y que a punto estuvo de correr la misma suerte de los rehenes. "Acabo de disparar a uno que no lo merecía más que tú". Un tipo duro decía simplemente: "No, no es un delito. Es la justicia del pueblo". "¿Habría cerrado los ojos de la misma manera si hubiera visto a los miembros de la Comuna permanecer en el sector, pensando solo en huir a través de las líneas prusianas, en lugar de estar al alcance de los combatientes que todavía luchaban en algunos puntos?". La zona ocupada estaba tan cerca que cuando cesaron los disparos se podía oír a la banda tocando una melodía de baile.

El humo de la embriaguez se estaba disipando y era necesario pensar en enterrar los cadáveres: el ejército del gobierno se acercaba y la gente del barrio expresaba su temor a una epidemia. Había tantos cuerpos que no se sabía qué hacer con ellos. Cavar una zanja lo suficientemente grande, requería un verdadero trabajo. Además, no se podía pedir a estos justicieros tener más respeto por los muertos que la que habían tenido la víspera. Convertirse en unos sepultureros habría

sido decepcionante. Muy a propósito, descubrieron el foso sin terminar. Quitaron las piedras que ocultaban la entrada y arrojaron los cincuenta cadáveres todos juntos.

El peón caminero León, que vivía cerca del 89 de la calle Haxo, describe la escena de la que fue testigo: "Caigo detrás de un individuo que llevaba un pantalón rojo. Había otros cuatro que hacían el servicio de ir a buscar a los rehenes y llevarlos ante él. El individuo tenía un cuchillo en la mano y los desnudaba. Los registraba y yo mismo le he visto mirar en sus bolsillos. Se dio cuenta por sí mismo de que estos hombres no tenían nada encima. Lo que encontraba sobre los cuerpos se lo daba a uno a su izquierda y lo colocaban en una caja pequeña de madera blanca. Aún quedaban siete por enterrar cuando un individuo ha traído un cuerpo al borde del hoyo. Lo ha empujado allí dentro con el pie. Yo he dicho entonces: 'Yo ya me voy'". No menos realista es el relato de un joven: "Había dos, uno agarrando por los pies y el otro por la cabeza, los balanceaban un momento y los echaban a la fosa".

Desde el Calvario, todos los testigos de Cristo han estado como su Divino Maestro, saciados de oprobios, torturados en su alma no menos que en su carne. Y he aquí que en la calle Haxo, después de haber sido colmados de ultrajes a lo largo de su doloroso camino, se cebaban en sus cadáveres. Habían sido conducidos al suplicio por una banda militar. Se habían quejado de los acentos de una banda de marcha enemiga. Ahora yacían de cualquier manera bajo un salón de baile. Pero también sus sepulcros se volverían gloriosos.

Epílogo

(Editor: *la oración de Salomón convertida en oración de la Iglesia)*

"Pero las almas de los justos están en las manos de Dios;
ningún tormento los alcanza.

A los ojos del insensato, parecían morir;
su partida se entiende como una desgracia,
y su alejamiento, como un final: pero ellos están en paz.

A los ojos de los hombres, han sufrido un castigo,
pero la esperanza de la inmortalidad los colmaba.

Después de débiles penas, grandes beneficios les aguardan,
porque Dios los ha puesto a prueba y encontrado dignos de él.
Como el oro en el crisol, los ha probado;
como una ofrenda perfecta, los ha acogido.

En el tiempo de su visita, resplandecerán:
como la chispa que corre sobre la paja, siguen adelante.

Juzgarán a las naciones, tendrán poder sobre los pueblos,
y el Señor reinará sobre ellos por siglos.

Quien ponga en él su fe comprenderá la verdad;
los que son fieles permanecerán, en el amor, cerca de él.
Para sus amigos, gracia y misericordia: Él visitará a sus elegidos".

Sb 3, 1-9